



EL REY
DEL MIEDO

OLALLA PONS

EL REY DEL MIEDO

Olalla Pons

Primera Edición en Formato digital: Diciembre 2019

Título Original: El Rey del Miedo

©Olalla Pons, 2019

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

Corrección: Julia Siles Ortega.

Olallapons.blogspot.com

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A Paula

PRÓLOGO

Las gotas de sudor resbalaban por la piel de Sabba hasta perderse en la arena del gimnasio. Le faltaba el aire, sentía los músculos agarrotados y los huesos le dolían hasta la extenuación. Pero el corazón era fuerte, la voluntad firme, y el alma permanecía intacta.

La princesa sostenía la espada con decisión y la manejaba con destreza.

No iba a detenerse ahora, seguiría los consejos de su maestro hasta que no le quedaran fuerzas. Atención, contención, defensa y convicción. Después, asegurar el asalto y soportar el contraataque con firmeza; no dar respiro al contrincante. Sabía aprovechar su ventaja: la rapidez y habilidad. Era menuda pero intrépida, carecía de fuerza bruta, pero no de puntería; era precisa y eso, unido al extenuante entrenamiento que Mihñ le daba, estaba convirtiéndola en una luchadora letal. Pero lo más destacado de ella era su mente: Sabba se crecía ante la adversidad, no importaba cuán mal le fueran las cosas, ella siempre hallaba una salida. Era emocionalmente equilibrada, había aprendido a mantener la calma en situaciones difíciles; era realista y estaba preparada para el cambio. Confiaba en sí misma, no se desmoronaba ante el fracaso, sino que aprendía de él y perseveraba hasta lograr sus objetivos. Sabía encajar las críticas, y lo más importante: las aprovechaba para aprender. No temía la incertidumbre y era positiva; ante la adversidad: seguía manteniendo la esperanza.

Sin mostrar su sorpresa, el de Hanol retrocedió ante el agobiante envite de la Kais de Ciudad de Oriente: su señora. Observó su rostro, estaba concentrada aunque percibiera su agotamiento. Debía andarse con ojo, Sabba se crecía en las crisis. La Kais atacó sin darle un respiro y le costó contenerla, pero Mihñ era un experto en ocultar las emociones. Retrocedió y cuando ella finalizó el envite se apartó:

—Se acabó por hoy, mi señora.

—¡No! —jadeó Sabba—. Aún puedo continuar.

—Lo sé, pero descansad. No es necesario gastar fuerzas innecesariamente.

La mirada de la princesa era decidida; para ella no era suficiente, y quería más, pero al final acataría la voluntad de su maestro. Relajó los hombros, tomó aire y suspiró.

—Ahora viene lo difícil: dormir. —Se secó el sudor de la frente con la muñeca—. Mientras lucho mi mente se distrae.

—En la lucha la domináis, pero también tenéis que aprender a controlarla en los momentos de descanso. Esta tarde practicaremos la meditación.

Sabba asintió, saludó al maestro con ceremonia, inclinándose hacia adelante con los pies juntos y los brazos pegados al cuerpo; tras obtener su permiso, abandonó la arena.

Mihñ la vio alejarse con el orgullo pintado en el rostro. El cuerpo de la Kais lucía atlético. No era alta ni ancha, y aunque el aniñado rostro reflejara bondad y fragilidad la mayor parte del tiempo, en la lucha la verde mirada desprendía arrojo, y sus movimientos, seguridad y aplomo.

La observó beber agua y no pudo evitar curvar ligeramente los labios. Se sentía satisfecho de sus progresos. Sabba era, sin lugar a dudas, la mejor alumna a la que había entrenado. Más diestra incluso que Taru, el norteño amigo, a quien también le enseñó artes marciales.

Al pensar en el pasado, Mihñ endureció el gesto. El momento que todos habían esperado estaba a punto de llegar. Su señora, la Kais de Ciudad de Oriente, iba a emprender la gran

aventura de su vida: Se ataría el pelo, se haría pasar por un guerrero y embarcaría rumbo al Norte junto al mayor ejército conocido. Iría en busca de Taru, su gran amor y padre de su hija Sinda. Puede que no lo encontrara jamás, tal vez hubiese muerto, pero ella estaba decidida y nada la detendría.

En ese momento llegó Xenia y la pequeña y, solo entonces el rictus duro que Sabba guardaba para la lucha se transformó en pura dulzura. Mihn no pudo evitar sonreír de nuevo.

Pronto partirían hacia el Norte.

1

EL REY

En las paredes de la Caverna del Sacrificio se reflejaba el fuego de las teas, oscureciendo las grietas aún más, como si la misma piedra hubiera sido arañada por las crueles garras del mal.

Las llamas danzaban, otorgando vida a las terribles representaciones que el más cruel de los artistas había creado: extraños homínidos antropomorfos, espíritus de la muerte, que observaban a su alrededor sin perder detalle, con ojos aterrados y bocas que parecían expulsar desquiciados alaridos.

El aire allí dentro era escaso y el retumbar de los tambores no cesaba. El sonido agudo del hueso de la Hermana Arpía¹ se metía en las cabezas de los trastornados asistentes, quienes no cesaban en la frenética danza, con los cuerpos desnudos cubiertos de pigmento rojo alrededor de una hoguera. Las voces guturales de los Ancianos Cantores acompañaban a las maracas de calabaza, en el rítmico y desquiciante salmo que presagiaba el inminente regreso del atormentado reo al Útero de la Madre.

Igur tenía miedo. Tanto que el dolor de la tortura a la cual estaba siendo sometido había desaparecido. El nivel de tensión del Jefe de Caza era tan alto que a duras penas podía respirar. Incluso ansiaba la llegada de la muerte para dejar de sentir lo que ya no era miedo sino pánico.

Era culpable. No había prestado atención y, por su culpa, había muerto una niña; algo que La Tribu del Miedo no podía permitirse. Los más jóvenes eran el futuro, el bien máspreciado que tenían, y por ello no habría clemencia para el culpable; el miedo sería lo último que sentiría; y la cruel mirada del rey, quien consideraba el perdón como una debilidad, sería lo último que verían sus ojos.

El rey, sentado al fondo de la sala abovedada, observó con indiferencia el rostro de esa madre desolada que estaba a punto de perder a su hijo. En la pálida faz destacaban unas terribles ojeras violáceas, y los párpados estaban hinchados a causa del llanto. Sufría e imploraba clemencia con la mirada, pero no se atrevía a abrir la boca. El miedo era demasiado intenso. Si en otro tiempo hubo algo condenable en todas las tribus de las llanuras del norte, fue provocar el sufrimiento de una madre, pues éstas eran sagradas. El rey sabía que su manera de gobernar rompía todos los tabúes, pero las leyes habían cambiado. Su pueblo había desaparecido casi por completo. Cuando regresó del Sur solo quedaban unas pocas mujeres y algunos niños pequeños, tras la terrible masacre a la que fueron sometidos. Los espectros se habían llevado a los hombres y las mujeres jóvenes para convertirlos en esclavos, asesinando al resto. Los inviernos sucesivos mataron a más de la mitad de esos niños: el futuro del Norte. Luego se les unieron algunas familias que habían logrado escapar, y los supervivientes de otras tribus que también habían quedado mermadas, formando una sola bajo su mandato: la Tribu del Miedo. El Norte se estaba recuperando pero no se podían permitir más pérdidas y los errores debían castigarse con dureza para evitar que volvieran a repetirse.

Esa mujer estaba a punto de perder su razón de ser y, tal vez en otro tiempo, sus lágrimas habrían conmovido al Rey del Miedo. Pero ya no tenía cabida la compasión para el hombre que ahora era. Había entregado el alma al Miedo, y solo con la ayuda de ese dios salvaría lo que

quedaba de su pueblo. Los diablos del Sur dominaban el mundo gracias a esa emoción, y él usaría esos mismos métodos para salvaguardar a su gente. La supervivencia de su pueblo era su única misión.

No obstante, cuando su hija entró en escena, el corazón del rey empezó a latir con fuerza. Ese era el único sentimiento que se permitía, y solo ella era capaz de provocarlo. Nadie más. Ni siquiera la dulce e inocente sonrisa de un bebé lograba conmoverlo.

Tal vez por eso Taisha era la única que no lo temía.

La observó con orgullo sobre el Trono de Hueso, y tras la máscara de uro de la que jamás se despojaba en público.

A pesar de contar con solo quince inviernos, la joven avanzaba hacia él con los puños apretados y la mirada severa, demostrando gran fuerza de carácter, mientras los desquiciados bailarines se apartaban a su paso para clavar su vista en ella, al igual que los terribles espíritus pintados en la pared de roca de la gruta. El cuerpo de la muchacha, espigado y de piel bronceada, lucía los músculos en tensión, y la melena castaña con los reflejos rojizos que proyectaban las llamas de la hoguera flotaba tras su osado caminar, como si el mismísimo Dios del Fuego la custodiara. Incluso enfadada seguía siendo bella, y el poder que desprendía era el de una leona reclamando su territorio. Tal vez fuera a causa de la inquebrantable pasión con que se enfrentaba a la vida, o a su osada juventud, o a la alegría que atesoraba en el alma; lo que sí era cierto era que nada ni nadie se atrevía a detener su caminar. Ella era consciente de ello y confiaba en sí misma, sin permitir jamás que su corazón se arrastrase por el fango. Por eso, los ojos de Taisha, verdes como la pradera, exactos a los de su madre, siempre brillaban como si las gotas del rocío le salpicaran el iris. Algún día sería una gran reina.

Sin embargo, aquella noche el verde lucía más oscuro, profundo, como si la rebeldía se hubiera encarnado en ellos.

—No te tengo miedo —escupió con desprecio ante el Rey.

Todos los allí presentes enmudecieron de puro pánico, los tambores dejaron de ser golpeados, y la flauta se detuvo de súbito. Entonces, las paredes de la cueva parecieron gritar en silencio. Un silencio que se hizo más opresivo en el instante en que el rey alzó la mano izquierda.

Taisha alzó el mentón y clavó la mirada en los ojos color ámbar del rey, semejantes a los de un carnicero que mira desde una elevada posición, amenazante. Pero Taisha no había mentido, pues la leona no teme al lobo.

En algo se equivocaba. La expresión de su interlocutor no era de amenaza sino de orgullo.

El rey tenía en alta consideración a Taisha. Era esbelta como una gacela, alta como él, de apariencia delicada como una amapola, pero también fuerte como las rocas y enérgica como la peor tormenta. Y siempre sincera: la única persona viva que no temía hablar con la verdad. Y la adoraba por ello.

—Deberías —respondió.

—No puedo temer a un loco —afirmó altiva—. Más bien siento lástima porque nos arrastrarás hasta la perdición.

Tras las palabras de Taisha, la tensión se tornó insoportable y Màara, agitada, se adelantó, temerosa de la reacción del cacique. El rey, aunque ninguno de los presentes pudiera adivinarlo jamás bajo esa máscara, cambió el rictus severo de su boca, se acomodó en el Trono de Hueso e hizo un gesto con la mano, dando permiso a su hija para continuar con su discurso.

—No nos quedan muchos guerreros, apenas disponemos de cazadores, y las mujeres están casi todas embarazadas. Lo de esa pequeña fue un desafortunado accidente, pero como líder debes pensar a largo plazo en vez de actuar como un dios cruel y vengativo. Necesitamos a Igur, es el

mejor cazador de la tribu y siempre te ha sido leal. No merece lo que estás haciéndole.

—Murió una niña por su culpa.

—Nadie podía prever que la Hermana Arpía se llevaría a la pequeña Tui.

—Te equivocas, podría haberse evitado si Igur hubiera actuado con responsabilidad. No debería haber atravesado el Bosque Húmedo con un puñado de niños inexpertos, pues incluso el más torpe cazador sabe que la rapaz está al acecho en época de cría.

—Castigar a la tribu con otra desgracia es también un error, y ya has cometido demasiados.

—Igur es culpable y debe pagar con su vida. —Taru sintió hervir la sangre.

¿Qué sabría ella de ese hombre? Si conociese la oscuridad de su alma no osaría abogar por él.

Taisha percibió la rabia de su padre pero no se amilanó; apretó los puños, tensó los hombros, y el verde de sus ojos se tornó más oscuro.

—Solo los dioses deciden quién vive y quién no —sentenció con la fuerza que le daba la verdad a sus palabras.

En los ojos de los allí presentes se reflejó, una vez más, el terror. El rey paseó la mirada por todos ellos.

—La Tribu me avala.

—¡Solo porque te temen!

—Está bien. Si alguien discrepa, que hable en libertad —dijo el rey.

El silencio reinó en la caverna, tan denso que casi podía cortarse. Nadie se atrevió a opinar, ni siquiera la madre del reo. El miedo era un arma poderosa.

Sin levantarse del trono, y con el rostro oculto tras la máscara, Taru clavó la mirada felina en su hija. Cuanto antes lo entendiera Taisha, mejor le iría.

—Ese hombre va a morir por el bien de la tribu —falló el rey—. El Dios del Miedo ha dictado la sentencia.

—Pronto será el odio quien te lleve a ti al Reino de los Muertos.

La joven cazadora había ido demasiado lejos, pero Taru lo pasó por alto. Se puso en pie, se acercó a Igur y sentenció:

—Muere.

Los cánticos se reanudaron, aunque fueran amortiguados por el desolador grito del pobre desgraciado que pereció cuando el corazón le fue arrancado del pecho por la mano del rey.

Tras el macabro espectáculo Taisha empezó a caminar hacia la salida, pero en el último instante se detuvo. Taru la vio tensar los hombros y darse la vuelta. La mirada de su hija lo estremeció. Y pocas cosas podían hacerlo ya en este mundo.

—Ella vendrá, padre. Vendrá con el viento y barrerá todo el mal y el dolor que has provocado.

El rey apretó los labios en una mueca de dolor y rabia.

—No hables de ella —dijo, aún con las manos ensangrentadas—. No tienes derecho a invocarla.

Taisha no se sorprendió ante la reacción de su padre. Cada vez que nombraba a la Princesa del Viento se desquiciaba. Ya daba igual, pensó la joven. Taru ya no existía, se lo había comido el miedo. Cuando el viento llegara se encontraría a un hombre enloquecido.

—Fuiste tú quien la invocó en la Sala de la Llamada, cuando aún te quedaba cordura, y gracias a eso el viento ha cambiado; no te coloques frente al fuego, padre, pues el humo te provocará lágrimas en los ojos y te hará perder la visión.

Taisha abandonó la Caverna del Sacrificio sin mirar atrás. Acababa de tomar una decisión y nada le impediría llevarla a cabo.

Tras abandonar el aire viciado de la gruta, el frescor del exterior le dio la bienvenida.

No se sintió mejor a pesar de ello. Como si toda su esencia vital hubiera sido absorbida de súbito. Empezó a caminar hacia el río que cruzaba la pradera donde pacían los caballos. Durante el trayecto, observó las tiendas de la tribu. Apenas las usaban, tan solo cuando se desplazaban a los territorios de caza; aunque no se adentraran demasiado en las planicies, pues eran dominio de los del Viento: la auténtica tribu. En ellas estaba dibujado el ojo del miedo: el símbolo del rey, y sintió añoranza. Cuando los del Viento habían sido una sola tribu, las pieles que cubrían las tiendas habían lucido pinturas de animales, así como manos estampadas y demás representaciones mucho más alegres y coloridas. El rey ya no lo permitía. Tan solo ese ojo que todo lo ve, como símbolo del miedo que todos sentían.

A pesar de la desazón que Taisha experimentaba, la noche era tranquila y la luna llena reinaba en el firmamento disimulando el brillo de las Hogueras de los Antepasados donde su madre, Aisha, se resguardaba y observaba desde lo alto. En ese momento recordó su sonrisa y su dulce y cariñosa voz; jamás la olvidaría. Y sintió lástima por lo que estaría viendo. Tras su muerte, Taru ya no había sido el mismo. Taisha los había perdido a los dos y jamás los recuperaría. Meneó la cabeza, apenada. Aunque no se nutriera de esa tristeza, la aceptó y prosiguió su camino.

Llegó hasta su yegua, una pía blanca y castaña de poderosa grupa, pero dulce como las manzanas. La acarició en el morro y sintió en la palma de la mano cómo le hacía cosquillas, pidiendo una golosina. Le susurró palabras amables y le desenredó la crin con los dedos. La yegua se dejó hacer con un resoplido de satisfacción.

—Taisha. —La voz de Måara arrancó la paz del corazón de la muchacha—. ¿Adónde vas? —preguntó.

—¿Por qué preguntas si ya lo sabes?

—No puedes marcharte —afirmó severa, aunque su mirada escondiera comprensión hacia su antigua pupila—. Si lo haces, tu padre montará en cólera.

Taisha suspiró harta. Se dio la vuelta y encaró a quien había sido su mentora.

—Claro que puedo, y eso mismo voy a hacer.

Måara la agarró del brazo, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las observaba y le habló en susurros con la intención de evitar oídos indiscretos.

—No, Taisha, te lo ruego...

—¿Qué pretendes, Måara? —respondió la muchacha, desasiéndose del agarre de quien había sido Líder de Caza de la Tribu del Viento, para acercarse a la orilla del río y llenar una calabaza hueca con agua—. Estás desquiciada; no hay nadie aquí afuera. Están todos viendo cómo el rey le arranca la cabeza a Igur.

—El día menos pensado será la cabeza de tu tío la que acabe clavada en una estaca.

—Eso, si Taru logra dar con él.

—¡Lo hará, no lo dudes!

Taisha puso los ojos en blanco mientras se acomodaba al hombro el arco y el carcaj.

—Pues también deberá hacer lo mismo con la mía, porque no voy a permanecer aquí ni un instante más.

—Taisha, por favor... —rogó Måara al ver la determinación en sus ojos verdes. Desde hacía tiempo sabía que aquel día llegaría, pero ahora no estaba preparada para su marcha y rompió una lanza a favor de Taru—. Ten fe en el rey. Ha sufrido mucho.

—¿Le da eso derecho a comportarse como un lunático? —replicó asqueada.

—El nos ha salvado, Taisha, no lo olvides.

La joven miró a Måara con lástima pero también con decepción. La que en otro tiempo había

sido una auténtica líder, se había convertido en una pusilánime, una hoja que temblaba cada vez que el rey abría la boca.

Era cierto que Taru había sufrido, y era obvio que seguía atormentado por algo que ella era incapaz de comprender, pero estaba llevando a su gente a la perdición. Taisha lo había intentado, pero al final se había rendido al ver que no podía evitarlo y solo le quedaba una opción: marcharse para no sucumbir ella también.

Tras encontrarlo medio muerto en la Sala de la Llamada, un puñado de inviernos atrás, la antigua Líder de Caza de la Tribu del Viento intentó recuperar su alma pero no lo logró, y fue él quien la envenenó a ella con el miedo.

Màara se había esforzado, nadie podía negarlo, pero al final la gran mujer que fue acabó sucumbiendo ante el malvado espíritu.

Y todo había empezado cuando se enamoró del rey. Prosiguió con el temor, y en aquellos momentos solo vivía para complacerle y, al igual que el resto de la tribu, empezaba a perder la cabeza por su causa.

Todos allí bailaban peligrosamente con la demencia.

—Màara, ese hombre no nos ha salvado de nada. Solo ha perdido la razón. El miedo se la ha arrebatado y ya no la recuperará —aseguró con la rabia nacida de la impotencia—. Os está arrastrando a todos con él. ¿No te das cuenta? Talu es el auténtico líder de la Tribu del Viento; él sí es merecedor de nuestro legado, y pienso unirme a su tribu. Quien quiera seguirme, será bienvenido, estoy segura de ello, pero quien quiera permanecer aquí sucumbirá.

—No te vayas, te lo suplico —insistió Màara, temerosa. Era incapaz de ver la verdad en las palabras de Taisha; el miedo la cegaba y solo pensaba en lo que Taru pensaría o diría si llegara a averiguar que no había podido retener a su hija—. El rey es paciente contigo pero esto no te lo perdonará.

—Me trae sin cuidado.

—Entonces piensa en quienes van a acogerte. Taru no tendrá piedad con ellos. Los estás condenando.

Taisha le dedicó una mirada cargada de lástima.

—Mírame, Màara. Mírame bien, piensa —pidió erguida, con orgullo—. Y ahora dime: ¿Qué ves? ¿Acaso crees que puedes detenerme con el miedo?

Taisha dio media vuelta, saltó sobre el lomo de su yegua y la miró una última vez con el sincero cariño que le profesaba. Luego azuzó a Manzana y se perdió en la noche sin mirar atrás.

El rey no podía arrancarse de la cabeza el recuerdo del rostro de expresión delirante, los ojos ensangrentados, de pupilas dilatadas, clavados en los suyos, saliéndose de las órbitas. El cuerpo sacudiéndose en un último estertor. El calor de la carne. El olor metálico de la sangre. Y esa maldita flauta de hueso atravesándole el tímpano. Y los cánticos desquiciados, frenéticos, tenebrosos. Los cuerpos danzando en frenesí.

No era capaz de olvidar ese maldito zumbido, ni el hedor a muerte de sus fosas nasales ni la opresión, el calor ni la falta de oxígeno.

Se miró las manos, temblorosas y ensangrentadas, y de nuevo la furia apareció. Era incapaz de sentir compasión porque el miedo y el terror lo poseían. Solo podía sentir asco hacia sí mismo, un asco que lo cubría todo como una película de inmundicia que oscurecía el mínimo atisbo de luz.

Entró en la tienda real. Era austera, sin apenas ornamento. El suelo estaba cubierto de pieles de bisonte. En el centro ardía un fuego, aunque fuera incapaz de reconfortarlo. El lecho presidía el espacio y, sobre él, el diseño de un ojo negro que todo lo ve; el símbolo de la Tribu del Miedo. Toda persona que lo viera se sabría observada. En un lugar destacado se encontraban las armas

del rey: hachas, flechas, lanzas perfectamente ordenadas por tamaño y utilidad. Aunque ya no cazara, sí mataba y lo hacía bien.

Màara entró en silencio y se colocó frente a él. Cuando el rey se lo permitió, empezó a desvestirlo. Le quitó con ceremonia la hermosa piel de lobo de los hombros y la dobló con cuidado. Luego lo despojó del tocado. Colocó la cornamenta de uro en un lugar privilegiado, junto a las armas y al regresar junto a él se atrevió a mirarle el rostro. Tenía los párpados cerrados y unas largas y negras pestañas le acariciaban los pómulos.

Sin la máscara, el rey seguía siendo aterrador, aunque fuera un hombre muy apuesto, de ojos color miel endurecidos por el dolor. Los párpados, pintados de negro, le dotaban de una mirada profunda y difícil de eludir. Los cabellos, negros y lacios, largos hasta sobrepasar la cintura, brillaban a la luz de la hoguera. La mandíbula, siempre tensa, de líneas duras, pero los labios estaban relajados. Deseó besarlo pero no lo hizo.

A pesar del deseo que sentía hacia él, jamás se había atrevido.

Hacía ya tres inviernos que celebraron su unión, pero nunca habían yacido juntos.

La alianza se había pactado con el único fin de afianzar su reinado.

Le desató con lentitud la camisa de fina piel de cervatillo, y a medida que iba desnudando su cuerpo, unas terribles cicatrices quedaron al descubierto. Envolvían el torso y desdibujaban el bello tatuaje que otrora lució, transformando la piel en una maraña. El pezón izquierdo había desaparecido. La espalda no estaba mucho mejor. Esa espeluznante prueba física evidenciaba que el sufrimiento padecido había convertido a Taru en lo que ahora era, aunque no lo mostrara todo. Màara sabía que en el interior del rey las cicatrices eran más grotescas y dolorosas. Por ese motivo no permitía que lo mirasen. Estaba prohibido. Nadie excepto Taisha había osado hacerlo.

Cuando lo hubo desvestido, Màara cogió un paño y empezó a limpiarle la sangre de los brazos y también algunas salpicaduras en el rostro. Cuando acabó, él abrió los ojos y ella bajó la vista para hablarle:

—¿Deseas algo de beber?

El rey negó con la cabeza.

—Déjame solo.

—Hay algo que deberías saber...

—Vete.

Màara habría querido informarle de la marcha de su hija, pero no fue capaz de contradecir la orden y en silencio abandonó la tienda.

Solo entonces Taru cerró los ojos y soltó todo el aire que había estado conteniendo. Caminó hacia las pieles de dormir, y con dificultad se echó bocarriba sobre ellas. La rodilla le dolía, una bruja se la había destrozado un puñado de inviernos atrás, y cada vez que sentía las punzadas, recordaba la terrible tortura a la que fue sometido. De repente el agobio del encierro, el chasquido del látigo y el olor a carne quemada, su propia carne, inundaron sus sentidos como si no fuera solo un recuerdo y volviera a revivirlo. Abrió los ojos e inspiró una profunda bocanada de aire. Nada de todo aquello era comparable a la pérdida de sus seres amados.

Empezó a temblar y perdió la vista en el humo que escapaba hacia el cielo por la apertura superior de la tienda, como si fuera su propia alma la que huyera con él.

Estaba solo.

Por completo.

Taisha lo detestaba y Talu, su hermano, lo había abandonado.

Cuando se autoproclamó rey, el antiguo Líder de Guerra de la Tribu del Viento se marchó, llevándose consigo a su gente. Algunos se quedaron con Taru ante la amenaza que esgrimía del

inminente regreso de los espectros. El miedo a una nueva masacre los había transformado. Taru era el único que conocía de primera mano la temible mano de acero del Sur, y también el único que había regresado con vida de aquel lugar.

Esa fue la excusa, el motivo por el que se quedaron junto a él.

La imagen de su hija, enfrentándolo en la cueva: sin temor, valiente y aguerrida, inundó sus recuerdos y lo llenó de orgullo otra vez. La única emoción que se permitía sentir.

Durante todo el tiempo que permaneció en Oriente, la había creído muerta. Hallarla con vida años después tendría que haberlo aliviado, pero lo único que hizo fue acrecentar el terror a perderla de nuevo.

Se parecía tanto a su madre...

Era fuerte, decidida, sabia y con carácter. Una auténtica líder. Por eso mismo era difícil de controlar, pero Taru tampoco lo pretendía. No podía castigarla ni jamás le haría daño.

Nunca había herido a sus seres queridos, y aun así todos murieron por su culpa.

No fue capaz de salvar a Aisha —su primera esposa y madre de Taisha— en aquel terrible ataque. La vio morir frente a él, imposibilitado para hacer nada por evitarlo. Luego conoció a Sabba, la dulce y hermosa princesa de Oriente, la luz de su esperanza, a la que amó con absoluta devoción. Lo intentó todo por evitarle el peligro, pero la desgracia se abatió otra vez sobre él, y la perdió al dar a luz a su hija también muerta.

Todos a quienes Taru había amado, habían desaparecido.

Era mejor que Taisha lo odiara; así permanecería a salvo.

Al pensar en todos ellos, la desesperación le inundó el alma y la angustia le abrasó las entrañas. Un sudor frío le recubrió la piel y las lágrimas afloraron tras los párpados. Logró retenerlas a fuerza de atarlas con cadenas de voluntad y lanzó un alarido que erizó el vello a toda la tribu.

El Dios del Miedo daba poder, pero el precio era alto. Cuando se quitaba la máscara Taru quedaba expuesto ante su propia debilidad: la culpa.

TALU

Unas nubes negras, como las plumas del Hermano Cuervo, ocultaron la blanca luz de la luna que ya no se atrevió a asomar el rostro aquella noche. Taisha no podía culparla, pues en el Norte empezaba a regir la sinrazón.

Màara predicaba un imposible y Taisha ya había perdido la fe en ella. No podía sentir compasión por su padre, mucho menos estaba dispuesta a justificar su actitud. Podría haber sufrido lo indecible, pero no por ello tenía derecho a comportarse como un dios. Solo era un hombre débil y asustado, que suplía sus carencias emocionales con la dominación. No era poderoso ni sabio ni ningún líder, sólo un pobre hombre desquiciado que había regresado de entre los espectros y se había transformado en uno de ellos. Esos demonios le habían arrancado la mente y el alma; él mismo se había comido su propio corazón, para después llenarse el pecho de rocas.

Taru ya no era su padre: era un diablo.

El bramido del rey resonó entre las colinas y recorrió la pradera. Taisha calmó a su yegua, que se encabritó asustada al escuchar el espectral sonido que estremeció el mismo cielo. Presionó un poco los flancos y rompió en galope. Mientras volaban juntas sobre las altas hierbas, la joven lloraba; pero se negó a mirar atrás. Su futuro estaba junto a Talu: el auténtico líder de la Tribu del Viento.

Cabalgó toda la noche, sin descanso, y al despuntar el alba permitió que la yegua descansara.

Manzana era noble y Taisha se sintió culpable por haberla forzado de semejante forma. Se deslizó de la grupa y la abrazó por el cuello. Se manchó con su sudor pero no le importó.

Caminaron una junto a la otra durante un tiempo, entre las altas hierbas, hasta que Manzana alzó las orejas y resopló. Taisha siguió la dirección que apuntaba la noble mirada del animal y descubrió a tres jinetes que acababan de revelar su presencia tras un pequeño altiplano en dirección este.

Tenían que ser los del Viento.

La joven alzó ambas manos y mostró las palmas, a modo de saludo, para dar a entender que no haría uso del arco y las flechas que portaba en la espalda.

Cuando los del Viento se acercaron la miraron con sorpresa, pero también con temor.

—Portas el Ojo del Miedo a la espalda —aseveró el que parecía ser el cabecilla de la pequeña comitiva.

Taisha lo observó con detenimiento. El hombre gozaba de buena vista, tal vez llevara un buen rato observándola sin que ella se hubiera dado cuenta. Era el más mayor, tendría tres puñados de inviernos. Junto a él, una mujer de la misma edad, y un muchacho que no tendría más de dos puñados. Parecía una familia.

—Me dirijo a Roca Roja —dijo con humildad—. Deseo unirme a la Tribu del Viento.

La mujer miró a su pareja con convicción, no parecía dispuesta a dejar a una chica sola en la pradera. Sin embargo, el hombre no parecía muy conforme con la idea.

—No queremos nada de los del Miedo.

—Yo tampoco, por eso me he escapado —insistió Taisha—. Deseo hablar con Talu. Es mi tío, y estoy segura de que se alegrará al verme.

La compasión desapareció del semblante de la mujer, dando paso al miedo. Miró al joven con angustia, para luego posar la vista de nuevo en Taisha.

—Entonces, eres la hija de quien ha regresado de entre los espectros —dijo.

—Ese diablo ya no es mi padre —respondió con la voz endurecida por la rabia—. Me vendría bien que me acompañaseis hasta Roca Roja; mi yegua está cansada y no sé cuál es la ubicación exacta de vuestro campamento; si tenéis miedo, lo comprendo. Ya encontraré la forma de llegar.

El hombre tensó el semblante.

—Los del Viento no temen a los del Miedo —aseveró altivo—. Síguenos, te llevaremos con el Jefe de la Tribu del Viento.

Junto a Roca Roja: una mole de piedra del mismo color que se alzaba sobre la pradera, estaba situado el campamento de la Tribu del Viento.

Las tiendas de piel, decoradas con alegres símbolos, representativos de cada grupo familiar, salpicaban los alrededores del Río Padre, y dibujaban un círculo perfecto en cuyo centro los hombres apilaban troncos para una gran hoguera. Las mujeres jóvenes, recién levantadas, recogían agua en estómagos de ciervo para iniciar las labores matutinas en sus hogares mientras los ancianos vigilaban a los niños más pequeños.

Casi todos sonreían, hablaban animados, y algunos cazadores debatían cuestiones nimias sobre la reunión que iba a celebrarse esa misma noche. A la linde del río, una gran manada de caballos pacía con tranquilidad, y los niños de más edad jugaban con los potros más dóciles, desoyendo las advertencias de sus madres.

Cuando se percataron de la llegada de Taisha, todos sin excepción dejaron lo que estuvieran haciendo y la observaron con sorpresa; pero al ver el ojo que llevaba pintado en el chaleco, las miradas se tornaron recelosas. Las mujeres fueron las primeras en romper el inesperado silencio con gritos de alarma; los hombres se pusieron en guardia y los ancianos empezaron a cuchichear.

Taisha alzó el mentón, orgullosa, y miró al frente sin apearse de su montura. Entendía el alboroto y no podía culparlos, pero no estaba dispuesta a mostrar ni un ápice de debilidad.

El Rey del Miedo era muy odiado en la Tribu del Viento; y Taisha, por el momento, sería considerada una enemiga. Ambas tribus habían luchado en ocasiones, y la culpa siempre había sido de los del Miedo. Todo empezó con pequeñas reyertas: robos de caballos o incursiones en los territorios de caza. Los del Miedo ocupaban la región de las Montañas Sagradas, donde se encontraba el Útero de la Madre, pero los del Viento seguían considerando esos antiguos lugares sagrados como propios; no obstante, el rey no estaba dispuesto a compartirlos y ejecutó sin piedad a quienes se atrevieron a traspasar las fronteras que él mismo había impuesto. Tras varias venganzas, de las cuales ambas facciones solo obtuvieron muerte, Talu decidió ignorar a los del Miedo, dejándoles las Montañas Sagradas y los terrenos situados más al Norte.

Sin embargo, la pradera seguía siendo suya, y la defendería con uñas y dientes. Por el momento, el rey no había reclamado esos territorios; no disponía de tantos guerreros para atreverse, pero era cuestión de tiempo que su locura lo instara a hacerlo.

Durante el frío invierno, la Tribu del Viento se resguardaba en los bosques del Oeste, pero al llegar la primavera alzaban el campamento en la pradera junto a Roca Roja. La tribu era nómada, y siempre estaba en constante movimiento. Seguían a los grandes rebaños de bisontes y mamuts. Se movían con la rapidez y efectividad de un gran ejército que viajara a lomos del viento. No llevaban el Ojo del Miedo pintado a la espalda, pero nadie que se adentrara en su territorio

dejaba de ser observado.

Talu era el jefe. La antigua política había cambiado debido a la escasez de gente, y los títulos de Líder de Guerra, Líder de Medicina y Líder de Caza habían caído en desuso, aunque Talu no pudiera decretar nada sin antes consultarle al Consejo, compuesto por las personalidades más importantes de la tribu.

Uno de los miembros más destacados de dicho Consejo era Dunya: sobrina de Måara y experta curandera. Había sido acólita de Aisha, y por ese motivo fue la primera en acercarse a la recién llegada con una sonrisa que parecía sincera.

—¡Taisha! ¡Por los espíritus! —exclamó sonriente—. La última vez que te vi eras una niña y ahora ya eres toda una mujer. ¿A qué debemos tu visita?

La joven del Miedo reconoció a la mujer y le devolvió la sonrisa. Dunya le gustaba, siempre había sido muy cariñosa con ella.

—He venido a hablar con Talu —dijo, corroborando sus palabras al descender de Manzana y dejarla marchar con el resto de los caballos—. Quiero formar parte de la Tribu del Viento.

Dunya abrió la boca para responder, pero había quedado tan sorprendida por la declaración de la joven mujer que veía enfrente que no salió sonido alguno de su garganta. De inmediato comprendió lo que significaba la presencia de Taisha, y las consecuencias que traería, y la expresión de su rostro la delató.

La voz atronadora de Talu obligó a ambas a dar un respingo.

—¡Taisha! —bramó tras soltar un enorme tronco que, instantes antes, había cargado sobre los hombros desnudos—. ¡Pero si es mi pequeña comadreja!

La joven no pudo evitar que las comisuras de los labios se curvaran hacia arriba al girarse y ver a su tío caminar hacia ella. Siempre le había gustado el carácter de Talu. Como si de una broma de los espíritus se tratase, el parecido con Taru era espectacular, pareciera que hubiesen compartido el mismo útero. Aunque el jefe de los del Viento contara varios inviernos más que su hermano, su expresión era más juvenil, auténtica, similar hasta la exactitud a la de Taru antes de ser capturado por los espectros.

—¿Qué te trae por aquí, pequeña? —la cogió por los hombros y la miró de arriba abajo. Estaba radiante; se había convertido en toda una mujer.

—Taru está cada día más loco, me he escapado de los del Miedo y deseo unirme a vosotros.

El rostro del jefe se ensombreció por unos instantes.

—Tu padre no estará de acuerdo con eso.

La joven sonrió con altanería.

—Tú eres el auténtico jefe y es a ti a quien deseo seguir. Además, soy una excelente cazadora; sé domar caballos y también soy fuerte, puedo luchar.

Talu plegó los labios en el interior de la boca y se rascó la cabeza con la mano izquierda mientras fingía tomar una decisión. Un gesto que a Taisha le hizo gracia, pues se le antojó un niño grande. Luego el jefe alzó la vista y la fijó otra vez en ella, escrutándola.

—¿Estás segura de querer formar parte de la Tribu del Viento? —Talu sabía que eso le traería problemas con su hermano, pero la Tribu del Viento no le negaba la bienvenida a nadie que quisiera unirse a ellos, mucho menos si se trataba de Taisha.

—Nunca lo he estado más. —Taisha ya sabía la respuesta de Talu. Mientras la esperaba permaneció seria, pero en el fondo se sentía feliz y aliviada de haber podido escapar de la opresión del Miedo imperante en la tribu de su padre.

Entonces Talu reveló sus intenciones con una sonrisa.

—Pues ¿a qué esperas? —abrió los brazos, dispuesto a recibir a su sobrina—. ¡Dale a tu tío

un abrazo de oso!

Taisha sonrió hasta que le dolieron las mejillas, y se lanzó hacia el jefe ante la atónita mirada de los allí presentes. Tras alzar a su sobrina dos codos del suelo y espachurrarla contra el ancho torso, Talu miró a todos y cada uno de ellos.

—¡Esta es Taisha, mi sobrina! Esta noche la fiesta será en su honor, pues ha decidido unirse a la Tribu del Viento —bramó lleno de franca alegría.

Dunya entró en la tienda de Talu y Taisha quedó anonadada. La que antaño había sido acólita de Aisha, lucía bellísima. Vestía una espectacular prenda engastada en cuentas rojas y azules que formaban increíbles diseños geométricos. Se había maquillado el rostro con ocre, y los ojos azules lucían perfilados de negro, dando más intensidad a su mirada. El pelo rubio y ondulado lucía suelto, tan solo dos finas trenzas en las sienes acunaban un rostro perfecto. Tan embelesada había quedado Taisha ante la belleza de la mujer que no se dio cuenta de que traía para ella una prenda engastada en caracolas.

—Por todos los espíritus, ¿aún no te has peinado?

Taisha parpadeó mientras se mesaba el pelo, dubitativa.

—Sí. Lo he hecho —afirmó de pronto, insegura. En su tribu no se concedía importancia al atuendo si no era para resultar amenazante—. ¿No es adecuado?

Dunya meneó la cabeza con una mirada crítica a la sencillez del peinado de Taisha.

Luego sonrió, comprensiva, al recordar que la hija de su mentora hacía mucho tiempo que no vivía entre ellos.

—En fin, déjame a mí. Luego ponte este vestido, lucirás bellísima.

Taisha abrió mucho los ojos al recibir tan exquisita prenda. Jamás había vestido nada igual. Mientras Dunya se colocaba tras ella y empezaba a peinarle los largos cabellos con un cepillo de crin, de pronto le asaltaron las dudas.

—Es increíblemente precioso. Pero...

—Esta noche todas las miradas estarán puestas en tí, Taisha; no puedes ir como si fueras de caza.

—Lo cierto es que no me apetece llamar la atención.

—Lo harás si no te vistes y peinas de forma adecuada.

Taisha miró el vestido y se mordió el labio inferior, aún insegura.

—Disculpa, los festejos que se celebran en La Tribu del Miedo son... Allí no... Quiero decir que jamás me he puesto nada tan bonito.

—Pues ya es hora de que lo hagas, ¿no crees? Te gustará esta fiesta, ya lo verás. Talu es un excelente anfitrión.

Taisha no obvió la expresión de la mujer al nombrar a su tío. Se notaba que lo admiraba.

—Es un buen jefe, ¿verdad?

La expresión de Dunya se tornó soñadora.

—Lo es. Es valiente, honorable y... Le debemos tanto...

—Vaya, todo lo contrario que mi padre. —Taisha arrugó el entrecejo, de pronto enfurruñada—. El rey es cobarde, despiadado, y solo nos ha traído desgracias. Debería de haberse quedado en el Sur. No parecen hermanos, la verdad.

—Recuerdo a tu padre y no era tal y como lo describes. Tu madre, Aisha, lo amaba y ella era una mujer excepcional. Taru también lo era. Tiene que haberle sucedido algo terrible para...

—Exacto: «Era». Ahora no es más que un monstruo. Måara empezó justificando sus actos por lástima, y mira cómo le ha ido. Es otra cobarde como él. —Al intuir la tristeza en el corazón de la curandera, Taisha intentó rectificar—: Disculpa, Dunya, no he tenido en cuenta que eres su

sobrina.

—Tranquila, ahora centrémonos en ti. ¿De acuerdo?

Cuando Taisha estuvo peinada y vestida Dunya sonrió, satisfecha.

—Eres alta como tu padre y has heredado el bello rostro de tu madre. ¡Estás radiante!

—¿La recuerdas? —preguntó la joven, ilusionada—. Yo a veces tengo miedo de olvidarla.

—Es lógico, eras muy pequeña. Yo también era muy joven, contaría con unos trece inviernos, pero la recuerdo porque fui su acólita. Era una gran Líder Medicina y me enseñó todo lo que sé.

Taisha arrugó el entrecejo.

—No logro comprender cómo pudo mi madre amar a un hombre como Taru...

—No deberías hablar así de él. Seguramente te ama a su manera.

—Dudo que el corazón de Taru pueda albergar amor. —Taisha sintió resentimiento al decir aquellas palabras, pero en el fondo de su corazón le dolía haber tenido que llegar al extremo de abandonarlo. Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo.

Dunya, que intuía la rabia y el dolor de Taisha, suspiró e intentó animarla, intentando que lo viera desde otra perspectiva.

—A veces las cosas no son lo que parecen, Taisha. Observa a tu alrededor, escucha lo que tiene que decir el Viento, y él te dará la respuesta.

Talu y Levka, su mano derecha, paseaban entre la gente. El ambiente empezaba a caldearse. La pira hacía rato que había sido encendida, y sobre las brasas se asaba un enorme venado. La alegre música sonaba por doquier, y el alegre ritmo de los tambores hacía que los rostros lucieran animados y los cuerpos se moviesen al ritmo de la música.

Aquella noche se celebraba la entrada del verano. Era la fiesta más importante del año, pues los Espíritus del Calor despertaban, trayendo consigo a las grandes manadas a los pastos y los frutos a los árboles. Y también habían traído a Taisha.

Con una sonrisa en los labios, el jefe saludaba y dedicaba palabras de afecto a todos y cada uno de los miembros de la tribu, incluso reía y bromeaba con los más pequeños, quienes ya estaban deseando darse un buen festín. A pesar del afecto que sentía hacia su sobrina y la alegría que sentía por su regreso, también estaba preocupado.

—¿Estás completamente seguro, Levka? —preguntó a su amigo en un momento en que quedaron algo apartados.

Talu y su mano derecha eran amigos desde la infancia, aunque no parientes. Levka había pertenecido a Roca Roja antes de la invasión en la que perdió a toda su familia. El asunto que estaban tratando le afectaba de primera mano, y Talu albergaba ciertas dudas sobre la información que Levka estaba dándole. No podía culparlo pero podría ser parcial, y debía vigilar las vueltas de la hierba para comprobar que no escondieran una mangosta.

—Entiendo tu preocupación, Talu, pero créeme: mi fuente es fiable. Los de Arrecife han visto pasar una flota de canoas gigantes, procedentes del sur, rumbo al oeste. Ayer noche, cuando estabas de cacería, llegó un muchacho y me dio la información en persona. Y con el revuelo que ha provocado la llegada de tu sobrina esta mañana no he encontrado el momento adecuado para informarte antes.

—¿Y dónde está tu mensajero?

—No se quedó mucho tiempo, Talu. El suficiente para beber agua y tomar unas nueces. La Mujer Medicina de Arrecife le ha ordenado que informe del avistamiento a cuantas tribus le sea posible.

—Imagino que le advertiste sobre Taru. —El jefe de los del Viento era el único que osaba referirse al Rey del Miedo de ese modo, pues traía mala suerte nombrarlo. Levka no osó

corregirlo.

—Por supuesto que sí, aunque si he de serte sincero, los de Arrecife no conocen su fama.

—Si ese muchacho coge a Taru en un mal día, dalo por muerto.

—El rey tiene fama de loco pero no es estúpido.

—Jamás he dicho que lo fuera, pero el Espíritu del Miedo lo hace imprevisible. Taisha asegura que ha perdido la cabeza.

—Si el Norte no une sus fuerzas, no habrá nada que hacer contra el invasor. El espec... —Por respeto a Talu, Levka se corrigió—: Tu hermano debe comprender que su actitud no es lógica.

Talu iba a responder, pero justo en ese instante apareció Taisha, dejándolo mudo.

¡Cuánto había crecido su sobrina! Se había transformado en una bellísima joven.

Alta, esbelta, de mirada orgullosa, como la de su padre. Había heredado también los bellos rasgos de Aisha. Lucía espléndida con un hermoso traje de conchas de nácar que sonaban a cada paso que daba, y proyectaban hermosos destellos plateados. Llevaba la melena recogida en una trenza de espiga que, a la altura de la nuca, se deshacía hasta que los largos y ondulados cabellos del color del trigo caían en cascada por la espalda. No iba en exceso maquillada, únicamente los ojos estaban delineados con carbón, logrando que el verde iris resplandeciera como un lago de aguas cristalinas.

—He aquí la única persona que lo hará entrar en razón —dijo Talu, mientras la observaba acercarse a ellos.

—Es muy joven —valoró Levka con discreción—. No deberías cargar sobre sus hombros tanto peso.

—Créeme, Levka, es fuerte como una roca y su mirada es la de una leona: osada, decidida y carente de temor. Lo soportará.

Cuando la joven llegó hasta ellos, le dedicó a su tío una increíble sonrisa, y a Talu se le hinchó el pecho de orgullo.

—Eres la viva imagen de Aisha.

Taisha amplió la sonrisa y en las mejillas se le marcaron dos graciosos hoyuelos.

—Gracias por el cumplido. Lo cierto es que no acostumbro a... —Echó un vistazo a la prenda tan delicada que Dunya le había prestado y se encogió de hombros— a vestir así.

—Pues deberías. Eres la mujer más bella que ha conocido la Tribu del Viento. ¿No es así, Levka?

Su amigo estaba deslumbrado y miraba a Taisha con auténtica devoción.

—No cabe duda de que ha sido una buena incorporación. Muchos hombres van a pelear por sus favores, y eso es bueno. La Tribu del Viento necesita más hijos.

Taisha soltó una risa nerviosa y se sonrojó ante el mejor amigo de su tío, quien dominaba a la perfección el arte de la adulación. Tenía que reconocer que si no hubiera sido por su tono de burla, y su preciosa sonrisa, se habría mostrado ofendida. Aun así dejó bien clara su postura:

—No me interesa la unión con ningún hombre, ni tampoco la maternidad. Seré más productiva para la tribu en la caza.

—No cabe duda, tu fama de excelente cazadora te precede —dijo Levka, cordial—. Aunque, si cambias de opinión, me gustaría ser el primero en saberlo.

Talu miró a su mejor amigo, divertido.

—Levka, te lo advierto: no creo que lo logres. Es tozuda como su padre.

Antes de que el amigo del jefe replicara, Taisha respondió:

—Esta sobrina tuya sabe defenderse muy bien, y todavía no la has visto manejar el arco.

Ambos hombres rompieron a reír, y Taisha sintió que el corazón se le ensanchaba.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una alegre conversación. En la Tribu del Miedo, pocas veces se escuchaban risas; mucho menos se celebraban festejos, a no ser que fuera para ejecutar a alguien o invocar al Dios del Miedo. Además, Talu le recordaba a su padre antes de transformarse en un espectro. Había sido una buena decisión regresar con la originaria Tribu del Viento.

—Basta ya de hablar y vayamos a comer —declaró Talu, ofreciéndole el brazo a su sobrina, quien lo aceptó de buen grado—. ¡Ese venado nos espera!

Caminaron hasta colocarse junto al resto de los miembros del poblado. A Taisha le sorprendió que el jefe se comportara como uno más y no ocupase un lugar destacado entre su gente. Pronto comprendió que ese gesto le daba aún más confianza entre ellos.

A medida que se aproximaban al centro, muchos empezaron a dedicarle a la joven acompañante del jefe miradas curiosas, y Taisha se sintió incómoda. Odiaba ser el centro de atención. Pero pronto dejaron de considerarla una novedad y se centraron por completo en la celebración donde ella finalmente también participó.

Tras comer, beber, bailar y charlar animadamente con un grupo de jóvenes de su edad que resultaron ser muy agradables, Taisha se acercó a Talu, quien comentaba con Dunya no muy lejos de allí algo referente al Consejo. Estaba cansada e iba a decirle que deseaba retirarse, cuando él le pidió que lo acompañara a dar un paseo. Sabía que Talu quería información y no pudo negarse.

—Sobrina, cuéntame: ¿cómo está Taru? —preguntó directo cuando estuvieron lejos de oídos y miradas indiscretas.

La joven borró la sonrisa que hasta el momento había lucido en el rostro. Frunció el ceño y la mirada le brilló de pura rabia.

—Ayer noche mi padre ejecutó a Igur: el Jefe de Caza, porque un águila arpía se llevó a una niña durante una excursión por el Bosque Húmedo.

—¿Igur, el héroe Dientes de Sable?

—El mismo.

—Es uno de los más diestros cazadores que he conocido —comentó Talu—. Era el mejor siguiendo rastros. Y fuerte como un oso. No negaré que la pérdida de una niña sea una terrible desgracia, pero ejecutar a un cazador tan valioso me parece ilógico.

—Mi padre ha perdido la cabeza. No atiende a razones.

—Por lo que me cuentas, parece que está destruyéndose a sí mismo y, lo que es peor, arrastrando a su propia tribu a la perdición. Debemos evitarlo.

Taisha resopló, frustrada.

—No sé de qué forma, Talu. Nadie se atreve a plantarle cara.

—¿Cómo es posible que su gente lo respete y le siga? ¿No se dan cuenta de lo que sucede?

—Ya sabes que llegó del Sur totalmente desquiciado, ni siquiera quería vivir; si no hubiera sido por Màara, se habría quitado la vida. Se volvió callado y misterioso; empezó a salir solo de caza y a sustentar a la tribu. Pero era osado, arriesgaba su vida de una forma tan audaz que los más jóvenes empezaron a seguirlo ciegamente. Al principio lo respetaban, pero ahora lo temen. No tendrías que haberte marchado, Talu.

—Muchos me siguieron, Taisha. Los que se quedaron con él y Màara tomaron su decisión.

—No lo comprendes. No sabes cómo es ahora. Es... aterrador, manipulador, ególatra; maneja el miedo como nadie. Se comporta como un auténtico loco, y aun así, la gente lo sigue.

—¿Sabe él que estás aquí?

Taisha resopló y en el rostro se le reflejó la preocupación que la embargaba.

—Màara sí lo sabe —confesó—. Intentó impedir que me marchara.

Talu miró a su sobrina con inquietud.

—Ha sido como una madre para ti —señaló—, ¿crees que te delatará?

—Está por completo alejada de la realidad; el miedo le come las entrañas y es incapaz de hacer otra cosa salvo complacer a su esposo.

—Entonces, Taru no tardará en venir a por ti —valoró pensativo—. Él te ama, a su manera.

Taisha temió que Talu intentara convencerla para que regresase.

—No pienso volver con los del Miedo, Talu. —Su mirada reveló cierta súplica, pero su tono de voz expresó una gran determinación—. Si quieres que me marche, buscaré otra tribu, pero no me obligues a regresar con mi padre porque no lo haré.

Talu la tranquilizó con la mirada.

—No irás a ninguna parte, Taisha. Ahora formas parte de la Tribu del Viento; en realidad siempre ha sido así. Cuando tu padre venga a por ti, hablaré con él.

—¿Hablar? —Taisha dejó escapar una risa nerviosa—. Taru no atenderá a razones. Sabes que te atacará, habéis luchado antes por menos.

—Tendrá que hacerlo, porque el auténtico peligro acaba de llegar, y no venceremos si no nos mantenemos unidos —Talu miró a su sobrina, esta vez con determinación—. Debes ayudarme a convencerlo de que se una a la lucha. Los espectros del Sur han regresado.

DESEMBARCO

Tras comprobar que no había indígenas a la vista, un nutrido grupo de expedición inspeccionó la playa. Una vez los exploradores aseguraron un perímetro, los soldados tardaron solo dos días en talar gran parte del pinar colindante y construir un fuerte en cuyo interior se levantó el campamento más grande que jamás había visto el Norte.

El desembarco fue más rápido de lo que Sabba había esperado, teniendo en cuenta la cantidad de personas, animales y armamento que transportaban. Setenta y cinco botes de siete metros de eslora tardaron solo media jornada en trasladar lo que traían consigo los cinco grandes buques de guerra procedentes del Sur.

Caballos, cerdos, ovejas, gallinas, armas, cañones..., incluso un gran séquito de prostitutas seguía a los soldados. La mayoría de ellos venía con sus esposas e hijos con la intención de formar una nueva colonia. Esta vez no venían únicamente a por esclavos, sino a quedarse. Rey de Hierro, con el general Kaerkes Égica, era quien lo financiaba. Con ochocientos soldados de infantería pesada, formaban el grueso de la expedición. También venían mercenarios del reino de Hanol con el general Yuu Hee al frente de seiscientos espadachines y noventa artilleros; y en representación del pueblo de Oriente, el gran Amir Abasí lideraba la caballería compuesta por unos quinientos jinetes a lomos de unicornios puros. Sabba pertenecía a esas tropas y traía consigo a Brisa, hermana del potro que perdió años atrás a manos de su cruel madre. Procuró no interactuar de forma directa con Abasí, pues lo conocía en persona al ser miembro de la casa Sissa y primo de Said.

La princesa se alegraba de que la invasión no fuera más al Norte. Aun así, ese era el continente de Taru y sentía que estaban profanando sus tierras. Sabía que tarde o temprano el Sur arrasaría con todo. Los indígenas lucharían, pero no podrían contra semejante ejército, y su cultura sería borrada para siempre. Ya había ocurrido en otros lugares; esta vez no sería diferente.

El sol besaba el horizonte y Sabba, con el alma llena de dudas, caminó hacia el cortado que se alzaba sobre el bosque sesgado, y clavó la mirada en dirección norte.

No podía verlas, pero sabía que allí se encontraban las inmensas planicies que tantas veces Taru le había descrito: los dominios del Viento. Un viento que sacudió los mechones que escapaban del recogido reglamentario y que viajaron en la dirección correcta: hacia él. Sabba cerró los ojos y oró a la Diosa Spes en silencio. Le rogó que a su amado le llegara el mensaje que susurraba su llegada, y como si la bondadosa Diosa de la Esperanza hubiese respondido a su plegaria, el viento viró de forma abrupta para golpear el rostro de Sabba. Entonces lo supo. Pero así como tuvo la certeza de que Taru seguía con vida, también entendió lo que ese soplo helado traía consigo: un mal presagio que la aterrorizó.

El corazón de la princesa empezó a latir con rapidez. Se llevó la mano temblorosa al pecho y apretó el colgante de Aisha con la intención de tranquilizarse.

En ese mismo instante Xenia se acercó, con la pequeña Sinda de la mano.

Sabba se agachó y, sin mediar palabra, abrazó a su hija.

—¡Mamá, me estás ahogando!

La princesa aflojó el abrazo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Ya te has olvidado de nuestro juego? —la regañó, cariñosa—. Ahora soy papá y Xenia es mamá.

—Papá es el Kais de Ciudad de Oriente.

Sabba inspiró hondo. Apartó, cuidadosa, un pequeño mechón de la frente de su hija, y le dedicó una sonrisa triste.

—¿Lo echas de menos?

La pequeña no respondió a la pregunta, solo frunció el ceño, apretó los labios y pateó una piedra que había en el suelo.

Said la colmaba de regalos y la trataba con cariño, pero cuando la niña cumplió dos años se trasladó de forma definitiva con Abhar, su amante, a Ciudadela Esmeralda, donde poseía una de las minas más importantes de Oriente, y apenas las visitaba. Sabba no hizo nada por reforzar el vínculo, su intención siempre fue la de abandonar a su esposo para regresar con Taru. De esta forma la niña no se encariñó demasiado con el *Kais*.

Esos cinco años habían pasado muy deprisa, y Sinda era una criatura preciosa. Mihn solía decir que era tan bonita como su madre y tan seria y reservada como Taru. De pelo castaño y lacio, y ojos color miel, era idéntica a Taru. Sabba se sentía feliz de que así fuera, pues la pequeña había sido su único consuelo tras la injusta separación que ella misma propició, y su única razón de ser. Cuando miraba a su hija lo veía a él, y se le llenaba el corazón de amor y esperanza. La miró, una vez más, con cariño y vio que en las manos llevaba el caballo de madera que Taru había tallado. A la pequeña le encantaba y solo lo soltaba para dormir.

Jamás le había podido hablar de él, Said habría montado en cólera si hubiera escuchado de los labios de la pequeña el nombre de su auténtico padre. Pero pronto lo haría, aunque antes deberían dar con la Tribu del Viento.

Solo los Dioses sabían lo mucho que lo echaba en falta. Recordó el día en que tomó la decisión de hacerle creer que tanto ella como su bebé habían muerto tras el alumbramiento, y de nuevo el corazón se le atragantó. El plan fue ideado por Xenia, pero coincidió con su antigua dama de compañía en que la única forma de salvar la vida de Taru era hacerle creer que estaban muertas, de esa forma él regresaría al Norte y cuando el *Kais* bajase la guardia ellas podrían partir en su busca.

Se vio obligada a mentirle, de forma tan cruel que la reacción de Taru aún la atormentaba. Pero no podía cambiar el pasado, debía asumir el presente y ser consecuente con el futuro.

Era posible, y ese pensamiento le abría una herida de terror en el alma, que Taru no llegara a perdonarla. Pero al fin estaban en el Norte y no se rendiría. Lo buscaría sin descanso y daría con él.

Se había hecho pasar por un caballero sin tierras y con afán de gloria: Alí Hasbún, señor de Saru: un noble rural, caído en desgracia a causa de las deudas contraídas por su padre fallecido, que ansiaba recuperar el honor en las salvajes tierras norteñas. De esa forma, la princesa logró enrolarse en el ejército, trayendo consigo a Xenia, quien se hacía pasar por su esposa, y a Sinda: la hija de ambos. También la acompañaba Mihn, su escudero, quien tenía con el señor de Saru una deuda de sangre y vida.

—¿Cuándo será el momento de partir en su busca? —preguntó su amiga.

Sabba acarició la dulce carita de Sinda y le dio un beso en la mejilla.

—Pronto, Xenia. Muy pronto.

—Tened cuidado, mi señora. No me fío de nadie aquí.

En el rostro de Sabba se dibujó la angustia.

—Oh, Xenia, ¿crees que Taru estará bien? ¿Crees que seguirá con vida? La incertidumbre me tortura día y noche.

—¿Qué os dice el corazón?

Sabba cerró los ojos, se llevó la mano al pecho para apretar, una vez más, el colgante de Aisha y, de súbito, un aroma a sauce y hierba mojada, con un ligero toque de almizcle, le invadió las fosas nasales. Si algo la preocupó de nuevo fue la repentina gelidez de la brisa, pero el anhelo era demasiado poderoso y obvió ese mal presagio. Abrió los ojos y asintió con determinación.

—Está vivo, Xenia. Puedo sentirlo.

Mihn se adelantó para dedicarle a Xenia una significativa mirada; la dama de compañía comprendió al instante y se retiró con Sinda hacia el campamento.

—¿Cómo te sientes, Sabba? —preguntó el de Hanol, colocándose junto a ella.

—Aterrada.

—La victoria es para quienes asumen el riesgo de la derrota. Has sido muy valiente.

Sabba asintió y miró a Mihn con un gran respeto.

—Sin embargo, tú te has arriesgado por nada. Siempre estaré en deuda contigo.

Él sonrió, como siempre enigmático. Nada sabía la princesa de Mihn, excepto que había formado parte de la guardia personal del *Kais*. Era sabio, inteligente, y el mejor luchador que había conocido, aunque también fuera muy reservado y parco en palabras. Además su carácter altruista también la intrigaba.

—Aprecio a Taru —admitió él—, también a Xenia, la pequeña Sinda, y vos —añadió tras una larga pausa—. Ningún lugar me mantiene arraigado, mi señora, y pertenezco a un pueblo de mercenarios. ¿Riquezas? ¿Poder? Hace años que renuncié a todo eso para seguir el dictado del honor. Es el único camino que nos conduce a nuestro auténtico destino.

Sabba estudió su hermoso rostro, cada vez más intrigada. A medida que iba conociéndolo, se daba cuenta de que jamás había conocido a alguien con tanto carisma, tanta nobleza. ¿Era Mihn quien realmente decía ser?

—Te respeto profundamente, Mihn. Eres mi maestro y también te considero un gran amigo. Te doy las gracias.

El de Hanol sonrió, achicando aún más sus ojos rasgados. Sin embargo, esa sonrisa escondía algo más profundo que Sabba fue incapaz de definir.

—Bien, centrémonos en el plan —dijo al fin.

—Maestro...

—No es buena idea explorar estas tierras en busca de la Tribu del Viento con Sinda, puedes poner a la pequeña en peligro. Debes dejarla al cuidado de Xenia en un lugar seguro. Y mantener tu falsa identidad hasta que encuentres a los nativos —indicó Mihn de forma diligente, pensando sobre todo en la seguridad de la princesa—. De todas formas no sabes si Taru sigue con vida o si su tribu, o lo que queda de ella, está dispuesta a aceptarte, ni mucho menos escucharte. Tienes dos opciones a cada cual peor. —Sabba sonrió ante la ironía de Mihn, pero no lo interrumpió. Siempre hacía lo mismo: verbalizar las dificultades, de esa forma repasaban el plan—. Como señor independiente del reino de Oriente, estás libre de vasallaje, por lo que tienes la posibilidad de organizar una partida de reconocimiento por tu cuenta y riesgo. El General Yuu Hee no te lo impedirá, incluso te proporcionará algunos caballeros exentos de tributo. De esta forma, no correrás el riesgo de levantar sospechas, ni se te podrá acusar de desertar. Sin embargo, no podrás controlar a tus compañeros en el momento en que contactes con los nativos, así que esta primera opción no te conviene. La segunda es desertar, pero pondrías en serio peligro a Sinda y Xenia.

—Creo que lo mejor es partir yo sola, y dejarte a ti al cuidado de ambas. Cuando dé con Taru

me aseguraré de regresar a por ellas, y tú serás libre de seguir tu camino.

Mihn la miró, divertido.

—¿Acaso he venido hasta aquí para hacer de niñera?

Sabba sonrió.

—No se te da nada mal.

El rostro de Mihn se tornó de nuevo serio.

—No puedes adentrarte tú sola en tierras salvajes —valoró—. Es un suicidio.

La princesa soltó una carcajada musical.

—La victoria es para los que arriesgan, maestro.

—No dudo de tu capacidad, Sabba. Es la debilidad del plan lo que me preocupa. La seguridad de Sinda es primordial, y nuestro objetivo es encontrar a Taru antes de que nos maten.

Sabba se mordió el labio inferior.

—Tienes razón, vamos a ciegas. Pero no hemos llegado tan lejos para mirar hacia el horizonte. No voy a dejar a mi hija ni a Xenia desprotegidas en un campamento lleno de soldados. Debemos permanecer unidos.

—Es un riesgo.

—Un riesgo más controlable, maestro. Está decidido. Prefiero morir defendiéndolas, que dejarlas atrás y partir angustiada.

Mihn la miró, orgulloso. Esa era la misión de Sabba y, aunque como maestro debiera guiarla, ella era quien tomaba las decisiones.

—Así sea.

Aguardaron una semana, en la que Mihn recabó información en el campamento del general Kaerkes Égica. El Rey de Hierro financiaba la invasión, por lo que sus huestes eran quienes más rumores compartían. El de Hanol averiguó que empezarían las incursiones finalizado el verano, aunque no atacarían abiertamente hasta acabar el otoño. Podría haber cambio de planes, según los acontecimientos y el clima. Eran tierras salvajes y desconocidas, debían adaptarse y preparar una buena defensa por si eran atacados. Las tribus estaban dispersas, tampoco esperaban una unión de las mismas, así que acabar con ellas una a una sería fácil.

Aunque todo fuera una mera especulación, apenas sabían de ellos.

No era un continente muy habitado, contaba con abundantes recursos naturales y animales. El comercio de pieles era importante, pero lo que realmente buscaban era plata y eso les llevaría tiempo.

Una noche de luna llena, Sabba y los suyos partieron rumbo al Norte. Avanzaban durante la noche y descansaban por el día, aunque, tras abandonar los grandes bosques, cambiaron la rutina. No era seguro descansar a la luz del sol en la pradera.

Cuando Sabba vio las inmensas llanuras por vez primera, el corazón le pulsó con rapidez. Jamás había visto nada igual. Un océano verde salpicado de flores de mil colores se extendía ante ellos como una gigantesca alfombra tejida por hadas. El viento, siempre constante, acariciaba las altas hierbas, que se mecían como las olas del mar, y el cielo era tan inmenso y azul como jamás había visto. Era un lugar extraordinario e intimidante; colmaba el alma de Sabba con su belleza y grandiosidad, pero hacía empequeñecer su corazón por esa misma razón, como si fuera el hogar de una poderosa divinidad femenina a la que no era conveniente enfadar.

El Norte era bello y salvaje, pero provocaba en la princesa emociones contradictorias. Estaba embelesada, pero también preocupada como el día en que quedó atrapada con Taru en aquella cabaña de pastores, durante la tormenta, cuando se entregaron el uno al otro por vez primera.

¿Qué sucedería en el futuro? ¿De qué forma sobrevivirían en un lugar tan inhóspito?

¿Cómo encontrarían alimentos y agua? ¿De qué forma mantendrían un fuego si no había árboles? ¿Serían bien recibidos por los indígenas?

Una y otra vez, todas esas preguntas asolaban la mente de Sabba.

—Me aterra la idea, Mihn, y al mismo tiempo deseo que encontremos pronto a los nativos, sean quienes sean. Lo que llevo peor es la incertidumbre. —Sabba se atrevió a verbalizar sus preocupaciones después de hacerle un gesto a su maestro y adelantar ambos las monturas unos cuantos pasos para no preocupar a Xenia más de lo que estaba—. Este lugar es totalmente desconocido para mí. Tengo miedo, y a la vez me siento eufórica y llena de vida. Siento que va a estallarme el corazón de un momento a otro.

Echó la vista atrás y miró a su amiga, quien cabalgaba con la pequeña Sinda. Sonrió a ambas y saludó a su hija con la mano. La niña respondió con una risa encantadora. La pequeña era ajena a las preocupaciones de los mayores, y se lo estaba pasando muy bien montada en el caballo de Xenia.

—El miedo es una emoción inútil, Sabba. Por el momento aferraos a la euforia.

La princesa resopló, frustrada.

—Esta mañana hacía un sol radiante pero ahora parece que va a llover, y no sé si nuestra tienda estará preparada para cuando el cielo descargue...

A pesar de sus temores, más bien traídos por el recuerdo de la tormenta que vivió en el Sur años atrás, el lugar era maravilloso. El viento mecía la hierba y podía escucharse el zumbido de los insectos polinizadores.

Aun así, Sabba se sentía intranquila.

—Me preocuparía si las nubes estuvieran al norte —valoró Mihn—, pero se alejan por el sur. No lloverá.

—Es un alivio. Aunque no tenga la menor idea de qué haremos cuando se nos acabe la leña que llevamos en las alforjas; y en cuanto a la caza, no sé qué clase de animales podríamos encontrarnos en este océano de hierba. Y los grandes felinos también me preocupan. —Era cierto. Lo más salvaje que había conocido Sabba era Taru. La princesa era osada y valiente, pero siempre había vivido entre algodones, y jamás había estado en un lugar como ese; ni mucho menos se había enfrentado a ningún depredador.

—Al este hay un gran río, tardaremos media jornada en llegar, no os preocupéis por esas cosas. Allí habrá agua y algunos árboles. Podremos encender un fuego que mantendrá alejados a los animales. Eso si no aparece un rinoceronte. No son muy amigables cuando se topan con una hoguera.

—Me siento indefensa y cautiva de la naturaleza. Y a la vez tan libre... ¡Soy tan ridícula!

Desde lo alto se oyó el grito del águila. Era como si la rapaz se riera de los temores de la princesa. Mihn sonrió, divertido, ante lo que le pareció una coincidencia. O tal vez no lo fuera.

—¿No te habló Taru de su vida en el Norte? —intentó distraerla.

«Es salvaje y antiguo. No existen las ciudades, la gente vive a la intemperie, en comunión con el cielo, el fuego y el agua. La tierra no pertenece a nadie y las personas pertenecen a la tierra. Cada criatura, desde el más pequeño insecto al más poderoso de los felinos, incluso las piedras, tiene su propio espíritu. Todo es sagrado: las montañas, los ríos, la brisa... Mi pueblo habitaba las vastas planicies y se hacía llamar Tribu del Viento. Ojalá pudieras verlo, princesa. Ojalá fuera eso posible». Las palabras de Taru resonaron en su cabeza, grabadas en su memoria como si las estuviera escuchando de su boca el día de la tormenta.

Y al fin Sabba respondió:

—Aquí vivía con su familia. Tuvo una esposa que murió, embarazada, a manos de los

invasores, y una hija: Taisha, a la que también asesinaron. Pocas veces le pregunté sobre su vida pasada; no quería hacerlo sufrir. Me enseñó algunas palabras en su idioma, pero ya no las recuerdo.

—Las gentes que habitan las grandes llanuras son fuertes, poderosas, auténticos supervivientes —dijo Mihn—. Son nómadas, no permanecen en el mismo lugar por mucho tiempo, siempre están en constante movimiento, siguiendo a las grandes manadas. Viven en comunión con la tierra, casi forman un solo ser con ella y el resto de animales que la habitan. De esa forma tienen ojos por todo. Si hay alguien cerca, cosa que no dudo, ya habrá dado la voz de alarma a la tribu.

Sabba se estremeció.

—¿Y si no son amistosos? —murmuró temerosa de que Xenia y Sinda la escucharan—. Hace años que nuestros pueblos los masacraron. No lo habrán olvidado. No me da miedo luchar, sé defenderme, pero temo por Sinda. No quiero ni imaginar que algo malo pudiera sucederle...

—Es un riesgo que asumimos desde el principio, Sabba. Sin embargo, un hombre acompañado por dos mujeres y una niña no representa una amenaza real para ellos.

—Ojalá no te equivoques.

El de Hannol la miró con altanería.

—¿Y cuándo lo he hecho?

A lo lejos apareció una manada de Mamuts. La pequeña comitiva del Sur, con los corazones pulsando de alegría, se adelantó para verlos mejor, siempre a una distancia prudencial y con el viento a favor. Se trataba de un grupo de quince hembras, con varias crías, una de ellas tendría unos pocos días de edad, y seguía a su madre con torpeza. El resto la esperaba y protegía. A la cabeza la matriarca. La hembra principal era la más grande, mediría unos cinco metros de altura, hasta la cruz, y los largos colmillos, aunque no tan grandes como los de los machos, eran impresionantes.

Sabba miró a Sinda, que en aquellos momentos lucía un brillo especial en los ojos, y sonrió. La pequeña estaba deslumbrada, emocionada; jamás había visto nada igual, y en aquel mágico instante la princesa sintió que, pese a los peligros que sin duda surgirían, el viaje había valido la pena.

Al caer la tarde, tal y como había predicho Mihn, llegaron al río. Era amplio, mediría unos cincuenta codos de ancho, y llevaba mucha agua. Descendía del norte, y Mihn pensó que podría nacer en las montañas. En aquel lugar formaba un amplio meandro y las aguas fluían tranquilas, pero el cauce era caudaloso.

Montaron el campamento junto a una bonita playa arenosa, rodeada de juncos que se mecían con el viento, bajo un bosque de chopos. El canto insistente de los gorriones, que se preparaban para la llegada de la noche, los sorprendió, pues hasta el momento no habían visto tantos pájaros. Al parecer allí vivía una gran colonia. También había ardillas rojas y grises, que no les dejaron tranquilos, sobre todo cuando Xenia sacó las nueces que traía consigo; y en uno de los laterales un enorme nido de castores formaba un dique que a Sabba le pareció una maravillosa obra de ingeniería hidráulica.

Después de cenar, la princesa se acomodó junto a la hoguera y sacó una brújula. La colocó sobre la hierba y se quedó mirando, pensativa, la aguja que siempre apuntaba al norte.

—Taru me habló de una cordillera —explicó—. Por lo visto, la tribu se resguarda en unas cuevas para pasar el invierno. Lo que me hace pensar que esto tiene que ser inmenso para no vislumbrarla aún en el horizonte.

—Ya estamos en su territorio, nos encontrarán ellos antes —indicó el de Hannol—. No creo que ahora se encuentren en las montañas, sino más bien acampados en algún lugar de estas

llanuras. Y habiendo Mamuts cerca, no estarán lejos.

—En cualquier caso —se aventuró a decir Xenia, que había acostado a Sinda y acababa de unirse a la conversación que mantenían Sabba y Mihn—, ¿de qué forma nos haremos entender?

—Ese es el menor de los problemas —aseguró Mihn—. Ahora mismo lo que nos interesa es la supervivencia inmediata. Estamos en un territorio salvaje, solos, dependemos los unos de los otros, así que cuidado de la hoguera; al caer la noche, los pumas suelen atacar y solo el fuego los persuade.

—¿Has dicho «pumas»? —susurró Xenia, aterrada.

—Pumas, leones, dientes de sable...

—Y qué decir de los rinocerontes —apuntó Sabba, medio en broma—. A estos no les gusta mucho el fuego.

—¡Por los Dioses! —Xenia la miró con el horror pintado en el rostro—. ¡Estoy deseando encontrar a esos salvajes de una vez por todas!

—Intentad descansar —aconsejó Mihn, poniéndose en pie—. Yo voy a darme un baño.

—¿Y si hay cocodrilos? —preguntó Xenia, muerta de miedo.

Mihn sonrió, entre malicioso y divertido.

—Si doy con uno, tendremos la cena de mañana asegurada.

Mihn observó a los caballos. Pacían tranquilos, junto a la orilla, y tenían los músculos relajados. No había peligro alrededor.

Se despojó de la ropa, la colgó en la rama de un arbusto y se liberó el pelo.

La sensación que sintió al notar la piel desnuda acariciada por la brisa, y el pelo suelto rozarle las nalgas, fue algo que sorprendentemente disfrutó. Hacía mucho tiempo que no se sentía así: tan libre, tan lleno de algo que era incapaz de definir. En realidad, dudaba que lo hubiera experimentado alguna vez. ¿Podría tratarse de placidez?

Se adentró en el río, despacio, gozando del frescor en los pies, en las rodillas, hasta que se zambulló por completo. El agua no era demasiado fría y estaba limpia. Tampoco la corriente era muy fuerte en aquel recodo, y la profundidad: perfecta. Tras bucear varios metros y sentir el líquido elemento envolver su cuerpo, empezó a nadar con unas fuertes brazadas.

Cuando pensó que ya era suficiente, se colocó bocarriba y se dejó llevar por la ligera corriente, mientras clavaba las pupilas en el cielo. Las estrellas lucían magníficas, como pequeñas joyas que pendieran de una inmensa colcha de terciopelo negro. La luna menguante parecía el cuerno de un uro y apenas proyectaba luz. Los ojos de Mihn se acostumbraron a la oscuridad, y fue capaz de percibir a su alrededor con claridad. El Norte era majestuoso, salvaje y primitivo. Al contrario que a Sabba, que a pesar de apreciar su belleza, la intimidaba, a Mihn lo hacía sentirse bien. Aunque, en el fondo de su alma, estuviera intranquilo. Tenía motivos de peso.

Jamás olvidaría la mirada de Taru el día que lo acompañó a embarcarse rumbo al Norte, tras conocer la falsa muerte de Sabba y su bebé. El Norteño no dijo nada cuando Mihn se despidió de él; estaba destrozado y el sentimiento de culpa acompañaba al de Hanol desde entonces. Siempre había despreciado el engaño y la intriga. Mihn era incapaz de fingir, y aquel día se odió a sí mismo por el inmenso dolor que estaba ayudando a provocar en el norteño. Aunque la treta hubiera sido ideada por Xenia y Sabba y él no hubiese tenido nada que ver, aún hoy le dolía recordarlo; pero había sido necesario para salvar la vida de quien, por aquel entonces, era su único amigo. Tal vez Taru hubiera decidido acabar con su propia existencia, pensó no por primera vez. Pero ahora, al contemplar esa tierra: el Norte, tan hermosa y revitalizante, Mihn confiaba en que hubiera logrado sanar su alma rota.

El de Hanol jamás pensaba en sí mismo. Desde muy joven había sido un mercenario, un sicario que se vendía al mejor postor. Había hecho cosas horribles que guardaba bajo candado en el fondo del corazón y que no estaba dispuesto a abrir. Cuando empezó a trabajar para el *Kais* de Ciudad de Oriente, como miembro de su guardia personal, pensó que sería una ocupación tranquila. Se equivocó.

La familia de Mihn lo dejó en un monasterio cuando tenía tres años. En esos lugares se entrenaba a los niños en el arte de la guerra, y solo los más sabios, los más prudentes y los más fuertes de espíritu salían vivos de aquel lugar. Su carácter se forjó en la disciplina, el trabajo, la austeridad y la meditación. Mihn sabía muy bien lo que su familia esperaba de él, pero también sabía quién no deseaba ser. Por eso se marchó, agradecido por las enseñanzas allí recibidas, y

solo ahora era consciente de las carencias. Jamás había conocido el amor, ni había sentido una caricia, ni había escuchado palabras de afecto dirigidas hacia él. Nunca le importó, ni se había despertado su curiosidad hasta que fue testigo del gran amor que Taru y Sabba sentían el uno por el otro. Entonces Mihn descubrió que la vida que había llevado hasta ese momento carecía de sentido y decidió ayudar a sus amigos. A sus únicos amigos.

Cuando empezó a sentir frío, el de Hanol fue consciente del tiempo que había permanecido absorto en sus pensamientos y se dispuso a salir del agua. En el momento en que puso los pies sobre la arena, escuchó el resoplido amistoso de un caballo y se tensó. Atento, observó a su alrededor y no percibió nada extraño. Pero al posar la vista en los animales, descubrió que uno de ellos no era del grupo. Una yegua pintada de dos colores se había unido a la pequeña manada y pacía plácidamente junto a la de Sabba. La diferencia de tamaño era considerable. Era altísima, tenía las patas peludas y la crin muy abundante. Y de su lomo colgaban unas alforjas.

Con los cinco sentidos en alerta, de súbito escuchó un sutil ruido y supo que había alguien allí, observándolo. Decidió no dar a entender al recién llegado que se había percatado de su presencia, aunque localizara su posición de inmediato. Estaba oculto tras un matorral, a cinco zancadas de distancia a su izquierda. Lo supo por la dirección del sonido y la diferencia en la sutil sombra que proyectaba el arbusto. No podía ser un hombre; la mata no era muy alta, así que tenía que tratarse de un niño o tal vez una mujer.

Con cautela, Mihn caminó hacia sus ropas. Se colocó de cara al escondite que había escogido el intruso y, con absoluta tranquilidad, se vistió sin apartar la vista del matorral. Quien quiera que fuese esa persona, no era una amenaza por el momento. De otro modo, ya lo habría atacado. Así que se tomó su tiempo. Cuando terminó de vestirse decidió sorprenderlo.

—Sé que estás ahí —se descubrió, revelando con el tono de voz que no representaba una amenaza para el recién llegado—. No entiendes mis palabras, pero eso no importa ahora, solo sientes curiosidad, ¿verdad? —hizo una breve pausa para comprobar si había alguna reacción. No la hubo, así que continuó—: Has localizado nuestro campamento, te ha atraído la luz de la hoguera que has visto desde lejos. Pero lo que más te ha sorprendido han sido los caballos. Te gustan, ¿verdad? Son distintos a los vuestros, pero veo que no se llevan mal. —Mihn señaló con la mirada a los animales, que pacían juntos, y sonrió consciente de que su mensaje había sido entendido—. Tú y yo podríamos llevarnos bien, ¿no crees?

Calló unos instantes para darle tiempo al intruso a pensar. Al punto, alzó los brazos y mostró las palmas de las manos desnudas a modo de saludo. Y por fin hubo una reacción: las hojas del arbusto se movieron ligeramente, pero la persona no se mostró.

—¿Por qué no sales de ahí y nos conocemos? —volvió a esperar una reacción que tampoco se produjo y apostó por una sola palabra—. Taru.

Entonces sí, la persona que permanecía oculta se puso en pie y se dejó ver.

Por unos instantes Mihn quedó absorto. Se trataba de una muchacha muy joven y muy bella. Su cuerpo esbelto tan solo estaba cubierto por una fina tira de piel, que le rodeaba el pecho, y una falda muy corta que apenas le cubría las caderas y dejaba ver unos muslos largos y fibrosos. Era alta, de piel tostada y larga melena castaña, casi rubia, con suaves bucles que bailaban con la brisa. No le vio bien el rostro, lo llevaba pintado de negro, pero sus ojos verdes y luminosos estaban clavados en los suyos. Apuntaba una flecha hacia él y, de repente, fue consciente del peligro. Cualquier movimiento en falso acabaría con su vida.

—¿Conoces a Taru? —preguntó el de Hanol.

La chica frunció el ceño y tensó más la cuerda del arco. Era obvio que sabía de quién estaba hablando y le disgustaba. Decidió no tentar más a la suerte.

—Por favor, no dispaes —pidió con voz muy suave.

Vio la duda en su mirada, y los músculos del brazo que tensaba el arco relajarse. Al punto el rostro de la joven mostró curiosidad y Mihn decidió arriesgarse. Alzó más las manos y dio un paso hacia delante.

Fue un error, pues ella, ágil como una gacela, saltó del matorral y emprendió una rápida carrera hacia los caballos. La escuchó silbar y la vio saltar con agilidad por la grupa de su yegua.

Cuando Mihn reaccionó fue demasiado tarde, y solo pudo ver cómo se perdía en la oscuridad de la noche. Se fijó en la dirección que había tomado y frunció el ceño, pensativo. Esa muchacha no llevaba unas alforjas muy grandes como para estar a varios días de su campamento. Era probable que hubiera salido de exploración, lo que sugería que su tribu no andaba lejos.

Tenía que avisar a Sabba y prepararse. Al fin, los nativos habían dado con ellos.

INTRUSOS

Taisha voló por la pradera a lomos de su yegua hasta que esta se quedó sin aliento. Cuando se dio cuenta de que la había forzado demasiado, descendió de ella y anduvo el resto del camino a pie. Al despuntar el alba llegó al afluente del Río Padre, donde la Tribu del Viento había alzado el campamento, y dejó que su fiel amiga abrevase tranquila junto al resto de su manada.

Agotada, Taisha se sentó junto a los juncos, a la orilla del río, y solo en ese momento se dio cuenta de que su corazón latía tan rápido que a duras penas era capaz de inflar los pulmones.

Estaba amaneciendo y la gente ya se había despertado. Desde la posición de Taisha, se veían las tiendas que se asemejaban a grandes faroles a causa de las hogueras recién azuzadas que resplandecían en su interior. Muy pronto las mujeres saldrían a recoger agua para preparar las infusiones matutinas; los hombres se reunirían para organizar partidas de caza, y los niños empezarán a jugar bajo la atenta mirada de sus abuelos. Una rutina que se vería interrumpida ante la inminente llegada de los espectros.

Taisha estaba aterrada, los recuerdos posteriores a la invasión en la que perdió a su madre la atormentaron de súbito; pero también se sentía contrariada, la curiosidad que le había provocado aquel ser no le daba tregua.

Había visto a uno de esos espectros muy de cerca y no le había parecido en absoluto aterrador, al contrario. Lo había encontrado... ¿Hermoso? ¿Magnético?

¡Por todos los espíritus, era el ser humano más bello que había visto jamás!

Taisha siempre creyó que no eran personas, bajo esa cobertura de hierro resplandeciente únicamente había magia; algo imposible de tocar, de matar...

¡Cuán equivocada había estado! ¡Eran personas de carne y hueso!

De apariencia extraña pero humanos al fin y al cabo. Si hubiera querido, lo habría podido atravesar con una flecha. De hecho, a punto estuvo de hacerlo, solo el nombre que pronunció lo salvó de morir atravesado. Ese hombre hermoso había nombrado a Taru.

¿Por qué?

A punto de salirse el corazón por la boca, ahogó un grito y ocultó el rostro entre los brazos y las rodillas.

Mientras cerraba los puños sobre su melena, pensó que estaba engañándose a sí misma porque no había sido lo que había dicho el único motivo por el cual no le había disparado. Lo cierto era que había sentido una tremenda curiosidad hacia ese hombre tan exótico y no podía arrancarse su imagen de la cabeza. Pero había algo más...

Lo había observado mientras se deslizaba por el agua como un pez. Había visto su cuerpo desnudo, de piel tan blanca como la luna, tan alto como ella y grácil; de músculos fibrosos. Tenía una larga y abundante melena negra, que le sobrepasaba la cintura, y a pesar de la oscuridad había podido ver muy bien su rostro. El rostro más fascinante que había visto nunca. Tenía los rasgos más finos y delicados que los hombres de su tribu, pero irradiaba una fuerza tan masculina que la estremeció. Algo tenían que ver sus ojos rasgados: peligrosos y tan oscuros que no se distinguía el iris de las pupilas. Lo había visto sonreír, lo que provocó que esos ojos aún se achicaran más,

hasta parecer dos líneas negras. Y esa voz: templada, segura y grave... Había dicho muchas cosas que Taisha no había comprendido, ¡pero le había transmitido tanta confianza! No parecía un demonio, tampoco un espectro, al contrario: se asemejaba a una deidad. De improviso, sintió la acuciante necesidad de volver a verlo y se asustó de sus propios deseos.

—¿Taisha?

La voz de Talu la hizo ahogar un grito y se puso en pie tan rápido que su tío dio un paso atrás.

—¿Qué sucede? —inquirió sorprendido ante tan extraña reacción—. Parece que hubieras visto un fantasma...

Taisha soltó todo el aire contenido antes de responder. Sí, eso parecía... pero no. Lo que había visto era un hombre.

—Han venido —anunció en un tono agudo, casi desquiciado—. ¡Ya están aquí!

—¿Quiénes? —preguntó Talu, preocupado pues no había visto nunca a Taisha tan nerviosa.

—¡Los espectros! —chilló ella, aunque de inmediato se controló y prosiguió—: Bueno, no son espectros, y solo he visto uno, pero como mínimo eran tres más, porque había tres caballos: muy extraños y muy hermosos, y ágiles; pequeños pero fuertes, preciosos. Son... —Aturullada, farfullaba a toda velocidad para revelar toda la información a su tío—, tienen la cabeza muy fina, frente amplia, ojos grandes y expresivos, hocicos pequeños y... un cuerpo compacto de espalda corta, y las patas son finas y... Y parecen delicados pero son fuertes y ágiles, seguro que galopan tan rápido como el viento y...

—Taisha, céntrate —interrumpió Talu—. No entiendo nada. ¿Dónde los has visto y cuándo?

Taisha asintió, inspiró un par de veces para calmarse, y continuó:

—No tenía sueño y fui a revisar unas trampas de castor que coloqué hace tres días en el río cuando, de repente, me sorprendió el parpadeo de una hoguera. Al acercarme descubrí a los caballos, dejé a Manzana con ellos, y fue entonces cuando me topé con un espectro —afirmó con el rostro ruborizado por el recuerdo de la belleza masculina, y a la vez con el miedo metido en el cuerpo por el recuerdo de lo que eran capaces esos espectros—. Pero no era un espectro, era un hombre... Distinto, como de otro mundo. Tenía unos ojos que parecían los de un lobo, aunque más rasgados, oscuros y penetrantes. Me ha hablado, pero no lo he entendido. Ha preguntado por...

—¿Cómo que un hombre de otro mundo? —repitió Talu, asombrado y alarmado por las nuevas que traía su sobrina. Exhaló el aire que retenía, él también debía calmarse. No serviría de nada dejarse llevar por el pánico. Controló la voz y la llenó de serenidad—. Está bien, cálmate, Taisha. ¿Ese hombre o espectro, o lo que sea, estaba solo?

—No, tenía que haber dos más porque había tres caballos —respondió Taisha, convencida, y preguntó a su vez—: ¿Y si es una avanzadilla del enemigo? ¡Oh, por todos los espíritus! Tenemos que ir a por ellos, averiguar dónde tienen el campamento. Hay que interceptarlos antes de que avisen a los demás. ¡No quiero ni pensar lo que pueden hacernos, Talu! ¡Me ha visto! ¡Él me ha visto y me ha hablado!

—Tranquilízate, solo son tres. —Talu compartía la angustia de Taisha, pero había que actuar con la cabeza fría, solo así podrían sobrevivir. Determinado, la miró a los ojos y cabeceó—: Ahora mismo partiré con mis guerreros y acabaremos con ellos antes de que descubran nuestra posición al resto.

—¿Matarlos? Pero... —De repente, Taisha supo que no deseaba la muerte de ese hombre. Su curiosidad era incontenible, exacerbada. Más fuerte que el miedo que le daban los espectros. Tan poderosa que ansiaba saberlo todo de él. ¿Qué hacía en sus tierras? ¿Y por qué había preguntado por Taru? ¡Debía saber!—. ¡Iré con vosotros! —afirmó decidida.

—Ni hablar. No pienso ponerte en peligro.

Ella se tensó, y su orgullo la obligó a chantajear al jefe de los del Viento:

—Solo yo sé dónde están, y no pienso decírtelo a menos que dejes que te acompañe.

Talu entrecerró los ojos, estudiando la expresión testaruda de su sobrina. Le recordó tanto a Aisha que comprendió que no podría convencerla de quedarse; y si la obligaba, estaba seguro de que los seguiría. No, sería mejor que formara parte de la partida. Resopló frustrado.

—Está bien, prepárate. Partiremos de inmediato.

El pequeño grupo de Sabba avanzaba por la pradera en silencio. Solo se oían las pisadas de los caballos al paso, y el zumbido de los insectos que danzaban de flor en flor. El astro rey lucía ya en lo más alto, y el viento había cesado de improviso. A pesar del calor se habían puesto los petos de cuero para protegerse de un posible ataque, aunque fueran conscientes de que si los indígenas tenían intención de eliminarlos, eso no sería suficiente.

La princesa estaba nerviosa pero no revelaba su inquietud en el rostro para no preocupar a Sinda, que cabalgaba con Xenia; a cada punto le dedicaba una sonrisa de aliento, a la que la pequeña correspondía arrugando la nariz, un gesto que siempre le arrancaba una carcajada. Al igual que Mihn, iba armada con una espada ligera, y rezaba a los Dioses para no tener que hacer uso de ella.

El de Hanol avanzaba adelantado varios pasos, y constantemente oteaba el horizonte, atento a cualquier silueta que pudiera aparecer. Ahora que los nativos sabían de su existencia, no tenía la menor duda de que pronto harían acto de presencia. La cuestión era si serían amistosos o, por el contrario, los atacarían. Pronto saldrían de dudas. Mihn no se dejaba avasallar por el nerviosismo, pero no podía dejar de pensar en el encuentro de la pasada noche. Aquella joven podría haberlo matado. ¿Habría sido Taru la causa de que siguiese con vida? No estaba seguro, había podido ver un brillo de curiosidad en los ojos verdes y cristalinos de esa muchacha. Mihn sabía que ella había estado un buen rato observándolo.

Al recordar el encuentro no pudo evitar sentir cierta excitación, que ahogó de inmediato. Podría intentar convencerse a sí mismo de que el inminente choque con los nativos era lo que le había robado el sueño, pero en realidad había sido la esbelta figura, la piel morena, la parcial desnudez, y los cabellos, largos y ondulados como las olas del mar. No, pensó, había sido el brillo de sus ojos, y su expresión felina; la frescura y la inocencia de su mirada, que revelaba su alma indomable, y un carácter intrépido que aún lo tenía cautivado. Aparte de Sabba, quien se había convertido en toda una guerrera, jamás había conocido a una mujer tan salvaje y pura, de tan limpio mirar.

La pregunta de Xenia lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó curiosa.

Bella y excitante, pensó, aunque no fue eso lo que respondió.

—Muy joven, de unos quince años, pero alta y fuerte.

—¿Y cómo iba vestida? —insistió Xenia.

—No me fijé en eso —mintió, de súbito molesto por la pregunta que le hizo recordar su piel casi desnuda—. Ella me apuntó con una flecha, pero cuando nombré a Taru se puso nerviosa y huyó. Iba sola y sus alforjas eran pequeñas, por lo que intuyo que su campamento no debe de estar muy lejos.

—No tardarán en dar con nosotros —indicó Sabba, repitiendo lo que había dicho cuando Mihn les habló del encuentro la noche pasada.

—Espero que no sean agresivos —rogó Xenia, a la vez que abrazaba a Sinda en un gesto protector.

—Podría haberme matado y no lo hizo —defendió Mihn—. Yo estaba solo y desarmado.

Además, cuando le hablé de Taru, su mirada me dio a entender que lo conocía. No me gusta adelantarme a los acontecimientos, pero creo que hay posibilidades de que siga con vida.

—O simplemente de que haya otra persona en su poblado que se llame igual —alegó Xenia con su cautela habitual.

—Tal vez —valoró Mihn—, pero lo que sí puedo asegurarte es que esa muchacha se sorprendió al escuchar su nombre.

Sabba estaba a punto de perder los nervios. Odiaba especular, la ponía aún más nerviosa de lo que estaba.

—Es absurdo que sigamos dándole vueltas a lo mismo; no sabemos nada, tenemos que prepararnos para lo peor. Si tenemos que luchar...

—Si hemos de luchar, lucharemos —corroboró Mihn haciendo gala de una envidiable serenidad—. Pero en caso de que no, actuaremos con cautela. Debemos mostrarnos dialogantes y humildes, y no perder los nervios en ningún momento.

Sabba se arrepintió de haberse mostrado inquieta. Si hubieran estado solos, se sentiría eufórica, pero con su hija no podía dejar de abrigar cierto temor por su seguridad.

Miró a la pequeña, ella le sonrió y Sabba le devolvió la sonrisa.

Talu había reunido a siete de sus mejores guerreros para ir en busca de los intrusos, y Taisha los acompañaba con los nervios a flor de piel. En cualquier otra circunstancia, no habría sentido ninguna lástima por los invasores, pero había mirado a uno de ellos a los ojos y no era capaz de sacárselo de la cabeza. Sentía que entre ambos se había creado un vínculo: su padre. Aunque no se tratara solo de eso, había algo más. Taisha no creía que ese ser hubiese venido a pelear. Además, era un grupo muy reducido y de otra forma ese hombre no habría nombrado a su padre. ¿Tal vez fuera su amigo? ¿Cómo podía su padre haber hecho amistades en el Sur, dado su estado de locura actual? ¿Qué habría podido sucederle allí para regresar transformado en un monstruo, con el corazón de piedra? Mientras seguía a Talu, Taisha no dejaba de pensar en todo el asunto. Sus pensamientos, sus temores, cualquier cosa posible con respecto a su padre rondaba en su cabeza como un buitre que aguarda para robarle la carnaza a los lobos.

Ella, al igual que el resto de guerreros, se había pintado el rostro para la guerra, pero ninguno de ellos lucía como el jefe, quien con su impresionante porte y envergadura parecía un auténtico espíritu, sediento de sangre. Lo miró, avanzaba a la cabeza de la expedición, sobre un enorme caballo negro, y se sintió sobrecogida. No recordaba haberlo visto con semejante aspecto. Cabalgaba casi desnudo, sólo una fina piel le cubría las partes nobles, y una pechera de hueso colgaba del cuello y le escudaba el torso. Unas botas de piel girada protegían las pantorrillas hasta las rodillas, ocultando en cada una de ellas un puñal de hueso. En la mano izquierda sostenía una lanza adornada con plumas de águila; en el cinto, un hacha de asta de venado y piedra; y en la cabeza, un tocado de bisonte que ocultaba su rostro por completo. Tan solo la larga melena suelta podía verse flotando tras la espalda. Bajo la máscara de calavera, el rostro pintado de negro, y desde el puente de la nariz, hasta la barbilla de ocre rojo. Como un lobo que acaba de matar a dentelladas a una presa, el resultado era tan aterrador como contradictorio, incluso para Taisha, que conocía su carácter alegre y diplomático.

Pasado un tiempo, Talu alzó la mano derecha y obligó a todos a detenerse. Se colocaron uno junto a otro sobre una pequeña elevación. Desde su posición, vieron perfectamente a tres jinetes que montaban unos caballos tan hermosos como peculiares. Taisha, que gozaba de muy buena vista, distinguió a dos personas sobre el que permanecía en la retaguardia. Una de ellas era un niño.

Sintió cómo el corazón se le subía a la garganta y la ahogaba. ¿De verdad los guerreros de

Talu iban a masacrar a una familia del mismo modo que, cinco años atrás, habían hecho con ellos los espectros?

—Bajad de los caballos, ¡ya! —gritó Mihn a la vez que detenía su montura, haciendo que esta protestase a causa del súbito tirón de riendas. Acababa de ver a nueve jinetes que los observaban desde un altiplano, a unos dos mil trancos de distancia—. Sabba, colócate frente a Xenia y Sinda y protégelas, yo iré a hablar con ellos.

Pero Sabba dudó.

¿Bajarse del caballo?

Y si atacaban, ¿cómo podrían escapar?

¡Por los dioses, aquellos norteños parecían preparados para una confrontación!

—Mihn, se acercan —dijo en el instante en que los nueve emprendían el galope hacia ellos con las lanzas en alto.

—¡Bajad! —ordenó de nuevo Mihn, mientras los indígenas se acercaban profiriendo gritos tan aterradores como los aullidos de los lobos.

El instinto de Sabba empezó a ir en contra de la orden de su maestro, pero por el momento solo se atrevió a protestar.

—¡No, Mihn! Debemos interceptarles nosotros para que Xenia y Sinda tengan una oportunidad.

—¡Ya están aquí! —rebatió Mihn—. Debemos mostrar sumisión, estamos en su territorio y nos superan en número.

A cada paso de sus potentes monturas, la distancia que cubrían los norteños era cada vez menor. Sabba ya podía sentir el temblor que producían los cascos de sus potentes monturas al golpear el suelo. Los caballos de oriente se inquietaron y comenzaron a moverse, reclamando a sus jinetes la huida. Pero de momento los contuvieron con éxito.

—Mihn, ya han decidido atacarnos. Si no los distraemos, todos corremos peligro, ¡mi hija corre peligro!

Sabba sentía que necesitaba lanzar a Brisa al galope, cruzar la pradera y llegar hasta ellos. No podía quedarse quieta. ¡Tenía que ir hasta ellos para enfrentarlos!

—¡Sabba, no! —gritó Mihn—. ¡Yo los interceptaré!

—¡Huye con Sinda y Xenia y yo los distraeré! ¡Lograré que me sigan!

—¡Quédate donde estás, Sabba!

Pero la princesa no lo escuchó e instó a su yegua a galopar hacia los jinetes que se acercaban. Por primera vez en su vida, Mihn dudó. Miró a Xenia, quien protegió a la pequeña con los brazos, a la vez que lo miraba con determinación.

—Ve con ella —aconsejó, sin que apenas le saliera la voz—. Procurad dividirlos mientras nosotras intentamos escapar.

El de Hanol maldijo por lo bajo, pero Sabba ya se había marchado. No iba a dejar que se enfrentase ella sola a nueve temibles guerreros. Tras proferir un grito de frustración, golpeó los flancos de su caballo y se lanzó tras ella, quien ya volaba sobre la pradera como si una inmensa ráfaga de viento la impulsara.

Taisha galopaba por el flanco izquierdo de los guerreros del Viento, con el corazón eufórico ante la inminente lucha, y la contradicción que suponía el temor ante la suerte que pudiera correr el hombre que había conocido en el río.

Talu había dado la orden de matar a los extranjeros sin parlamento. Había decidido quitarles la vida y dejar, con sus cuerpos profanados a la vista de todos, el mensaje de que cualquiera que

se adentrara en la pradera sin su permiso correría la misma suerte. Taisha podía entenderlo, así actuaban las tribus de las planicies; era un honor para esos extranjeros morir a manos de los grandes señores del Norte.

Talu no actuaba como su padre, él protegía a su gente, mientras que Taru únicamente alimentaba su ego y afianzaba su poder mediante el terror. Taisha había presenciado la masacre de su gente, también había perdido a sus seres queridos. Los espectros no habían tenido compasión de los niños ni los ancianos del Norte, ni Talu tampoco la tendría con esos extranjeros.

Pero Talu no había visto los ojos rasgados de ese hombre, inmensos como el océano, y oscuros como un abismo; atractivos y cautivadores por igual. No había podido ver en su piel el reflejo de la blanca luz de la luna, ni su rostro casi celestial y omnipotente, digno de un dios. Ni la sonrisa sincera, llena de confianza. Talu no había sentido lo mismo que ella cuando vio a ese hombre. Un hombre de carne y hueso, no un espectro, que había venido a tierras nortañas con un firme propósito. Taisha estaba segura de que tenía una misión que aún desconocía pero que sería crucial para el futuro de su pueblo. No se trataba de una certeza pero sí de un presentimiento.

No, ese hombre no podía morir a manos de la Tribu del Viento.

—¡Talu, detén el ataque! —gritó convencida—. ¡Talu, por todos los espíritus, detente!

De súbito vio cómo dos de los tres jinetes extranjeros se lanzaban en un veloz galope hacia ellos, y se quedó muda. A la cabeza iba una mujer a lomos de un caballo blanco, y de pronto sintió que la había visto antes. Se trataba de una mujer pequeña y ágil, con una larga melena ondeando al viento. Volaba sobre las altas hierbas como un vendaval, como si el viento la impulsara, como si su delicada montura tuviera alas. El viento no solo parecía hacerla volar, la sostenía y amparaba. Taisha supo que nada la detendría y lo comprendió. La pintura que había hecho Taru en la Sala de la Llamada, el hombre extranjero de divino rostro, preguntando por él... Tenía que ser ella. ¡Tenía que ser la Princesa del Viento, que había acudido a la llamada!

—¡Talu, detén el ataque! ¡Talu, cometerás un grave error si los matas!

Taisha se desgañitó mientras galopaba sobre su yegua, pero sus gritos no fueron escuchados, y decidió que detendría el ataque costara lo que costase.

Se separó de sus compañeros y avanzó por el lateral izquierdo. Los guerreros, sorprendidos por el cambio de rumbo de uno de ellos, por sus gritos y por su extraña actitud, a punto estuvieron de romper filas, pero no podían contradecir las órdenes de su jefe. La joven, ya lejos de ellos, presionó más los flancos de la yegua, que ganó terreno hasta que se cruzó con la extranjera.

El instante en que las miradas de ambas se cruzaron pareció durar una eternidad. El rostro de Taisha reveló a Sabba una alianza. Un momento después se cruzó con el hombre del río y, de nuevo, sintió que acababa de rozar a una divinidad. Sin embargo, el instante transcurrió y la nortaña continuó galopando. Poco después echó la espalda hacia atrás e inclinó el torso a la izquierda para que Manzana virara hasta dar media vuelta. El giro le llevó un tiempo a causa de la velocidad inicial, con lo que el semicírculo que trazó fue muy amplio. Durante la maniobra perdió la visión de los que se acababa de cruzar, pero descubrió a otra mujer y a una niña, solas, en mitad de la pradera, observando con miedo e impotencia la escena, sin saber qué hacer.

Taisha comprendió que debía protegerlas.

Sorprendida ante la mirada de esa joven salvaje, Sabba frenó a Brisa de forma inconsciente hasta ponerla al trote. Mihn la adelantó e instantes después vio con el corazón encogido el encontronazo de su maestro y los jinetes nortños.

—¡Mihn! —gritó asustada—. ¡Mihn!

El de Hanol los esquivó pero, momentos después, su caballo tropezó y lanzó al jinete por los aires. Con la agilidad de un lince, y la rapidez del halcón peregrino, Mihn dio una vuelta en el aire

para caer de pie. Con una destreza impresionante desenfundó la espada y esquivó dos proyectiles.

Pero no logró repetir la hazaña con una tercera flecha que le acertó en el pecho, ni con una cuarta que le atravesó el brazo izquierdo.

—¡No! —chilló Taisha, sobrecogida. Luego miró a Sabba y gritó—: ¡La que viene en busca de Taru, retrocede! ¡La que ha respondido a la llamada de Taru, no puedes morir a manos de mi tribu!

A Sabba le dio tiempo a escuchar el nombre de Taru, pero no se detuvo. Debía evitar que mataran a su maestro.

Los guerreros ya habían bajado de sus monturas y, con las lanzas en alto, estaban dispuestos a acabar con la vida de Mihn. El de Hanol se colocó en posición defensiva, blandió la espada con la mano derecha, y pegó el brazo herido al torso. La flecha del pecho se le había clavado en el peto de cuero y no lo había herido, aunque el impacto hubiera sido doloroso y lo hubiese dejado por unos instantes sin respiración. El segundo proyectil le había atravesado el brazo izquierdo, y el dolor no era fácil de soportar, aun así lucharía, pues frente a él había seis hombres dispuestos a acabar con su vida. Mihn supo que, si los dioses no lo evitaban, cuando el que portaba el tocado de búfalo diera la orden, lo ensartarían con sus lanzas. Y eso no podía suceder.

Como si las divinidades hubieran escuchado su petición, apareció Sabba.

La princesa saltó de su yegua mientras esta continuaba al galope; al caer al suelo hizo una pirueta a la vez que se sacaba al espada del cinto y se colocaba frente a Mihn, protegiéndolo con su cuerpo.

—¿Cinco contra un hombre herido? —siseó furiosa a la vez que arrugaba la nariz y gruñía como una gata. No iba a ponérselo fácil a esos norteños—. ¡A mí, cobardes! ¡A mí, si os atrevéis!

Los guerreros del Norte se miraron unos a otros, sorprendidos, no porque fuera una mujer, pues también ellos tenían hábiles guerreras, sino por la belleza y delicadeza que contrastaban con su fiera determinación.

Talu ignoró el empuje de la recién llegada y se acercó con la lanza en alto, dispuesto a ensartarla a ella también. Mujeres y hombres, para el jefe de los del Viento, solo eran invasores, y no estaba dispuesto a arriesgar las vidas de quienes había jurado proteger. Y ella sería una bella compañera de espíritu que le otorgaría su destreza en futuras batallas.

Sabba contempló cómo ese hombre de aspecto terrorífico se acercaba a ella a paso amenazante, pero no se amilanó; mantuvo la posición defensiva, y sostuvo la espada con ambas manos justo sobre la frente. No podía verle el rostro, lo tenía cubierto con una máscara, pero su aspecto era tremendo. Se trataba del jefe, no había duda. Era inmenso, fuerte y de mirada tan sobrecogedora que le recordó a la de Taru. El corazón le latió con fuerza, como un encabritado galope, pero de inmediato sacudió la cabeza para despejar la mente de pensamientos inútiles.

—¡Alto! ¡No te acerques! —gritó—. ¡No quiero luchar, pero si atacas, te mataré y después me llevaré al menos a tres de tus hombres! No conoces a mi maestro, aunque esté herido, acabará con el resto antes de que parpadees.

El guerrero del tocado no se entretuvo con palabrerías y arrojó su lanza hacia Sabba, quien la esquivó con elegancia; viró el cuerpo con apabullante rapidez hacia la derecha y dejó anonadados a todos.

—Colócate detrás mío —ordenó a Mihn ante la atónita mirada de esos hombres de aspecto espeluznante que, de pronto, habían abierto sus bocas a causa de la sorpresa. Pronto les quitaría ese ridículo rictus del rostro.

Sin embargo, Talu no se inmutó, se sacó esta vez el hacha del cinto y atacó con contundencia. La princesa, en un movimiento fulminante, partió el arma de su contrincante con un limpio golpe de espada. Acto seguido y, con la suavidad de una pluma, dio un salto hacia él, apoyó el pie

derecho sobre la rodilla del guerrero e, impulsándose, dio una vuelta en el aire y extendió la pierna izquierda con la intención de golpearle en la cabeza. El guerrero logró esquivar la patada por unas pocas pulgadas y Sabba, con la agilidad de una gata, posó de nuevo los pies en el suelo y se colocó otra vez en posición defensiva. Mantuvo una prudente distancia, pues al ser más pequeña, aunque lo superara en agilidad y rapidez, en el cuerpo a cuerpo estaba en clara desventaja.

Esta vez sí se sorprendió el norteño, pero reaccionó rápido; no estaba dispuesto a darle un respiro a esa fiera con rostro de diosa. Giró sobre sí mismo y le lanzó el mango de hueso que quedaba de su arma, alcanzándola en un costado. Talu aprovechó el instante de distracción de la joven para acortar distancias. Se agachó y la golpeó en la pantorrilla, logrando que perdiera el equilibrio.

La extranjera gritó en el instante en que caía al suelo. El golpe fue duro y se le escapó la empuñadura de las manos. Intentó arrastrarse hacia su espada, pero Talu le dio una patada en el costado y Sabba quedó de espaldas sobre la hierba, aturdida.

Apenas podía respirar a causa del golpe, y poco después sintió el peso del guerrero sobre ella como si una enorme losa de piedra le hubiera caído encima. Alzó los brazos para empujarlo y, por segunda vez en su vida, creyó que un norteño iba a matarla.

¡No! ¡No estaba dispuesta a morir!

Sin embargo, Talu ya no estaba tan convencido de acabar con la vida de esa mujer.

Jamás había luchado contra alguien tan digno. Era liviana como una pluma, rápida e inteligente como una comadreja, grácil como un cisne, y precisa como las flechas de Taisha. Esa joven menuda carecía de fuerza física, pero era la mejor luchadora que había visto jamás: delicada, bella, y a la vez punzante como una rosa.

La duda fue un error.

La mujer, al notar un ligero cambio en la presión que el hombre ejercía sobre ella, se contorsionó, alzó la pierna derecha y, trazando un círculo con ella, lo agarró por el cuello, presionó con la rodilla y lo tumbó. Luego se puso en pie, giró, y con el pecho de su contrincante sobre tierra, y el cuello doblado hacia arriba, lo agarró del brazo y se lo dobló tras la espalda.

Talu se echó hacia atrás con todo su peso sobre ella, aun a riesgo de le dislocarse el codo. Dolió, pero logró aplastarla una vez más. La extranjera era impredecible y peligrosa y reaccionó con rapidez. Le dio un codazo en la cara, el tocado de bisonte voló por los aires, y dejó su rostro al descubierto.

Talu se puso en pie y gritó de frustración.

Ella estaba frente a él, lo miraba con furia pero, poco a poco, su expresión varió.

El jefe de La Tribu del Viento vio, sorprendido, cómo los ojos de la mujer se abrían de forma desmesurada, bajaba la guardia y se llevaba ambas manos al rostro.

—¡Taru! —gritó.

Impresionado y conmocionado a partes iguales, Talu dio un paso hacia atrás.

—¡Taru! —volvió a decir ella—. ¡Eres tú!

El guerrero, sorprendido ante las palabras de la joven, su expresión y su súbito cambio de actitud, la miró con detenimiento y ladeó el rostro, sin comprender. Al punto esos ojos verdes y luminosos se llenaron de lágrimas y, de forma incomprensible, se acercó a él y lo abrazó.

Talu no podía creer lo que estaba pasando. Esa mujer lo rodeaba con los brazos mientras lloraba, sin dejar de pronunciar una y otra vez el nombre de su hermano. Podía sentir el calor de su cuerpo tembloroso, escuchar los desolados sollozos y, de pronto, sintió la necesidad de abrazarla también, pero se contuvo.

—¡Talu! ¡El hombre del río está herido!

Taisha rompió el intenso momento y Talu se deshizo del abrazo de la recién llegada.

Exhausto y confuso, vio cómo su sobrina corría hacia el extranjero herido, quien a duras penas se mantenía en pie. Vio a Taisha arrancarle la flecha del pecho y la del brazo.

—¡Rápido! —gritó cuando el hombre se desvaneció a causa del dolor—. ¡Debemos llevarlo ante el Hombre Medicina! ¡Este hombre no puede morir a manos de la Tribu del Viento!

Nadie tuvo el valor de contradecir las órdenes de Taisha.

LA TRIBU DEL VIENTO

Sabba no podía apartar los ojos de Sinda, que descansaba con la cabecita apoyada en su regazo, al calor del fuego. La pequeña se había quedado dormida, y su madre no se atrevía a moverse para no despertarla, a pesar de que todo el cuerpo le temblaba como una hoja solitaria enfrentada al cruel temporal. De sus ojos manaba una pequeña fuente inagotable de lágrimas, que se afanaba en secar con el dorso de la mano. A punto había estado de perder lo más preciado que tenía: su hija.

Había sido una jornada muy dura para el grupo de sureños, y especialmente agotadora para la niña, quien no estaba acostumbrada a vivir momentos tan intensos. Aunque la pequeña, de carácter fuerte como su padre, había mantenido la calma en todo momento, había corrido un serio peligro. Tal vez, en aquellos momentos, todo el grupo siguiera caminando al borde del precipicio, y Sabba se sentía tan culpable como aterrada.

Mientras permaneció en Oriente, la princesa se había planteado en infinidad de ocasiones la posibilidad de no emprender aquel viaje, tan incierto, por la seguridad de la niña. La pequeña heredera del *Kais* de Ciudad de Oriente había disfrutado de una vida feliz, llena de comodidades y exenta de peligros, pero Taru también pesaba en el corazón de Sabba, y tenía que cumplir su promesa. Taru tenía derecho a conocer a su hija Sinda.

Observó el rostro de la pequeña: blanco y delicado como el suyo. Le acarició el pelo, negro y abundante, lacio, como el de su padre. Lucía unas largas pestañas negras que en aquellos momentos ocultaban unos iris del color de la miel: felinos e inquietantes como los de Taru.

Taru...

Taru había intentado matarla.

Sabba estaba enfadada, pero también confusa. Taru no le había dirigido la palabra en el tiempo que había durado el trayecto hacia su poblado, tan solo le había dedicado miradas de extrañeza y curiosidad. ¿Sería posible que no la reconociera? ¿O acaso había fingido? Tampoco había reconocido a Mihn ni a Xenia. En el caso de que hubiese perdido la memoria, ¿qué podría haberle sucedido?

No era capaz de entenderlo.

Cuando lo vio sin el tocado, aunque fuera con el rostro pintado, lo reconoció de inmediato. ¿Cómo no hacerlo? Había evocado su rostro, su cuerpo, sus manos, cada noche, en la soledad de su alcoba. Seguía siendo apuesto, incluso más de lo que ella recordaba, y se había convertido en el jefe de su pueblo. Sabba entendía que se trataba de la Tribu del Viento, o lo que quedaba de ella, aunque no hubiera hablado con nadie que se lo confirmase. La única que había intentado comunicarse con ella había sido la muchacha de cabellos castaños y mirada verde que había protegido a Mihn después de que sus compañeros lo hirieran. ¿Quién sería ella? Sabba deducía que era la muchacha que su maestro se había encontrado en el río, pero ¿por qué había sido ella y no Taru quien había abogado por sus vidas?

Sabba negó con la cabeza y se enfadó consigo misma por sentirse tan confusa y desanimada. Pensó que se debía al cansancio, que la instaba a pensar de forma negativa, aunque al final el plan

hubiese resultado un acierto. Habían logrado escapar de Said, llegado a las Llanuras del Norte y encontrado a Taru con vida. Sin embargo, ¿por qué la ansiedad no le daba tregua? ¿Por qué el miedo le consumía el alma?

El reencuentro no había sido el esperado.

Estaba preocupada por Mihn, debía de ser eso. Su maestro estaba herido, aunque solo una flecha le hubiera atravesado el brazo, la herida podría desencadenar una infección si no era bien tratada, y dudaba de que aquellas gentes tan primitivas conocieran un remedio efectivo para semejante mal.

Nada más llegar al poblado, aún inconsciente, se llevaron al de Hanol a la tienda del curandero o lo que fuese ese viejo cojo, de rostro arrugado, pelo enmarañado, y largas orejas de las cuales pendían unas enormes conchas marinas. La joven de ojos verdes se había marchado con el viejo, y no había vuelto a verla. Parecía muy preocupada por el estado de Mihn. Taru también había desaparecido, dejándolas a Xenia, Sinda y ella al cuidado de una hermosa mujer que, aunque se hubiese mostrado amable, no había pronunciado palabra. Las habían alojado en una tienda que, aunque modesta, era acogedora; con limpias pieles cubriendo el suelo, mullidos cojines, y una pequeña hoguera en el centro, donde pudieron descansar. Aunque fuera verano, y de día luciera el sol, las noches eran frescas. Xenia dormía en un rincón, pero Sabba era incapaz de pegar ojo. El extraño presentimiento que la recibió el día del desembarco todavía la ahogaba. Necesitaba ver de nuevo a Taru, hablar con él, abrazarlo una vez más, pero él actuaba como si no la hubiera visto en su vida. Habría esperado enfado por haberle hecho creer que había muerto al dar a luz a su hija, pero no que la ignorara.

¡Oh! ¿Qué diablos sucedía?

La joven de ojos verdes entró en la tienda, interrumpiendo los pensamientos de Sabba. Se había limpiado el rostro, ya no quedaba en él rastro de pintura, tan solo los párpados perfilados de negro hacían su mirada más intensa. Todas las personas que había visto al llegar al poblado iban maquilladas así. La observó con detenimiento y constató que era muy hermosa. Alta, espigada, de cabellos largos y ondulados, y mirada luminosa. Llevaba un vestido de piel clara, casi blanca, del que pendían de las mangas, y la falda corta, unos largos flecos que sobrepasaban las rodillas y se movían con gracia al caminar.

La muchacha alzó ambas manos, mostrando las palmas a la vez que dibujaba en el rostro una tímida sonrisa que contrastaba con el brillo de determinación de sus ojos. La princesa se fijó en su lenguaje corporal y la notó segura de sí misma, pero también parecía impresionada; sorprendida y curiosa, como si su presencia fuera para ella una especie de milagro o una extraña maravilla. Se quedó quieta, esperando una reacción por parte de Sabba, que finalmente aconteció.

—Hola. Por favor, siéntate —pidió a la vez que hacía un ademán con la mano, indicándole a la recién llegada que se pusiese cómoda.

Xenia se despertó en el instante en que la norteña se sentaba. Se incorporó y guardó silencio, aunque no pudiera evitar soltar un largo bostezo, que arrancó de la joven una sonrisa.

—Mi nombre es Sabba —se presentó. Luego señaló a su antigua dama de compañía y añadió —: Y ella es Xenia. —Acto seguido acarició el pelo de la niña, que seguía en su regazo, y agregó —: Sinda, mi hija.

La joven sonrió, dedicó a cada una de las mujeres un ligero movimiento de cabeza, a modo de saludo, y se presentó también.

—Taisha —dijo, señalándose a sí misma con la mano izquierda.

Sabba la miró, esta vez sorprendida.

—¿Taisha? —Las lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos una vez más, pero las contuvo

con éxito. No estaba dispuesta a demostrar de nuevo debilidad ante esas personas—. Entonces, ¿eres familia de Taru? Él tenía una hija que se llamaba igual que tú, pero murió.

Al escuchar el nombre de su padre, Taisha se mordió el labio inferior y clavó los ojos en las pieles. Cuando alzó la vista de nuevo, asintió con la cabeza.

—Taru es mi padre —declaró. Aunque Sabba no entendió la palabra con que Taisha se refería al parentesco, sí intuyó que lo conocía, y algo grave le había sucedido. Pero, ¿qué? Aparte de que no la reconocía, el norteño parecía estar en perfectas condiciones.

—Taru —repitió Sabba. Luego, con la mirada expresó interrogación a la vez que preguntaba —: ¿Dónde está?

La joven cambió la expresión del rostro; sus ojos se tornaron más brillantes, y en su mirada se dejó ver la rabia y el desafío, dejando a Sabba aún más confusa e inquieta.

—¿Qué sucede con Taru? —insistió—. ¿Por qué no me ha reconocido? ¿Qué está sucediendo?

La pequeña Sinda se revolvió en el regazo y su madre respiró hondo, obligándose a mantener la calma.

Entonces Taisha hizo algo que la dejó sorprendida. Cogió su mano y se la apretó.

—El Espíritu de Taru está poseído, pero tú me ayudarás a acabar con el miedo que lo domina.

Sabba no entendió una sola palabra, pero el tono de voz de Taisha logró tranquilizarla. Le dedicó una mirada de agradecimiento, asintió con la cabeza y logró dibujar en el rostro una sutil sonrisa. La norteña también sonrió y llenó su corazón de esperanza. Cuando la joven abandonó la tienda, Sabba se sintió muy sola, aunque el miedo que antes la asediara hubiese desaparecido.

El desacuerdo reinaba en la Gran Tienda del Consejo. Incluso algunos se atrevían a expresar con euforia su opinión, y los gritos mantenían en tensión a los asistentes más flemáticos.

Y era porque todos estaban preocupados. Y con razón, pues los extranjeros habían llegado a sus tierras, y ahora se alojaban en su propio poblado. Una raza de hombres venidos del Sur que, varios inviernos atrás, habían diezmando la población del Norte, llevándose a mujeres y hombres fuertes, y asesinando al resto: mujeres embarazadas, niños y ancianos...

El Consejo de Ancianos estaba formado por diez miembros destacados de la Tribu del Viento. Antiguamente todos habían pertenecido a las familias más pudientes. Pero ahora, por cuestiones prácticas, la cosa había cambiado, y era el talento lo que primaba.

El Jefe de los del Viento escuchaba con atención, y de momento no había pronunciado palabra. No se dejaría dominar por el totalitarismo, aunque en ocasiones como aquella se viera tentado a ello.

Levka permanecía sentado a su derecha, y tampoco había abierto la boca. Talu sabía que, en cuanto lo hiciera, no sería para apoyarlo. Eso no molestaba al jefe, pues tenía en alta estima la opinión del Líder de Caza y Guerra en funciones; un título que no poseía de forma oficial, pero sí en la práctica. Era el mejor cazador de la tribu, con excepción de la recién llegada Taisha, que era la mejor con el arco desde que Måara se había marchado con el rey. Levka, además, era un excelente estratega y no estaba de acuerdo en dejar con vida a los extranjeros porque, de hecho, ese había sido el plan inicial: ejecutarlos. Pero la destreza de la mujer luchadora, que lo había confundido con su hermano, y después la insistencia de Taisha, habían hecho a Talu cambiar de plan.

Posiblemente se debiera también a que su mejor amigo había perdido a toda su familia a manos de los espectros, pero Talu reconocía que, teniendo en cuenta la cantidad de gente del Sur que había llegado, era más inteligente no dejar huella de su paradero.

Talu había cambiado de opinión, ya no deseaba matar a dos mujeres, una niña y un herido y en aquellos momentos escuchaba a la mayoría de los sabios.

Dunya, la curandera, permanecía sentada a la izquierda de Talu, y abogaba con pasión por la vida de los recién llegados. La algarabía subía de tono y el desacuerdo crecía. Entonces se puso en pie para hablar. Era parte del protocolo alzarse para hacerlo, pues así el discurso era más pausado.

—La Tribu del Viento no asesina niños. De otra forma, ¿qué nos diferenciaría de los espectros? —dijo con efusividad tras escuchar las duras palabras de Yura, la anciana esposa del Hombre Medicina de la Tribu, que acababa de plantear la idea de ejecutarlos y clavar sus cabezas en la pradera como aviso.

—¿Ya has olvidado a todos los niños del Norte que los espectros se llevaron?

La mujer permanecía en pie, pues no deseaba acabar la discusión.

—No he olvidado, Yura —rebatió Dunya, esta vez con más tranquilidad—, pero mi condición de sanadora me impide abogar por la muerte; más cuando uno de ellos está siendo rondado por los Espíritus Oscuros. Como mujer que convive día a día con el poder de la Medicina, deberías comprenderlo. Además, en las actuales circunstancias los sureños no suponen peligro alguno para nosotros, al contrario: podrían ayudarnos.

Levka se puso en pie para tomar la palabra.

—¿Ayudarnos? —alegó, también con voz pausada—. Si no escapan para informar de nuestro paradero, nos podrían atacar los Espíritus de la Enfermedad que portan consigo. Dunya, comprendo tu posición como sanadora, pero ¿acaso no recuerdas que, tras hallar los extraños objetos que dejaron los espectros antes del ataque, murieron más de la mitad de los niños y ancianos de Roca Roja?

Dunya paseó la mirada sobre todos los allí presentes, con el ceño fruncido, y volvió a posar la mirada en Levka.

—No lo he olvidado, y como curandera, al igual que hizo mi predecesora Aisha, puedo combatir a esos Espíritus de la Enfermedad si los sureños la traen consigo, cosa que aún desconocemos. Lo que sí es una posibilidad real es que podrían ayudarnos si logramos salvar la vida del herido, porque únicamente ellos conocen las costumbres del Sur, su estrategia de lucha, y cuántos son. En mi opinión, solo conociendo al enemigo tendremos una posibilidad de vencerlo.

Levka apretó los labios y frunció el ceño, ofendido.

—Habla sobre hierbas y remedios, Dunya, pero la guerra déjanosla a quienes la libramos.

Todos los allí presentes, a excepción de Talu, se pusieron en pie y empezaron a discutir, acalorados. Tras el discurso de Dunya, algunos habían cambiado de opinión y ahora se enfrentaban al resto a pleno pulmón. Talu los dejó sacar toda la energía hasta que, una vez los vio cansados de gritar, se puso en pie.

De inmediato todos se sentaron en el círculo del consejo para escuchar lo que su jefe tenía que decir.

Talu hizo una larga pausa, dejó que el silencio llenara de solemnidad la estancia, tomó aire y habló con voz suave y conciliadora, pero con tono determinante.

—Soy consciente del sufrimiento y la pérdida que ha padecido la Tribu del Viento desde que los espectros del Sur llegaron a nuestras tierras. Entiendo todas y cada una de las opiniones que habéis expresado, también comparto vuestro estado de ánimo, y siento la misma preocupación. Es lógico pensar que acabar con la vida de estos sureños es la mejor de las opciones. Sin embargo, ¿desde cuándo la Tribu del Viento ejecuta a madres o mujeres desarmadas, o guerreros heridos en la batalla? ¿No es tabú para los del Viento ejecutar niños, aunque sean del enemigo? Sí, teníamos derecho a acabar con ellos en el momento en que irrumpieron en nuestras tierras, bajo el fragor de la batalla, pero la Ley del Viento no permite asesinar a personas que cumplan estas

características: heridos en batalla, madres, mujeres desarmadas y niños. —Talu hizo una pausa para observar las reacciones en los rostros del consejo. Los más ancianos asentían. Levka era el único que fruncía el ceño, pero ya lidiaría con él más adelante—. En caso de que, por unanimidad, decidamos romper la Ley del Viento, ¿cuál sería el motivo real para ejecutar a los sureños? ¿La venganza? ¿El miedo? —Miró a Levka, quien cerró los ojos y tomó aire. Talu supo, por su expresión, que lo había convencido. Pero prosiguió—: Decidme, ¿por qué motivo marchamos entonces del Útero de la Madre, nuestra cueva sagrada, ahora profanada por el que se hace llamar rey? ¿Qué es lo que realmente nos diferencia de los del Miedo? ¿Deseamos actuar como ellos y dejar que el miedo nos consuma? ¿Creéis que ensartando las cabezas de dos mujeres, un hombre herido en batalla y una niña, los espíritus nos guiarán o los dioses nos favorecerán? Y cuando lleguen los espectros y encuentren los cadáveres profanados de su gente, ¿nos temerán o desearán la revancha y atacarán con más rabia e ímpetu?

Talu miró a todos y cada uno de los allí presentes, que bajaron la vista, avergonzados. Y añadió:

—Soy vuestro jefe y me debo a vosotros. Prometí no tomar decisiones unilaterales y haré lo que el Consejo dictamine. Estoy dispuesto a cumplir la Ley del Viento. Pero mi opinión es que la mujer que hemos capturado es una excelente luchadora, la otra puede dar buenos hijos a la Tribu, y el hombre herido es valiente, audaz e inteligente, y puede instruirnos. Cualquier niño que duerma al amparo del fuego del poblado, sea de la casta que sea, entra a formar parte del futuro de la tribu. Y dadas las circunstancias, no nos podemos permitir perder ni uno más. De corazón, creo que la gente capaz, talentosa y también la gente peligrosa, debe permanecer cerca para sacar provecho. De quien no podemos recibir enseñanza ninguna es del miedo y la muerte. Mucho menos de la venganza.

Sabba permanecía arrodillada junto al fuego, en la misma posición, desde que Taisha se había marchado hacía ya más de una hora. Xenia había vuelto a quedarse dormida y Sinda permanecía junto a ella. La pequeña siempre había gozado de un profundo sueño, y con el cansancio de los últimos días, su madre supo que no despertaría hasta bien entrada la mañana, si nada lo impedía.

Pero ella era incapaz de pegar ojo, y aunque se sintiera terriblemente fatigada, necesitaba salir a tomar el aire, despejarse, ver el cielo, para así calmar su ansiedad. También el estado de Mihn, de quien no sabía nada desde su llegada, la tenía con el alma en vilo. Era consciente del peligro que suponía salir de la tienda sola, aunque no hubiera vigilantes en el exterior; cientos de ojos estaban pendientes de ellas, y aunque lo intentasen, no habría escapatoria. Ellos sabían que no se marcharían mientras su maestro permaneciese convaleciente.

Sí, era peligroso, pero si no salía de entre esas paredes de piel, el corazón le estallaría de un momento a otro, así que decidió arriesgarse.

Una vez fuera, el viento le dio la bienvenida, sacudiéndole la melena.

Se recogió el pelo en una cola de caballo y empezó a caminar por el poblado.

A pesar de que ya había anochecido, el campamento bullía. Había gente por todas partes. Algunos comían fuera de las tiendas, otros recogían leña fina por las inmediaciones del río, y las mujeres hacían grupos mientras hablaban unas con las otras, a la vez que los niños correteaban entre las tiendas.

A medida que Sabba avanzaba, los rostros se volvían hacia ella sorprendidos: curiosos los de las mujeres y los niños, suspicaces los de los ancianos, y admirados los de los hombres; pero ninguno de ellos mostraba agresividad o temor. Habría unas cincuenta tiendas circulares, confeccionadas con pieles y decoradas con extraños dibujos de animales o geométricos. Los fuegos de los hogares estaban encendidos y las tiendas resplandecían como si fueran gigantes

farolas. Sabba se fijó en las vestimentas: confeccionadas con pieles de colores ocre, rojos o blancos. Eran sencillas y cómodas, siempre de piel, pero algunas camisas lucían adornadas con flecos en las mangas o la pechera, y algunas plumas o crines de caballo estaban cosidas a ellas, sobre todo las de los hombres, quienes parecían más interesados que las mujeres en engalanarse. Ellos caminaban, elegantes y orgullosos, con ropajes más llamativos, mientras ellas se comportaban con discreción, aunque Sabba supiera tiempo después que ellas tenían un gran peso familiar y político. A pesar de las diferencias en el vestir, entre hombres y mujeres, todos sin excepción lucían plumas en el pelo. Eran personas muy bellas, lucían cuerpos atléticos, los hombres muy altos y bastante más corpulentos que las mujeres, de piel tostada por el sol y ojos claros. El color de los cabellos, sin embargo, variaba del rubio al negro, y en general tenían el pelo lacio y muy abundante. Los hombres, todos ellos, lo llevaban largo y suelto, y las mujeres lo llevaban recogido en dos largas trenzas. Todos lucían los párpados delineados de color negro, haciendo resaltar el iris claro, de forma que sus miradas destacaran en los rostros. En la piel lucían extraños y bellos tatuajes. Sabba se fijó en que los hombres adornaban con tinta la piel del torso, hombros y brazos, mientras las mujeres se tatuaban el cuello y rostro. La única a quien había visto sin tatuajes había sido Taisha.

Llegó a una gran tienda donde parecía celebrarse una reunión importante. Desde fuera se oían voces acaloradas. Sabba iba a marcharse, pero de improviso se hizo el silencio y resonó con fuerza la voz de Taru. Esa voz la dejó paralizada. Era él, ¡por los dioses, era su voz! Llevaba años evocándola en su mente, con un miedo terrible de olvidarla. Al fin volvía a escucharla.

Hablaba en su idioma, uno que en sus labios le resultó hermoso, y las palabras que salían de su boca eran suaves, templadas; pero había una diferencia: estaban cargadas de autoridad. Jamás había oído a Taru hablar en ese tono. En Oriente no había sido más que un esclavo. Aquí era el jefe.

Cuando acabó el discurso, volvieron a oírse voces, esta vez mucho más calmadas y Sabba supo que debía marcharse cuando intuyó que estaban a punto de salir de la gran tienda.

Pero fue demasiado tarde. Taru cruzó la cortina de la entrada y se topó de bruces con ella. Se había limpiado el rostro, como todos los demás, aunque llevara los párpados pintados de negro. Vestía una camisa de ante oscura desatada hasta la entrada del pecho, dejando ver el oscuro vello que deseó acariciar con urgencia. Recordó las veces que en Ciudad de Oriente se había quedado dormida sobre su pecho; el vello acariciándole la mejilla, haciéndole cosquillas al respirar, y había sentido el latido de su corazón; eso siempre la reconfortaba. Lo miró a los ojos y descubrió en ellos, una vez más, la sorpresa y la incredulidad. Sabba empezó a temblar. Nuevamente, sus ojos se anegaron y la vista se le empañó. No quiso parpadear para que las lágrimas no rodasen por sus mejillas. Pero resultó inútil. Una lágrima, y después otra, y luego otra, la traicionaron.

¿Por qué no la reconocía? ¿Por qué?

Talu se quedó inmóvil mientras los miembros del Consejo permanecían tras él, sorprendidos y un poco escandalizados ante la presencia de esa mujer allí, de quien acababan de decidir el destino.

Al norteño le costaba respirar. Tampoco comprendía la actitud ni la reacción de esa mujer, cada vez que la miraba a los ojos.

—Taru —susurró ella, y el jefe comprendió que, de nuevo, lo confundía con su hermano.

Frunció el ceño y la miró severo; al punto habló:

—Dunya —espetó con la voz suave y autoritaria que lo caracterizaba—, lleva a la extranjera a su tienda y encárgate de que no salga de allí.

La curandera se apresuró hasta Sabba y la cogió del brazo. Pero esta se deshizo del agarre, y

cuando Talu se disponía a marchar, corrió hacia él y lo interceptó ante los rostros estupefactos de quienes los rodeaban.

—Taru, deja ya de ignorarme. ¡Necesito hablar contigo!

Talu empezaba a perder la paciencia. No quería ser duro con ella, pero no podía mostrar debilidad ante el Consejo. Aunque en el fondo estuviera impresionado. Esa mujer era exquisita. Su piel era blanca, perfecta. Llevaba el cabello negro recogido en una cola de caballo, era abundante, y unas suaves ondas se deslizaban por el hombro izquierdo y rozaban un cuello largo y delicado. Los ojos eran verdes y brillantes, preciosos, almendrados, y unas largas y rizadas pestañas los rodeaban. Los labios eran rojos y jugosos como fresas, y de súbito sintió la tentación de besarlos hasta saciarse.

La inesperada incitación lo aturdió y dio un paso atrás. Debía alejar esos absurdos deseos. La miró con una nueva perspectiva: ella era peligrosa.

También era valiente, desde luego, pero estaba equivocada y confundida. No la culpaba, él y su hermano eran físicamente exactos; había una ligera diferencia en la altura, y por supuesto en el carácter; pero era lógico que, sin saberlo, ella los confundiera, ya había sucedido en varias ocasiones. En cualquier caso, cualquiera que fuese la relación de esa mujer con Taru, debía de ser importante para impulsarla a cruzar el Gran Mar y arriesgarse a contactar con ellos, acompañada de una niña pequeña. Tendría que averiguarlo, pero aquel no era el momento.

Suspiró rendido, se giró, y miró a todos los miembros del Consejo detenidos tras él.

—Por algún motivo que aún desconozco, esta mujer me confunde con mi hermano, quien se hace llamar Rey del Miedo. No tardaré en indagar, y después os convocaré para informaros de todo. Ahora, vayamos a descansar; ha sido un día muy duro y mañana tenemos asuntos importantes que atender.

Dicho esto, Talu se marchó, dejando a una cada vez más confusa Sabba.

—¿Qué le pasa a Taru? —preguntó a la curandera, que la miraba consternada—. ¿Por qué me ignora de esta forma? ¡Él es Taru! ¡Es Taru! —repitió, al tiempo que clavaba la vista en la espalda de Talu, angustiada.

Dunya también estaba sorprendida, no comprendía las palabras de la recién llegada, pero sí entendía claramente que la extranjera estaba confundiendo a Talu con el Rey del Miedo.

—No te preocupes —alegó, utilizando un tono suave y tranquilizador—. Ahora necesitas descansar. Por favor, acompáñame —pidió con afabilidad, al tiempo que tiraba de ella suavemente y le indicaba el camino con la otra mano.

Sabba cedió. Dejó que la mujer la llevara de regreso a la tienda, mientras intentaba contener un río de lágrimas por el camino.

El Anciano Shurah era uno de los chamanes más poderosos del Norte. Había sido el Hombre Medicina de Roca Roja y, por suerte, sobrevivió a la masacre. Los espectros le habían herido con aquellas lanzas que escupían fuego, dando como resultado la pérdida de la pierna izquierda. Milagrosamente, superó el trance y ahora la Tribu del Viento podía contar con su sabiduría.

No era común que Taisha asistiera a una ceremonia de purificación de un herido en batalla, pues se trataba de un rito reservado para los acólitos de Medicina, pero la joven había decidido que no se separaría del extranjero. No hasta que su vida dejara de correr peligro.

En aquellos instantes Shurah entonaba un cántico, que habría erizado la piel de un muerto, mientras esparcía humo de salvia blanca con una mano, y con la otra hacía sonar una calabaza hueca. Se había recogido el pelo en señal de respeto a la Diosa Madre, y pintado el rostro de blanco para espantar a los Espíritus Oscuros, que rondaban el cuerpo del yaciente. Una línea roja dividía el rostro en dos partes, de forma que su mente y su cuerpo estuvieran separados para

poder luchar con más ímpetu contra la Muerte; por eso había tomado toé: una raíz alucinógena que, de forma previa, había machacado y hervido durante horas junto con las hojas para ayudarlo en el vuelo chamánico.

Taisha no apartaba la vista del extranjero. El cuerpo del hombre desnudo yacía sobre una estera de caña. Solo un gran hematoma de color violáceo, allí donde había acertado la flecha que no logró atravesarlo, rompía la blancura de su piel de luna, completamente untada en aceite de ballena, a excepción de la herida del brazo, que estaba cubierta con un emplasto de color verde. Permanecía inconsciente, sudando y tiritando, y de sus labios brotaban palabras ininteligibles. Los extraños ojos rasgados seguían cerrados, y las enormes pestañas vibraban rozándole los altos pómulos. Los largos cabellos, que había visto sueltos en el río, estaban ahora atados sobre la coronilla, y rodeados por una cinta de color rojo, aunque el recogido se hubiera deshecho en parte y algunos mechones intentaran escapar de él. Taisha sintió la terrible necesidad de desatarle el pelo y masajearle el cuero cabelludo para hacerle sentir mejor, pero de la garganta del Hombre Medicina salía ahora un sonido espeluznante y no se atrevió a interrumpir el ritual.

Aguardó, allí sentada, hasta que el Hombre Medicina la miró espantado.

—¡Lucha contra su propia divinidad! —gritó mirando a Taisha con los ojos muy abiertos—. ¡Es peligroso! ¡Su poder es espantoso!

Luego, ante la atónita mirada de la joven, Shurah se recompuso como si nada hubiera pasado.

—Dale de beber —solicitó antes de abandonar la estancia.

Taisha, aún inquieta ante la excéntrica actitud del Hombre Medicina, vertió agua en un cuenco de calabaza y se la acercó al hombre. Se arrodilló a su derecha, a la altura del pecho, y con el dorso de la mano le tocó la frente. Estaba húmeda y ardía. Cogió una piel, la humedeció con agua fresca y la colocó encima para refrescarlo. No era curandera pero pensó que lo más lógico sería bajarle la temperatura del cuerpo; encendió una pequeña tea y apagó el fuego del hogar. Sus ojos tardaron poco en acostumbrarse a la penumbra. Las gentes del Norte veían muy bien en la oscuridad, como los felinos.

Humedeció otra piel y empezó a limpiar el cuerpo de la grasa de bison que seguramente le daba más calor y no lo dejaba transpirar bien. Necesitaba sudar para expulsar los espíritus de la enfermedad. Cuando hubo acariciado cada centímetro de aquella fascinante piel, con una mano detrás, le incorporó la cabeza para que pudiera beber. Lo oyó gemir y él rehusó.

—Necesitas beber para reponer el agua de tu cuerpo —le dijo con suavidad. Él pareció entender, y al segundo intento tomó varios sorbos—. Muy bien —se alegró—. Es suficiente por el momento.

Entonces Taisha se colocó tras la cabeza masculina y le desató el pelo. Lo acarició, fascinada. La melena era larga, los cabellos gruesos y lisos, suaves al tacto. Con el paño de la frente los lavó con cuidado y los peinó con los dedos. Cuando acabó, los colocó sobre la almohada y, desde su posición, se agachó hacia el rostro. Curiosa, le acarició las pestañas con el dedo índice. Descendió por el pómulo izquierdo, siguió por la mejilla y le rozó los labios.

Él abrió los ojos y Taisha, sorprendida, se echó hacia atrás. En un rápido movimiento, el extranjero se incorporó, se dio la vuelta, y las miradas de ambos colisionaron como una ola rompe contra la playa. Taisha empezó a respirar con dificultad y sintió cómo el corazón le latía rápido, como si luchara por escapar del pecho. Ese hombre, de cerca, era mucho más hermoso de lo que ella recordaba e irradiaba una fuerza y una magia muy difíciles de explicar. Los cabellos caían en cascada sobre los hombros y ocultaban parcialmente un rostro tan bello que, si no hubiera sido por la mirada profunda y agresiva, lo habría confundido con el de una mujer. Sus ojos eran tan extraños y exóticos... Rasgados y a la vez grandes. El párpado superior formaba un notorio

pliegue por encima del lagrimal puntiagudo, no redondo como los de la raza nortea. La nariz era fina y recta, los labios ligeramente gruesos, y la boca pequeña. El mentón era delicado pero la mandíbula ligeramente cuadrada le daba un aspecto viril. Y no había rastro de barba en la piel. Nunca había visto a nadie igual.

—Esto... yo... —Taisha empezó a tartamudear—. ¿Te... te encuentras bien?

Él frunció el ceño y asintió con la cabeza, aunque confuso.

Luego puso los ojos en blanco y se desmayó.

MÀARA

Màara vio un cambio en el brillo de los ojos del rey, y sintió como si un muerto le estuviera echando su aliento gélido en la nuca. Lágrimas de pánico escaparon de entre los párpados, se le puso el vello de punta, y el terror viajó por sus venas hasta estallar en el corazón, que empezó a palpitar de forma desquiciada.

—¡La dejaste marchar! —bramó el Rey del Miedo—. ¡La dejaste marchar y no me lo dijiste!

La reina temblaba como una hoja azotada por el temporal.

Abrió la boca para responder, pero sus cuerdas vocales no emitieron sonido alguno.

—No... No... pude hacer nada para impedirlo —logró decir tras varios infructuosos intentos—. Por favor, os lo suplico, no me castigéis.

—¡Cállate, Màara! ¡Cállate si no quieres que te destripe con mis propias manos y luego esparza tus vísceras mientras aún sigues con vida!

Se arrodilló, aterrorizada, y Taru sintió como si una enorme rata le estuviera royendo el corazón. Lo único que le importaba, su hija Taisha, lo había abandonado. Se había marchado con los del Viento porque lo detestaba, lo despreciaba, y odiaba en lo que se había convertido. Casi tanto como Taru a sí mismo. El dolor se fue transformando y pronto esa emoción se convirtió en furia.

—Reúne a mis guerreros —ordenó en un tono bajo y tan frío que Màara se encogió aún más que si hubiera gritado—. Esta misma noche pienso segar la vida de todos y cada uno de esos traidores. Yo mismo mataré a Talu. ¡Le arrancaré el corazón a dentelladas!

Màara se atrevió a alzar la vista. El terror la aprisionaba y a duras penas podía moverse. Pero la compasión que sentía hacia ese hombre era mayor que su miedo. Tenía que impedir el ataque. De lo contrario, Taisha jamás lo perdonaría, y entonces ya no habría salvación para Taru.

—Os..., os suplico que no lo hagáis, mi señor.

Taru se puso en pie, desquiciado.

—¿Cómo osas contradecirme? ¿Cómo te atreves?

Màara no podía dejar de temblar, pero tampoco estaba dispuesta a ceder.

—Os..., os lo ruego, mi señor. Dad... dadme la oportunidad de enmendar mi terrible error. Dejad que yo misma os la traiga de vuelta...

El corazón de Taru estaba lleno de furia, y su mente era incapaz de pensar con claridad. En momentos como aquel perdía el control, y luego, en la soledad de su tienda, se sentía terriblemente culpable. Sabía que tarde o temprano la locura ganaría la batalla. Pero no era ningún estúpido. Sabía que si esta vez se dejaba llevar por el odio, perdería para siempre a Taisha. Y ella era lo único que le quedaba. Lo único que lo ataba al mundo de los vivos. Y necesitaba vivir para salvar a su pueblo de los espectros.

El Norte volvía a estar en peligro. Varios días atrás había llegado un joven de Arrecife asegurando que los invasores habían llegado, procedentes del Sur. Habían desembarcado en el sureste del continente, junto a los grandes bosques. El gran ejército sureño había traído consigo caballos, animales de granja, y familias enteras para colonizar sus tierras. Esta vez no venían solo

a por esclavos; estaban dispuestos a ocupar sus tierras. La razón le decía que para expulsar al invasor, debían unirse las tribus. Y Talu lideraba la más grande de todas ellas. Lo necesitaban.

—Está bien —cedió intentando disimular el temblor de su cuerpo—. Márchate ahora mismo y tráela de vuelta. Si no lo haces, yo mismo te arrancaré el corazón y se lo serviré de alimento a los cuervos.

—No os fallaré, mi señor. ¡Lo prometo!

Cuando Màara se marchó, Taru se desembarazó del tocado y se dejó caer sobre las pieles de dormir. Las manos le temblaban; todo el cuerpo se sacudía como si la mismísima tierra gritara de dolor. El silencio y la soledad eran para él un alivio, pero también un estruendo de recuerdos que retumbaban en su cabeza y la rompían en mil pedazos, impidiéndole pensar con claridad.

Las emociones se desataban y el dolor lo destrozaba.

Había estado a punto de matar a Màara. La rabia había ganado la batalla por poco, pero no podía perder a su hija. A ella no.

Le costó recuperarse tras la muerte de su primer amor: Aisha, la madre de Taisha. Fue asesinada ante sus ojos, a manos de los espectros. Luego lo capturaron y lo llevaron al Sur. Allí, convertido en esclavo, y perdida toda esperanza, conoció a Sabba, su princesa: una dama dulce y bondadosa que lo rescató del abismo. Cuando creía que ya no le quedaba nada, el amor regresó y sanó su corazón herido. Pero ella también se marchó; murió al dar a luz a una niña que jamás conoció.

Taru había perdido demasiado. Y cuando se quedaba a solas, los recuerdos de lo sufrido durante su captura y posterior cautiverio: la sangre, el dolor, la angustia, reaparecían. Podía escuchar el chasquido del látigo arrancándole la piel, el olor de su propia carne abrasada, y el sabor de su sangre mezclada con lágrimas. La soledad lo mataba en vida; no obstante, era adicto a ella. Era incapaz de olvidar a su princesa. El corazón le latía, pero el resto de su ser lo sabía muerto, y eso estaba hundiéndolo en la locura.

Habían transcurrido cinco inviernos desde la muerte de Sabba y el bebé de ambos, pero el tiempo no calmaba el dolor: lo acrecentaba. Amó a Aisha, pero nunca con tanta pasión como a Sabba; tal vez porque el dolor de la primera pérdida fue sanado con la dulzura de su princesa. Una mujer que besó su corazón y rescató su alma. Por ella volvió a creer en el amor, un sentimiento que lo sacó del abismo en el que volvía a estar preso. En aquellos momentos Taru continuaba sometido, seguía siendo un esclavo porque había dejado de luchar, y se había entregado a la oscuridad. Se había enterrado en una tumba que inmovilizaba un alma sangrante y un corazón del que sólo se podían escuchar los latidos en el silencio que únicamente da la soledad.

Una carcajada histérica escapó de su garganta mientras, poco a poco, iba transformándose en un lamento. Sus ojos se llenaron de unas lágrimas que no pudieron ser derramadas. Hacía años que estaba seco por dentro.

Los espíritus se habían vuelto locos. Los dioses lo habían abandonado. Sentía asco de sí mismo, de lo que se había convertido. Taisha no se merecía un padre como él. Si fuera ella, no regresaría jamás.

La antigua líder de Caza de la Tribu del Viento observaba el campamento de Talu a una distancia prudencial. Llevaba allí desde el alba, y el corazón le brincaba en el pecho al ver a sus antiguos amigos entrar y salir de sus tiendas. Podía escuchar las risas de los más pequeños, incluso imaginar lo que estarían diciendo las mujeres mientras cuchicheaban.

Echaba de menos aquella vida, y no podía culpar a Taisha por haber huido de su padre. Sin embargo, tenía que llevarla de vuelta, por el bien del Norte, por el bien de Taru...

Estaba haciendo todo lo posible por sanar el alma de ese hombre, pero no estaba segura de

lograrlo. El Espíritu del Miedo era muy poderoso, corrompía las almas y endurecía los corazones, y Taru había sido una presa fácil. Había llegado del Sur con el alma perdida y el corazón roto. Nadie sabía qué le había sucedido allí; él guardaba un férreo silencio y, por supuesto, Màara no se había atrevido a preguntar, pero las secuelas físicas eran evidentes. El cuerpo de Taru estaba destrozado; la piel del pecho y de la espalda, donde antes había lucido un espléndido tatuaje, era ahora una maraña de carne arrugada. El Rey se esforzaba en ocultarlo, jamás salía de su tienda desnudo y sin su máscara, pero Màara lo asistía, y era la única que lo había visto. También estaba cojo de la pierna izquierda; no podía doblar del todo la rodilla, y de forma constante sufría terribles dolores. Le resultaba muy doloroso cazar, luchar o montar a caballo, aunque lo hiciera, y muy bien, sin emitir queja alguna. Durante el día se mostraba poderoso e implacable, pero por las noches, en la intimidad del hogar, el dolor y el sufrimiento lo traicionaban.

Màara reconocía su propia derrota. No tenía la sabiduría para sanar la locura del rey, La Medicina no era su poder y, aunque lo hubiese intentado, la que corría peligro de sucumbir con él era ella misma.

Tenía que lograr que Taisha regresase.

A toda costa.

Hacía una media luna que la joven se había marchado. Aquella niña tenía mucho que aprender, pero al igual que su madre, Aisha, poseía el don de la sanación del espíritu. Con el tiempo se convertiría en una Mujer Medicina. Era un alma inquieta y atractiva, inteligente y osada; una auténtica líder. Los del Miedo no podían permitirse perderla. Era, además, la única que mantenía a raya la locura del rey y, tras su marcha, Taru estaba descontrolado.

Tenía que hacerla regresar, de lo contrario el rey acabaría con todos.

Tan absorta estaba Màara en sus cavilaciones, que no se fijó hasta ese momento en dos caballos de la manada de los del Viento que pacían junto al río. Un garañón había separado a una yegua blanca como la sal, que empezó a galopar con la cola en alto, como si el viento la impulsara. Era magnífica y Màara quedó cautivada, pero instantes después recordó que ya había visto caballos así el día que los Espectros masacraron a su tribu y un extraño presentimiento la embargó.

Sabba ayudaba a Dunya a recoger leña fina en la alameda, mientras Xenia y la pequeña Sinda se bañaban en el río. Aquella mañana se encontraba de mejor humor, pues Mihn estaba respondiendo bien a la medicina del chamán, y hacía cinco días que había recobrado el conocimiento. Había podido hablar con él, aunque no demasiado; todavía no le estaba permitido salir de la tienda de sanación, pero hacía días que la fiebre había remitido, y su vida ya no corría peligro. La joven Taisha no se separaba de él y eso la tranquilizaba.

Sin embargo, su corazón seguía suspendido en la incertidumbre y la decepción. Taru la evitaba, y Sabba sentía que estaba volviéndose loca por momentos. Dos noches atrás se escabulló para hablar con él, pero el norteño sólo la miró con extrañeza, para después ordenar a sus hombres que la llevaran de regreso a su tienda. No le había dirigido la palabra, y después se había marchado de caza. No lo había vuelto a ver desde entonces.

Llevaban allí dos semanas y estaba esforzándose mucho en aprender el idioma del Norte. Aunque le resultaba difícil, había conseguido entenderse con la mujeres al menos en las cosas básicas. La joven que la acompañaba era muy alegre, se prestaba a ayudarla en todo lo que necesitase, pero la comunicación seguía siendo un problema. En aquellos momentos caminaban juntas y Dunya se paraba a cada instante a recoger plantas medicinales e intentaba explicarle para qué servían.

—Esto es para el resfriado —dijo, acompañando las palabras con una tos para hacerse

entender. Le dio a oler la planta, y Sabba descubrió que se trataba de salvia blanca.

La princesa correspondió a Dunya con una sonrisa, y siguieron su camino hasta que llegaron al río. Entonces el corazón de la princesa empezó a latir con intensidad.

Taru se estaba bañando en el río, con los niños del poblado. Los pequeños, encantados, no paraban de reír y salpicaban al jefe a la vez que intentaban ahogarlo mientras él se dejaba avasallar con una paciencia infinita, riendo a carcajada limpia.

Sabba se sintió extraña y confusa, jamás había visto al norteño tan alegre, tan feliz ni con tanta dulzura en el rostro. El Taru que ella recordaba tenía una mirada triste y desesperanzada que sólo se iluminaba al verla. Ese de ahí realmente parecía otro hombre.

Sinda también participaba en los juegos. La pequeña reía y salpicaba al jefe, junto con los demás niños, pero en un momento dado tropezó y perdió el equilibrio. A Sabba se le atragantó el corazón cuando la vio desaparecer en el agua. ¡Su hija no sabía nadar!

Soltó la cesta de la leña y corrió hacia allí con todas sus fuerzas.

Talu vio correr a la extranjera y supo, por la expresión de su rostro, que algo no iba bien. Miró en la dirección que apuntaba su mirada y descubrió que la pequeña Sinda se estaba ahogando. Sin pensárselo dos veces se lanzó, nadando hacia ella, y la sacó del río.

Cuando la madre llegó, él ya la había colocado bocarriba sobre la orilla. Por fortuna, la niña no tardó en expulsar todo el agua entre tos y tos. Luego, con una sonrisa en los labios, miró a Talu, quien tampoco pudo evitar reír de puro alivio.

—¡Sinda! Oh, Dioses, ¡Sinda!

Sabba abrazó a su hija con desesperación mientras lágrimas de pánico resbalaban por sus mejillas.

—Estoy bien, mami. ¡Mami, me estás aplastando!

La princesa la soltó, le apartó el pelo de la cara y le palpó el rostro.

—Cariño, no vuelvas a asustarme de esta manera. ¿Entendido?

—Te he dicho que estoy bien, sólo buceaba. ¡Pero Talu me salvó!

Sabba alzo la vista y se encontró con los ojos de Taru.

Él también sonreía ante la escena, pero cuando se dio cuenta de cómo ella lo miraba, el rechazo volvió a reflejarse en su rostro.

Sabba se sintió fatal al ver ese repudio, aun así se mostró amable.

—Gracias, Taru.

Al escuchar el nombre de su hermano, la mirada de Talu se ensombreció aún más.

—Dile a esta mujer que lleve a su hija a ver al Hombre Medicina —le indicó a Dunya—. Mejor acompáñalas a la tienda de sudación, el vapor le irá bien a la niña para que expulse el líquido que aún pueda quedarle en el pecho.

Se levantó, dispuesto a marcharse, cuando Sabba, una vez más, lo interceptó.

Lo asió del brazo y él, de inmediato, se apartó.

—No me toques —ordenó al sentir el contacto; esa mujer lo atraía como las flores a las abejas y eso lo confundía y enfadaba a la vez.

Sabba no era capaz de comprender a Taru. ¿Por qué actuaba así?

—Por los Dioses, Taru, ¡deja ya de comportarte como si no me hubieras visto en tu vida!

Él le dedicó una mirada cargada de confusión, como si no hubiese comprendido ni una sola palabra.

—Estás confundida, yo no soy quien crees —resopló y se apartó el pelo de la cara—. ¡Maldita sea! ¿No hay forma humana de que comprendas que no soy Taru? ¡Mi nombre es Talu! ¡Talu y no Taru!

Sabba se sintió frustrada ante la reacción de él. Estaba a punto de perder el control de sus emociones cuando, de súbito, se dio cuenta de algo. Lo miró bien y, entonces, descubrió algo distinto en él. Se trataba de su piel. La del pecho lucía intacta, no había ni rastro de cicatrices ni de quemaduras en ella.

Y el tatuaje...

El tatuaje que había desaparecido tras la tortura a la que lo había sometido Azhar era distinto.

Alzó de nuevo la vista hacia Taru y empezó a temblar.

—Tú no eres... Oh... ¡Tú no eres Taru!

Él demostró su enfado abiertamente.

—No, no soy Taru. ¡Soy Talu, su hermano!

Dicho esto, el norteño dio media vuelta y empezó a caminar con feroces zancadas hacia el poblado.

Sabba lo vio partir y, cuando se dio la vuelta, pudo fijarse también en su espalda.

Lucía intacta...

¡Definitivamente ese hombre no era Taru!

En aquel momento llegó Xenia, y en cuanto miró a su señora se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado? Tienes una cara...

—Oh, Xenia, ¡Ese no es Taru!

—¿Qué? ¿Cómo que no es Taru?

—¡No lo es, Xenia. ¡No es él! ¡Su tatuaje es distinto! ¡Y no tiene ni rastro de cicatrices en la piel! —Sabba empezó a temblar ante la atónita mirada de Dunya, Xenia y la pequeña Sinda, quienes no comprendían nada de lo que estaba sucediendo.

—Y si no es él... Entonces, ¿quién es?

Talu caminaba hacia el poblado con los puños apretados y todos los músculos en tensión. Estaba tan enfadado que había olvidado la ropa seca, que se había dejado en la orilla del río, e iba dejando un reguero de agua que chorreaba del taparrabos al caminar.

Y es que aquella mujer lo sacaba de sus casillas con aquellos labios de fresa y la mirada verde como la hierba. Aquella mañana se había puesto un vestido de la tribu color marfil que se ajustaba perfectamente a su esbelta figura. Un cinturón de cuero rodeaba la cintura, e intuía las bonitas caderas que se contoneaban a cada paso.

Estaba tan linda con el cabello suelto, meciéndose con la brisa...

¡Solo los dioses sabían lo mucho que lo atraía esa mujer!

Lo había cogido de la mano, lo había tocado y mirado como si fuera quien amaba, con esas manos tan delicadas de dedos finos y... Todavía podía sentir su calor en la piel. Pero no era por él por quién había viajado al Sur; era por su hermano por quién suspiraba.

¡Maldito fuera ese imbécil que no la merecía!

Llevaba dos semanas evitándola. Aquella mañana se había despertado con el temor de encontrársela en el río, pero había sido la niña con quién se había topado, y no había tardado ni un solo instante en comprender que se trataba de la hija de Taru. Era exacta a él: los mismos ojos, el mismo carácter, la misma cara. Ya no tenía la menor duda. Esa mujer, que no hacía más que preguntar por Taru, había viajado para reencontrarse con el padre de su hija. Pues iba a llevarse un buen disgusto cuando comprobara la clase de monstruo en que se había convertido.

Cuando estaba a punto de adentrarse en el círculo del poblado, los cascos de un caballo al galope interrumpieron sus pensamientos. Se dio la vuelta y, al ver de quién se trataba, el enfado aumentó.

—Talu —saludó Màara mientras frenaba a su montura.

«Lo que me faltaba», pensó.

—Màara.

La esposa de su hermano desmontó y mostró las palmas de las manos a modo de saludo, a la vez que hacía una extraña mueca al ver el aspecto tan desaliñado que presentaba.

—No pareces muy contento de verme.

Talu arrugó aún más el entrecejo, si eso era posible.

—No te des tanta importancia —dijo—, sólo eres otro más de mis problemas.

—Eso parece, pero el más grande tiene forma de dos mujeres y una niña.

El jefe se cruzó de brazos.

—Dime, Màara, ¿a qué has venido? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—A buscar a Taisha, pero ahora acabo de descubrir que acoges a los espectros. ¿Cómo es eso?

—Será mejor que vayamos a un lugar más privado, no me apetece discutir contigo delante de todos. Y procura no buscarme las cosquillas porque hoy no estoy de buen humor.

Una vez entraron en la tienda del jefe, Màara se enfrentó a él con más ímpetu.

—¿En qué estás pensando, Talu? ¡Son el enemigo! ¿Ya no te acuerdas de que casi acaban con todos nosotros? ¿Cómo crees que reaccionará el rey cuando se entere?

Talu empezaba a perder la poca paciencia que le quedaba.

—Ese al que llamas «rey» no es más que un desequilibrado mental que ha tomado el control por medio del miedo. Si realmente quieres impedir que los espectros nos invadan, deberías empezar a pensar en la forma de controlarlo, y dejar de preocuparte por dos mujeres indefensas y una niña de cinco años.

—¡Es el único que los conoce! ¡Sólo él sabe de qué son capaces!

—Taru fue el único que regresó con vida del Sur, eso te lo concedo; pero todos hemos perdido a alguien aquí, y nadie ha incumplido las leyes ni ha roto tabúes, uno tras otro, como hace él. ¡Y tú se lo consientes!

—¡Habló el traidor que suprimió los tres liderazgos y se autoproclamó jefe único de la Tribu del Viento! ¡Habló quien se llevó a Taisha! ¡Habló quien acoge en su poblado a tres espectros!

—Caray, Màara, ¡qué valiente te muestras conmigo y qué decidida, cuando con mi hermano no eres más que una ratoncilla sumisa!

En el rostro de la antigua Líder de Caza de la Tribu del Viento se reflejó de nuevo el miedo.

—No sabes de qué es capaz, Talu. No deberías provocarlo.

—Taisha vino a mí porque no soportaba la crueldad de su padre, y esos espectros, como tú los llamas, son personas de carne y hueso —evitó decirle el motivo por el cual estaban allí, pues no se fiaba de Màara, ni mucho menos de su hermano—. No son ninguna amenaza, y sí pueden darnos información de primera mano.

—¿Y si son ellas las espías?

—Si son espías, las tengo controladas.

—No creo que esta sea una maniobra inteligente a la hora de negociar con el rey una unión de las tribus para combatir al invasor.

—Taru está loco, pero no es estúpido, sabe que no tenemos otra opción. Es unirnos o morir. Tú decides qué vas a explicarle, Màara

—Haz lo que tengas que hacer, Talu; yo he venido a buscar a Taisha y me la llevaré, te guste o no.

Talu se encogió de hombros y sonrió, sarcástico.

—Inténtalo.

Cuando Måara abandonó la tienda, Talu lanzó un bramido, frustrado. Su cruel hermano no tardaría en averiguar que Sabba estaba allí, y por extraño que pudiera parecer, el jefe de la Tribu del Viento odiaba esa idea.

¿No tenía ya suficientes problemas?

Mihn descansaba con la espalda apoyada en el jergón, mientras la joven de los ojos verdes le preparaba un unguento.

No se cansaba de mirarla; era encantadora. Le divertía verla arrugar el entrecejo mientras realizaba una tarea en la cual ponía toda su atención, y la forma de apartarse el flequillo de la cara, con un resoplido, cuando tenía las manos ocupadas; le parecía fascinante. Y esa manera de moverse por la tienda: ágil como un gato, con esos ojos que no perdían detalle; tan luminosos e increíbles que parecían contener una galaxia entera.

El de Hanol llevaba dos semanas encerrado en la tienda del chamán, cinco días después de haber recuperado la consciencia, si no hubiera sido por esa chica, se habría aburrido hasta la extenuación.

Cuando ella terminó de preparar el unguento, se acercó, y el corazón de Mihn empezó a latir con brío. Nunca se había sentido así ante nadie y, en otras circunstancias, se habría alejado, pues tenía la mala o buena costumbre de controlar la situación en todo momento. Pero como no le estaba permitido salir de allí, había aprendido a disfrutar esos momentos tan íntimos.

Sintió los dedos de ella en su brazo herido y se estremeció. Ella le curaba la herida diariamente para evitar la infección, y a pesar de que le dolía, Mihn solo podía sentir placer al tenerla tan cerca.

La muchacha notó cómo temblaba y expresó preocupación.

—La herida está mejorando mucho, creo que sanarás pronto —dijo con esa voz tan dulce que sólo usaba cuando le hablaba a él.

Mihn respondió con una sonrisa y vio, fascinado, cómo ella se sonrojaba hasta las orejas. Rompió a reír y ella le dedicó una mirada, mezcla de extrañeza y timidez.

Taisha sentía una atracción muy fuerte por ese hombre. No se trataba solo de su belleza exótica, también le fascinaba la forma en que la miraba y le hablaba. Y esa sonrisa tan perfecta... A su lado se sentía la persona más torpe del mundo, pero también la más feliz. Luego, la confusión la dominaba y se enfadaba consigo misma por no ser capaz de comprender qué demonios le estaba sucediendo.

Aunque la atracción pareciera mutua. Se había dado cuenta de cómo él la miraba cuando pensaba que ella no se daba cuenta, y a pesar de que eso la asustaba, también le entraban ganas de correr por la pradera hasta caer rendida, y reír hasta la extenuación. Deseaba saber todo de él: conocer sus costumbres, incluso averiguar dónde y cómo vivía, y el motivo por el cual había acompañado a la Princesa del Viento a encontrarse con Taru. Odiaba no poder comunicarse con él, y también se enfadaba consigo misma por no atreverse a preguntar. Jamás había sentido timidez ante nadie, y con él era incapaz de comportarse con normalidad.

De súbito la voz de él la sacó de tan incómodos pensamientos.

—No nos hemos presentado —lo oyó decir, sin comprender una palabra.

Taisha alzó la vista y se encontró con los ojos rasgados, como de lobo, y una vez más se sonrojó.

—No te entiendo, ¿podrías ser más expresivo? —pidió fingiendo un mal humor que no sentía, pues en realidad estaba avergonzada.

Él volvió a reír, como si hubiera entendido lo que acababa de decir.

—Mihn —respondió, señalándose a sí mismo con la mano.

—¡Oh... Bien! —exclamó, comprendiendo al fin—. Mi nombre es Taisha.

Vio cómo el rostro del extranjero se tornaba serio por un momento, para después asentir con la cabeza y volver a sonreír.

—Taisha —repitió—; es un nombre muy bonito. ¿Qué significa?

Ella arrugó la nariz y alzó ligeramente el labio superior, y él amplió la sonrisa.

—Está bien, ya sé que no me entiendes pero es muy divertido ver la cara que pones cuando eso sucede.

Ella arrugó el entrecejo y achicó los ojos. Detestaba no entenderlo. Aunque también le gustara oír su voz.

—Me desconciertas.

Esta vez, el de Hanol compuso una mueca graciosa, y Taisha no pudo evitar sonreír.

—¡Genial! —exclamó, Mihn—. He logrado que sonrías. ¿A ver qué te parece así? —Cambió la expresión divertida por otra que lo era más aún. Taisha no pudo evitar ampliar la sonrisa.

—Así que es eso... —comentó ella, comprendiendo el juego—. Está bien, ¡supéralo si puedes!

Taisha puso los ojos bizcos y sacó la lengua. Mihn en lugar de reír, fingió cara de espanto, y Taisha soltó una carcajada.

—¡Te gané! —exclamó el extranjero y ella volvió a reír.

En ese instante alguien los interrumpió. Era Dunya. Los miraba con los ojos tan abiertos que ambos pensaron que de un momento a otro se le saldrían de la cara.

—Taisha, deberías venir conmigo. Tu padre, Taru, ha enviado a Màara a buscarte.

Cuando la joven salió de la tienda de sanación, Mihn frunció el ceño. Si ella era quién él creía, sus problemas no habían hecho más que empezar.

Maàra estaba de muy mal humor. Poco había tardado en enterarse de que la Tribu del Viento no sólo había acogido a tres mujeres extranjeras, sino también a un hombre que permanecía convaleciente en la tienda del Hombre Medicina.

¿A cuántos espectros más escondían?

—¿Qué significa esto, Taisha?

La joven se encaró con Màara.

—Si has venido a convencerme para que regrese con Taru, estás perdiendo el tiempo.

—Ya es bastante grave que estés aquí, como para que además te dediques a curar a un espectro. Cuando tu padre se entere ¡entrará en cólera!

Taisha se cruzó de brazos y alzó la ceja izquierda.

—Como si la cólera no fuera su estado natural...

—Taisha, recapacita —Màara suavizó el tono de voz—. Debes regresar con tu padre. ¿No te das cuenta de que estás poniendo en peligro una posible alianza entre tribus? Taru no dudará en atacar a tu tío cuando se entere de que estos traidores acogen a espectros, y lo último que necesita el Norte es más división.

—Pues no le digas que estoy aquí, dile que me he marchado o que me han capturado los espectros.

—Si vuelvo sin ti, me matará —de nuevo, el miedo se hizo latente en Màara.

La que había sido su acólita, la miró con decisión.

—Entonces, únete a nosotros.

—Taisha, sabes que no puedo. Taru me necesita.

Esta vez Taisha puso los brazos en jarras.

—¿Necesitas que te mate?

—Por los dioses, niña, ¡madura de una vez!

Taisha frunció el ceño.

—Mira a tu alrededor, Màara. Mira bien y dime: ¿qué ves?

—Pero, ¿qué dem...?

—Mira a tu alrededor y dime: ¿qué ves? —repitió Taisha, dejando a su madre adoptiva con la boca abierta—. Esas fueron tus palabras cuando encontramos a mi padre medio muerto en el Útero de la Madre. ¿O ya no te acuerdas? Mira a tu alrededor, Màara, porque el viento ha cambiado de dirección, y si te pones frente a la hoguera, el humo te irritará los ojos y perderás la vista.

Màara abrió la boca pero de inmediato la cerró, pues sus cuerdas vocales fueron incapaces de emitir sonido alguno. Ya no miraba a su hijastra, sus ojos apuntaban ahora tras ella. Taisha, sorprendida ante la extraña reacción de la antigua Líder de Caza, giró sobre sí misma y descubrió a Mihn.

El extranjero había abandonado la tienda y, en aquellos instantes, permanecía en pie tras ellas, observando a Màara con tal ferocidad en la mirada que Taisha pensó que, de un momento a otro, se transformaría en un chacal y la destrozaría a dentelladas. El viento acariciaba la larga y abundante melena, y en esos ojos negros y rasgados ya no había ni rastro de la alegría que ambos habían compartido momentos antes.

Tal vez Taisha hubiera estado equivocada, tal vez sí fuera un espectro o algo más elevado, pues en él intuía, escondida, una poderosa magia que, en cuanto se desatase, resultaría letal.

Taisha se estremeció, no de miedo sino de admiración. Aún no era capaz de definir el qué, pero en ese instante Mihn confirmó que iba a ser clave para la salvación o la destrucción de La Tribu del Viento.

COMPLICACIONES INESPERADAS

—¿Y dónde está ahora esa mujer? —preguntó Xenia, a la vez que miraba de reojo al anciano Shurah: un hombre de aspecto terrorífico pero que, al parecer, tenía muy buena mano con los niños, pues en aquellos momentos entretenía a la pequeña Sinda con un juego de magia.

—En la Tienda del Consejo —respondió Mihn—. Llevan discutiendo toda la tarde. Por lo que he podido deducir, Taisha es hija de Taru, y esa mujer ha venido a buscarla. Al parecer, escapó de otra tribu. Pero hay algo que se me escapa...

—Lo que se te escapa es que, quien hasta ahora pensábamos que era Taru, no lo es —añadió Xenia haciéndose la interesante.

Mihn las miró a ambas, sorprendido.

—¿Cómo es eso?

Sabba suspiró angustiada. Había sido un duro golpe para ella descubrir que se trataba de otra persona y, de nuevo, no saber el paradero de su amado la llenaba de incertidumbre.

—Esta mañana lo he visto en el río —empezó a explicar Sabba—. Aunque el parecido entre ambos es impresionante, en el pecho y la espalda de ese hombre no están las cicatrices de la tortura a que fue sometido Taru en Oriente. Por eso no me reconocía y me ignoraba, porque no era él. Ahora todo encaja. En cuanto a Taisha, Taru me habló de ella pero, por aquel entonces, él la creía muerta. Cuando llegamos aquí y supe su nombre, sospeché pero luego pensé que podía tratarse de otra persona; por lo visto estaba equivocada.

—¿Qué tendrá, unos dieciséis o diecisiete años? —preguntó Xenia curiosa.

Sabba negó con la cabeza.

—No puede tener más de catorce años, quince estirando mucho, aunque parezca mayor.

Mihn, que en aquellos momentos estaba masticando un caqui seco, se atragantó.

—¡Catorce! —exclamó entre tos y tos, para después sonrojarse como una ciruela madura.

Sabba y Xenia lo miraron patidifusas. Incluso Sinda volteó el rostro, preocupada por Mihn.

—No es extraño —apuntó Sabba—. Las norteñas son altas y fuertes; la vida silvestre las obliga a madurar mucho antes que a las orientales. Y qué decir de las de Hanol, que con veinte años parecen adolescentes.

—Pero ¡es una niña!

—Físicamente no. Es muy sensata, y en absoluto infantil.

—¡Sigue siendo una cría!

—Bueno, ¿y qué más te da si tiene catorce o quince años? —Xenia no comprendía la acalorada reacción de Mihn—. ¡Por los Dioses, céntrate! Si Taru no es Taru, tenemos que buscar en otro lugar.

—Xenia tiene razón —convino Sabba—. Para encontrar a Taru, he de seguir a esa recién llegada hasta su tribu. Y eso es lo que pienso hacer.

Sabba esperaba a que la mujer de la otra tribu saliera de la Tienda del Consejo. La princesa se había vestido de negro para ocultarse mejor en la noche. Se había untado el rostro y los brazos

con barro mezclado con grasa de bisonte, y repetido la operación con su yegua Brisa, haciendo desaparecer el blanco lunar de su pelaje hasta transformarla en un animal oscuro que pudiera caminar sin ser visto entre las sombras.

Aguardaba sobre un pequeño altiplano, junto al río, desde donde gozaba de una amplia vista de todo el poblado. Pasado un tiempo, al fin esa mujer apareció y Sabba se tensó. Poco después, Taisha entró en escena y ambas se enzarzaron en una discusión. Cuando Talu apareció, las separó y la mujer, airada, empezó a caminar hacia la manada de caballos, dejando atrás a la muchacha y al jefe.

Sabba se ocultó con sigilo entre los caballos. Habría allí unos doscientos ejemplares, así que no le resultó muy difícil. Se colocó tras su yegua, y cuando la mujer montó en el suyo y se alejó del poblado, la princesa la siguió.

La noche era negra, la luna no aparecía y la pradera tenía el aspecto de un oscuro océano, del cual no se distinguía la línea entre cielo y tierra. El viento había cesado, pero una suave brisa acariciaba las hierbas, haciendo que pareciesen olas marinas. Sobre su cabeza, la estrella del Norte brillaba con intensidad, y la vía láctea, espléndida, trazaba una gigantesca cicatriz que surcaba por completo la bóveda celeste.

Su maestro le había enseñado a ver no solo con los ojos, también con el oído y el olfato. De igual modo, sabía seguir un rastro, por eso avanzaba sin prisa y con calma.

Hasta que Brisa la alertó con un suave resoplido.

Sabba la detuvo, arrugó el entrecejo y aguzó el oído. A lo lejos, se podían escuchar los cascos de un caballo golpeando el suelo. Avanzaba al trote y aunque no pudiera verlo todavía, no andaba muy lejos. Bajó de la yegua y le tapó la nariz para que no delatase la posición.

No dio resultado.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el jefe de los del Viento. Acababa de aparecer entre la oscura noche, montado sobre un impresionante caballo negro.

La princesa no entendió las palabras, pero supo perfectamente lo que acababa de decir por el tono de voz.

—Voy en busca de Taru.

El rostro del hermano, tan exacto al de su amado, se tornó iracundo. Una vez más, Sabba se estremeció ante el parecido, y su corazón empezó a latir con tanta fuerza que pensó que de un momento a otro iba a destrozarse el pecho. Con un esfuerzo logró mantener la calma.

—No. Regresarás conmigo al poblado.

—No voy a permitir que me detengas —respondió ella mientras intentaba subir sobre el lomo de Brisa.

Talu fue más rápido. Desmontó de un salto y la agarró del brazo con fuerza.

En un movimiento rápido y preciso, Sabba giró sobre sí misma y se deshizo del agarre.

—Suéltame si no quieres hacerte daño —dijo con los ojos brillantes de rabia.

Talu sonrió ante el tono de advertencia. Luego negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Esa mujer no dejaba de sorprenderlo.

—No vas a ir a ninguna parte.

Sabba también sonrió, aunque sarcástica. Achicó los ojos, y en ellos surgió un resplandor cargado de determinación.

—Después de todo lo que he pasado, no vas a ser tú quien me impida dar con él.

Ninguno de los dos comprendía las palabras del otro, pero ambos sabían lo que estaban diciendo. Sabba intentó subir al caballo de nuevo, y Taru volvió a interponerse, aunque esa vez la agarrara por la cintura.

Sabba dio un respingo y se enfadó consigo misma, pues el contacto con ese hombre la estremeció. El tono de voz, incluso la forma que tenía de cogerla, le recordaba a Taru. Se repuso de inmediato, echó el torso hacia delante y metió la pierna izquierda entre las dos piernas del norteño, a la altura de las rodillas y lo hizo perder el equilibrio.

Enfadado, Talu se puso en pie y caminó hacia ella, quien con una rápida patada intentó empujarlo para tumbarlo de espaldas otra vez. Pero él fue más rápido y la inmovilizó, cogiéndola por el pie. Intentaba desequilibrarla, pero Sabba se apoyó en su agarre, dio una vuelta sobre sí misma y, con la pierna que tenía libre, le dio un golpe en la frente con la planta del pie.

—Te dije que te harías daño si intentabas detenerme.

Desde el suelo, Talu la miró con sorpresa y enfado a partes iguales. Esa mujer luchaba como una gata; gracias a los dioses, estaba desarmada. Se corrigió a sí mismo: su propio cuerpo era el arma y lo dominaba a la perfección. Era ágil, precisa y rápida. No tenía tanta fuerza como él, pero no le hacía falta; conocía sus puntos débiles. En ese momento, Talu supo que si hubiera querido, habría acabado con él.

Se puso en pie sin apartar la vista de la brillante mirada de Sabba, quien se colocó en guardia, con la pierna derecha retrasada y ligeramente flexionada, soportando el sesenta por ciento del peso del cuerpo mientras que la derecha permanecía adelantada y dispuesta para un nuevo ataque. Los esbeltos brazos, en defensa, la cubrían desde la cintura hasta la frente, con las palmas extendidas y los dedos unidos en forma de pala. De pronto sopló el viento, y la larga melena recogida en una cola de caballo flotó tras el bello rostro de esa mujer de aspecto felino.

Talu sintió un escalofrío que le nació en el pecho y desembocó en el bajo vientre. Aun así, avanzó hacia ella, quien retrocedió cambiando la guardia con los pies.

—Te lo repito, Talu, déjame ir.

Pero el norteño estaba dispuesto a detenerla y continuó avanzando.

—Veamos qué más sabes hacer, gatita —provocó altanero.

—Como te acerques más, borraré esa estúpida sonrisa de tu cara, norteño.

Pero él no le hizo caso. Siguió avanzando y Sabba se agachó, colocó el codo derecho en la hierba y barrió con la pierna izquierda el suelo, con la intención de desequilibrarlo. Pero esa vez Talu fue más rápido y la esquivó de un salto. Se lo esperaba, de hecho lo había provocado. Cuando la sureña quedó de espaldas se colocó sobre ella, le dio la vuelta y la inmovilizó.

Quedó uno sobre la otra, las rudas manos de él agarrando las finas muñecas de ella. Y la larga melena de Talu cayó desparramada sobre el rostro de Sabba.

Ambos respiraban con dificultad a causa del esfuerzo y los corazones palpitaban tan rápido y fuerte que si hubiera habido alguien cerca, habría creído que una tormenta repentina asolaba la pradera.

Sabba volvió a sentir esa maldita excitación que provocaba que su garganta la traicionara con un gemido.

Ese mismo sonido perverso hizo que Talu perdiera el control de cuerpo y mente.

Se quedó sin aliento, los músculos se transformaron en roca, y se hundió en el mar brillante y profundo de sus ojos.

Descendió sobre ella y la besó.

Y ella no lo detuvo.

Los labios de ese hombre la sedujeron como tantas otras veces lo había hecho Taru.

Su olor, su sabor, las tiernas y a la vez rudas caricias... Por unos instantes Sabba creyó que era Taru quien la reclamaba; quien, de un momento a otro, la cubriría. Y lo deseó, su corazón se llenó de pasión, su alma de alegría, y se dispuso a entregarse a él.

Pero cuando abrió los ojos y lo vio, cuando vio su rostro orgulloso, su mirada clara y limpia, sin dolor, sin miedo...

Sin miedo...

La angustia apareció y las lágrimas empezaron a acumularse en los párpados, desdibujando por momentos los rasgos de ese hombre.

—¡Tú no eres Taru!

El grito de Sabba pilló desprevenido al norteño, quien se incorporó sorprendido y preocupado ante su reacción.

La princesa no lo pensó. Aprovechó su desconcierto, alzó el trasero y lo estranguló con las pantorrillas. Acto seguido, tensó la espalda y lo desplazó hasta golpearlo contra el suelo. El embate lo dejó aturdido y Sabba aprovechó para arrastrarse fuera de su alcance. Se puso en pie y corrió hacia Brisa, pero Talu cogió una piedra, la lanzó y acertó en la grupa de la yegua que, desbocada, se perdió, galopando en la oscuridad.

—¡Maldito seas! —gritó frustrada la princesa, tras darse la vuelta y mirar a Talu con rabia. Pero no iba a darse por vencida. ¡Ese estúpido no se saldría con la suya! Corrió hacia el caballo del norteño, saltó por la grupa y le golpeó en los flancos.

El animal no se movió.

Sabba lo intentó otra vez, y luego otra, y otra, pero el animal bajó la cabeza y se puso a pastar, ignorando toda orden que ella le daba.

Talu la miraba desde el suelo, con los codos apoyados en la hierba y una expresión tan divertida que en otro momento le habría arrancado a Sabba una sonrisa.

—Tornado no va a moverse, solo me obedece a mí.

Indignada, Sabba volvió a intentarlo, pero el maldito penco no movió ni un solo pelo de la crin.

Gritó, frustrada. Se bajó del caballo y empezó a caminar por la pradera, sin un rumbo fijo.

Al poco tiempo Talu empezó a seguirla.

—Te vas a cansar —dijo desde lo alto de su caballo—. Y te vas a perder.

—¡Déjame en paz!

Sabba continuó andando un buen rato hasta que, cansada, dio media vuelta y se encaró a Talu.

—Daré con él, cueste lo que cueste —lo señaló con el dedo—. ¡Y tú no vas a impedírmelo!

Talu colocó a Tornado al lado de Sabba, se agachó y le ofreció la mano.

—Sube.

Ella frunció aun más el ceño y puso los brazos en jarras.

—Prefiero ir andando, gracias.

—No seas ridícula. ¡Sube! —insistió.

Igualmente, no iría a ninguna parte sin Brisa, y ese hombre tenía bajo custodia a su hija y sus amigos; no le quedó otra opción que capitular a regañadientes.

En un preciso movimiento, Talu la asió por la cintura y la alzó en volandas para después colocarla sobre el lomo de su caballo. Una vez la tuvo frente a él, la abrazó. Sabba se revolvió con todas sus fuerzas para dejarle claro que no anhelaba ese tipo de contacto entre ellos, hasta que Talu se vio obligado a aflojar el agarre. En ningún momento había pretendido violentarla de ese modo, ni tan siquiera besarla. Pero no había podido evitarlo, ni tampoco podría olvidar ese beso. Empezaba a sentir algo auténtico por esa mujer. Algo que solo le traería problemas. O le ponía remedio o lo pagaría muy caro.

Durante el camino de vuelta al poblado, a causa del cansancio, Sabba se sorprendió a sí misma con la cabeza apoyada en el pecho de Talu, e inmediatamente se puso furiosa consigo

misma y con él.

¿En qué demonios estaba pensando?

Ese hombre que se parecía tanto a Taru la había besado, la había hecho sentir cosas que creyó enterradas, y luego había espantado a su yegua para retenerla en contra de su voluntad.

En cualquier otra circunstancia, las emociones la habrían traicionado, habría llorado de añoranza y culpabilidad, y presa del agotamiento se habría permitido cerrar los ojos y sentirse a salvo por primera vez en años. Pero Sabba no necesitaba los brazos de otro hombre, de un desconocido, para sentirse a salvo. Únicamente necesitaba a Taru para sentirse en casa, y daría con él aunque tuviera que remover cielo y tierra.

EL ASALTO DEL MIEDO

—Miedo: atroz y paralizante. Sudor frío, imposibilidad de llenar los pulmones de aire. Agotamiento extremo por la terrible tensión que ya ha disminuido pero ha durado horas, ante la incertidumbre y el temor de lo que, estás segura, va a suceder.

«Así debe de sentirse el búfalo mientras las leonas lo inmovilizan, le aprisionan el cuello. Nota que le falta el aire, los pulmones pugnan por inflarse y la nada es lo que obtienen. Ve, impotente, cómo las garras esparcen sus vísceras mientras aún sigue con vida. En ese momento, el búfalo sabe que no hay escapatoria, su vida está a punto de acabar, es cuestión de tiempo que su cuerpo acabe completamente devorado y no quede de él más que huesos descarnados.

Tú, al igual que el desdichado búfalo, sentirás esa impotencia en el momento que te abra el vientre a dentelladas; entonces, comprenderás que nada puedes hacer. Tu sistema nervioso aún lanzará mensajes de dolor al cerebro, un cerebro que sabrá que todo está a punto de acabar pero deseará el fin, ansiará que todo acabe pronto para dejar de sufrir el martirio.

Y mis ojos serán lo último que verás, antigua Jefa de Caza de la Tribu del Viento, mis ojos y mi tocado, y la pintura negra que cubre la piel de mi rostro. Mientras tus entrañas se esparzan por el suelo de esta cueva, será el color de mi iris ambarino, cristalino, refulgente y lleno de odio, rabia, furia y agresividad, lo último que verás...

Pero no será hoy ni mañana, ni la próxima luna. Será después de arrancarle el corazón a mi hermano y traer de vuelta a Taisha».

Los tambores cesaron de súbito cuando el Rey del Miedo alzó el brazo, pero su eco tardó en desaparecer de las paredes de la cueva, como si el recuerdo del terror que habían provocado aún siguiera latente en ellas.

Taru empezó a caminar hacia la salida, seguido de su séquito, y las antorchas poco a poco fueron apagándose ante los ojos de Måara, que quedó atada a la roca, sepultada en vida en el Útero de la Madre, esperando una muerte que no tardaría en llegar.

Tres días después en Roca Roja

—¡El Hermano Bisonte ha llegado a la pradera! ¡El Hermano Bisonte ya está aquí! ¡Ha llegado a la pradera!

El pregonero de la Tribu del Viento recorría el poblado, anunciando la buena nueva.

La Tribu llevaba más de una luna esperando el rebaño, pues las lluvias se habían retrasado aquella primavera, y los pastos habían tardado en recuperarse de la sequía, por lo que la migración se había hecho esperar. Se encontraban relativamente cerca, a menos de medio día de camino, por lo que esta vez no trasladarían el campamento. Sin embargo, había mucho por hacer; necesitaban provisiones para un invierno que se predecía severo, pero los dioses habían sido generosos y, al fin, el Hermano Bisonte había regresado.

Aquella mañana el poblado entero estaba revolucionado. Los cazadores sonreían pletóricos,

esperando el anuncio del Consejo para prepararse, y las madres corrían de un lado a otro, organizando, bajo la alameda, los lugares dónde trabajarían una vez tuvieran las presas a su disposición. Ellas y los ancianos más fuertes se encargarían de curtir las pieles con las que confeccionarían ropa, cubrirían tiendas, y elaborarían alfombras y cojines que coserían con los tendones. Con las vísceras y las tripas prepararían los embutidos y secarían carne para sobrevivir durante las lunas de la nieve, y la grasa se guardaría para iluminar con lámparas los hogares. También requerirían los huesos para elaborar más armas, pues la oscura sombra de la guerra sobrevolaba el Norte.

Talu planeaba con Levka la emboscada en la que participarían todos los hombres y mujeres jóvenes de los que disponían: unos diez puñados, cuando vio a Sabba caminar sola hacia el sotobosque.

Hacía varios días que se había visto al Hermano Puma rondando el río; varios cazadores habían intentado seguir su rastro sin resultado, y lo más probable fuera que ya se hubiese marchado, pero el peligro aún existía. Talu podría haber enviado a otra persona para avisarla, pero esa mujer lo atraía más de lo que le gustaba reconocer, y si antes la había evitado a toda costa, ahora no le quitaba el ojo de encima.

Despidió a su amigo, que le dedicó una mirada de extrañeza, y se dispuso a seguirla.

Tras el beso, se excitaba con solo pensarla, algo que jamás le había sucedido con otra mujer. Sabba era muy hermosa, menuda, delicada en los gestos, de expresión altiva y un brillo inteligente en los ojos, pero también era agradable y risueña, especialmente con los niños y las demás mujeres, que en el poco tiempo que llevaban con ella ya la tenían en alta estima. Sin embargo, lo que más cautivaba a Talu era su valentía. La extranjera se había ganado el corazón de todos y, aunque le inquietara reconocerlo, también el suyo.

En pos de los pasos de Sabba, el jefe se adentró en el bosque donde la perdió de vista. Nervioso, recorrió la linde hasta que dio con sus ropas, colgadas de una rama. Echó un vistazo rápido y, de repente, el corazón le dio un vuelco al descubrirla.

Estaba desnuda junto al río. Envidió a las suaves olas que lamían su piel de luna y a la brisa que la acariciaba. Se encontraba en cuclillas junto a la orilla, sin llegar a adentrarse en el agua que le cubría parcialmente las redondas nalgas. Su cintura era muy estrecha, la espalda ligeramente más ancha y musculosa. Mantenía los brazos en alto mientras se lavaba el cabello. Algunos mechones se le pegaban a la piel mientras las delicadas manos desenredaban el grueso de su melena con un peine brillante que habría traído consigo del Sur, pues no había en la tribu un objeto parecido.

Embobado, observó cómo se escurría el pelo, y después, con un paño, se untaba algún tipo de hierba espumosa por todo el cuerpo para después aclararse la piel con el agua misma. Cuando acabó, se puso en pie, se adentró en el agua hasta que se sumergió, y empezó a nadar. Oculto entre los matorrales, Talu la siguió hasta perderla de vista tras unos juncos. Al no verla aparecer se inquietó. Estuvo un tiempo caminando entre las resbaladizas piedras cuando, de improviso, escuchó un sonido tras de sí. Se dio la vuelta con rapidez y la descubrió, de pie frente a él, apuntándolo con un hueso punzante a la garganta.

—¿Por qué estás espiándome? —inquirió ella, mirándolo con sus ojos de gata.

Talu abrió la boca para responder, pero la dolorosa erección de su entrepierna lo dejó sin habla.

Esa mujer oriental no podía ser más bonita. Sus cabellos, brillantes por la humedad, desprendían gotas de agua que perlaban su piel como si fuese una deidad que se adorna el cuerpo con las más bonitas joyas de la naturaleza. Los senos eran divinos, no demasiado grandes, y

coronados por unos pezones erectos y rosados que invitaban a la locura. Talu evitó bajar la vista hacia lugares mucho más deseables cuando, de nuevo, su voz lo sacó de tan cálidos pensamientos.

—¡Responde! —insistió Sabba, visiblemente enfadada—. ¿Acaso crees que, por haberme robado un beso, tienes derecho a invadir de nuevo mi intimidad?

Talu suspiró. Aunque no hubiera sido su intención espiarla mientras se bañaba en el río, reconocía que esa preciosidad tenía motivos para estar enfadada. Como no quería discutir, dio un paso atrás con intención de retirarse. Entonces perdió el equilibrio y resbaló, con tan mala suerte que todo su peso se concentró en el codo derecho. El dolor que sintió fue horrible.

Los ojos de Sabba se abrieron como los de un búho cuando vieron al gran guerrero caer de forma tan poco elegante. Sin embargo, al comprender que se había lastimado de verdad, tiró el hueso al suelo y ahogó un grito.

—¡Oh, discúlpame, pero me has asustado! —exclamó, ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

Pero el norteño no podía moverse. El dolor era demasiado intenso.

—Talu, ¿estás bien?

El jefe agradeció que, al fin, esa dulzura lo llamara por su nombre y no el de su hermano, y le entraron ganas de hacerle el amor allí mismo. Alzó la vista para dedicarle una sonrisa altanera, pero lo único que consiguió fue mostrar en el rostro una mueca de dolor.

—Creo... creo que me he roto el brazo —logró decir.

Sabba se agachó y posó la mano en su antebrazo.

—Déjame ver...

Empezó a palparlo y, al llegar al hombro, notó una protuberancia.

—Te has dislocado el hombro, Talu —dijo la princesa—. No te muevas y espera a que me vista. Luego avisaré a alguien que pueda ayudarte.

Cuando la joven se puso en pie para marcharse, él intentó seguirla pero ella se lo impidió.

—No —lo regañó—, quédate aquí. Enseguida volveré.

Talu no entendió las palabras, pero sí la orden, y no le quedó otra que obedecer pues el dolor empezaba a enloquecerlo.

Pasado un tiempo que se le antojó una eternidad, Sabba regresó acompañada por Dunya y Taisha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dunya mientras se agachaba para atenderlo.

—Me he resbalado —respondió él sin ánimo para sentir bochorno.

—¿Haciendo qué? —inquirió Taisha alzando la ceja izquierda.

—¿Hay motivos para ser suspicaz? —respondió molesto a su sobrina—. ¡Estaba junto al río y las piedras resbalan!

Sabba plegó los labios y alzó las cejas, poniendo cara de circunstancia, mientras Talu intentaba sonreír para relajar la tensión. Taisha los observó a ambos con los ojos entrecerrados. Era sospechoso que Sabba llevase el pelo mojado. ¿La habría estado espiado Talu mientras ella se bañaba en el río? Seguramente la guerrera oriental le había dado una buena paliza por su atrevimiento.

—Me temo que no vas a poder liderar la caza del bisonte —valoró la curandera, interrumpiendo los pensamientos de Taisha.

Talu la miró, escandalizado.

—¿Acaso crees que voy a quedarme al margen de la cacería más importante del año?

Dunya se encogió de hombros antes de responder:

—Si quieres conservar el brazo, tendrás que hacerlo. Taisha, ayúdame a ponerle el hombro en

su sitio.

—¿No deberías ir a ver cómo se encuentra Talu?

Sabba dejó lo que estaba haciendo para mirar a Xenia con sorpresa y nerviosismo, como si la acabaran de descubrir haciendo algo prohibido.

—¿Yo? —graznó—. ¿Por qué motivo?

Xenia plegaba una camisa que una de las mujeres del poblado había confeccionado para la pequeña Sinda, cuando apartó la vista de Sabba, fingiendo con descaro no tener ni idea de lo que había sucedido entre ella y el jefe.

—Bueno —se encogió de hombros Xenia, antes de sentenciar—: se ha roto el brazo por tu culpa.

Sabba se tapó la boca con las manos y la miró, horrorizada.

—¿Cómo —ahogó un grito—, qué culpa tengo yo de que ese gañán me aceche tras los arbustos?

Xenia sonrió triunfal, pues acababa de averiguar los detalles del suceso.

—¡Ajá!

—¿Ajá? ¿Qué quieres decir con «ajá»?

—Pues que acabas de confirmar lo que todo el poblado rumorea.

—¿Y qué rumorea?

—Que Talu está enamorado de ti.

¿Enamorado? ¿Talu? Sabba no había escuchado una estupidez semejante en toda su vida.

—¿Y cómo sabes tú lo que dicen si no entiendes ni una palabra?

—A veces, no hace falta hablar un idioma para enterarse de lo que sucede a tu alrededor.

—Claro, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Los cotillas habláis un idioma universal.

Ignorando el comentario de Sabba, Xenia le dedicó una mirada inquisidora.

—No niegues que te atrae.

—¿Atraerme? ¿Por qué motivo tendría que atraerme Talu?

—¿Porque es una réplica exacta de Taru?

—Pero no es él.

—Bueno, pero te besó.

—Mamá, ¿quién te besó? —preguntó Sinda, quien hasta el momento había permanecido en silencio, jugando en su rincón favorito con la talla del caballito que tanto le gustaba.

Ambas mujeres posaron la vista en la pequeña, que las miraba con curiosidad.

De inmediato, Sabba cambió de tema.

—¿Ya has cenado, mi amor?

Sinda no se dejó embaucar.

—Me gusta Talu. Es muy amable, y siempre ríe. Creo que deberías ir a ver cómo está, se ha roto el brazo y tiene que dolerle mucho.

Xenia se encogió de hombros y miró a Sabba, divertida.

—Entonces, ¿irás?

—¡Me importa bien poco si su brazo está roto o no! ¡No pienso ir a verlo!

—No hace falta que lo digas. Apenas has venido a visitarme...

Las dos mujeres voltearon el rostro en la misma dirección y descubrieron a Mihn, que acababa de entrar en la tienda. Estaba cambiadísimo y muy guapo. Llevaba el pelo suelto, como el resto de hombres de la Tribu del Viento, y vestía ropas de piel. No obstante, sus rasgos no daban pie a ninguna duda: era un hombre de Hanol.

La pequeña Sinda corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Sinda! Ves con cuidado, Mihñ aún está herido —la regañó su madre.

—Déjala, Sabba, daría mi brazo por una sola de sus sonrisas. ¡Qué guapa estás, Sinda!

—¿Ya estás curado? —preguntó la pequeña.

—Sí, ya estoy bien —y no mentía, pues la herida había sanado de forma milagrosa.

—¿Y cuándo vas a enseñarme a luchar a mí también?

—Cuando crezcas un poco más.

Sinda hizo un puchero, pero no se apartó de los brazos de Mihñ, quien le revolvió el pelo y la besó en la mejilla.

Xenia se apresuró a acercarle una calabaza hueca con infusión recién hecha.

—Es salvia blanca y miel, te irá bien. Al final, tendrán razón estos norteños cuando dicen que los de Hanol sois como los fantasmas: indestructibles.

Mihñ miró a Sabba, quien se encogió de hombros.

—No preguntes de qué forma se entera de todo —aconsejó la princesa mientras alimentaba el fuego del hogar.

—No hace falta, los chismosos hablan todos el mismo lenguaje —respondió él antes de llevarse a los labios el caldo caliente y soplar con delicadeza. La elegancia en los gestos del de Hanol siempre las había sorprendido a ambas.

Xenia puso los ojos en blanco mientras Mihñ se tomaba la infusión.

—¡Por los Dioses! —exclamó— ¿Queréis dejar de meteros conmigo los dos? Y dime, listillo, ¿cómo has logrado escapar de la férrea vigilancia de ese chamán?

—Ahora está muy ocupado con Talu, y por eso me ha dejado marchar. Por cierto, ¿Cómo tiene el jefe tan mala pata? Me he enterado de que se está perdiendo la caza del Hermano Bisonte por un absurdo resbalón.

La dama de compañía intervino, poniendo cara de chiste.

—¿Tú también hablas el idioma de los chismosos?

—Entiendo gran parte de lo que habla la Tribu del Viento, sí.

Las dos mujeres lo miraron, estupefactas.

—¿Qué? —soltaron al unísono.

Mihñ sonrió. Había llegado el momento de revelarles uno de sus secretos, y le gustaba crear expectación.

—Veréis —empezó a decir—, cuando era pequeño, en Hanol, mis padres me entregaron en un monasterio. En ese lugar, aparte de enseñarme el arte de la guerra, también me educaron en matemáticas, astronomía, política e idiomas, entre muchas otras cosas. Algunos de los monjes habían sido antes esclavos traídos de todas las partes del mundo, y resultó que dos de ellos eran norteños. Escuchar a la gente del poblado mientras pensaban que no les entendía, ha sido de gran ayuda para recabar información, aparte de divertirme con...

Estuvo a punto de confesar lo mucho que le gustaba la compañía de Taisha pero, por fortuna, cerró la boca a tiempo.

—No me lo puedo creer... —soltó Sabba—. ¡Qué callado te lo tenías, bribón!

—A tí te lo habría dicho si hubiera tenido la oportunidad, pero a Xenia... ni pensarlo. Al poco tiempo me habría descubierto.

—¡Oye! —se quejó la dama de compañía, poniendo los brazos en jarras.

—Cuéntanos, Mihñ —dijo Sabba—, ¿qué más misterios escondes?

El de Hanol tomó otro sorbo de infusión y sonrió a la princesa.

—Lo único que puedo deciros ahora es que los cazadores han salido esta misma tarde, Taisha

va con ellos y Talu está de muy mal humor.

—Pero, ¿qué hay de lo importante? —preguntó Xenia.

—Eso —insistió la princesa—, ¿qué hay de la mujer de la otra tribu? ¿Y de Taru?

Mihn abrió la boca para responder cuando, de repente, Dunya entró en la tienda a toda prisa.

—¡Debéis acompañarme! —gritó—. ¡Rápido! ¡Los del Miedo nos atacan!

Los tres extranjeros se miraron, nerviosos.

—¿Qué sucede? —preguntó Sabba.

—¿Qué ha dicho? —Xenia miró a Mihn inquieta.

—El poblado está siendo atacado —aclaró el de Hanol—; yo iré con Talu a ofrecerle mi ayuda. Id con Dunya y llevaos a Sinda.

—Mihn, ¿te ves con fuerzas para luchar? —preguntó Sabba—. Tu herida...

—¿En serio me acabas de hacer esa pregunta?

—Está bien, pero iré contigo. La mayoría de los guerreros están de caza y yo puedo seros de gran ayuda.

—Sabba, tu yegua es la más rápida; es mejor que seas tú quien vaya en busca de los cazadores.

—Pero, ¿quiénes son los del Miedo? ¿Y por qué nos atacan? —los interrumpió Xenia al borde del pánico.

—Aún no sé mucho de ellos, solo que algunos pertenecieron a la tribu del Viento, y otros llegaron de otros clanes —respondió Mihn, mientras desenvolvía las espadas que habían guardado previamente en un fardo de piel—. Los lidera el Rey del Miedo. Por lo poco que he podido averiguar, es un sátrapa que tiene a su gente aterrorizada.

—Pero, ¿qué quieren? —preguntó Sabba— ¿Y por qué nos atacan ahora?

Mihn miró a ambas con el ceño fruncido.

—Vienen a por Taisha. Ella escapó de esa facción, y su rey no está dispuesto a consentirlo. Otro de los motivos es que han averiguado que los del Viento acogen a extranjeros —Mihn le dedicó a Xenia una mirada de alerta—; llévate a Sinda, haz todo lo que Dunya te diga, y cuando lleguen los del Miedo no abras la boca ni para estornudar.

Cuando llegaron a la Tienda del Consejo, Sabba se agachó y miró a Sinda a los ojos.

—Cariño, ahora tienes que hacer todo lo que Xenia y Dunya digan, ¿me has entendido?

—Pero, mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué está todo el mundo tan asustado? Yo también tengo miedo.

—No va a pasarte nada malo, cariño, pero tienes que estar callada. ¿De acuerdo?

La pequeña agarró el caballito de madera entre las manos y asintió con la cabeza.

—Eres una niña muy valiente, y estoy muy orgullosa de ti.

Sabba besó a su hija y, conteniendo las lágrimas, marchó junto a Mihn en busca de Talu.

Lo encontraron junto al río, intentando desplazar la manada de caballos para que los del Miedo no se hicieran con ella. Lo acompañaban muy pocos guerreros, no llegarían a tres puñados. Cuando vio llegar a Sabba no pudo ocultar un brillo de pánico que, de inmediato, rectificó. Ella era una gran luchadora y sabía defenderse.

—¿A qué distancia se halla el enemigo? —preguntó Mihn ante la sorpresa del jefe, quien acababa de descubrir que hablaba perfectamente su idioma.

—A menos de media jornada, no tardarán en llegar —respondió Talu—. ¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué no está con el resto de mujeres?

Mihn se encogió de hombros.

—Intenta detenerla si puedes.

Talu infló los pulmones de aire al tiempo que miraba a Sabba con reproche.

Ella dio un paso al frente e intervino:

—Mihn, dile que iré en busca de Taisha y los demás guerreros, pero que desconozco el camino.

Diez puñados de guerreros del Miedo, liderados por su rey, irrumpieron en el poblado de la Tribu del Viento. Como un ciclón arrasaron con todo a su paso, incendiaron hogares y asesinaron a quienes se resistían. Casi todos los del Viento que participaron en la desigual batalla perecieron a manos de sus antiguos compañeros de tribu, pues se negaron a rendirse. Fueron ejecutados sin ningún honor frente a Talu, a quién sí dejaron vivir, pues el rey deseaba preparar una espectacular ejecución, y así darles una buena lección, en una ceremonia que nadie olvidara jamás. Asimismo, se respetaron las vidas de quienes se rindieron, y también las de las mujeres, los ancianos y los niños que aún permanecían cautivos en la tienda del Consejo.

Leenhar, una de las mejores guerreras del Miedo, se arrodilló ante su rey.

—Hemos capturado a uno de los espectros —informó—, luchaba junto con los del Viento. Se trata de un hombre muy fiero; nos ha resultado muy difícil reducirlo. Aún no hemos dado con las mujeres ni con la niña.

—¡Encontradlas y traedlas ante mí! —bramó desquiciado.

Él mismo enviaría a ese demonio al reino de los espíritus. Lo despellejaría vivo, mientras los chamanes pronunciaban cada uno de los nombres de los niños asesinados por su raza. En cuanto a las mujeres y a la niña, ya decidiría cómo ejecutarlas, pero no las dejaría vivir. Los espectros no tuvieron piedad con su pueblo años atrás, tampoco él la tendría ahora.

Pero primero ajustaría cuentas con su hermano.

Taru clavó la vista en él, que permanecía atado en el centro del poblado. Al tiempo que caminaba, observó a quien se hacía llamar jefe de la Tribu del Viento, que no apartaba los ojos de los suyos. Pronto borraría la osadía de su rostro. Le cortaría la lengua y tendría que pedir clemencia a gritos.

—¿Dónde está Taisha? —le preguntó con tono controlado.

Talu sonrió, sarcástico.

—Atacar a tu hermano cuando sus guerreros están de caza es de cobardes. Aunque no esperara menos de ti.

Taru achicó los ojos.

—Primero dime dónde está Taisha, y luego comprobarás cuán cobarde y ruin puedo llegar a ser.

El jefe de los del Viento lo miró, esta vez con ferocidad.

—Descuida, vendrá muy pronto, y en cuanto descubra lo que has hecho con su pueblo te odiará aún más.

Las palabras de su hermano le dolieron más de lo que Taru se atrevió a demostrar.

—Eso ya lo veremos —bramó—. ¡Traedme al espectro!

Dos de sus guerreros más corpulentos trajeron a Mihn a rastras. El de Hanol se resistía, pero tenía las manos y los pies atados, y todo esfuerzo era inútil. Taru posó la vista sobre él y sintió las venas hervir de pura rabia. El espectro vestía ropas norteñas y el pelo, largo y suelto, le cubría parcialmente el rostro. Taru pudo ver uno de sus ojos rasgados y el color de su piel, pálida como la de un muerto, y supo que no se equivocaba: era un demonio.

—Atadlo junto al jefe del Viento —ordenó. Los guerreros obedecieron: colocaron al espectro en el mismo poste que Talu, con las manos atadas a la espalda, y regresó la mirada a su hermano—. ¿Dónde están las mujeres y la niña que ha traído consigo? —preguntó.

El jefe del Viento sintió el terror recorriéndole la espina dorsal. Solo pensar que a Sabba y la

pequeña Sinda pudiera sucederles algo mientras él permanecía atado y herido, sin poder hacer nada por ayudarlas, le causaba un miedo espantoso. Se esforzó por mantener la calma y pensó muy bien la respuesta:

—Ellas no son un peligro para el Norte.

—No estás en condiciones de opinar. Dime dónde las escondes o empezaré a ejecutar a los supervivientes.

—No están aquí —mintió en parte, pues Sabba había partido en busca del grueso de su pequeño ejército, y aún no había regresado.

Esta vez Taru posó la vista en Mihn. El espectro lo miraba con el rostro aún medio tapado por la melena; sin embargo, el del Miedo distinguió un brillo tan fiero en su mirada que habría asustado al más temible luchador. Sus ojos rasgados parecían los de un lobo herido que no deja de maquinarse hasta encontrar el momento adecuado para el ataque.

Taru arrugó el entrecejo: conocía esa mirada. Había algo en ese hombre que le resultaba familiar.

—¡Descubridle el rostro! —ordenó—. Quiero verlo bien.

Fue Leenhar quien se apresuró a cumplir la orden. Agarró al hombre del pelo y echó su rostro hacia atrás.

De súbito, las piernas de Taru flaquearon, y una terrible ansiedad le asaltó el corazón. A duras penas logró inflar los pulmones. Los recuerdos vividos en el Sur, los entrenos con Mihn, las risas de Sabba mientras presenciaba los entrenos... Al recordar a Sabba reapareció el dolor; uno que se transformó en odio y rabia. Sin embargo, logró controlar esa emoción y volvió la vista a Talu.

—Será mejor que me entregues a las mujeres espectro, o de lo contrario te descarnaré vivo hasta dejarte los huesos pelados.

—Pues tienes trabajo, hermano, porque no voy a permitir que seges las vidas de dos mujeres inocentes, ni mucho menos la de una niña.

Taru optó por no responder a su hermano, estaba demasiado furioso y desconcertado.

Había estado dispuesto a ejecutar a los extranjeros, pero al ver que uno de ellos era Mihn ya no podría hacerlo. Posó la vista sobre él, la mantuvo durante unos instantes hasta que dio media vuelta y se marchó.

Cuando Talu y Mihn quedaron a solas, el de Hanol valoró la posibilidad de preguntar al jefe a qué se había referido el enmascarado cuando lo había llamado «hermano». Aunque ya se lo imaginara. Optó por la discreción, pues varios hombres los vigilaban. Vio cómo el rey entraba en la tienda del Consejo de Ancianos. Se oyeron los gritos ahogados de las mujeres, y algunos llantos, y rezó para que Xenia pasara desapercibida. También para que Sabba tuviera éxito en su misión.

Ese hombre tenía un aspecto impresionante. El tocado que llevaba y la piel pintada de negro lograban que el iris de sus ojos destacara, otorgándole un aspecto fiero y temible. A ese norteño lo dominaba un mal espíritu. Un espíritu que Mihn conocía bien.

TARU

Taru entró en la tienda del Consejo con el corazón latiéndole tan fuerte que creyó que, de un momento a otro, le reventaría las venas. Mihn estaba en el Norte. ¿Por qué? El corazón lo traicionaba y la estúpida idea de que se obrara el milagro y encontrase allí a Sabba lo asaltaba ferozmente. Sabía que era un sinsentido, que no tenía motivos para pensar eso, pero la maldita emoción no tenía la intención de abandonarlo.

Mihn estaba ahí, y había venido acompañado de dos mujeres y una niña.

Taru nunca había sentido realmente la muerte de su princesa.

Así como con su esposa Aisha sí había percibido el cruel desgarrar del alma, y el vacío, con Sabba jamás fue así. Con Taisha tampoco, y no se había equivocado. En el caso de Sabba, su corazón herido aún guardaba, encerrada en un cofre inexpugnable, la esperanza. Tal vez por ese motivo la hubiera invocado años atrás en la Sala de la Llamada, en el interior del Útero de la Madre.

Y en aquellos instantes, esa misma esperanza pugnaba por escapar del cofre.

Podía sentir su cercanía, y eso lo confundía y enloquecía.

Miró con detenimiento los aterrados rostros de las mujeres y niños, hasta que dio con el de Xenia. Su corazón pareció olvidarse de bombear sangre, y el Rey del Miedo sintió un leve e inesperado vahído.

Notaba la cabeza a punto de estallar, le faltaba el aliento, y sentía las rodillas deshacerse. Aun así, se abrió paso hacia ella con estudiada lentitud.

Mihn y Xenia... Faltaban dos, una mujer y una niña. Dos extranjeras más.

La sureña temblaba, a medida que él se acercaba. Abrazaba a una niña de unos cinco inviernos. Cuando llegó hasta ellas descubrió que la pequeña acunaba el caballito que él había tallado para su hija cinco años atrás; una niña que había nacido muerta, llevándose consigo a su madre. Eso le había dicho Xenia antes de que embarcara rumbo al Norte. El recuerdo de la pérdida alimentó una terrible cólera, y lo único que impidió que esa horrible emoción se desatara sin control fue la mirada, exenta de miedo y cargada de curiosidad, que le dedicó la pequeña.

Entonces, la niña extendió sus manitas y le mostró el juguete.

Cuando Taru lo cogió, por primera vez en años, sintió algo parecido a la ternura. Tomó aire y se lo devolvió. Cuando miró a Xenia, tensó la mandíbula. Ella estaba aterrorizada. No lo reconoció. Lágrimas cargadas de miedo le resbalaban por las mejillas y se deslizaban por la barbilla hasta perderse en el suelo; asimismo, sus ojos desprendían determinación, y Taru comprendió que protegería a esa niña con su vida.

La lucha que libró Taru consigo mismo fue brutal. Sintió la acuciante necesidad de preguntarle qué hacía en el Norte, tal y como le acababa de suceder con Mihn, pero calló. Había venido por Taisha, y también para acabar con los espectros, y sus planes se habían ido al traste. Ni recuperaría a su hija, ni acabaría con Xenia, ni con Mihn, mucho menos con esa niña. Taru se había transformado en un hombre despiadado pero, al parecer, aún guardaba un trocito intacto de alma.

Muy entrada la noche, y cuando los guerreros del Miedo bajaron la guardia, Talu se decidió a hablar con Mihn.

—Tienes que explicarme muchas cosas, extranjero.

—No creo que este sea el momento de charlas, jefe —susurró el de Hanol mientras vigilaba a los centinelas—. Deberíamos pensar la forma de escaparnos, porque como ese maníaco encuentre a Xenia y Sinda, las matará. Ya lo has oído.

—Sinda es la hija de Taru, y Sabba ha venido por él. ¿No es así?

Mihn cerró los ojos y dejó escapar un hondo suspiro.

—¿A qué viene eso ahora? —respondió molesto.

—Dime, extranjero: ¿Qué le sucedió a Taru en el Sur para acabar así?

—Te repito que este no es el momento...

Uno de los del Miedo se acercó y golpeó a Mihn en el estómago.

—¡Silencio! —gritó—. ¡No se os permite hablar!

Cuando el guardia se hubo retirado y Mihn hubo recobrado el aliento, Talu habló de nuevo:

—Ese del tocado, que se hace llamar el Rey del Miedo, es Taru, mi hermano —reveló dejando a Mihn desconcertado—. Odia a los espectros y ha venido a eliminarlos. Si no lo ha hecho aún es por alguna razón de peso. Si la pequeña Sinda es hija suya, ahora entiendo el motivo.

Mihn frunció el ceño. Tenía sentido lo que Talu decía, pero no podía creerlo.

—El Taru que yo conozco no tiene nada que ver con ese hombre.

—Es él, te lo aseguro. El Rey del Miedo es Taru, mi hermano. No sé qué le sucedió en el Sur, pero allí algo lo cambió porque ha perdido por completo la razón.

Quince puñados de cazadores de la Tribu del Viento, entre quienes se encontraba Taisha, llegaron junto con Sabba a Roca Roja de madrugada. Lo que encontraron los enfureció. La mayoría de las tiendas estaban quemadas, y aún podía verse el fulgor de las brasas. Sin embargo, la Tienda del Consejo permanecía en pie y estaba vigilada.

Allí estarían retenidos los supervivientes.

Desmontaron y, con extremo sigilo, se adentraron en la manada de caballos para pasar desapercibidos. Aguardaron durante un tiempo, valorando las posibilidades y repasando la estrategia hasta que se decidieron a atacar. Los del Miedo contaban con un puñado menos de guerreros, y tras la batalla estarían cansados.

Los del Viento aprovecharían esa pequeña ventaja.

Irrumpieron en el poblado en silencio, ocultándose entre las tiendas que aún quedaban en pie, y evitando a los vigilantes. Sabba seguía a Taisha muy de cerca. Tenía los nervios a flor de piel. Si bien había luchado en la arena, jamás lo había hecho en una guerra. Llevaba la espada en la mano, y en la pantorrilla una daga; pero sus compañeros, entre los cuales había mujeres jóvenes y dos muchachos de apenas doce años, lucharían con las mismas armas con que habían pretendido abatir a los bisontes: lanzas y flechas, mientras que los del Miedo llevaban hachas de guerra y petos protectores de cuero. No habían tenido tiempo de pintarse los rostros, ritual indispensable para la guerra, pero se los habían untado de barro y grasa, y avanzaban con determinación. Iban a defender lo más sagrado que tenían: sus abuelos, sus madres y sus hijos; a mordiscos si fuera necesario.

Cuando vieron a Talu y Mihn, atados justo en el centro del poblado, Taisha se adelantó y le habló a Levka, el jefe de la expedición.

—Yo los liberaré —propuso—. Tendré éxito, pero en caso de que me capturen el Rey no se atreverá a hacer daño a su propia hija.

—Iré contigo —intervino Sabba, quien adivinó lo que la muchacha de ojos verdes pretendía hacer—. Me encargaré de Mihn.

—Está bien, partid —aceptó Levka—. Pero necesitaréis el corazón del águila y los ojos de la serpiente para llegar hasta ellos.

Alzó la mano izquierda y, cuando cerró el puño, Taisha y Sabba se escurrieron en la dirección en que se encontraban los cautivos.

A una señal del Jefe de Guerra, los del Viento emboscaron a los del Miedo, quienes se defendieron con brío, pues estaban esperándolos.

Mientras a su alrededor se desencadenaba una cruel batalla, Sabba y Taisha derribaron a varios guerreros del Miedo. Uno de ellos pereció bajo la espada de la oriental, y dos bajo las flechas de la norteña; el otro quedó gravemente herido. Siguieron su camino hasta que, finalmente, llegaron hasta los cautivos. Lograron desatarlos, pero el brazo de Talu había empeorado y a duras penas podía moverlo. El estado de Mihn no era mucho mejor. Lo habían golpeado con saña.

—Oh, Mihn. ¡Gracias a los Dioses que estás bien! —exclamó Sabba al tiempo que acunaba el rostro del oriental entre las manos y lo besaba en la mejilla—. ¡Pensé que te habían ejecutado!

—Sabba, tienes que saber una cosa...

El rostro de la princesa se tiñó de terror.

—¿Le ha sucedido algo a Sinda?

—¡No hay tiempo para charlas, Mihn! —intervino Talu—. ¡Hay que capturar a Taru!

Cuando Sabba escuchó de labios del jefe del Viento ese nombre se olvidó de respirar por unos segundos.

—¿Qué..., qué acaba de decir? —preguntó inquieta a la vez que lo señalaba.

Mihn no tuvo tiempo de dar explicaciones.

Justo en ese instante apareció el Rey del Miedo.

Blandía su hacha de guerra, y derribaba con ella a quienes se interponían en su camino. Era fuerte, poderoso, y luchaba como un titán. Llevaba el rostro cubierto por un espeluznante tocado: una calavera de uro con una poderosa cornamenta.

Iba desnudo hasta la cintura, con el cuerpo pintado de negro, y vestía unos pantalones de cuero negro con flecos a los lados que se movían al caminar, otorgándole el aspecto de un fantasma que se deslizará sobre la pradera.

Sabba lo vio avanzar hacia ellos y, bajo la máscara, distinguió el brillo de la crueldad en sus ojos.

Entonces tomó una decisión.

Blandió su espada y se abrió paso hacia él mientras derribaba a cinco guerreros del Miedo. Cuando llegó hasta el Rey gritó:

—Me quieres a mí, Rey del Miedo. ¡Aquí me tienes! ¡Soy extranjera! ¡De Ciudad de Oriente! ¡Mátame si puedes, maldito bastardo!

Cuando escuchó la voz de una mujer hablando en oriental, Taru alzó el hacha pero se encontró con Sabba.

En el instante en que las miradas de ambos se cruzaron, el corazón del norteño pareció detenerse, y creyó que sus pulmones se habían quedado sin oxígeno. Sintió una fuerte opresión en el pecho y pensó que acababa de perder la vida, y que su princesa había venido a por él. Sin embargo, su mirada verde, cargada de furia y desdén, lo descolocó. Sintió un calor abrasador, como si estuviera recubierto con la lava de un volcán. De súbito, una ráfaga de viento lo sacudió, obsequiándolo con el frescor que su cuerpo tanto necesitaba.

No podía creerlo... Era Sabba. ¡Y estaba allí, frente a él!

Vestía ropas de la tribu, y llevaba el pelo recogido en una larga trenza de espiga que nacía en la frente y le sobrepasaba las nalgas, despejando un rostro que jamás creyó que volvería a ver. Sin embargo, algo en ella había cambiado: su figura lucía musculosa, esbelta y letal, como el filo de una daga. Tenía las mejillas sonrosadas a causa de la carrera, y la piel tostada por el sol, pero los ojos verdes eran los de siempre: mágicos y resplandecientes, del color de la hierba, pero con un brillo tan peligroso como no había visto jamás. Blandía una espada de brillante acero en posición de ataque. Supo que su princesa no dudaría en llevárselo al Reino de los Muertos.

La confusión y el anhelo lo volvían loco por momentos. Llevaba años creyéndola muerta, pero jamás había sentido su pérdida, y el hecho de que ella se encontrara ante él solo podía significar que había sido engañado... O que ella era un espectro que había regresado de entre los muertos para atormentarlo. Y estaba furiosa. Volvería a desaparecer, regresaría a las Hogueras de los Antepasados, y jamás volvería a verla. Nunca más podría tocarla, ni probar sus labios, ni sostenerla más entre los brazos...

Parecía tan real...

Pero no, no podía ser ella. ¡Esa imagen no era más que el resultado de su propia locura!

Un intenso dolor oprimió el pecho de Taru, y su rostro se contrajo en una mueca de rabia y desesperación. La añoró tanto que enloqueció; lanzó un brutal alarido y se echó hacia delante con toda su furia.

En un rápido movimiento Sabba lo esquivó, dio una vuelta sobre sí misma y contraatacó con un golpe de espada. Taru no se lo esperaba, pero en el último instante alzó el hacha y contuvo el envite.

—¡Vamos, diablo, ven aquí y lucha! —gritó Sabba a la vez que se retiraba para colocarse en posición defensiva—. ¿O acaso me tienes miedo? ¡Yo no te temo! ¡Solo eres un maldito loco que intenta masacrar a su pueblo, pero no voy a permitirte!

Anonadado, Taru vio cómo su princesa lo atacaba de nuevo con la furia de un vendaval. Le costó esquivarla, pero lo logró.

Tras el encontronazo, se separaron y miraron el uno al otro, jadeantes, y Taru supo que había aprendido el arte de la lucha de Mihn. Por fortuna, él también lo había profundizado pues, de otro modo, jamás habría podido con ella. Era rápida, ágil y osada. Muy osada. Y peleaba como una leona. Él no iba a hacerle daño, pero tenía que defenderse; estaba seguro de que, para Sabba, esa pelea no era un juego.

Tras otro entrechocar de armas, en un momento dado la tuvo a su merced, pero no la hirió, la golpeó con el mango del hacha y la derribó. Ella enredó las piernas en su rodilla herida y presionó hasta que lo tumbó. Una vez lo tuvo en el suelo, se abalanzó sobre él, presionó con la rodilla izquierda en la muñeca que sostenía el hacha y apretó con el pie derecho sobre su cuello. Agarró la espada con ambas manos y presionó sobre corazón.

—Ríndete, maldito, si no quieres que te atraviere...

Los ojos teñidos de furia de su princesa revelaron que lo haría.

Hasta que oyó la voz de su hija.

—¡Sabba! ¡Detente! —gritó Taisha—. ¡No lo mates!

La princesa se retiró y, sin dejar de mirar a los ojos del rey, le dio una patada al arma hasta que quedó fuera de su alcance. Con una mueca de rabia y desdén, se alejó del vencido y se colocó frente a Mihn y Talu blandiendo la espada en posición defensiva.

El de Hanol hinchó el pecho de orgullo, a la vez que miraba al jefe del Viento, que sonreía como un niño que acabara de presenciar un espectáculo.

Asimismo, Taisha quedó frente a su padre, quien se puso en pie con dificultad.

Sabba no había dañado su orgullo, al contrario: estaba impresionado y a la vez incrédulo.

—¿Qué clase de magia es esta? —inquirió, al punto más confuso—. ¿Cómo te atreves?

Esta vez miró a Talu, y nuevamente a Taisha.

—¿Cómo os habéis atrevido a invocarla!

—No lo hemos hecho —aclaró la joven—. Fuiste tú quien la llamó. Ella es la Princesa del Viento, y ha venido a barrer el miedo y la podredumbre que tú nos has dejado. —Taisha clavó los ojos en su padre y concluyó—: Y lo hará. Créeme que lo hará.

Sabba no comprendía lo que estaban diciendo, mucho menos la reacción de aquel loco enmascarado que se había quedado paralizado ante la determinación de Taisha. Aún no daba crédito a su inacción. ¿Por qué no atacaba a la joven del Viento? ¿Por qué no la había matado a ella en cuanto había tenido la oportunidad? ¿Por qué había dudado en clavarle el hacha? Sabba no era una ilusa, había visto perfectamente cómo, en el último instante, el Rey del Miedo había girado la muñeca para darle con el mango. En ningún momento tuvo intención de herirla. Ese hombre luchaba bien, no habría cometido un error así a menos que fuera aposta. Ella era casi una experta en el Arte Marcial de Hanol, había tenido el mejor maestro; no obstante, el enmascarado había esquivado sus envites con auténtica maestría, y Sabba no había tardado en averiguar que él dominaba esa misma técnica. Aun así, seguía preguntándose el motivo por el cual no la había herido cuando había tenido oportunidad.

Nuevamente, Taisha interrumpió sus reflexiones.

—Ríndete, padre. ¡Ríndete y ordena a tus hombres que depongan las armas!

Pero Taru no la escuchaba. Paralizado, era incapaz de apartar la vista de Sabba. Era ella. ¡Era ella, por los Dioses! ¡Y estaba viva! No obstante, había cambiado. No se parecía a la pacífica joven que conoció en Oriente. En aquellos instantes su mirada fiera sustituía a la dulzura que él había conocido. Antes ella lucía siempre risueña, ahora tenía el entrecejo arrugado, y los ojos le chispeaban de rabia y desprecio.

¿Sería cierto que era la Princesa del Viento?

No se movió cuando los del Viento lo rodearon y apuntaron con las lanzas.

Asimismo, los del Miedo no se atrevieron a actuar, sabían que si movían un solo dedo, el enemigo ensartaría a su Rey.

Ya daba igual lo que hicieran unos u otros.

Sabba estaba viva. Y él se había convertido en un monstruo.

—¡Prendedlo! —bramó Talu.

Taru no opuso resistencia cuando los guerreros del Viento lo despojaron de su tocado y lo ataron al mismo poste donde, instantes antes, habían permanecido cautivos su hermano y Mihn. No dejó de mirar a Sabba en ningún momento. En aquellos momentos ella lucía en el rostro una expresión de desconcierto y reconocimiento. Ya no había rastro de desdén en su mirada; la fiera había abandonado sus ojos, dando paso a la confusión.

La vio soltar la espada, que resonó al caer al suelo y la oyó sollozar.

—Taru —leyó su propio nombre en los labios de Sabba, y sintió cómo sus propias lágrimas amenazaban con derramarse. Las contuvo con voluntad.

—Sabba... ¡Sabba! —Taru gritó su nombre pero la princesa no se movió. Instantes después, Mihn se acercó a ella y le susurró algo al oído.

Por su reacción, Taru supo que el de Hanol le acababa de confirmar que se trataba de él. Rezó para que ella se acercase. Necesitaba tocarla, abrazarla, llorar... ¡Gritar!

Pero Sabba se quedó allí, de pie, sin apartar la vista de él mientras unas lágrimas brillantes como gotas de rocío cruzaban su bellissimo rostro para después perderse en la arena que, instantes

antes, había sostenido su lucha. Sabba lo había reconocido, pero no se acercaría. No podía culparla, después de lo que le había hecho a Mihm, la invasión al poblado de los del Viento, la masacre.

Se sentiría desbordada, decepcionada, asqueada. Había vuelto a por él y acababa de descubrir en qué se había convertido: En un monstruo.

Sin poder hacer absolutamente nada, Taru vio cómo su hermano se acercaba a Sabba, le secaba las lágrimas, la cogía de la mano y la instaba a abandonar el lugar. Mientras ella se marchaba, Taru la vio voltear el rostro hacia él, justo antes de meterse en el interior de la Tienda del Consejo.

LÁGRIMAS SECAS

A medida que transcurría el día, el sol se iba alzando victorioso en el firmamento.

Taru no apartaba la vista de la Tienda del Consejo, donde había entrado Sabba la noche anterior; pero hacía varias horas que le costaba mantener los ojos abiertos, y ya no estaba seguro de si ella había salido de allí. La angustia era insoportable, le abrasaba el pecho y en su mente no paraba de llamarla una y otra vez. Como si ella pudiera escuchar sus pensamientos.

Seguía atado al poste, en el centro del poblado. Los rayos del astro rey le abrasaban la piel y la sed empezaba a ser insoportable. La gente del Viento llevaba trabajando desde la madrugada y apenas habían descansado. Los guerreros que participaron en la batalla habían trasladado ya a los muertos a la pradera, donde los habían depositado con honores sobre altos andamios, con lechos de caña, que se alzaban al cielo a fin de que sus espíritus se elevasen sin barreras hacia las Hogueras de los Antepasados. Por lo que pudo escuchar Taru, esa noche se celebraría el Ritual de la Ascensión, y no habría distinción entre los caídos del Viento y los del Miedo. Talu había decretado que todos recibieran el mismo trato. Al fin y al cabo eran norteños.

Las mujeres y los ancianos más fuertes ya habían limpiado los restos de la batalla, y empezaban a sustituir los hogares derribados por improvisadas tiendas. En cuanto acabaron, los hombres se dedicaron a atender a los caballos, mientras los ancianos cuidaban de los niños más pequeños.

Cuando alguien pasaba por su lado lo increpaba y le lanzaba piedras o le escupía, hasta que apareció Mihñ.

Tras espantar, con una simple mirada, a unos jóvenes que pretendían arrojarle excrementos de caballo, el de Hanol se colocó en cuclillas frente al prisionero y lo miró a los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con tristeza y preocupación. Taru apartó la mirada pero Mihñ insistió—: Hemos cruzado medio mundo para encontrarte.

—¡Lárgate! —Taru no quería hablar con nadie, ni mucho menos con él.

—Sabba ha arriesgado su vida y la de...

Estuvo a punto de revelar que la hija de ambos, Sinda, estaba viva; pero era Sabba quien debía hacerlo, no él.

Taru alzó el rostro y clavó los ojos en los de Mihñ, amenazantes.

—He dicho que te largues.

El de Hanol se puso en pie y miró al Rey del Miedo: un norteño hecho esclavo en el Sur, que había pervertido su alma hasta transformarse en un monstruo.

—¿Tan grande es tu soledad? Te has creído un dios y, en realidad, en lo que te has convertido es en una bestia.²

Mihñ lo miraba, visiblemente afectado. Taru no retiró los ojos de él.

—¿Qué sabrás tú? —espetó decepcionado de reencontrarse con un amigo al que había respetado y admirado; un amigo en el que confiaba y que, sin embargo, había sido capaz de ocultarle que Sabba estaba viva—. No te atrevas a juzgarme, cabrón embustero.

—Quien me juzga ahora eres tú —respondió el de Hanol, quien comprendía la confusión de

Taru. Pero el norteño estaba equivocado: él jamás le había mentado—. Yo también guardo mis demonios, por eso sé cómo te sientes. Y te disculpo.

Taru rio desquiciado.

—¡No tienes la menor idea de cómo me siento! —gritó fuera de sí—. ¡Y no quiero tus malditas disculpas!

—Lo que sí sé es que los Dioses acaban de darte otra oportunidad. No la desperdicies.

Cuando Mihn se marchó, Taru entró en un estado de ansiedad que le resultó muy difícil de soportar. Pareciera que a su corazón le hubiesen salido dientes, y estos intentarían atravesarle el pecho a mordiscos.

Cayó la noche y la Tribu del Viento se retiró a descansar. El firmamento se tiñó de negro, tan solo las estrellas dejaban ver su resplandor, pero la Princesa de La Noche³ no asomaría su blanca faz hasta pasadas unas horas. Cuando eso sucediera, el Hermano Lobo, su más fiel súbdito, entonaría cantos de alabanza. Sí se escuchó el repetitivo quejido del Hermano Coyote para desaparecer súbitamente en el silencio.

Un silencio que a Taru le pareció atronador.

Seguía atado de rodillas. El sol le había lacerado la piel, y su cuerpo empezaba a presentar síntomas de deshidratación. Tenía los labios agrietados, la boca y los ojos resecos, y la piel se le empezaba a arrugar de forma alarmante. El corazón latía con rapidez y el cuerpo no dejaba de temblarle. Los mareos eran constantes, y un terrible dolor de cabeza hacía que la mente le jugara malas pasadas.

Cuando su princesa apareció, ya no supo si lo que veía era real o producto del delirio.

Lo que sí creyó fue que el tiempo se detenía al mirarla a los ojos, inmóvil ante él, sin apenas respirar.

Cuando Sabba lo vio en ese estado se le detuvo el pulso, no supo si un instante o la eternidad, para después empezar a latir con fuerza. Quien estaba ante ella era un hombre desquiciado, de mirada suplicante, con el miedo, la esperanza y la incredulidad mezclados en una sola expresión. Los ojos ambarinos, que parecían guardar una tormenta de emociones, se clavaban en los suyos para descargar unas lágrimas inexistentes, como una cascada de niebla que se desbordara en las apacibles aguas de un lago sombrío. Sabba creyó ver el alma de Taru quebrarse como la muralla de una irreductible fortaleza se derrumba ante la sacudida de un seísmo. Con los codos en el suelo, sin apartar la vista de ella, y los largos cabellos mezclándose con el polvo, Taru rompió en un lamento seco y doloroso.

Sabba comprendió en ese instante el tremendo sufrimiento al que lo había sometido el abandono. Ella también sentía cómo el corazón se le desangraba al ver en qué se había convertido Taru. Tras la pelea, la pasada noche, no fue capaz de correr hacia él cuando descubrió su identidad. No lo abrazó, como había sido su intención desde que lo obligara a marcharse para salvarle la vida. No lo consoló ni atendió cuando él más la necesitaba. Después Talu no le permitió acercarse, y acababa de desobedecer sus ordenes porque era incapaz de ver cómo los del Viento lo vapuleaban, por mucha razón que tuvieran al hacerlo. Se había convertido en un ser despreciable, pero era Taru, seguía siendo su Taru, y lo amaba. Permanecería a su lado. No volvería a abandonarlo.

Sabba alargó la mano, y en el instante en que los dedos rozaron su mejilla, él dejó de temblar y cerró los ojos.

—Taru, estoy aquí —susurró dulcemente.

Él negó con la cabeza, estaba ido, aún creía que se trataba de una visión.

Sin embargo le cogió la mano y la apretó con fuerza, reverente.

—Los dioses me castigan —sollozó en el idioma oriental—. No eres real. Volverás a desaparecer. —Alzó la vista de nuevo, sin creer lo que estaba viendo—. Y no podré soportarlo. No podré... Este es mi castigo...

—Oh, Taru, perdóname. —Sabba rompió a llorar. No soportaba verlo padecer así. No era justo. Ella no había sido justa ni sincera con él. Ella era la culpable de la transformación de él—. Te mentí. Tenía que hacerlo, era la única forma de escapar de Said.

Taru la miró desolado.

—No... No eres real... —No quería creer lo que acababa de oír. No podía aceptar que su mentira pudiera haberle causado tanto dolor. No, ella no podía haberlo engañado, la dulce y bondadosa Sabba jamás habría sido tan cruel.

—Lo siento, Taru, lo siento...

—No... —negó con la cabeza. No estaba dispuesto a creerla, antes ignoraría su presencia—. No eres real. Este es mi castigo.

—Taru, estoy aquí, contigo; he venido a por ti. —El corazón de Sabba sangraba de dolor y culpa, pero de igual forma se sentía dichosa y esperanzada por el reencuentro—. Y no me iré —prometió mientras las lágrimas descendían por sus mejillas y se las apartaba con decisión—. ¡Jamás volveré a dejarte!

Taru anhelaba decirle que seguía amándola; jamás, ni un solo día, había dejado de pensarla, evocarla, a pesar de que eso le provocara un terrible sufrimiento. Y ahora que la tenía frente a él, ahora que podía sentir en las manos el calor de su piel, no era capaz de hablar. Sólo podía sollozar. Le faltaba el aire, a duras penas podía respirar, y si hubiese derramado lágrimas, estas habrían emborronado el rostro de su princesa.

Transcurrido un tiempo, él se calmó. Después Sabba le aflojó las ataduras y lo ayudó a echarse en el suelo, y con la cabeza descansando sobre sus rodillas se concentró en acariciarlo con toda su dulzura, la que había atesorado para él hora tras hora durante todos esos años.

Taru deseó alzar la mano para tocarla, la había echado tanto de menos, la había llorado tanto... Pero su cuerpo ya no tenía más fuerza, y su mente empezaba a apagarse.

Sin mediar palabra, Sabba cogió un recipiente de agua y le dio de beber. Cuando Taru hubo saciado su sed, con un paño empezó a limpiarle el rostro. Cuando llegó al torso se conmovió. Las terribles cicatrices seguían allí, representando un dolor aún hoy latente.

—Sabba —él murmuró su nombre como una invocación para que no se desvaneciera ante sus ojos.

Antes de caer en un profundo sueño reparador, Taru sintió el frescor del paño acariciando su piel maltrecha. Y antes de perderse en la oscuridad, recordó las noches en que una jovencita, de mirada pura y voz dulce, lo había curado en una oscura celda en Ciudadela Esmeralda.

El jefe de la tribu del Viento salió de la Tienda del Consejo y, al ver a Sabba junto a Taru, se le ensombreció el rostro. Sentía la cruel punzada de los celos, unos que amenazaban con volverle loco. Ese malnacido no merecía las atenciones de una mujer como esa.

Sabba llevaba tres días junto a su hermano, quien seguía atado en mitad del poblado.

Había extendido sobre ese bastardo una piel de ciervo rojo para que no le diera el sol, y únicamente se había separado de él para atender a su hija; tiempo durante el cual Mihn la había relevado, pues las gentes del Viento lo vapuleaban si lo dejaban solo. Si no hubiera sido por los ruegos de la Princesa del Viento, título con el que ahora todo el poblado la conocía, Talu lo habría ejecutado la misma noche de su captura.

Lo habría hecho sin dudar. El daño que había causado era imperdonable.

Le dolía todo el cuerpo y apenas podía mover el brazo. Dunya le había prohibido moverse, pero no estaba dispuesto a permanecer ocioso tras lo sucedido. Había mucho por hacer. Organizar otra cacería, planear la defensa contra los invasores. También negociar con los del Miedo. A pesar de todo, los necesitaban.

Regresó la vista a Sabba, quien en aquel momento alimentaba al cautivo, y la rabia regresó.

—¿Va todo bien? —preguntó el de Hanol, sorprendiendo al jefe del Viento mirando a la pareja con un rictus sombrío.

Talu asintió y Mihn miró en la dirección que apuntaban sus ojos.

—No se separa de él —afirmó el jefe, revelando en su tono de voz la cólera que sentía.

—Y no lo hará.

—Es tozuda. —Aunque los celos se lo comían, la admiración le inundó la voz.

Mihn sonrió y negó con la cabeza.

—Ni te lo imaginas.

—Ha venido a por él —admitió. No era una pregunta sino una afirmación. Y le destrozaba el alma saberlo.

—Así es.

—Pues no se la merece. —Talu lo creía de verdad—. Mi hermano es un loco, un asesino y un dictador. No tiene derecho al trato de favor que Sabba le está otorgando. Tampoco merece su amor, ni su devoción.

Mihn arrugó el entrecejo, miró a Talu y suspiró.

—Taru ha cambiado, pero tal vez ese fuera su destino.

Talu volvió la vista al de Hanol.

—¿A qué te refieres?

—No soy yo quien debe hablar por los Dioses del Norte, ellos son quienes han marcado la senda de Taru. Pero estoy convencido de que tienen sus razones, y estas te serán desveladas antes de lo que piensas.

—No me importan los Dioses. Taru debería pagar por todo el dolor que ha causado.

—Ya pagó lo que ha hecho. En el Sur. Puedo asegurártelo: lo pagó muy caro.

EL CASTIGO

—¡Ese monstruo debe pagar por todas las vidas que ha arruinado!

—¡Debemos ajusticiarlo! ¡Sin piedad!

—¡Taru debe morir! ¡El Rey del Miedo debe morir!

El jefe de la Tribu del Viento miró a Taisha mientras los gritos de los miembros del Consejo de Ancianos impregnaban de venganza la estancia. Hacía horas que cualquier educación o ceremonia había desaparecido de la reunión, y la tensión podía atravesarse con una lanza. Incluso Dunya, que siempre abogaba por la vida, opinaba que Taru debía pagar por el dolor causado.

Solo su sobrina permanecía en silencio, con el rostro imperturbable. Aunque sus ojos verdes brillaran con pasión contenida.

Talu también deseaba acabar con el cruel reinado de Taru, y la venganza y la rabia lo tentaban, pero lo cierto era que tenía el corazón dividido. No podía olvidar que era su propio hermano a quien estaban juzgando. Y había otro motivo de peso: temía lo que Sabba pensaría de él si al final se decidía por la ejecución.

Sí, maldita sea, la Princesa del Viento le importaba. Y mucho.

Volvió a mirar a Taisha, que permanecía en silencio.

Frustrado, Talu apretó los labios con fuerza.

—También yo deseo que Taru pague por todo el dolor que nos ha causado —declaró ante todos, que callaron cuando él se puso en pie—. Pese a todo, no debemos precipitarnos, más aún cuando los espectros han pisado de nuevo nuestras tierras. Nos guste o no, seguimos necesitando a los guerreros del Miedo, y ejecutar a su rey no nos pondrá las cosas fáciles a la hora de negociar con ellos.

De nuevo, los gritos resonaron con fuerza como si las sabias palabras del líder los hubieran encolerizado con su verdad. No querían verdad sino venganza. Esa vez fue Taisha quien se puso en pie para atajar la algarabía.

Cuando todos los miembros del Consejo guardaron silencio, la joven habló:

—Taru es mi padre. No os guardaré rencor si, por último, decidís hacer justicia. Entiendo vuestro enfado, pero creedme cuando os digo que nadie sabe mejor que yo lo que hemos vivido en la Tribu del Miedo todos estos años. —Hizo una estudiada pausa durante la cual miró a todos y cada uno de los allí presentes—. Lo he visto ejecutar a hombres por mucho menos, y de forma tan sangrienta y cruel que ni en vuestras peores pesadillas podríais haberlo imaginado. He visto cómo, con sus propias manos, el Rey del Miedo le sacaba el corazón a un guerrero del pecho mientras sus súbditos danzaban con el terror transfigurando sus rostros. He sentido, como ninguno de vosotros puede imaginar, la opresión, la falta de libertad, la ausencia de alegría, y el miedo. Un terrible miedo recorriéndome la espalda. Día y noche, sin descanso. Y todo eso, causado por el espectro que ha poseído a mi padre. Como os he dicho antes, no voy a impedir su ejecución. Pero en estos momentos, Taru no es más que un hombre poseído por el Dios del Miedo, y por eso creo que ese mal espíritu debe morir mientras él siga con vida porque, de lo contrario, abandonará su alma y se alimentará de otra, puede que mucho más peligrosa y letal. El Miedo se contagia. El

odio, la rabia, el rencor y la furia no desaparecen con la venganza, sino que esas malas emociones se alimentan de ella. Por lo tanto yo, Taisha, de la Tribu del Viento, os pregunto: ¿Vais a dejar que el Dios del Miedo os posea a vosotros también?

Taisha se sentó en su sitio, con el rostro impassible, mientras Talu, aprovechando la ventaja que le había dado, se ponía en pie.

Miró al Consejo con un rictus severo. En sus ojos se reflejaban las llamas del fuego del hogar.

—Taisha, de la Tribu del Viento, hija de Aisha, Líder Medicina de la Tribu del Viento, que murió asesinada por los espectros, ha hablado con sabiduría. —Habló con voz pausada pero tono firme—. Ella es la prueba viviente de que el Dios del Miedo no puede con un alma inteligente, ni una voluntad férrea. Seamos como ella. No dejemos que ese mal espíritu nos domine.

Por primera vez en el transcurso de la reunión, los miembros del consejo mantuvieron silencio y aguardaron expectantes.

—¿Y qué piensas hacer con él? —inquirió Levka finalmente.

—Taru, de la Tribu del Miedo, debe pagar en vida —sentenció Talu—. Propongo que el Consejo de Ancianos de la Tribu del Viento lo condene al Olvido.

Sabba permanecía junto a Taru, quien seguía en un estado de semi-inconsciencia desde hacía ya dos días. Estaba cansada, apenas dormía, y la preocupación y ansiedad la mantenían en constante tensión. Ni siquiera el silencio de las noches lograba calmarla. Taru llevaba tres días atado, había enfermado y a cada hora empeoraba. Le habían permitido asearle, darle agua y algo de comida; pero él se había negado a ingerir nada sólido. La princesa hacía todo lo posible por mantenerlo cómodo, pero era complicado, la insolación era cada vez más grave, y ni siquiera la pequeña sombra que había dispuesto lograba calmar las convulsiones que padecía.

Cuando Talu apareció, acompañado por el Consejo de Ancianos, Sabba se tensó y sintió tanto miedo que creyó que una serpiente se le enroscaba en el estómago.

Taisha caminaba junto a su tío, con mirada fría e impassible, mientras Mihn, Xenia y Sinda aguardaban junto a las mujeres, que observaban atentas lo que estaba a punto de decretar el jefe.

Sabba se recompuso, frunció el ceño y apretó los puños. No dejaría que ejecutaran a Taru. Lo abrazó en un gesto protector, sin dejar de mirar a Talu a los ojos, a la vez que sacudía con delicadeza a Taru para que despertase. Lanzó una significativa mirada a Xenia, quien cogió a la niña de la mano y se la llevó a su tienda, a fin de que la pequeña no presenciase la condena del que, aún desconocía, era su padre.

Talu observó la escena mientras unos celos brutales le arañaban el corazón. Esa increíble mujer amaba a Taru por encima de todo, y lucharía por su vida; no había duda. Ojalá las cosas no hubiesen acabado de esa manera. Ojalá su hermano no hubiera regresado; de ese modo, Talu no estaría obligado a condenarlo.

—Taru, despierta —susurró Sabba—. ¡Taru, por favor!

El norteño abrió los ojos, pero solo vio manchas borrosas moviéndose. Escuchó la voz de su hermano y volvió a plegar los párpados.

—Desatadlo, echadle agua para despejarlo, y traedlo ante mí.

—¡No! —gritó Sabba en el instante en que dos hombres se acercaban para cumplir la orden de su jefe—. ¡No os acerquéis! ¡Mataré a cualquiera que intente hacerle daño! ¡Lo juro!

Mihn miró a su señora y negó con la cabeza, a la vez que dibujaba con los labios la palabra «no». Ella sollozó frustrada. El de Hanol insistió en el gesto.

Al ver la sombra de la duda en los ojos de Sabba, Talu alzó la mano derecha y sus hombres se detuvieron. Avanzó hacia la princesa, quien se colocó ante su hermano para impedir que lo tocara.

—Por favor, no... —suplicó ella—. ¡No! ¡Aléjate de él!

No podía creer que Talu estuviera a punto de condenar a su propio hermano. Por los Dioses. ¡Eran idénticos! ¿No tendría piedad con la sangre de su sangre? Las lágrimas pugnaron por escapar de los ojos de la princesa, pero logró contenerlas. No iba a gastar energías en eso. ¡Tenía que proteger a Taru con todas sus fuerzas!

—Apártate de él, princesa. Confía en mí. —La voz de Talu no le inspiró confianza, pero el tono cordial la confundió. Él extendió la mano derecha esperando que ella cediese.

Pero no cedió. Sabba se volvió hacia Taru y lo sacudió de nuevo.

—Te lo ruego, Taru... ¡Despierta! ¡Por los Dioses, levántate!

Sabba regresó la vista a Mihn, quien insistió de nuevo en que ella cediera ante la orden del jefe de los del Viento.

Sabba se puso en pie. Rechazó la mano de Talu, que aún seguía ofrecida, y asintió con la cabeza a Mihn.

Entonces el Jefe del Viento dio la orden, y los dos guerreros desataron al Rey del Miedo. Sabba vio cómo se lo llevaban y lo introducían en el interior de la tienda del Consejo. Sólo entonces se dejó caer al suelo y rompió a llorar.

Taisha había abandonado el poblado, y en aquellos instantes se encontraba sola, practicando su puntería con el arco junto al río.

Necesitaba el acogedor silencio que solo le daba el bosque, la caricia de los rayos del sol que se colaban tímidamente entre las ramas de los altos ancianos pero, sobre todo, necesitaba escuchar los consejos de sus antepasados en el susurro que producía la suave brisa al mecer las hojas de los árboles.

Taisha les pedía con humildad consejo, y escuchaba atenta sus respuestas porque su amado padre estaba a punto de ser condenado al Olvido.

Y ella quería recordar.

Taisha se negaba a olvidar su suave voz, que la había arrullado antes de dormir, cuando era una niña. Era incapaz de olvidar sus ojos de color miel, que la observaban orgullosos y repletos de amor cuando jugaba con su madre, Aisha. Solo junto a él se había sentido protegida de verdad. Lo había querido tanto, lo había admirado tanto. Y lo echaba tanto de menos.

Suspiró, alzó el codo, tensó la cuerda y mantuvo el cuerpo inmóvil como una montaña. Disparó, pero la flecha se perdió en el bosque, como el alma de Taru se había perdido irremediabilmente en el Reino del Miedo.

—Sal de ahí —instó, mientras empezaba a caminar para recuperar el proyectil—, me desconcentras.

—Disculpa —respondió Mihn, quien había estado siguiéndola con cuidado, pero sin éxito al parecer—. De igual forma pensé que nada podía distraerte.

Ella siguió avanzando como una Diosa de la Naturaleza. Los largos cabellos flotaban tras su espalda, emitiendo destellos bajo los rayos del sol, y sus nalgas se movían con gracia. Mihn creyó que, de un momento a otro, perdería el equilibrio por la impresión que le causaba su poderosa figura y se concentró.

—Por extraño que pueda parecer, tú sí.

Tras la respuesta de Taisha, Mihn rió al sorprenderse a sí mismo ruborizado como un pueril adolescente. Exactamente lo que era ella, a excepción de pueril.

—Es bueno saberlo —respondió altanero.

Taisha se dio la vuelta y lo atravesó con la mirada.

—¿Qué quieres, Mihn?

Él se encogió de hombros, en un gesto tan tierno como elegante. Y sonrió. Esa maldita sonrisa

tenía el poder de iluminar un día tan terrible como aquel. Pero Taisha no estaba para alegrías, y continuó mirándolo seria, hasta que él le confesó el motivo por el cual la había estado siguiendo.

—En realidad, me apetecía pasar un rato contigo —confesó Mihn.

—¿En serio? —ella lo miró suspicaz—. ¿No será que necesitas información, para variar?

—Bueno, eso también.

La desconcertó la forma en que Mihn se rascó la cabeza, un gesto tan infantil como divertido.

—¿Y qué quieres saber?

—Dudo que a estas alturas no lo sepas.

Taisha suspiró.

—Mi padre ha sido condenado al Olvido, lo que significa que no me está permitido hablar de él.

—Pues no lo hagas —dijo seductor—. Háblame de ti.

De nuevo, la maldita sonrisa de Mihn. Y ese rostro perverso, endiabladamente hermoso y blanco como la luna. Y esos fascinantes ojos rasgados y negros como dos abismos en los que deseaba perderse para desentrañar los misterios que escondía su alma. Los largos cabellos lacios, que le sobrepasaban la cintura y le acariciaban los muslos al caminar, se mecían con la brisa. Ese extranjero la confundía, pareciera que en su interior se ocultase un espíritu salvaje, un lado peligroso que saldría a relucir de un momento a otro si lo provocaban. Pero, curiosamente, ante ella siempre prevalecía la calma, se comportaba de forma extremadamente amable, incluso era divertido. Unas veces se parecía al Hermano Ciervo, esbelto, elegante y poderoso, y otras resultaba tan atrayente, peligroso y sabio como el Maestro Lobo. ¿Por qué temblaba ante él? ¿Por qué se moría por besar esos labios? Ella jamás había sentido deseo por un hombre. Desde siempre solo le habían importado la caza y las armas. Y corretear por el bosque, montar a caballo y...

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Una vez más, esa voz amable, y esa sonrisa tierna y graciosa la sacaron de sus absurdos pensamientos. Ese hombre tenía mil caras y la que ponía en aquellos instantes era la de un bufón. No pudo evitar contagiarse de su alegría y sonrió.

—Está bien—cedió—, ¿qué quieres saber de mí?

Mihn cambió la expresión de su rostro y se puso serio. Ella lo atraía de la misma forma que la temía. No, se corrigió: en realidad se temía a sí mismo cuando la tenía cerca. Porque era preciosa como un cisne. Y lista como una comadreja.

—En realidad, todo —se sinceró y volvió a sonreír, no del todo convencido de sus deseos—. Aunque podrías empezar por enseñarme a disparar.

—De acuerdo. Ponte ahí.

Mihn la miró, confuso.

—Ahí, ¿dónde?

—Ahí, frente a ese árbol —señaló Taisha—. Ponte esto en la cabeza y sostenlo con ambas manos.

Le lanzó una calabaza que él cogió al vuelo.

—Pe... pero... ¿Para qué?

—¡Tú haz lo que te digo! —soltó en el instante en que sacaba una flecha del carcaj.

—¡Un momento! ¿Pretendes atravesar con una flecha esta calabaza hueca mientras la sostengo sobre mi cabeza?

—Pues no, la calabaza hueca es tu cabeza y no me apetece matarte. Pretendo atravesar la calabaza.

—Ah, claro, aparte de que hay como siete posibilidades entre diez de que aciertes, ningún problema.

—Las posibilidades de que acierte son diez de diez. No fallaré.

Mihn se cruzó de hombros.

—Está bien. Pero exijo una compensación por el riesgo.

—¿Qué tipo de compensación?

—Te lo diré si fallas.

Taisha sonrió ufana.

—Si fallo, dudo que vuelvas a hablar. Pero está bien, acepto. Igualmente, exijo una compensación si no te mato.

—Tú sales ganando de todas formas.

—¿Quieres que te enseñe a disparar o no?

—¿Qué puedo perder? ¿La cabeza? —Mihn compuso una expresión de víctima y se colocó la maldita calabaza en la coronilla.

Cuando él se quedó quieto, Taisha separó las piernas, tensó la cuerda y soltó todo el aire de los pulmones en el instante en que la flecha se deslizaba de entre los dedos.

El proyectil atravesó la calabaza, que reventó en mil pedazos, soltando toda el agua que contenía.

Taisha estalló en una carcajada al ver la cara de Mihn por completo empapada.

—Ahora, mi premio.

—¿No es suficiente para ti mi humillación?

—No abras los ojos. Me has dado tu palabra.

Mihn suspiró, luego sonrió y esperó su castigo.

Taisha se acercó y, cuando lo tuvo a su altura, lo cogió por la nuca con ambas manos y lo besó.

Mihn abrió los ojos, sorprendido. Jamás habría esperado algo así. Y sí, había fantaseado con ese momento desde su primer encuentro, aunque siempre hubiera desechado de su mente esas cosas tan impropias. Sin embargo, en aquellos momentos, emociones y sensaciones desconocidas estallaron en su pecho como un volcán en plena erupción y no las negó; al contrario, las disfrutó. La boca de esa muchacha sabía a menta fresca y miel, y su piel olía a lavanda. Deseó alzar las manos para acariciarle el pelo, pero fue incapaz de moverse. Sentía la lengua de Taisha acariciando sus labios con timidez y los músculos de su cuerpo se tensaron como las cuerdas de una cítara. Notó una fuerte presión en la ingle y el deseo irrefrenable de...

Logró alzar los brazos y los colocó sobre los hombros de Taisha. Con toda la fuerza de voluntad que logró reunir, se apartó de ella con mucho cuidado para no ofenderla.

Taisha sonrió, sacó la punta de lengua y se la mordió, al tiempo que alzaba ambas cejas, se alejaba de él varios pasos.

—Nunca había besado a nadie y no lo imaginaba así, pero ha valido la pena solo por ver la cara que pones ahora.

Mihn no podía ni respirar casi. El corazón le golpeaba en el pecho como un gong y estaba tan excitado y tenso que pensó que si se movía, se partiría en pedazos como un vaso de fino cristal al estrellarse contra el suelo.

Pero peor estaba su mente, incapaz de asimilar absolutamente nada, tan concentrada estaba en entender lo siguiente:

¿Qué habría querido decir esa niña con que no lo imaginaba así? Acaso... ¿acaso no le había gustado?

Abrió la boca para hablar, pero no supo qué decir, y solo pudo ver cómo ella le guiñaba un

ojo y se alejaba, perdiéndose entre los árboles con la gracia de una cervatilla.

Pasado un tiempo, Mihn dejó que su cerebro le permitiera doblar las rodillas, apoyar la espalda contra el árbol, y deslizarse hasta quedar sentado en el suelo. Con ambas manos se rozó los labios. Los sentía ardiendo. Fue descendiendo los dedos por el cuello, y se detuvo en el pecho. El corazón no paraba de golpearle con fuerza.

Cerró los ojos e intentó controlar su agitada respiración.

Al darse cuenta de que era imposible, abrió de nuevo los ojos y se miró las palmas de las manos.

Temblaban. Todo él vibraba como un junco azotado por el temporal.

Jamás nadie lo había besado antes. Nunca había sentido el roce de unos labios en su piel, ni siquiera los de su propia madre. Mihn se había considerado invencible hasta ahora. Acababa de darse cuenta de que había una persona que lo convertía en alguien vulnerable, un mortal:

Su nombre era Taisha.

Xenia entró en la gran tienda de las mujeres.

Después del ataque de los del Miedo, la gran mayoría de las familias, especialmente aquellas que tenían niños pequeños, había decidido permanecer en la Tienda de la Feminidad unos días, hasta que las suyas propias estuviesen habilitadas del todo. Otro de los motivos era que las madres se sentían más arropadas juntas, tras el susto, al igual que los niños, pues los juegos los distraían de la pérdida de sus seres queridos.

La Tienda de la Feminidad era un espacio sagrado donde las mujeres se recogían cuando eran bendecidas por el sangrado de cada luna, momento en el cual la mujer era considerada sagrada y era espiritualmente más poderosa. El reposo durante la menstruación era considerado imprescindible para que pudieran estar concentradas en los planos espirituales, adquiriendo sabiduría.

Asimismo, eran bien recibidas las que no se hallaban en su luna y solían reunirse para compartir labores, hablar de política y enseñar a los niños. La batalla con los del Miedo había alterado la rutina de las gentes del Viento y, como excepción, los hombres tenían ahora acceso a ese lugar exclusivo para mujeres, siempre y cuando no portaran armas y se comportasen con el debido respeto.

También era el lugar preferido de Xenia.

Allí se enteraba de los más jugosos cotilleos.

En aquellos momentos, el ambiente era tranquilo. Había caído la noche y los más pequeños ya dormían. Una madre que amamantaba a un bebé de cuatro semanas le dedicó a la recién llegada una sonrisa, a modo de saludo, y luego señaló a Sabba con la mirada. Xenia le dio las gracias en silencio, dibujando con los labios la palabra aprendida en su idioma.

Se acercó a la princesa. Tenía a la pequeña Sinda en su regazo, y se esforzaba en secarse las lágrimas para que no cayeran en el rostro de la pequeña y la molestasen.

—Oh, Sabba. No estés preocupada. Taru está bien. —La consoló Xenia tras apartarle un mechón rebelde de la larga melena y colocárselo tras la oreja—. ¿Tú cómo estás? ¿Has podido dormir un poco?

La princesa volvió a secarse el rostro. No se atrevía ni a sollozar. Sorbió por la nariz y negó con la cabeza.

—No, Xenia, no puedo ni tan siquiera pensar en dormir —habló en susurros, en parte para no despertar a Sinda, y también porque se sentía agotada tras los acontecimientos vividos. Pero debía seguir adelante—. Dime, ¿qué has averiguado?

—Taru ha sido condenado al Olvido. Al parecer, es algo así como que todos lo ignoren. A mí

se me antojaría horrible. Nadie puede hablarle ni mirarlo, como si fuera invisible. Como si jamás hubiese existido. Ni siquiera está permitido hablar de él —acercó los labios a la oreja de Sabba y, después de mirar a todos lados para asegurarse de que nadie las escuchaba, añadió—: Pero yo consigo enterarme siempre de todo, así que cualquier información que precises, solo tienes que preguntar.

Sabba suspiró, en parte aliviada. El castigo no parecía tan terrible, al menos visto desde la perspectiva de Xenia. Y su tono alegre consiguió relajarla un poco.

—¿Te lo ha dicho Mihn? —preguntó.

—¿Mihn? —Xenia resopló—. Ha estado fuera todo el día. Se ha dignado a aparecer al atardecer, y traía una cara muy larga, y más pálida de lo habitual, que ya es decir, como si se hubiese topado con un fantasma. Hace un rato he entrado en nuestro hogar y me lo he encontrado, sentado frente al fuego, mirando hacia ninguna parte, en estado de meditación. O lo que sea que haga cuando, en realidad, no hace nada. Le he preparado la cena, pero no ha probado bocado. Luego ha farfullado algo incomprensible, y se ha vuelto a marchar. Tiene que haberle sucedido algo espantoso...

—Pero, ¿dónde está ahora Taru? —Sabba estaba preocupada, y que Xenia se fuera por las ramas hizo que la ansiedad regresase y se impacientara—. ¿Quién lo atenderá? Necesita ayuda, Xenia.

—Creo que está en la tienda del jefe. No se permiten visitas.

La princesa arrugó el entrecejo.

—Eso ya lo veremos —dijo tras arropar a Sinda. Luego se puso en pie con cuidado de no despertarla y miró a su amiga con determinación.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Xenia, temerosa de lo que era capaz de hacer su señora.

—¿Acaso no es obvio?

Sabba atravesó el poblado como si la persiguieran los demonios.

¿Qué cosa tan absurda era eso del Olvido?

¿La incluirían a ella en semejante estupidez?

¿Tendría también que ignorar a Taru y hacer como si jamás hubiera existido?

Pronto saldría de dudas, pero tenía claro que no haría tal cosa.

Cuando llegó a la tienda del jefe, entró sin anunciarse.

Se lo encontró solo, junto al fuego, con el brazo inmovilizado en cabestrillo y observando las llamas, que proyectaban sombras y luces en su rostro, exacto al de Taru. Durante unos instantes, el corazón de Sabba latió con rapidez. El parecido era tal, que cada vez que él posaba sus ojos sobre ella se estremecía.

Pero él no era Taru.

—¿Dónde está? —inquirió—. Dime dónde está Taru o...

Talu suspiró antes de interrumpirla.

—No puedo hablar de él, Sabba. Ni tú tampoco.

La princesa arrugó el entrecejo y achinó los ojos. No entendía sus palabras, pero no iba a marcharse sin una respuesta convincente. Insistió de forma menos sutil.

—¡Taru!;Taru, Taru, Taru, Taru, Taru...!

—¡Ya basta, Sabba! —la interrumpió el jefe—. Ya sé que no lo entiendes, y es frustrante, créeme. Pero esa persona ya no está aquí; márchate y haz lo que tengas que hacer.

Sabba apretó los puños. Negó con la cabeza y lo miró, enfadada.

—Como le hayas hecho daño...

Talu la atravesó con la mirada y Sabba volvió a estremecerse. Apretó los puños, dio media

vuelta y se marchó.

Volvió a atravesar el poblado hasta que llegó a la tienda del Hombre Medicina.

Taru tenía que estar allí, era lo más lógico, teniendo en cuenta su estado. Pero tenía miedo de lo que podía encontrar allí dentro; tomó aire y cuando estaba a punto de atravesar la cortina de piel, alguien la agarró de la mano y la estiró hacia fuera.

—¡Taisha! —exclamó Sabba—. ¡Por los Dioses, me has asustado!

La muchacha la miró con el entrecejo arrugado.

—Taru. Sé dónde está. ¡Sígueme!

Sabba agradeció que la joven fuera tan escueta. Junto con Dunya, Taisha era una de las pocas personas del poblado con la que se entendía a la perfección.

La siguió, con los nervios a flor de piel, hasta el interior del pequeño bosque que bordeaba el Río Padre. Caminaron un buen rato hasta llegar a un pequeño claro. Allí estaba Mihn, sentado con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Junto a él, Taru yacía sobre la hierba.

Sabba corrió hasta ellos.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja mientras se arrodillaba junto a Taru y le apartaba un mechón de la cara—. ¿Qué le han hecho? ¡Explícate, Mihn!

Mihn desplegó los párpados. Pero cuando abrió boca, Taisha ya había respondido por él.

—Dile a tu princesa que hace un rato ha comido fruta, ha bebido agua, se ha bañado en el río y ahora acaba de dormirse.

—¿Qué...? —preguntó Sabba confusa.

—Que Taru está bien —murmuró Mihn mientras miraba a Taisha con reproche.

Ignorando lo que sucedía entre esos dos, Sabba se centró en Taru. Colocó el dorso de la mano sobre su frente y notó que la temperatura era correcta. Le colocó el dedo índice bajo la nariz y notó que respiraba de forma profunda y con tranquilidad. Su cuerpo ya no temblaba. Le pellizcó con cuidado la piel del brazo y vio que los síntomas de la deshidratación empezaban a desaparecer, pero tenía la piel quemada a causa del sol.

Taisha volvió a hablar:

—Mihn, dile que Shurah, El Cojo, le ha dado a beber un... —Taisha hizo un extraño ademán que dejó al de Hanol anonadado—, mejunje maloliente que le ha bajado la fiebre. Ya no padece de escalofríos, le he comprobado el pulso y es correcto. Y ya no tiene taquicardias.

Mihn empezó a traducir:

—Dice Taisha que el Hombre Medicina de la tribu...

En aquellos instantes Taru abrió los ojos y Mihn cerró la boca.

—Sabba —dijo al tiempo que intentaba incorporarse.

—Shhh, descansa. —Ella lo empujó levemente para que no se moviera—. Me quedaré aquí y no me iré de tu lado. Lo prometo.

—Yo me marchó —se apresuró a decir Taisha mientras ponía cara de circunstancias—. Tú te vienes conmigo, Mihn.

El de Hanol parpadeó. Luego arrugó el entrecejo.

—¡No! —objetó a la vez que miraba a Taisha entre incrédulo y ofendido. ¿Quién era ella para darle órdenes? Además, lo último que necesitaba para perder el dominio de sí mismo, era caminar con esa exuberante jovencita.

—Sabba, yo de ti encendería una hoguera —aconsejó Taisha, haciendo caso omiso de la reacción de Mihn, mientras lo agarraba por la camisa y lo instaba a ponerse en pie—. Hay pumas por aquí —aclaró, maliciosa, como si el depredador fuera ella y el de Hanol su próxima víctima.

Mihn le echó una mirada indignada mientras se atusaba la ropa.

Sabba los observaba, intrigada, pero Taisha no le dio tiempo a pensar. Le lanzó dos piedras, una de eslabón y otra de pedernal, agarró a Mihn de la mano y lo arrastró lejos de allí.

Tras quedar a solas con Taru, Sabba suspiró inquieta.

Cogió las piedras de hacer fuego y miró a su alrededor.

Luego posó la vista en el norteño.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te duele la cabeza? ¿Has bebido suficiente agua? Oh, Dioses, tienes la piel en carne viva...

Taru cerró los ojos, y suspiró cansado.

—He estado mucho peor...

Sabba se acercó a él y lo abrazó. Él no le devolvió el abrazo y se preocupó, pero lo atribuyó al cansancio que había sufrido los últimos días y sus heridas. Luego lo miró a los ojos y sonrió. Aunque no pudiera evitar que las lágrimas se le escapasen de entre los párpados.

Los últimos días habían sido terribles. La confusión con su hermano, el ataque de la tribu enemiga, y por último que Taru se hubiera vuelto un cruel enemigo de su propia gente... Lo llamaban el Rey del Miedo, y decían cosas horribles de él, que un espíritu maligno se había comido su alma y lo había transformado en un demonio cruel y despiadado. Las historias que contaban eran espantosas, y su hermano había estado a punto de ejecutarlo. Todos en el poblado habían clamado por su muerte. Lo habían condenado al Olvido y Sabba desconocía exactamente cuáles eran las consecuencias de eso; pero lo importante era que al fin lo había encontrado. Y sobre todo, que se iba a recuperar.

La Princesa se secó las lágrimas y se encontró con los ojos de Taru. Permanecía sentado frente a ella y la miraba fijamente. La brisa le acariciaba el pelo, aún húmedo y, bajo los ojos unas horribles ojeras se confundían con restos de pigmento negro y heridas enrojecidas por el sol.

—Oh, Taru... —a pesar de la preocupación por su estado, Sabba sentía un tremendo alivio de tenerlo a su lado—. Al fin estamos juntos.

Él no respondió. Su expresión era hierática. Tan solo parpadeó. Luego apartó la mirada y volvió a echarse, dándole la espalda e ignorándola.

Sabba se sintió desolada. La culpa no le daba tregua y él parecía querer castigarla. Colocó la mano sobre su hombro y notó cómo él se apartaba.

—Márchate —lo oyó decir—. Y olvídate.

—Pero... ¡Taru!

Sabba sintió su propio corazón estrangulado. Llevaba años soñando con el reencuentro, con estar a solas con Taru, y necesitaba explicarle lo sucedido, y el motivo por el cual actuó como lo hizo. Pero él no quería hablar con ella. No la quería a su lado. La estaba rechazando.

—Déjame solo. —Taru corroboró sus temores, pero Sabba no se iba a dar por vencida.

—No, no me iré —denegó con la voz rota, aunque con tono firme—. Me quedaré contigo.

Él no respondió. Tampoco se movió.

Confusa, nerviosa, y sin saber cómo proceder, Sabba se quedó un tiempo sentada a su lado. No le dijo nada más, no quería molestarlo. Él necesitaba tiempo para asumir que ella seguía con vida, y también necesitaba descansar. Los últimos días habían sido terribles, estaba herido y agotado. Lo observó durante un tiempo y lo acarició con la mirada. Deseó alargar la mano y consolarlo. Se sentía desesperada, ahora que estaba a su lado no podía ni tan siquiera tocarlo.

Cuando él se durmió, Sabba hizo una pequeña hoguera. Cuando el fuego estuvo listo, se echó junto a él. Deseó dormir abrazada a Taru, sentir su calor, besarle el pelo, dedicarle palabras de amor y reconfortarlo, pero solo pudo derramar lágrimas de desconsuelo e impotencia.

A la mañana siguiente, el humo la despertó.

Tosió varias veces y se frotó los ojos. Cuando los abrió y vio que estaba sola, un horrible estado de ansiedad la embargó.

—¿Taru? —llamó con voz trémula—. ¡Taru!

No obtuvo respuesta. Se puso en pié y empezó a caminar hasta el río.

Cuando ya empezaba a notar que el miedo y la desesperación se la comían por dentro, lo encontró sentado, junto a la orilla, mirando a ninguna parte. El alivio que sintió por unos instantes la dejó casi sin fuerzas. Había temido que Taru se hubiera marchado; pero no, seguía allí, en Roca Roja. Dudó en acercarse, tal vez quisiera estar solo, hasta que se decidió. No era capaz de soportar esa terrible zozobra.

—Taru, ¿estás bien? —dijo con suavidad.

El no la miró. Continuó con la vista perdida. Tenía el pelo mojado y su piel estaba limpia. Se había vuelto a bañar. Sabba observó que las ampollas seguían ahí y se preocupó.

—Iré a buscar un ungüento para curarte esas heridas —dijo al tiempo que le acariciaba el brazo. Cuando él notó los dedos de Sabba sobre la piel, se estremeció.

—No me toques —dijo, aún con la mirada perdida—. No soporto cómo me haces sentir.

Sabba sintió su rechazo. Una vez más, el miedo la dominó. Su corazón empezó a latir con rapidez y creyó que se ahogaba por momentos.

—¿Qué sucede, Taru? —Al ver que él no respondía, la princesa rogó—: Por favor, déjame ayudarte.

Él volteó el rostro y la miró, tenso. Sabba sintió como si toda la culpa del mundo estuviera reflejada en sus iris color miel, pero también el miedo. Los ojos de Taru proyectaban un terror tan atroz que incluso podía olerse. Y ese terror se le asentó en la propia alma como si acabara de poseerla un espíritu maligno.

—¿Por qué sigues viva?

Ella lo miró, confusa. No comprendía la pregunta.

—Taru, yo... —seguía muerta de miedo. No sabía qué responder a eso.

—¿Por qué Xenia me mintió? —dijo al fin—. ¿Por qué me hicisteis creer que habías muerto? ¿Por qué la hija de Xenia tiene el juguete de... de nuestro bebé?

La voz se le quebró al pronunciar esa última palabra, y a Sabba se le rompió el corazón. De nuevo las lágrimas se deslizaron por el rostro de la princesa. Pero Taru estaba equivocado, Sinda no era hija de Xenia. Él tenía que saberlo.

—Taru, Sinda es nuestra hija —logró decir entre sollozos.

—¿Más mentiras, Sabba?

Los ojos de Taru se llenaron de lágrimas, pero sólo una se derramó. Sí, era probable que Sinda fuera su hija, y no de Xenia, pero él ya no podía confiar en Sabba, y prefería pensar lo peor antes que llevarse una nueva decepción.

—¿Es cierto! Tuve que hacerlo porque...

—¡No! —la negación se le rompió en el grito—. ¡No tenías por qué mentir! ¡No tenías que hacerlo!

El norteño se dio la vuelta y apretó los puños. Cerró los ojos con fuerza y dominó la ira. Tomó aire y sollozó, rendido al dolor.

Sabba alargó la mano, pero esta vez no se atrevió a tocarlo. Él estaba destrozado y ella era la culpable. Jamás quiso hacerle daño, al contrario, pero lo había hecho y la pena era insoportable.

Cuando él se volvió de nuevo, miró a Sabba esta vez con dolor.

—Sabba... —Taru tragó saliva, a duras penas era capaz de hablar—. No puedo enfadarme ni odiarte... Pero yo no creo en tí.

La princesa sollozó, afectada por la confesión de Taru. Poco después encontró fuerzas de donde no las había para responderle:

—¡Es cierto! —declaró con la voz rasgada por el llanto—. ¡Sinda es tu hija! ¡Ella no murió! ¡Tuve que mentirte para poder escapar después! ¡Era la única forma!

—Xenia me miró a los ojos, Sabba, y me dijo que habías muerto desangrada. Que nuestro bebé había nacido muerto —relató con la voz contenida, de forma que pareciera fría, pero que a la vez desmentía el fuego de su mirada—. ¿Sabes lo que sentí? ¿Tienes la más ligera idea de lo que experimenté en ese instante? ¿O en todos los minutos, horas o días posteriores? ¿Acaso puedes siquiera comprenderlo? —bramó la última pregunta, mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero ni una sola de ellas se derramó, como si un océano de dolor se hubiera condensado en una presa.

—Era la única forma de salvaguardar tu vida —insistió Sabba con el argumento que se había repetido una y mil veces durante todos esos años. Ver el desolador dolor en los ojos de su amado la destrozaba como ninguna otra cosa.

—Le grité, desesperado. Le supliqué que no mintiera porque no la creí. ¡No podía creerla! Pero me miró a los ojos, esa embustera me miró a los ojos y me lo confirmó. Y tú... ¡Tú lo sabías! ¡Sabías el daño que me harías y aun así lo hiciste!

Taru tenía razón. Ella sabía el dolor que le causaría. Aun así, lo hizo porque era la única forma de salvarle la vida. Él tenía que entenderlo.

—Por favor, Taru... Lo siento... ¡Perdóname! —las lágrimas a duras penas le permitían ver el rostro de Taru, mientras rogaba su amnistía—. No puedo cambiar el pasado pero sí el futuro. ¡Por eso estamos aquí! ¡Hemos venido a por ti! ¡Porque somos tu familia!

—¡No! —gritó, desgarrado, poniéndose en pie—. No digas más. A pesar de todos estos años, a pesar del dolor, lo que ambos hemos sufrido, soy incapaz de odiarte. Te he llorado, a ti y a nuestra hija. ¡Nunca sabrás cuánto! Y jamás he dejado de quereros. Pero no me diste la oportunidad de conocerla. Por los dioses, Sabba, ¡sigo amándote como el primer día! —Tomó aire para continuar—: Pero aún no estoy preparado para perdonarte.

Taru le dio la espalda y bajó la cabeza. No podía seguir viendo sus preciosos ojos verdes inundados de lágrimas. Ni sus labios temblorosos. Parpadeó, las suyas propias cayeron por fin, y se perdieron en la hierba. El viento sopló en ese momento en su rostro, secó las que quedaban y empezó a caminar hacia ninguna parte, dejándola sola.

Sabía el daño que le estaba causando a Sabba con su rechazo y le pesaba en el corazón. Tal vez ella le hubiese mentido por un bien mayor, pero el dolor y la rabia eran demasiado intensos como para olvidarlos. No podía confiar en ella. Todavía no.

Su hermano había sido muy cruel al condenarlo al Olvido.

Ojalá lo hubiera ejecutado.

OLVIDO

Quince días después de la última conversación con Taru, Sabba no había dejado de ir a verlo, acompañarlo, hablarle. Lo encontraba siempre en el mismo lugar, sentado junto a la orilla del río, mirando hacia ningún lado. Ella le dejaba comida, que él no probaba. Le hablaba y no respondía. Ni siquiera la miraba. La ignoraba como si ella no existiera, como si él mismo perteneciese al Reino de los Muertos y no pudiera verla.

Pero Sabba sabía que él sí la veía y estaba dolido, pensaba que la ignoraba porque la estaba castigando: un castigo que ella creía merecer por haberle mentido, haberle causado un terrible sufrimiento. La princesa se sentía como si la hubieran condenado a ella al Olvido.

Aunque hubiera preguntado hasta la saciedad, todos en el poblado evitaban hablar de Taru. ¿En eso consistía la Condena del Olvido? ¿Habían sentenciado a Taru a ser un espíritu? ¿Un espíritu invisible que no escuchaba ni hablaba, ni comía ni sentía? ¿En alguien que jamás había existido?

Pero él seguía allí, solo. Y ella continuaba visitándole. Jamás dejaría de hacerlo.

No estoy preparado para perdonarte.

Sabba no podía arrancarse de la cabeza aquellas palabras.

Aunque le causaran una terrible angustia, daban a entender que algún día Taru podría llegar a perdonarla y por ello no perdía la esperanza.

Lo estaba pasando mal, sufría por el rechazo de Taru, pero tampoco podía culparlo.

Después de todo lo que habían vivido juntos en Oriente, con todos los peligros a los que estuvieron expuestos, y todas las dificultades que lograron superar juntos. Después de que Taru aprendiese a amar de nuevo, ella lo abandonó.

Le mintió, traicionó su confianza y lo abandonó.

Después de que él se hubiera recuperado tras haber pasado por un infierno, ella le dio la espalda.

La vida de Taru no había sido fácil. Había perdido a su amada esposa, la asesinaron ante sus propios ojos estando embarazada. Creyó que su hija Taisha también había muerto. Lo encadenaron y lo metieron en un buque esclavista, donde lo obligaron a presenciar el rostro más brutal del ser humano. Arrancado de su tierra, fue trasladado a un lugar desconocido y cruel donde lo convirtieron en un esclavo. Fue torturado, le rasgaron el alma, le arrancaron el orgullo y del corazón arrojaron su dignidad. Violados sus derechos, y ahogada toda esperanza, Taru cayó en un oscuro abismo.

Hasta que apareció ella.

Le costó ganarse su confianza. Taru era testarudo, había cerrado su corazón y no confiaba en nadie. Pero Sabba lo logró; sanó su alma con paciencia, cariño, respeto y amor.

Hasta que se vio forzada a mentirle. Y lo que se había roto quedó destrozado.

¿Qué esperaba ahora? ¿De qué se sorprendía?

Taru no la perdonaba. Ninguna persona podría hacerlo.

Pero lo haría.

Sabba estaba segura de que la perdonaría, porque Taru no era ningún monstruo. Ni un diablo, ni tampoco estaba poseído por el Dios del Miedo, ni ningún otro espíritu maligno. Taru solo estaba roto. Y la amaba. Podía sentirlo.

Esperaría. No volvería a abandonarlo porque le quería. Él se recuperaría. Lo ayudaría de nuevo a recomponer los pedazos de su corazón roto.

Como cada mañana, la princesa le dejó comida, alimentó el fuego de su improvisado campamento y regresó al poblado.

Mihn la vio volver del bosque y arrugó el entrecejo. Estaba preocupado.

No solo por Taru y Sabba. También por lo que le hacía sentir en el pecho esa endiablada y bella jovencita, que la mayor parte del tiempo se comportaba como una fiera indomable y que, además, era capaz de transformarlo a él en una estúpida marioneta que se movía al son que ella tocaba.

—Este juego es un aburrimiento. —Taisha lo obligó a volver la vista hacia ella, sacándolo de sus pensamientos. Esa diablesa acababa de borrar las líneas que él había marcado en la tierra, y había esparcido las piedras por el suelo.

—Cuando ibas ganando, te parecía divertido —se quejó Mihn molesto por la rabieta.

—Odio perder —respondió Taisha como si nada—. ¿Vamos a cabalgar?

Mihn no podía creerse que tuviera tanta caradura.

—No —denegó de forma infantil—. Aún me duele la herida.

—Mentiroso. Quién teme perder eres tú.

—No me ganarías en una carrera de caballos ni en sueños —la miró con una sonrisa altanera—. Pero tienes razón: ya no me duele la herida.

—¡Pues vamos a dar un paseo! —Taisha hizo un puchero que a punto estuvo de convencerlo—. Por favor... Mihn... —pronunció su nombre alargando la «i» al tiempo que se lanzaba sobre él y lo tumbaba de espaldas.

El de Hanol quedó paralizado unos instantes. Solo ella era capaz de noquearlo de semejante forma. Los largos cabellos de Taisha, como una cortina, cayeron sobre su rostro. Los labios de ella quedaron a tan solo medio palmo de distancia, y el aroma de su aliento logró que su sangre empezase a arder.

Reaccionó.

—¡Aparta! —la empujó sin miramientos. Pero ella se lo tomó a guasa y la emprendió con un ataque de cosquillas.

—¡No te librarás de mí tan fácilmente!

Mihn no pudo evitar reír como un crío de cinco años, mientras ella le metía mano por todo el cuerpo hasta que decidió que ya había sido suficiente. Se deshizo de las garras de ese demonio de cara de ángel con una inofensiva llave marcial, y se puso en pie al tiempo que se sacudía la ropa como si una marabunta de hormigas se le hubiera subido encima.

—¿Qué demonios hacéis vosotros dos?

Taisha y Mihn se vieron sorprendidos por Xenia, quien los miraba con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras. Junto a ella, la pequeña Sinda sonreía de oreja a oreja.

—¿Puedo jugar yo también? —preguntó la pequeña—. ¡Parece divertido!

Taisha miró a su medio hermana como si acabara de interrumpirla mientras hacía algo muy importante.

—No. Es un juego de mayores —respondió haciéndose la interesante.

Mihn abrió la boca, escandalizado, y miró a Xenia, quien acababa de alzar la ceja izquierda.

—¿Qué? —preguntó escandalizado y ruborizado. Las palabras de Taisha podrían haber dado

pie a malos entendidos—. ¡Se trata de un juego muy infantil y... y... ¡absolutamente inocente!

Xenia miró a Mihn como si pudiera leerle el pensamiento, el de Hanol apostaría a que así era, para después alzar el dedo índice y señalarlos a él y Taisha.

—¡Ajá!

—¿Ajá? —soltaron los implicados al unísono, a la vez que la miraban, uno horrorizado y la otra, sorprendida—. ¿Qué quieres decir con «ajá»?

—Lamento interrumpir este ambiente tan ufano, pero es necesario que nos reunamos en mi tienda cuanto antes —urgió Talu en ese instante.

El jefe del Viento había aparecido de repente junto a ellos. Y por la expresión de su rostro, parecía que el asunto era importante.

Taru expulsó, temblando, todo el aire que había estado conteniendo. Tener cerca a Sabba y actuar como si no existiera se le hacía muy duro. Ella insistía de una forma tan dulce que temía ceder. Pero no podía. No debía. Sí, estaba dolido. Se sentía traicionado. Ella le mintió, le hizo creer que había muerto al dar a luz y...

Negó con la cabeza, rechazando esos pensamientos que le laceraban el ser, y sollozó.

Al final todo se reducía a que ella no se merecía alguien como él, que únicamente había traído la desgracia a quienes había amado.

Se levantó y caminó hacia el lugar donde había alzado el pequeño campamento. Vio que la princesa le había dejado comida, pero no la tocó. Aunque no le pareciera bien despreciar nada, no se sentía digno de aceptar lo que ella le ofrecía.

Se sentó junto al fuego y dio los últimos retoques al arco con el que había estado trabajando.

A pesar de las incuestionables evidencias, le costaba asimilar que Sabba y su hija estaban vivas. Aunque se sintiera aliviado al constatarlo cada día que ella venía a verlo, el dolor no lo abandonaba. Recordó a la pequeña el día del ataque que lideró. La niña llevaba en las manos el caballito que él mismo le talló en Ciudad de Oriente, y se preguntó si sabría que puso todo su amor en cada talla. Recordó su mirada exenta de miedo, y sus ojos grandes, del color de la miel, que lo miraron con sorpresa. Había alargado la manita para mostrarle el juguete. Era una niña preciosa, tenía la piel blanca y los cabellos lisos y negros, como los suyos. Desde que supo que era su hija, no había dejado de pensar en ella.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Taru, y cuando se dio cuenta, de nuevo la ansiedad lo invadió. ¿Qué clase de padre podría ser él? Taisha, su otra hija, lo detestaba.

Desechó de la mente esos pensamientos, y se afanó en terminar el arco. Se colocó el carcaj a la espalda y empezó a caminar hacia el este, siguiendo el curso del Río Padre. Más allá, había un meandro donde las aguas transcurrían más tranquilas, y donde los venados solían ir a refrescarse del calor del mediodía.

Por el camino, se detuvo a revisar una trampa para conejos que había colocado la tarde anterior, y comprobó que estaba vacía. La preparó de nuevo y continuó hasta que llegó a su destino. Se sentó tras unos arbustos y, al poco tiempo, arribó una cierva a beber agua. Taru contuvo la respiración, tensó el arco y colocó una flecha. Apuntó al cuello del animal. Estaba a punto de disparar cuando, de repente, un cervatillo se acercó dando alegres saltos hasta su madre. Bebió agua junto a ella mientras la cierva alzaba la cabeza y olisqueaba el peligro.

Taru suspiró, destensó la cuerda y se frotó los ojos. No estaba de humor para matar a una madre ni a su hijo. Además, tampoco necesitaba tanta carne.

Otro ciervo más joven llegó, y decidió que esa sería su presa.

Disparó con éxito, dio en el corazón, y el animal cayó fulminado.

Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar hasta él, vio a lo lejos un grupo de jinetes rumbo

al campamento de Roca Roja. Por sus ropas, parecían de la tribu de Tocando las Nubes.

Fruunció el ceño antes de cargar con el animal.

Cuando Mihn, Taisha, Xenia y Sinda entraron en la tienda del Consejo de Ancianos, precedidos por Talu, los allí presentes clavaron la vista en ellos. Todos menos Sabba, que ya estaba sentada en un lugar privilegiado, y se enroscaba de forma mecánica la punta de la trenza en el dedo índice.

—¿Le ha sucedido algo a mi pad...? —Taisha no acabó la frase. Había estado a punto de incumplir el tabú del Olvido, pero la expresión preocupada de la Princesa del Viento la había puesto en lo peor.

Y sí, lo peor estaba aún por llegar, pero esa vez no tenía que ver con su padre porque allí no solo estaban los miembros más destacados del Consejo de Ancianos de la Tribu del Viento, también se encontraban los líderes de las Tribus del Norte.

Taisha reconoció a Lusha, la Anciana Medicina de Arrecife. La conoció años atrás, en uno de los viajes que realizó con Måara cuando aún era su acólita. La anciana tendría unos dieciséis puñados de inviernos. De aspecto frágil, pero mirada perspicaz, clavó sus ojos azules en Mihn. La acompañaba Linha, su hija menor y Líder de Pesca; una joven rubia muy bonita, aunque con un brillo tan severo en la mirada que, si hubiera podido, le habría helado las venas. Sentado junto a ellas estaba Denka, Líder de Guerra de Tocando las Nubes, la tribu de las altas montañas. Era un hombre grueso, de unos nueve puñados de inviernos, con una terrible cicatriz que le surcaba el rostro desde la frente hasta la barbilla. Al otro extremo del círculo, frente a ellos, se hallaba Shina, Líder Medicina de Bosque Negro; una mujer de cuatro puñados de inviernos, que amamantaba a un bebé de poco más de un mes y, en el otro brazo, intentaba contener a una niña de un invierno que no podía estarse quieta.

Taisha observó cómo Xenia, con Sinda de la mano, se acercaba a la apurada madre y le ofrecía llevarse a la más mayor, para que pudiera seguir la reunión con tranquilidad. Shina le cedió a la pequeña, encantada, y acunó a su bebé que, al poco tiempo, se durmió con la boquita pegada a la teta.

Talu inspiró hondo y le echó una sutil mirada a Sabba. Desde la aparición de su hermano, ella lo tenía muy preocupado. Aunque la princesa intentara por todos los medios que no se le notase, el jefe no le quitaba el ojo de encima, y sabía que estaba sufriendo. Y, por alguna extraña razón que sólo él sabía, odiaba verla en ese estado, más aún por culpa de Taru. En aquellos instantes, ella no dejaba de toquetear, nerviosa, uno de los flecos de la falda, intentando disimular el temblor de sus manos. Talu sabía, como el resto del poblado, que lo visitaba a diario. Nadie se había opuesto, en parte porque hablar del Olvidado era considerado tabú, pero también porque, al ser ella una extranjera, no podía exigírsele que lo cumpliera. Y el jefe de los del Viento cada día detestaba más la idea de que Sabba se viera con su hermano.

Pero ya lidiaría con sus celos en otro momento.

Ahora, el Consejo de Ancianos la Tribu del Viento estaba a punto de iniciar una reunión con tres de los líderes más importantes del Norte. Sólo faltaban los del Miedo, y de eso también deberían ocuparse.

Soltó el aire que había estado conteniendo y se puso en pie.

—En nombre de La Tribu del Viento, agradezco a los representantes de Arrecife, Tocando las Nubes y Bosque Negro, el esfuerzo que habéis hecho al acudir tan rápido a la llamada de nuestro pueblo. Asimismo, deseo informar que esta misma mañana llegó un mensajero de Isla Murciélago con la información que todos conocéis, y que aquí se encuentra para trasladar a Int, su rey, lo que aquí se hable.

Talu hizo una pausa, y los líderes de los pueblos del Norte asintieron con la cabeza.

Isla Murciélago se encontraba a cinco millas de Arrecife, y contaba con una pequeña población de cazadores de ballenas. No eran guerreros pero sí buenos pescadores y unos excelentes navegantes. El chico asintió con la cabeza pero no se puso en pie, y dejó hablar al jefe del Viento.

—No obstante —continuó Talu—, no han asistido los del Miedo. Las noticias vuelan y supongo que ya sabréis que, hace media luna, ambas tribus tuvimos un encontronazo. Igualmente, hace tres días envié a un emisario para comunicarles que se celebraría esta reunión y, aunque haya regresado con vida esta mañana, ha dicho que no están dispuestos a asistir. Asimismo espero que, en el futuro, se unan a la causa, pues el Norte necesita también a sus guerreros: hombres y mujeres capaces de combatir contra el mal que nos acecha. Pero antes voy explicaros el motivo por el cual, en esta reunión, hay cuatro extranjeros que proceden del Sur.

Los jefes se miraron unos a otros, inquietos y sorprendidos. Todas las miradas se posaron en Mihn, pues era el más llamativo. Luego clavaron los ojos en Sabba, que empezó a temblar, angustiada, pero no se percataron de la presencia de Xenia y Sinda, que se había retirado con la hija de Shina a un lugar más discreto.

—¿Qué significa esto, Talu? —inquirió Denka—. ¿Qué hacen ellos aquí?

Talu respondió al Líder de Guerra de Tocando las Nubes en tono conciliador:

—No me corresponde a mí revelar los motivos de su llegada al Norte, pero sí os puedo asegurar que están de nuestra parte.

Denka se puso en pie, furioso. Sabba deseó que la tierra se la tragara. Habría podido asegurar que la cicatriz de su rostro se tornaba roja por momentos.

—¡El invasor ha empezado a moverse hacia el Norte y ha arrasado ya dos pequeñas aldeas de Bosque Negro! —bramó furioso—. Aunque el grueso de su gente haya logrado escapar, y los que Tocan las Nubes los hemos acogido, tienen miedo, y mi pueblo también. ¿Cómo puede el jefe de los del Viento confiar en los espectros después del daño que causaron en el pasado y que ahora han vuelto a causar?

Denka se dejó caer sobre sus pieles y se recolocó la camisa de forma airada.

Miró a Talu, evidenciando lo molesto que estaba, y esperó una respuesta que no tardó en llegar.

—Como he dicho antes —empezó a decir Talu—, ha llegado el momento de reunir a los ejércitos de las Tribus del Norte. Debemos luchar unidos si queremos vencer al invasor. Pero no lo lograremos si no actuamos con astucia. Conocer al enemigo es esencial para ganar esta guerra, y por este motivo he pedido a los extranjeros que asistan a la reunión. —Talu miró a Mihn, esperando una reacción que pronto llegó. El de Hanol se puso en pie con solemnidad, y el jefe de los del Viento lo presentó—: Él es Mihn, del Reino de Hanol. —Todos los allí presentes enmudecieron y abrieron los ojos con sorpresa cuando el extranjero de aspecto exótico inclinó la cabeza en señal de respeto.

Acto seguido miró a todos y a cada uno de los allí presentes. Acababa de crear una conmoción.

Taisha se estremeció al ver el cambio en su expresión.

Mihn, siempre risueño y bromista, en aquellos instantes mostraba un carisma y poder difíciles de eludir. Parecía un príncipe.

—Como ha explicado Talu, jefe de la Tribu del Viento, mi nombre es Mihn y nací en Hanol, una lejana tierra más allá de donde se pone el Sol. —A todos les sorprendió que aquel hombre hablara tan bien el idioma del Norte, pero no abrieron la boca. La curiosidad que sentían era

demasiado intensa como para interrumpirlo—. No me concierne a mí explicaros el motivo por el cual he seguido a mi señora hasta el Norte —miró a Sabba, quien alzó el rostro en señal de apoyo—. Lo único que puedo deciros es que mi corazón está en el Norte, y estoy dispuesto a luchar a vuestro lado si me lo permitís. —Nadie fue capaz de contestar, por lo que Mihn aprovechó su ventaja para finalizar—: No voy a extenderme mucho ahora, pero por lo que pude averiguar antes de desertar del gran ejército invasor, pretenden crear un asentamiento permanente en el Norte. No se marcharán como la última vez.

—El Norte es muy grande —apuntó Lusha, la Anciana Medicina de Arrecife—, pero si van a quedarse aquí es por otro motivo, aparte de llevarse a nuestras gentes al Sur. ¿No es así?

Mihn sonrió a la anciana y se inclinó ante ella en señal de respeto.

—Anciana Lusha, habláis con sabiduría —expresó con aterciopelada voz—. Y sí, tenéis razón: lo que les interesa no son solo esclavos. Están buscando metales preciosos y recursos naturales. Si han atacado el Bosque Negro es porque quieren adueñarse de los árboles.

Taisha lo miró, confundida, como el resto de los asistentes. Los norteños no comprendían con exactitud a qué se refería Mihn cuando hablaba de metales preciosos y recursos naturales.

—Pero, ¿qué quieren de los Ancianos de Bosque Negro? —preguntó Talu.

Mihn lo miró con tristeza. Sabía que en ese bosque se hallaban los árboles más antiguos del mundo. Algunos contaban más de diez mil años de vida. Por ese motivo su madera era tan valiosa.

—En el Sur, más concretamente Oriente y el País del Hierro, empieza a escasear la madera. Hace más de cien años que sus habitantes acabaron con los grandes bosques y apenas quedan unas pocas arboledas desperdigadas en el Hierro, mientras que Oriente es prácticamente un desierto. Lo que pretenden es talarlos todos y vender su madera para comerciar.

Taisha apretó los puños, y Talu se sintió muy abatido, pero su expresión no varió.

Sin embargo, Shina, la Líder Medicina de Bosque Negro, lo miró espantada.

—Sigo sin comprender para qué quieren tanta madera —expresó con voz temblorosa.

—Para construir casas, muebles, buques...

—¡Los Ancianos del Bosque Negro son sagrados! —exclamó Taisha, cada vez más horrorizada—. ¡No pueden hacer eso! ¿Qué clase de hombres son, que no respetan a los espíritus más antiguos del bosque? ¡Su salvia contiene la sangre de nuestros ancestros!

Mihn suspiró.

—Pueden, y ya están haciéndolo. Y así seguirán, hasta arrasar con todo a su paso. Si alguien no lo impide... —Mihn tragó saliva. Solo él sabía cómo evitar eso. Pero no era ese el momento de revelar nada. Aún no.

—¡Hay que detenerlos! —Linha se puso en pie, furiosa, con el puño en alto. Miró al jefe de la Tribu del Viento y luego a todos los demás—. ¡Debemos convencer a los del Miedo para que se unan a nuestra causa, y atacar antes de que esos demonios arrasen el Bosque Negro! ¡Si no lo hacemos ya, los Dioses se enfurecerán!

Denka, de Tocando las Nubes, también se puso en pie.

—¿A qué estamos esperando? —bramó—. ¡Debemos atacar antes de que caigan las primeras nieves!

Taru miró a los líderes, uno a uno. Lusha tenía una expresión triste en la mirada, los ojos de su hija, y los del Líder de Guerra de Tocando las Nubes, lucían un brillo combativo, pero Shina temblaba de miedo, y en aquellos instantes susurraba algo a su bebé, que había empezado a llorar a causa del alboroto.

Esa era la realidad. El Norte era mucho más que tierra virgen: eran árboles, animales, ancianos, padres, madres e hijos, que se veían obligados a luchar por su supervivencia.

El jefe de los del Viento respiró hondo antes de hablar de nuevo.

—Eso no es algo que debemos decidir hoy —señaló con voz pausada—. Primero necesitamos comprender qué quieren, por qué, y cómo actúan. Es importante que entendamos a nuestro enemigo para saber a qué nos enfrentamos. Sólo así tendremos alguna oportunidad de vencer.

Aunque Talu se había hecho oír, todos los asistentes empezaron a murmurar, algunos a expresar su disconformidad en voz alta.

Sin embargo, cuando la Princesa del Viento se puso en pie, en la Tienda del Consejo se hizo el silencio. Incluso el bebé de la Líder Medicina de Bosque Negro cesó su llanto. Los del Viento, que la tenían en alta estima, la miraron expectantes mientras los demás arrugaban el entrecejo. No se podían fiar de una sureña.

Sabba, consciente de las dudas que despertaba en algunos, hizo auténticos esfuerzos para no temblar. Cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió, miró a Mihn, que a su vez le dedicó una mirada de ánimo. La princesa expulsó el aire contenido, y su rostro expresó decisión. No había entendido todas las palabras que se habían dicho, pero sí el motivo por el cual discutían. Se sintió enfadada, frustrada, y triste, pero ahora más que nunca entendió que tenía que ayudar en todo lo posible. Aunque la verdad fuera dolorosa, esas personas debían conocerla. Reconquistaría el corazón de Taru y para ganarse de nuevo su confianza; ayudaría a salvar el Norte.

—Por favor, Mihn, transmite a los miembros del Consejo de la Tribu del Viento y a los honorables líderes del Norte lo que estoy a punto de decir. —Sabba miró a Talu y al resto de asistentes con solemnidad, mientras la voz del de Hanol resonaba en la estancia—. Mi nombre es Sabba, y significa Viento que sopla del Sur, pero aquí se me conoce como La Princesa del Viento. Procedo del Reino de Oriente, y nací en Ciudadela Esmeralda, en el seno de una familia noble. Me desposé con el *Kais* de Ciudad de Oriente y me convertí en la segunda dama más poderosa del reino de Oriente, después de La Reina Roja. —Mientras escuchaba el idioma del Norte de labios de su maestro, que traducía con la misma pasión sus palabras, la princesa alzó la barbilla con expresión de orgullo—. Pero me enamoré de Taru: un esclavo norteño, que perteneció a la Tribu del Viento, conocido antes como El Rey del Miedo, y ahora llamado El Olvidado. Para salvar su vida, hace cinco inviernos, le hice creer que Sinda, nuestra hija, y yo habíamos muerto. Xenia es mi hermana y Mihn es mi maestro; él nos acompaña y protege. Ese es el motivo por el que estamos aquí, y humildemente os rogamos vuestra aceptación. Mi alma está unida a la de Taru, por lo tanto mi corazón está con el Norte.

Nadie hablaba mientras Mihn entonaba con elegancia las palabras de Sabba, estaban absortos. Solo Talu lucía una extraña expresión en el rostro. Ella observaba las caras de los asistentes, les sostenía la mirada con franqueza y dignidad, sin arrogancia.

Cuando el de Hanol acabó, ella volvió a hablar:

—Ni quienes me acompañan ni yo comparto ese proceder, porque Taru nos mostró la verdad, pero las gentes del Sur piensan y actúan de forma distinta —aclaró con convicción—. Cualquier persona Oriental de bien se cree superior a vosotros, piensan que sois salvajes e incivilizados. Lo único cierto es que, a medida que mi civilización ha ido evolucionando, se ha ido alejando de lo importante y adentrándose en la auto-destrucción. No me refiero sólo a olvidar que la Naturaleza es su madre, también perder la humanidad y dignidad; y aunque pueda parecer que la tecnología los ha transformado en hombres y mujeres sabios, en realidad lo único que han hecho es alejarse de forma irremediable de la belleza que los rodea, incluso de la espiritualidad. —Los asistentes escuchaban su voz, encandilados—. Allí nada, ni nadie, vale por lo que es, sino que tiene el precio que le pongan. Para mi pueblo un árbol no tiene más valor que aquel que pueda extraerse por su madera. Creen que pueden compararlo todo con oro y plata: el aire, la tierra, el agua,

incluso a las personas. Poco les importa que cada pedazo de esta tierra, cada insecto que revolotea sobre las flores de la pradera, cada pájaro que surca los cielos, sea sagrado o bello, o indispensable para el resto de sus habitantes. —Sabba hablaba con pasión, se movía y gesticulaba con una elegancia cautivadora porque creía lo que decía, y sabía transmitir con su cuerpo y su voz esa emoción a quienes la escuchaban—. Tampoco les importa que los Ancianos del Bosque Negro contengan en su salvia la sangre de todos los seres que habitan en el Norte, ni que en el susurro de sus hojas, al ser mecidas por la brisa, se pueda escuchar el murmullo de los ancestros. Al observar las estrellas, mi pueblo no ve las hogueras de sus antepasados, sólo esferas luminosas de plasma, que mantienen su forma gracias a la gravedad. No comparten con vosotros la idea de que esta tierra es vuestra madre, ni que no os pertenece, sino que sois vosotros quienes pertenecéis a ella. A las gentes del Sur solo les importan las riquezas que puedan extraer de ella. —La Princesa del Viento cerró los puños y una expresión de rabia contenida se pintó en su rostro—. Os esclavizarán, y quien no sirva a sus intereses, será eliminado. Talarán los bosques más antiguos por su madera, removerán la pradera en busca de piedras preciosas, hierro y acero. Explotarán el Mar del Delfín con sus barcos de pesca y, cuando ya no haya más que rapiñar, cuando ya no quede nada, se irán a otra tierra lejana a empezar de nuevo. Y aquí, en esta magnífica tierra, solo dejarán las ruinas.

Todos, sin excepción, permanecían callados y escuchaban, absortos, el apasionado discurso de esa bella e inteligente mujer de ojos verdes y luminosos, que tenía el don de seducirlos y, al mismo tiempo, acariciarles el alma con sus sabias palabras y su dulce voz.

—Aunque penséis que podéis negociar con ellos, os engañarán y os traicionarán. Pasarán a cuchillo a vuestros jefes, asesinarán a vuestros ancianos, y su sabiduría ancestral se perderá con ellos para siempre. —La tristeza se hizo latente en su voz, que sonó rasgada pero firme—. Llegará el invierno, y vuestros hijos perecerán porque no habrá pieles de bisonte con que abrigoarlos, ni madera, ni estiércol para hacer fuego, ni alimento que darles, pues ellos, los sureños, habrán acabado con toda la vida que os rodea: animales y plantas. Envenenarán los ríos, y matarán a todos los animales con el único fin de debilitaros. Entonces, cuando tengáis el corazón enfermo y cansado, ya no desearéis luchar más, y las Tribus del Norte desaparecerán, al igual que vuestras almas quedarán consumidas por el Dios del Miedo. Tal y como le sucederá al alma de Taru si alguien no le pone remedio. —Miró al jefe del Viento con intensidad. Acababa de dejar muy clara su postura: jamás se rendiría, seguiría luchando por Taru y por el Norte. Solo cuando vio el brillo de la comprensión en los ojos de Talu, Sabba prosiguió—: Cuando eso suceda, el Sur traerá a más gente. Más barcos profanarán vuestras playas, sus pescadores arrasarán con la vida marina, contaminarán el Mar del Delfín y construirán ciudades en la tierra sagrada que os vio nacer, y sobre la que fue derramada la sangre de vuestros ancestros. Los pocos norteños que quedéis, seréis tratados como parias. Crearán leyes que dirán que os protegen, pero la realidad es que os robarán un caballo y lo marcarán con su propio hierro, con el fin de declararlo de su propiedad, y no podréis recuperarlo porque sois de otra raza, os consideran inferiores. Y no tendréis amigos que defiendan vuestros intereses.

Sabba hablaba con el corazón, sus palabras estaban cargadas de pasión, de emoción y, a cada momento las percepciones de los reunidos variaban ante aquella mujer que describía tan bien todo lo que ellos amaban.

—Talu, jefe de la Tribu del Viento; honorables miembros del Consejo de Ancianos y Líderes del Norte, mi voz guarda la verdad —paseó la mirada por todos y cada uno de ellos—. Es importante que estas palabras sean escuchadas, comprendidas y asimiladas. Debéis saber a qué clase de mal nos enfrentamos. Pero también quiero que entendáis el motivo por el cual un norteño,

esposo, padre y hermano, está a punto de cruzar el límite de la locura —de súbito, su voz se tornó quebradiza y colmada de súplica—. Porque si no lo comprendéis ahora, corréis el riesgo de transformaros también en espectros. No obstante, tenéis razón al desconfiar de una oriental porque si una persona no demuestra con hechos lo que dice, no pueden creerse sus palabras. Por ese motivo estoy dispuesta a salvar a la persona a la que amo.

Sabba no dijo más. Tras mirar a todos con la humildad que solo otorga el valor, se sentó en su lugar, y mantuvo la mirada gacha durante el resto de la reunión. Mientras los líderes discutían qué hacer, ella se concentró en orar a los Dioses para que sus palabras fueran escuchadas.

Cuando la reunión terminó, Sabba abandonó la Tienda del Consejo y empezó a caminar con rapidez hacia la manada de caballos. Las lágrimas le resbalaban por el rostro, y se perdían entre las hierbas de la pradera, al igual que la tristeza se ocultaba en la inmensidad de su propia alma.

La guerra era inminente, y si no sucedía un milagro, el Norte sucumbiría ante el Sur.

Sentía que nada podía hacer para evitarlo. A lo único que podía aspirar era sanar el corazón de Taru, ni tampoco tenía claro si lo lograría. Había puesto toda su energía y su corazón en el discurso, y en aquellos momentos se sentía vacía. Necesitaba galopar, sentir el viento en el rostro, y acariciar la sensación de libertad que solo montando a lomos de su yegua era capaz de sentir en los momentos más duros.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, de un salto, montó en el lomo de Brisa y la azuzó, poniéndola al galope.

En ese mismo instante llegó Taru del bosque, cargado con el venado. La siguió con la mirada hasta que su silueta se perdió en la inmensa pradera. Preocupado, se adentró en el poblado. Nadie lo miró, actuaban como si no existiera. No le importó, incluso le resultó un alivio. Dejó al animal, ya desollado y envuelto en la piel, frente a la tienda de Sabba y, cuando estaba a punto de dar media vuelta, vio a Talu salir de la Tienda del Consejo. Su hermano caminó en la dirección que había marchado Sabba, montó en un caballo y la siguió.

En ese instante, el corazón de Taru dio un inesperado vuelco. Se vio a sí mismo en el alma de su hermano. A él mismo en otra época, cuando había sido feliz en el Norte, sin recuerdos que lo atormentasen, ni el peso del dolor, ni el odio alimentando su mente, ni el miedo enroscándose en su estómago. Con el amor rebosando en cada poro de la piel, los celos apretando el pecho, y la incertidumbre de si, finalmente, conseguiría a la mujer que amaba.

El corazón de Taru se rompió, una vez más, al comprender que su propio hermano estaba cortejando a Sabba.

LOS CORAZONES ROTOS

Sabba ya no podía forzar más a Brisa y la detuvo en mitad de la pradera, junto a un viejo y solitario roble que se alzaba sobre un pequeño altiplano, a media hora de camino del poblado. En las gruesas ramas de ese Anciano, las gentes del Viento colgaban ofrendas a los antepasados, en forma de pequeños sacos de piel. Dunya le explicó que, en su interior, se guardaban piedras, huesos, conchas, tallas y demás objetos que tuvieran un significado especial para los ancestros, quienes parecían susurrar palabras cuando el viento mecía las hojas del reverenciado anciano.

La princesa se deslizó del blanco lomo de la yegua, se acercó hasta el majestuoso árbol, y colocó las manos sobre el tronco. Cerró los ojos y recitó una oración a los dioses. Después se dejó caer al suelo.

Con la espalda apoyada en la fina hierba, observó los trocitos de cielo que las ramas del frondoso árbol le permitieron ver. La luz se colaba entre las hojas, formando destellos. El Norte era, al mismo tiempo, hermoso y salvaje. El firmamento, libre de nubes y con un matiz ligeramente anaranjado, se le antojó una pintura al fresco que reflejara sus propias emociones. Pasado un tiempo se secó las lágrimas y se incorporó. La fiel Brisa, como si fuera consciente de la tristeza de su dueña y amiga, alzó la cabeza y se acercó dócil. Le dio un empujón de consuelo en el hombro y Sabba la premió con una caricia en el morro. El animal movió el labio superior de forma graciosa, luego resopló y se puso a pastar de nuevo. Una mariposa blanca revoloteó ante el rostro de la princesa y se posó sobre una flor de color lila. Alargó la mano y la acarició, al tiempo que el bello insecto se marchaba en busca de otro néctar.

Sabba se frotó los ojos y suspiró. Pero escuchó unos pasos, acercándose, y se puso de pie, nerviosa.

Cuando vio quién era la persona que se acercaba, un sollozo de alivio se le escapó de la garganta.

—Taru...

El norteño caminaba hacia ella con sus ojos de fiera clavados en los suyos.

Contenían un ligero brillo de preocupación en las pupilas, aunque también de esperanza. Se movía con determinación y fuerza. Y supo que no era Talu a quien había deseado encontrar.

—Daría lo que fuera por ser él ahora mismo —dijo el jefe con pesar, al ver la decepción en el rostro de Sabba—. Pero no puedo cambiar lo que soy.

Sabba se sentía agotada, por lo que se quedó quieta mientras las lágrimas se deslizaban por su barbilla, y su garganta empezaba a dejar ir sollozos de un modo incontrolado.

—Por favor, no llores —susurró él con la voz entrecortada, al tiempo que daba un paso más hacia ella—. Me partes el alma.

Aunque no comprendiera sus palabras, la expresión de Talu la hizo sentirse peor. No quería despertar lástima en nadie, tampoco que le ofreciera su consuelo. Aunque lo necesitase. Y nadie mejor que él, aparte de Taru, podría hacerlo en aquel momento pues, su aspecto, su olor y su sabor... Era como si su amado estuviese allí, ante ella...

Pero se trataba de su hermano, y Sabba no se aprovecharía de los sentimientos que, sabía,

empezaba a despertar en él.

—Lo siento —se disculpó muy sentida—, pero es mejor que te vayas.

Talu sabía que ella lo estaba rechazando, y eso le hacía sangrar aún más el corazón.

Sin embargo, no pudo evitar acercarse. La princesa lo atraía con una fuerza tan mágica y sugestiva que el Jefe del Viento era incapaz de eludir. Ante Sabba, el dominio de sí mismo quedaba anulado. Ella era como el cálido viento del Sur, lo apaciguaba, lo seducía y excitaba como ninguna otra mujer lo había hecho.

Se acercó con cuidado, como si ella fuera un bello pájaro que está a punto de echar a volar, asustado. Pero Sabba no se movió. Solo lloraba y temblaba, rota de dolor.

Extendió la mano con cuidado y, al ver que ella no se apartaba, se atrevió a rodearla con los brazos.

Sabba rompió a llorar. Sabía que no era Taru quien la abrazaba, pero si cerrara los ojos y dejaba de pensar, si únicamente se dejase llevar por los sentidos...

No podía comportarse así. Él no lo merecía. Taru tampoco.

Se separó de él, y lo miró con una rabia injusta. Abrió la boca para decir algo pero, por fortuna, el impropio no llegó a verbalizarse.

Talu tragó saliva y cerró los ojos para no ver la dura expresión que en aquellos terribles instantes Sabba le dedicaba. Intentó por todos los medios recomponer su corazón, que acababa de partirse en pedazos. Inspiró, tembló, y cuando despegó los párpados de nuevo, una lágrima estuvo a punto de delatar lo terriblemente desdichado que se sentía.

Sabba jamás lo amaría. Taru nunca sería borrado de su corazón.

Y cuanto antes lo aceptara, mejor le iría.

Aun así...

—Discúlpame, te prometo que no volverá a ocurrir. —Talu sintió que no podría cumplir la palabra dada. Aun así, intentó ser sincero—. Pero, por favor, regresa conmigo al poblado. Vamos a celebrar una pequeña reunión; los cazadores han abatido un uro y... Bueno, es importante que asistas.

Talu alargó la mano. Ella no la aceptó pero, cuando él montó en su caballo, lo siguió.

El alegre sonido de los tambores y las flautas se escuchaba desde todos los rincones del poblado. La gente estaba muy animada, se habían vestido con sus mejores galas y las risas y los jubilosos cánticos alegraban el ambiente. No todos los días se reunían las tribus del Norte, y aquel era un acontecimiento importante que celebraban con renovada dicha. Atrás había quedado el duelo por los guerreros del Viendo caídos en batalla.

Las gentes del Norte gozaban de un espíritu joven, y tenían los ojos clavados en el futuro; siempre mirando hacia adelante.

La reunión del Consejo había sido fructífera. El discurso de la Princesa del Viento había unido a los Líderes del Norte, pero Taisha sabía que aún quedaba mucho por hacer. Para empezar, necesitaban convencer a los del Miedo, y la hija del rey sabía que Måara era la clave... Si aún seguía con vida. Pero una idea empezaba a cobrar forma. Quería ir a Bosque Negro, la noticia de la aniquilación de los Ancianos le punzaba en el corazón y necesitaba ver, con sus propios ojos, cuán poderoso e implacable era el invasor. Averiguar sus puntos débiles era crucial. Hablaría con Talu para organizar una expedición.

Se estaba trenzando el pelo cuando Mihn asomó el rostro por la cortina de la tienda y la sacó de sus pensamientos.

—¿Ahora te dedicas a espiarme cuando me peino?

—No seas niña. —El extranjero sonrió, y en las blancas mejillas se le dibujaron unos

hoyuelos que a Taisha se le antojaron divinos—. He venido a buscarte, pero al parecer sigues ocupada engalanándote. ¿Vas a verte con alguien?

—Tal vez —respondió coqueta, logrando que Mihñ se tensara como una vara—. Pero me gusta la cara de bobo que pones cuando me miras.

Mihñ alzó la ceja izquierda y esbozó una mueca para disimular la desazón que le acababa de asaltar el pecho. Ya lo esperaba, pero no terminaba de acostumbrarse.

—No estás mal, pero hay mujeres más bellas en el poblado —bromeó.

Ella lo miró con fingido desdén cuando él entró en el hogar. Y sí, le gustó mucho lo que vio. Se había maquillado los ojos al modo de las gentes del Norte, y la piel blanca del rostro lograba que su mirada lobuna resultase más intensa. Lucía los cabellos negros sueltos y estaban adornados con plumas blancas.

—Pues tú luces ridículo —mintió descaradamente.

Él se miró, preocupado; la pechera era de hueso, y los pantalones de piel blanca con flecos a los lados los había intercambiado con un hombre de Tocando las Nubes. Mihñ era muy presumido y el comentario de Taisha lo había preocupado. Por supuesto, no lo demostró.

—Ya veremos qué cara pones cuando esta noche consiga el favor de una hermosa norteña.

Taisha resopló ante la envalentonada expresión de Mihñ.

—¿Tú? —expresó desdeñosa—. Con ese aspecto no seducirías ni a una hembra de jabalí, por mucho que te lo propusieras.

—Déjate de chanzas y apúrate. El Jefe de Guerra de Tocando las Nubes acabará con el uro si no hacemos algo para impedirlo. Estoy que muerdo, del hambre que tengo. Ha sido una experiencia singular esto de ir a cazar con esos norteños. ¡Utilizan lanzas de hueso!

—Oh... ¿Y sabes cazar?

Mihñ la agarró de la muñeca y la atrajo hacia él, intentando disfrazar con arrogancia la atracción que ella ejercía sobre todo su ser.

—Puedo cazar lo que me proponga.

La treta no surtió el efecto deseado porque Taisha lo miró, victoriosa.

—¿De veras? —canturreó con voz aterciopelada a la vez que acercaba peligrosamente sus labios a los de Mihñ y dejaba caer las pestañas con descaro.

El de Hanol se apartó como si quemara. Ella soltó una carcajada musical y él la miró con el entrecejo arrugado.

—¡No tiene gracia! —Tras decir esas palabras, Mihñ la cogió de la mano y la arrastró hacia fuera.

Caminaron con las manos unidas durante un rato, ante las curiosas miradas de las gentes del poblado que se cruzaron con ellos al pasar. El ambiente era muy alegre, las flautas y los tambores animaban los corazones, y el olor a carne asada impregnaba el lugar. La gente ya empezaba a ir ebria, y les soltaban comentarios fuera de tono. Mihñ se puso colorado pero disfrutó del tacto de la piel de Taisha en la mano.

Hasta que ella se soltó.

—¡Mira, ahí están Talu y Sabba! —los señaló—. ¡Vamos!

Taisha corrió hacia ellos. Mihñ la vio partir, al tiempo que se acariciaba la mano abandonada, con el corazón suspendido entre el cielo y el infierno.

La princesa estaba sentada sobre una esterilla, mirando distraída a los bailarines que danzaban alrededor de la gran hoguera. Talu se encontraba de pie, no muy lejos de ella, hablando con unas mujeres que esperaban su ración de carne.

Cuando el de Hanol llegó hasta ellos, observó a Sabba con preocupación. La princesa lucía

una expresión de apatía en el rostro. Se sentó a su lado y sonrió con la intención de animarla.

—¿Ha muerto alguien? —bromeó.

Ella lo miró con indiferencia mientras apuraba de un trago una pequeña calabaza repleta de licor.

—No. Sólo estoy...

—¿Desanimada?

—¡Muerta de sed! —exclamó para después dar otro sorbo.

—Creo que ya es hora de que aprendas a hablar norteño, Sabba —intervino Taisha, molesta al no comprender ni una sola palabra de lo que decían—. Aunque por esa cara tan larga, deduciría que tienes el ánimo por los suelos. Toma, a ver si espabilas —le relleno la calabaza con más licor de hidromiel, que la oriental aceptó gustosa, y bebió de un solo trago.

Talu, que acababa de despedirse de aquellas mujeres, miró a su sobrina con aspereza.

—Lo último que necesita es beber más, Taisha —dijo.

—No estoy de acuerdo. —La joven miró a su tío como si fuera el mayor aguafiestas del Norte—. Así que me la llevo, a ver si, lejos de ti, se anima un poco porque vaya cara traes tú también.

Taisha cogió a Sabba de la mano y se la llevó, dejando a los dos hombres solos.

El de Hanol lo miró con cara de circunstancias, y Talu evidenció su mal humor.

—¿Qué? —inquirió molesto.

Mihn se encogió de hombros.

—Nada —respondió, clavando la mirada en los danzantes.

—Tus pensamientos están deseando transformarse en palabras y escapar de tu boca —insistió el jefe del Viento. Mihn arrugó el entrecejo.

—¿Y si no te gusta lo que barrunto?

Esta vez fue Talu quién se encogió de hombros.

—¿Vas a decirme algo que yo no sepa?

—Lo cierto es que no.

—Pues suéltalo ya —sostuvo, preso del desánimo—. Me vendrá bien que me recuerdes lo patético que soy.

—No eres patético, solo estás enamorado de la mujer equivocada —valoró para añadir en un tono más ufano—: El que estés borracho también ayuda.

Talu suspiró.

—¿Y si no fuera la equivocada? —insistió con la esperanza grabada en sus ojos color miel.

—Lo es, créeme.

—¿Y si fuese lo que los dioses han dispuesto?

Mihn atravesó a Talu con la mirada. Que no le hablara del destino, ni mucho menos de los dioses. A él no, porque Taisha le gustaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Y eso..., eso no podía ser. No, porque el maldito destino tenía otros planes que, para su completa desgracia, sólo él conocía.

—No has escuchado nada de lo que ha dicho Sabba en el Consejo, ¿verdad? —preguntó, de pronto irritado.

—Claro que la he escuchado, y sólo ha conseguido que acabe aún más loco de amor por ella.

Talu tomó otro sorbo de su hidromiel. Había bebido demasiado y por eso hablaba más de la cuenta. Pero verla llorar, rodearla con su cuerpo, intentar consolarla, y sentir su rechazo... No estaba seguro de ser capaz de soportarlo.

Mihn resopló, frustrado.

—Estás a punto de despeñarte por un acantilado, y allá abajo las rocas son puntiagudas —dijo

como para sí mismo—. Y si no te detienes, acabarás con el corazón atravesado.

Talu rio con ganas.

—¿Acaso no lo está ya? —volvió la vista al de Hanol, mordaz—. Pero, ¿qué me dices de lo que tú sientes por Taisha?

Mihn, que no esperaba ese cambio de tema, lo miró sorprendido.

—¿Qué demonios...?

Talu supo que había metido el dedo en la llaga y se apuntó una victoria.

—Estás enamorado de mi sobrina como yo lo estoy de Sabba —aseveró—. ¿Acaso vas a negarlo?

—¡Eso no es verd...! —Mihn calló porque, hasta la fecha, jamás había verbalizado una mentira, y no iba a empezar ahora. Tampoco negaría lo que sentía por Taisha, fuese amor o cualquier otra cosa. Pero no hablaría de ello, lo atesoraría en el corazón porque era suyo y de nadie más.

—Habla, hombre —insistió el jefe, mofándose de él—. Di que es mentira y no volveré a sacar el tema.

—No diré nada porque no es asunto tuyo.

Talu alzó la calabaza, llena de hidromiel, dio otro sorbo y miró al de Hanol con una expresión más fría que el hielo.

—Pues espero que, a partir de ahora, tú también te quedes al margen de mis asuntos.

Mihn se puso en pie, indignado, pues había sido Talu quien había insistido en hablar de lo que sentía por la princesa.

—¡Por supuesto que así será!

Cuando de Hanol se hubo marchado con aire ofendido, Talu lanzó la calabaza para, después, perder la vista en el fuego.

No muy lejos de allí, Taisha mordisqueaba un pedazo de carne cuando vio a Mihn marcharse, enfurruñado. Aunque intentara, en todo momento, fingir que ignoraba al extranjero, la realidad era que no lo perdía de vista... Pero, ¿por qué habría discutido con su tío? Mihn era muy cordial con todo el mundo, únicamente bromeaba con ella, y los motivos eran ya obvios para todo el mundo. No pudo evitar sonreír como una tonta al recordar las chanzas, un tanto pesadas a veces, que siempre acababan en risas. Y el beso..., ese increíble beso que le robó y que la hizo sentir tan feliz y eufórica como cuando galopó por primera vez.

—¿Y esa cara de boba, Taisha? —inquirió Xenia, quien acababa de llegar, con Sinda de la mano.

La norteña la miró sorprendida.

—¿Ya has aprendido a hablar norteño?

La oriental se encogió de hombros, restándole importancia.

—Sólo a formular las preguntas importantes.

Sabba sonrió, por primera vez en toda la noche, al ver a su pequeña, a quien besó y atusó el pelo con cariño. Cuando la pequeña se fue a jugar con los otros niños, miró a Xenia y Taisha, atenta a la conversación que mantenían.

—Pues ya que lo sabes todo, dime —preguntó la norteña fingiendo estar muy intrigada—. ¿Qué le pasa a Mihn?

—Mihn... —intervino, como para sí misma, Sabba—. Mihn es todo un misterio. —Miró a Sinda, que jugaba al pilla pilla con otros niños y volvió a sonreír.

Xenia le arrebató la calabaza de hidromiel y le dio un sorbo.

—Mihn será un hombre misterioso, pero no puede ocultar lo que siente por Taisha —sostuvo

Xenia—. Al menos, a mi no me engaña; soy una experta leyendo los corazones ajenos—. Posó el dedo en el pecho de la norteña y sonrió con picardía—. ¡Y el tuyo me dice que le gustas! — canturreó—. Y tú también estás que bebes los vientos por Mihn, ¿a que sí?

Taisha abrió mucho los ojos.

—Estás mezclando el idioma norteño y el oriental pero solo entiendo Mihn, Mihn, Mihn...

—Oh, venga ya —se quejó la oriental, riendo ante los gestos de Taisha, que no dejaban lugar a dudas—. ¡Deja de hacerte la tonta y reconócelo ya!

—Creo que debería dejar de beber... —comentó Sabba. Luego se encogió de hombros y le quitó la calabaza de hidromiel a Xenia para añadir—: ¡Salud, amigas!

El alboroto de la tribu, las risas, la música, incluso los gemidos ahogados de una pareja desfogándose no muy lejos de allí, aumentaron el malestar de Taru.

Estaba cansado, tenía los músculos doloridos, y necesitaba descansar, pero era incapaz de pegar ojo mientras daba una vuelta tras otra sobre las pieles de dormir.

Resopló, se colocó de espaldas y se tapó el rostro con el interior del codo.

Nunca le habían preocupado los celos. Puede que, al descubrir el matrimonio concertado de Sabba con el *Kais* de Ciudad de Oriente, se sintiera algo molesto pero nunca los había percibido tan punzantes.

Hasta ahora.

Esa emoción era nueva para él, y no sabía muy bien cómo gestionarla. Lo único que sabía era que empezaba a ver a su hermano como una amenaza para algo que consideraba suyo: Sabba.

Sin embargo, ¿tenía derecho a reclamarla?

Por supuesto que no. Sabba siempre había sido como el viento: libre.

También había sufrido las cadenas de una sociedad cruel y despiadada. Hasta el momento en que había viajado al Norte, no había gozado de auténtica libertad; y no, Taru no podía atarla a él, no podía condenarla al miedo.

Ella no era de nadie, y jamás lo sería.

Sin embargo, Taru sí sentía que le pertenecía a ella. Antes de ser capturado y verse obligado a la esclavitud, había vivido en libertad; pero al llegar al Sur, pasó a depender de sus amos, y después de la *Kais* de Ciudad de Oriente. Lo último lo había aceptado gustoso. Habría dado la vida por ella. La daría en ese mismo instante.

Pero si Sabba elegía a su hermano Talu, no habría dios ni espíritu, ni poderoso hechizo que la hiciera cambiar de opinión. Y él lo aceptaría. Tendría que hacerlo.

Porque Taru no creía merecer el amor de su princesa...

Sin embargo, ella había regresado por él. La rechazó, pero Sabba se mantuvo firme.

—¡Maldita sea!

Se puso en pie y empezó caminar con la esperanza de que el solo movimiento le apaciguara su encendido ánimo.

Pero sucedió todo lo contrario: las alegres voces se elevaron, haciéndose más audibles, y la inquietud aumentó. Debería marcharse de aquel lugar, y perder de vista a la Tribu del Viento para siempre...

Pero era incapaz de alejarse de Sabba, más aún cuando acababa de descubrir que la hija de ambos estaba viva.

Sinda...

Taru no era capaz de asimilar todo lo que sentía, ahora que sabía la verdad.

Todos esos años había sufrido el dolor de su pérdida para, de la noche a la mañana, encontrarse con que todo había sido una mentira.

Mentira, traición, decepción y rabia... Pero no odio. Jamás podría odiar a Sabba.

Malditos fueran los dioses, que no dejaban de jugar con su alma, que no dejaban de martirizarle el corazón.

—Lo más fácil sería enviarte al cuerno —le dijo Taru al Miedo—, entrar en ese poblado y hacerle el amor a mi princesa.

«Pero no lo harás. No lo harás porque eres más cobarde que manipuladora es la deidad a la que adoras. Maldito seas. ¡Y maldita sea tu locura!».

Taru rompió en una carcajada que desembocó en un incipiente llanto que interrumpió de forma abrupta. No tenía derecho a llorar. Ni tampoco a ser feliz. Porque era un desgraciado. Había algo que se lo comía por dentro y le hacía preguntarse el motivo por el cual se odiaba tanto a sí mismo.

Sabba, en el poblado, no se sentía mucho mejor que Taru.

Había bebido demasiado y la cabeza le daba vueltas como si la hubiesen atado a la rueda de un molino que no dejara de girar y girar.

La fiesta había llegado a su fin, y casi todos se habían ido a descansar; sólo algunas parejas hacían el amor de forma apasionada, sin ningún pudor de ser escuchadas.

Sabba se incorporó y echó un vistazo a Sinda, quien dormía junto a Xenia en un extremo de la tienda. Volvió a marearse y pensó que dar un paseo le vendría bien.

Empezó a caminar hacia el río, con la intención de refrescarse. El viento sopló y le sacudió la melena justo en el instante en que un lobo aulló. Sabba miró al cielo y vio la blanca faz de la luna. Junto a ella, una estrella intentaba robarle protagonismo, aunque pensara que, sin la luna, esa estrella no era nada.

Siguió avanzando hasta que llegó a la orilla. Se mojó los pies y sintió el agradable frescor en las plantas. Otra ráfaga de viento le ocultó el rostro con la melena, entonces dio un traspié y perdió el equilibrio.

Unos fuertes brazos impidieron que cayera al agua.

Se sintió reconfortada y aliviada, pero cuando abrió los ojos la sorpresa la sacudió y el tiempo pareció detenerse.

Los fuertes brazos de Talu la sostenían.

Sus ojos de color miel, cargados de deseo, la escrutaban intensamente. La larga y lisa melena, negra como la noche, le acariciaba el rostro. El pecho del jefe ascendía y descendía; todo su cuerpo, inmenso y musculoso, vibraba como la cuerda de un arco a punto de disparar.

Y ella estaba allí: entre sus brazos, aturdida y viéndolo padecer de deseo, sin saber de qué forma decirle que no lo amaba, ni lo amaría jamás. Era a Taru a quien pertenecía, y eso no iba a cambiar.

Talu supo lo que ella estaba sintiendo.

Sin embargo, lo ignoró.

La besó sin su permiso. El roce fue tierno en un principio, pero cuando ella colocó las manos en sus hombros desnudos y lo empujó, el beso se tornó urgente y la lengua se abrió paso en su interior.

Sabba gimió.

Sentía coraje y deseo a partes iguales. Forcejeó y él la abrazó con fuerza. Pero Sabba logró zafarse y, cuando puso los pies en el suelo, le dio un bofetón.

Talu se llevó la mano a la mejilla, la miró con sorpresa para después sentirse avergonzado.

—¡Deja de seguirme! —gritó Sabba, muy lejos de arrepentirse de haberle dado su merecido—. ¿Cómo he de explicarte que no te necesito cerca? ¡Eres peor que un dolor de muelas, Talu!

De súbito, una sombra se cruzó entre ambos y al jefe no le dio tiempo a sorprenderse.

Se vio arrastrado por ella, y ambos cayeron estrepitosamente en las tranquilas aguas del río. Sabba se asustó, pensó que un puma acababa de llevárselo por delante.

Miró a su alrededor y dio con una gruesa vara. La cogió y, cuando ya se estaba metiendo en el agua para socorrerlo, él y Taru emergieron de las aguas como si fuesen un reflejo de sí mismos.

A continuación se desató una auténtica pesadilla.

Los hermanos se enzarzaron en una pelea feroz. Parecían dos caimanes destrozándose a dentelladas, al tiempo que la espuma del agua los envolvía. Eran exactamente iguales en tamaño, fuerza y furia; la angustia empezó a estrujar el corazón de Sabba al ver que le resultaba imposible saber quién era quién.

Uno de ellos cogió al otro del cuello, quien logró darle un puñetazo y hacerlo caer de espaldas. El que había dado el golpe saltó sobre el caído e intentó ahogarlo, pero este resurgió a su vez, y le propinó un cabezazo en el vientre que lo dejó sin respiración.

Sabba quería intervenir pero estaba segura de que lo único que conseguiría iba a ser que la hiriesen a ella también. Estaban ciegos de furia. Iban a matarse.

Si no hacía algo se destrozaban...

Decidió actuar.

—¡Taru! —gritó en el momento en que se metía en el agua ella también—. ¡Talu, detente tú también! —Desesperada, vio que no la escuchaban, pero insistió—: ¡Deteneos los dos! ¡Sois hermanos!

Los golpes, los arañazos, incluso los mordiscos se sucedían sin piedad mientras Sabba no paraba de gritar. Solo se detuvieron cuando uno de ellos recibió un derechazo en la sien que lo dejó inconsciente y cayó de bruces en el agua.

El que permanecía en pie, volvió el rostro hacia ella y bramó como un animal.

Pero el grito se transformó en lamento.

Sabba chapoteó hasta el que permanecía inconsciente, aún sin poder distinguirlo.

Poco importaba eso en aquellos momentos, lo único que pensaba era que uno de los hermanos se estaba ahogando. Llegó hasta el cuerpo hundido, le dio la vuelta y, al ver la piel lacerada del pecho, sintió el terror recorrerle las venas.

¡Taru!

Le sacó la cabeza del agua y, como pudo, lo arrastró hasta la orilla.

Talu la siguió, e intentó ayudarla, pero ella lo miró, enfurecida.

—¡No lo toques! —Volvió la vista a Taru y empezó a zarandearlo—. ¡Taru! ¡Taru, por favor, reacciona!

Taru no respiraba y Sabba cada vez estaba más nerviosa. Empezó a golpearlo en el pecho hasta que, gracias al cielo, él empezó a toser y expulsar el agua que había tragado.

Sabba clavó los ojos en Talu.

—Vete —masculló.

—Ha sido él quién se ha lanzado sobre mí.

—¡Lárgate o te mato!

El jefe del Viento la miró, exhausto y decaído.

Luego suspiró, negó con la cabeza y empezó a caminar hacia el poblado.

—Por favor, hágame, mírame —suplicó Sabba, de nuevo vuelta hacia Taru—. ¡Por los Dioses, reacciona!

El corazón de Taru latía con tanta fuerza que pensó que, de un momento a otro, iba a reventar. Su pecho subía y bajaba con cada respiración. No había podido controlar el miedo ni la rabia, ni los celos al ver a su hermano asaltar los labios de Sabba. La furia lo desquició.

Ese maldito... ¡Ese maldito la había forzado! ¡La había forzado a un beso! ¡Ante sus propios ojos!

Se incorporó sobre ella y la empujó contra el suelo, sin cuidado.

Sabba quedó de espaldas sobre la arena de la orilla, al tiempo que Taru se alzaba sobre ella, la aprisionaba por las muñecas y con la boca borraba el beso de su hermano. La invadió con dureza, dominación, mientras jadeaba como un animal y se sentía morir por momentos, poniendo todo su mundo del revés. Ni en sueños se había atrevido a asaltarla de semejante forma. Tal era su sed, que bebió de la fuente de los labios de Sabba con ávido apetito, pero no había manera de saciarse. Empezó a gruñir a la vez que temblaba de deseo. No podía controlarse, ni lo pretendió, no tuvo ningún cuidado, ni lo ambicionó. Se sentía tan furioso como excitado, dominado por los celos. Jadeaba con fuerza. Ella era suya. Iba a ser suya en ese mismo instante. Le soltó las muñecas y le desgarró el vestido, dejando expuestos los blancos senos, coronados por unos pezones rosados y erectos. Gimió en el instante en que poseía uno de ellos con la boca mientras, con la mano izquierda se abría camino hacia su sexo. Ella se abrió como una flor y arqueó la espalda al punto que maullaba como una tigresa, pidiendo, suplicando más.

Taru abandonó el blanco y delicado seno para descender por su piel, a la vez que repartía besos y pequeños mordiscos. Cuando llegó a los rosados pliegues de su feminidad, la lamió hasta que la sintió inflamada de pasión. Sabba gritó en el instante en que estallaba en éxtasis contra los labios y la lengua del norteño. Cuando el orgasmo la dejó exhausta, él se alzó sobre ella y se abrió paso hacia el cálido interior.

Sabba gritó al sentir la firme virilidad de Taru atravesarla con exacerbado ímpetu.

La montó con ardor, con delirante pasión, como si no existiera nada en el mundo que desease más, necesitase más. A cada embestida, dejaba escapar un rugido gutural, como si de una bestia se tratara, y ella, en lugar de sentir temor, lo reclamaba; arqueaba la espalda, movía las caderas y jadeaba. Taru gruñía, sudaba y todo su ser vibraba como un árbol azotado por un fuerte vendaval.

Fue acrecentando el ritmo al tiempo que ella amortiguaba sus embestidas con una suave y sensual danza de cadera, rozándose contra él, sintiéndolo, apretándolo. Los ojos de Taru la miraban con una posesiva mezcla de reclamo, sensualidad y veneración, que la volvía loca por momentos. Se colgó de sus hombros, alzó las rodillas y lo obligó a darse la vuelta sin dejar de permanecer unidos. Cuando la espalda de Taru se golpeó contra el suelo, Sabba se alzó victoriosa y galopó sobre él.

Taru la observó en todo su esplendor.

La luz de la luna le besaba la piel, y el viento danzaba con la larga y ondulada melena.

Los ojos, verdes como la hierba, brillaban como si guardaran en su interior el resplandor de millares de estrellas. A cada golpe de cadera, de esos labios con sabor a fresa, se escapaba un gemido: lo más parecido al canto de una ninfa que Taru hubiera escuchado jamás, y sus preciosos senos se balanceaban con la gracia de una diosa.

Sabba aumentó el ritmo, acrecentando la excitación.

Colocó las palmas de las manos sobre el pecho de Taru, arqueó la espalda y la melena se deslizó por los blancos hombros hasta cubrirle el rostro. Taru empezó a acariciarle los brazos; entretanto, los dedos se le iban enredando en la seda negra de sus rizos. Llegaron hasta la clavícula, y empezaron a descender a la vez que trazaban la perfecta línea de su espalda hasta que se detuvieron en las nalgas. Las apretó contra sí y se incorporó; se sentó sobre la arena de la playa y, con Sabba a horcajadas sobre él, la dejó moverse al mismo ritmo que él, esta vez unidos en un abrazo, y con las piernas enroscadas el uno en el otro. Sabba apoyó el rostro en su pecho mientras él seguía apretándole las nalgas. Luego, alzó el rostro y le mordió en la barbilla, al tiempo que le

rodeaba el cuello con los brazos. Él bajó el rostro y le devoró la boca. Siguieron moviéndose más y más rápido, jadeando, suplicando y gimiendo, hasta que una intensa oleada de placer hizo que los cuerpos y las almas de ambos vibraran hasta alcanzar el éxtasis.

Taru gritó al sentir el vientre de Sabba expandirse y contraerse, succionarlo hasta que se derramó en su interior. Empezó a temblar, y regresó a sus labios como un ave migratoria vuelve tras un largo y tumultuoso viaje hasta el mismo lugar donde nació.

Para morir de amor.

Pero la dulce princesa no lo dejó perecer. No se detuvo. No iba a detenerse ahora. Él permanecía dentro de Sabba, aún duro y poderoso. Ella reanudó el baile de caderas, pero esa vez de forma más sosegada. Los besos se tornaron menos exigentes, pero más sensuales. Sabba lamía los labios de Taru, luego los mordisqueaba para después succionarlos y chuparlos. Él la acariciaba el rostro con manos temblorosas, la rodeaba con los brazos y hundía los dedos en su melena. Le besaba el cuello, la barbilla y regresaba a sus labios. Sentía el calor y la humedad de su flor ardiente envolviéndolo, oprimiéndolo, absorbiéndolo. Sabba oscilaba sobre él, despacio, haciendo el roce más placentero. El calor, la sensualidad y el encanto fueron en aumento, subieron hasta alcanzar el firmamento, para descender en picado hasta estallar y caer de nuevo en otra oleada de puro deleite.

En ese mismo instante, cuando el orgasmo los unió por segunda vez, las emociones de ambos se desataron. Se miraron, los labios no pronunciaron palabra alguna pero las miradas lo dijeron todo. En ese mismo instante los ojos de Taru se colmaron de lágrimas, que empezaron a recorrer sus mejillas. Pero esas lágrimas no se perdieron, porque Sabba las empapó, una a una, transformando el miedo y la tristeza en erotismo y sensualidad.

Él cerró los ojos y dejó que ella siguiera acariciando con la lengua la piel de su rostro, mientras con los dedos le rozaba el pelo con delicadeza. Solo su amor era capaz de dejar atrás el dolor y la aprensión. Emociones que habían sido barridas por el viento cálido y sensual de su princesa para transformarse, después, en una sutil, dulce y apasionada caricia del corazón.

Taru seguía despierto cuando el sol abandonó la línea del horizonte, y empezó a acariciar con sus rayos la piel de su princesa.

El rey la abrazaba desde atrás, tenso, mientras ella dormía con la cabeza apoyada en su brazo, y la espalda pegada a su pecho.

El miedo había regresado. Miedo a que ella desapareciese. Miedo a que...

En realidad se había acostumbrado tanto a esa maldita emoción, que ya no tenía claro el motivo por el cual la sentía.

Llevaba así desde... Ni lo recordaba, pero siempre había temido perder a Sabba tal y como perdió a Aisha y a todos a quienes amó.

Cerró los ojos y la estrechó más contra sí. Hundió la nariz en su melena y percibió su aroma. Olía a miel, alcohol y sexo, pero también a flores y hierba fresca.

La notó moverse, y la abrazó más fuerte aún.

No la dejaría marchar. Ya no.

A pesar del fuerte abrazo, Sabba logró darse la vuelta, y posó los ojos sobre él.

Ambos continuaban desnudos, tendidos sobre la arena de la playa, junto al río y Taru la miraba con una expresión imposible de descifrar. Parecía tranquilo y atormentado al mismo tiempo. Sus ojos color miel se clavaban en los suyos y las pestañas le temblaban, como si temiera que ella fuese a desaparecer si parpadeaba. Tenía la mandíbula apretada y el cuerpo en tensión. En aquellos instantes la deseaba, pero había algo más.

Empezó a acariciarlo y, al tiempo que iba recorriendo su piel, iba descubriendo un golpe tras

otro. Descubrió uno especialmente feo y de color púrpura en el cuello. Posó los labios sobre el cardenal y lo besó con cuidado. Estaba muy tenso.

—¿Te duele?

—Apenas.

La voz de Taru, elegante y pausada, hizo vibrar la piel de Sabba. Lo besó esa vez en los labios, y sintió cómo, poco a poco, él iba relajándose. Lo escuchó suspirar, aliviado, al tiempo que la acariciaba con delicadeza y ternura.

—Tus besos y tus caricias consiguen que deje atrás el... —Taru no acabó la frase, aun cuando ella ladeó ligeramente el rostro, expectante.

Cuando Sabba comprendió que Taru no diría nada más, le acarició el rostro y le regaló una de sus increíbles sonrisas.

—Pues no dejes de besarme ni de acariciarme.

—No quiero.

—¿Qué...?

—Dejar de besarte así —rozó su boca—, y así —le mordió el labio inferior—, y así —la acarició con la lengua—. No quiero dejar de acariciarte ni tocarte ni... —cerró los ojos y suspiró—. Me duele, Sabba...

Ella se acurrucó más contra él. Estaba herido, aunque no de gravedad. La lucha con su hermano había sido muy dura, y ahora que lo veía bien a la luz del sol, descubría más golpes, arañazos e incluso mordiscos.

—No hacía falta llegar a esto, ¿no crees?

Taru gimió. No se había referido a los golpes, resultado de la pelea. No sabía si seguía dolido con ella, enfadado con Talu, o peor aún: si se odiaba a sí mismo. Pero no quería arruinar ese momento tan maravilloso, deseaba descansar con ella entre los brazos. Sin embargo, seguía muerto de miedo. ¿Y si se dormía y ella volvía a desaparecer? Quería alargar el instante hasta que el cuerpo y la mente aguantaran despiertos.

—Quiero... Sabba, yo... —Apenas le salían las palabras.

—Dime, Taru.

—Solo quiero paz.

La princesa sabía que él necesitaba expresar lo que sentía e insistió.

—Te escucho.

Taru respiró de forma entrecortada. Cuando expulsó el aire, habló:

—Hay algo dentro de mí que me... quema, me avasalla y no sé de qué forma detenerlo.

—Piensas demasiado.

—Quiero dejar de sentirme así. Ahora que te tengo conmigo, siento que he de arreglar esto. Necesito escapar de esta oscuridad que me come el alma a dentelladas. —La voz de Taru sonaba rasgada por haber sido estrangulado y tragado agua después—. Pero, ¿qué puedo hacer? Estoy preocupado, y tengo mucho miedo. He perdido la razón, Sabba... Y no sé cómo encontrarla. No sé el camino que debo seguir para encontrarme a mí mismo.

Ella estaba preocupada pero no lo demostró, para no cargar más peso sobre los hombros de Taru.

—Te lo acabo de decir: piensas demasiado.

—El Norte corre peligro. Los del Sur han regresado con un gran ejército, y yo...

—Tú sólo no puedes detenerlos. Necesitas a tu hermano, y él te necesita a ti también. Debéis dejar de pelear y hacer las paces.

—He hecho cosas horribles, Sabba —cerró los ojos y la besó en la frente—. Cosas que te

avergonzarían.

—Me da igual lo que hayas hecho.

—No es cierto.

—Cuéntamelo, Taru —insistió la princesa.

Taru necesitaba verbalizar sus miedos para así poder expulsarlos.

—Le arranqué el corazón a un hombre con mis propias manos. Y... —Se interrumpió unos instantes. Sentía pánico de la reacción de Sabba ante lo que estaba a punto de confesar—: Eso me provocó un inmenso placer.

—¿Por qué lo hiciste? —demandó ella, temerosa de escuchar la respuesta.

Taru cerró los ojos. Se tomó un tiempo hasta que respondió:

—Asesinó a una niña pequeña, e intentó hacerme creer que había sido una rapaz la que se la llevó. En ese momento yo... Yo sentí tanta ira que...

—Yo le habría destripado y esparcido sus intestinos —interrumpió Sabba, mirándolo fijamente.

—Eso también lo hice —respondió él, sinceramente avergonzado de sus actos por primera vez en años—, antes de arrancarle el corazón y... —resopló—, ahora que lo pienso no me siento orgulloso, sino todo lo contrario.

Sabba lo agarró de la mano y besó todos y cada uno de sus dedos.

—Olvídalo, entonces —aconsejó convencida—. Ese monstruo no merece tu culpa.

—Hay algo más.

Sabba arqueó la ceja izquierda.

—Si pretendes que me asuste con otra de tus fechorías y vuelva a dejarte, estás perdiendo el tiempo.

—Estoy casado con otra mujer.

Sabba frunció el ceño y el brillo de los celos se vislumbró en sus ojos verdes.

—Pues lo siento por ella, porque no voy a dejar que vuelva a tocar lo que me pertenece.

Taru se habría sentido orgulloso de la respuesta de Sabba si no fuera porque se sentía tremendamente culpable por cómo se había portado con Måara.

—Nunca dejé que me tocara, Sabba —aclaró con sinceridad.

—¡Bien! —Sabba hizo un gesto divertido que a punto estuvo de arrancarle a Taru una sonrisa—. Aunque lo hubiera hecho, acabo de borrar todo rastro de ella en ti.

—No sé si sigue con vida —confesó Taru—. Yo... quise matarla pero... No pude hacerlo... Y la dejé atada en...

—¿Por qué querías matarla? —Esta vez la preocupación de Sabba era real. Ya no bromeaba.

—Ella me puso furioso porque... Yo me puse furioso. —Se corrigió—. Ella sólo intentó...

Taru farfullaba y sollozaba, afligido. Empezó a temblar, y en su rostro se asentó la culpa. Las lágrimas amenazaron con desbordarse otra vez, pero Sabba lo calmó con un abrazo.

—Lo que hiciste ya pasó, y el ayer no puede cambiarse. Deja de pensar en eso.

—No sé si podré.

—Podrás, lo sé. Sólo estás herido y cansado, y no dejas de pensar, y pensar...

—Mi mente está enferma. Me odio, Sabba. Me odio tanto a mí mismo que ni puedo soportarme.

—Tu mente no está enferma, sólo llena de miedo y confusión. Te sientes culpable y el perdón es fundamental para sobrevivir, para reinventarse. —Sabba lo besó en la mejilla y le frotó la barbilla con la nariz en un gesto cariñoso que logró calmarlo en parte—. Si sigues considerándote una víctima perpetua, te limitarás y tus heridas seguirán abiertas. El duelo no se puede eternizar,

Taru, no es saludable. Te encierras a ti mismo en el trauma, y evitas abrir otro capítulo de tu vida con ilusión, esperanza y creatividad. Debes perdonarte. Y perdonarme a mí también.

—A ti ya te he perdonado —reconoció, abrazándola con más fuerza.

—Pues has sido un poco ruin las últimas dos semanas, ¿no crees?

—Sí, lo he sido.

—Da igual. Me lo tengo bien merecido.

—Tonterías. La culpa es mía.

—Te mentí. Aunque fuese para salvarte la vida, te traicioné al no confiar en ti. Tomé una decisión unilateral, y a causa de ello te he causado mucho dolor todos estos años.

—Sabba... Mira, yo... —Taru no quería hablar de eso ahora. Tampoco quería ver más lágrimas bañando el rostro de su princesa. Lo único que deseaba era sentir el calor de su piel. Eso era lo único que lo reconfortaba y lo hacía olvidarse de todo.

—Lo siento, Taru... —sollozó ella—. ¡De veras que sí!

—Shhh —Taru acarició los labios de su princesa, haciéndola callar. Luego la besó con ternura.

Hablar con ella, escucharla y sincerarse lo estaba ayudando a encauzar el dolor.

Con un poco de suerte, y algo de trabajo, su vida no seguiría siendo un sufrimiento perpetuo. Tal vez sí había salvación para él, pero, ¿de qué se sorprendía? Sabba tenía el don de apaciguar su alma, despertarle el corazón y mostrarle el camino de la esperanza.

Aun así, necesitaba decirle algo más:

—Nos sucedieron muchas cosas en Oriente, algunas terribles, pero las más hermosas hicieron que todo valiera la pena. Tomaste la decisión que consideraste adecuada, la más valiente. Escogiste el camino difícil, aun a riesgo de perderte en él, y perderme a mí. —La miró con el orgullo en los ojos—. Eres perfecta, y el título de gran dama de Oriente no te hace justicia porque llevas la nobleza en la sangre, la integridad en el alma y, al mismo tiempo, la bondad y dulzura en el corazón. —Taru enronqueció el tono de su voz—. Yo no soy como tú, no tengo tu carisma ni tu bondad. Tú eres fuerte y llegas a rozar el cielo, como la más alta de las montañas, mientras yo me arrastro por el suelo, como río sinuoso en el que, en algunos recodos, el agua fluye tranquila, mientras que en otros galopa enloquecida, desatada y letal. —Vio cómo los ojos de Sabba volvían a llenarse de lágrimas, y los suyos también se empaparon—. Tengo un puñado de defectos, no sé si lograré superar esto porque, lo reconozco, sin tu amor ni tu fortaleza de espíritu no seré capaz de dejar atrás este dolor. El sufrimiento de estos últimos años sin ti, creyendo a mi hija... a Sinda muerta, y a ti... —llegados a este punto se le quebró la voz y Taru se vio obligado a callar.

—Perdóname, Taru.

Sabba rompió a llorar. Esta vez fue Taru quien le secó el rostro con besos.

—No, Sabba —susurró—. No voy a perdonarte porque no hay nada que hayas hecho mal. Ahora lo sé.

—Si no hubiera sido por Sinda, no creo que hubiese podido soportarlo, así que no puedo ni imaginar cómo tú has podido hacerlo. ¿Dices que no eres fuerte? —Sabba lo miró, orgullosa de su guerrero norteño—. Oh, ya lo creo que sí. Eres la persona más fuerte que conozco. Y también la más fiel y noble.

Taru cerró los ojos e interiorizó las palabras de Sabba.

Necesitaba creer en ellas. Lo necesitaba de verdad.

Notó los labios de su princesa en la piel, y fue entonces cuando empezó a creer en ella. Taisha tenía razón: la Princesa del Viento había llegado para borrar el Miedo.

Los largos flecos de la falda del vestido se balanceaban con la misma gracia y alegría con que caminaba su dueña. Su sonrisa, radiante como el sol, por primera vez en años iluminaba sus ojos, y hacía que quienes se cruzaran a su paso, se contagiasen de su luz.

Desde que pisó tierras norteñas, la angustia no había abandonado a Sabba.

Un nudo en la garganta, y una horrible opresión en el pecho, a la altura del esternón, no la habían dejado en paz, y la tensión había sido tan angustiada que incluso temió caer enferma. Sin embargo, la felicidad que sentía en aquellos momentos era tan intensa que todas esas malas emociones se habían esfumado como las cenizas de una hoguera barridas por el viento hasta que ya ni recordaba haberlas padecido.

Se detuvo frente a la manada de caballos, y sonrió tan ampliamente que le dolieron las mejillas. El Norte era un paraíso. La brisa de la mañana acariciaba las altas hierbas que se mecían como si fueran suaves olas lamiendo la playa de un interminable océano verde, donde el horizonte llegaba a besar el cielo de un azul tan intenso que Sabba no recordaba haber visto jamás. Como si hubieran adivinado el alegre ánimo de la Princesa del Viento, cientos de mariposas blancas y violetas bailaban con las amapolas rojas que salpicaban el prado, junto al río, donde un potrillo negro, de pocos días, chapoteaba ante la atenta mirada de su madre: una yegua pía blanca y marrón. Cuando el animal empezó a perseguir una mariposa, Sabba no pudo reprimir la carcajada.

—¿Ya ha salido el sol o es tu risa lo que ilumina todo esto?

Sabba cerró los ojos, dio un salto infantil y se dio la vuelta. Corrió hasta Xenia y le dio un abrazo.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo feliz que soy, Xenia... Siento muchísimo lo que has padecido por mi culpa.

—Podrías empezar por no espachurrarme.

—Mamá —oyó una vocecita y soltó a su mejor amiga.

—Hola, mi amor, ven aquí, que te abrazo a ti también.

Sabba envolvió con los brazos a su pequeña y la colmó de besos mientras Xenia, con una sonrisa en los labios, empezaba a llenar de agua un estómago vacío de venado.

—¿Por qué estás tan contenta, mamá?

Sabba sintió un ligero deje de culpabilidad. Todo ese tiempo había estado tan nerviosa que, sin querer, temía haberle transmitido a su hija todas sus preocupaciones.

—Cosas de mamás —intervino Xenia al tiempo que le guiñaba un ojo a Sabba. Sabía muy bien lo que había estado haciendo su señora los últimos tres días, y no era algo que una niña tuviera que saber.

Asimismo, Sinda miró a su madre con curiosidad, quien se vio obligada a aclarar:

—Claro que puedo contártelo, cariño —le dijo con dulzura—. Estoy muy contenta porque tengo una hija muy bonita, simpática y valiente. Y porque el Norte es un sitio precioso, ¿a que sí?

Sinda sonrió.

—Me gusta más que el palacio de Oriente.

—A mí también. —Sabba miró a su dama de compañía, que en aquellos instantes la observaba con ternura—. ¿Y si dejamos a Xenia, para que descanse un poco, y tú y yo nos damos un chapuzón?

—No puedo. Tengo que recoger piedrecitas.

—¿Piedrecitas? ¿Para qué?

—Mi amiga Pai me ha preguntado si quiero jugar a las piedrecitas, y como yo no tengo ninguna, he venido a buscarlas. Las del río son lisas y redondas y así es como yo las quiero.

—Oh, bueno, pues te ayudaré. A ver... —Sabba escogió una blanca y se la enseñó—. ¿Qué tal esta? Es muy bonita.

Sinda arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—No, esta no sirve porque es plana. Tienen que ser redondas.

—Vale... ¿Y esta? —Sabba le mostró otra acorde a la descripción de su hija.

—Esta es demasiado grande. Han de ser como esta —Sinda le mostró una del tamaño de una avellana. Sabba asintió con la cabeza y se puso manos a la obra.

Llevaban ya un buen rato recogiendo piedras cuando Sabba se detuvo unos instantes a observar a su hija. La pequeña lucía el ceño fruncido, muy concentrada, escogiendo las más extravagantes que encontraba, y las que no le parecían del tamaño y forma correctos, las descartaba y lanzaba al río al tiempo que canturreaba: «adiós, piedrecita». Había estado tan ausente, y la había expuesto a tantos peligros que, de nuevo, la culpabilidad le pinchó en el corazón.

En Oriente no había sido así.

En el palacio del *Kais*, Sabba no hacía otra cosa que jugar con su hija.

De muy pequeñita, la enseñó a hacer vasijas de barro, tejer con el telar e incluso le dio clases de hípica con un poni que Said le trajo de Ciudadela Esmeralda, por su cuarto cumpleaños; algo que se le daba excepcionalmente bien para ser tan pequeña. En realidad, el tiempo había pasado muy rápido. Sinda estaba a punto de cumplir seis años.

¡Seis años ya!

Seis largos años sin saber nada de Taru. Ni si estaba vivo o bien, si era feliz o si había formado una nueva familia. Habían sido seis años de incertidumbre, durante los cuales jamás llegaría a entender cómo se había sentido él, que las había creído muertas, para después descubrir de la noche a la mañana que todo había sido mentira.

El destino había sido muy cruel, pero ahora todo empezaba a cambiar.

—Sinda.

—¿Sí, mamá?

—¿Te gustaría venir conmigo al bosque? Esta noche quiero que conozcas a alguien muy especial.

Taru estaba muy nervioso. No dejaba de ordenar la tienda donde Sabba y Sinda pasarían con él la noche. La había hecho él mismo, con pieles de ciervo curtidas, y había pintado en ella caballos sureños de cuellos largos, hocicos pequeños, esbeltos cuerpos, y las colas alzadas al galope para que, desde el interior, y con el movimiento de las llamas de la lumbre, parecieran animados. Entró por enésima vez en ella, y nada le pareció estar colocado a su gusto, pero tenía que parar; no dejaba de cambiar las cosas de sitio.

Azuzó el fuego del hogar para, después, empezar a buscar el cuenco de frutas que esa misma tarde había recolectado.

¿Dónde las había metido?

Salió fuera y lo encontró a varios pasos de la tienda.

Una ardilla mordisqueaba una manzana mientras otra se metía dos nueces en la boca.
—¡Malditos bichos! ¡Fuera de aquí! —las asustó con un aspaviento—. Maldita sea.

Se tomó unos instantes para sentarse y pensar.

Pensar, pensar, pensar y pensar...

¡Se iba a volver loco de tanto pensar!

Y de tanto esperar.

Tomó aire con lentitud.

Había visto a su hija por primera vez cuando atacó con sus guerreros a los del Viento. Aquella noche, él tenía el aspecto de un monstruo. Se sintió inseguro y negó con la cabeza: seguramente la niña no lo reconoció porque llevaba puesta la máscara de uro...

Oh, Dioses. ¡Menos mal que la pequeña no se había asustado!

Había podido ver en sus ojos una tremenda curiosidad, y su mirada color ámbar no reflejó ningún miedo. Sus labios fueron dibujando poco a poco una sonrisa al recordar la reacción de la pequeña.

¿Cómo iba a asustarse?

Era hija de Sabba: la mujer más valiente e intrépida que había conocido.

Sabba era magnífica, también dulce, buena e inteligente.

Y preciosa. Sí, increíblemente preciosa...

Había cambiado, ya no era la jovencita inocente y tímida que le curó las heridas en aquella sucia mazmorra, y le regaló un mágico beso que lo salvó de la desesperanza. Aunque siguiera siendo impetuosa y temeraria, había adquirido otras cualidades; su carácter se había moldeado a las circunstancias, se había adaptado.

Ella seguía siendo fiel y leal a lo que le dictaba el corazón.

Como había dicho Mihn, los dioses le daban otra oportunidad y seguiría su consejo: no la desaprovecharía.

El corazón de Taru latió con rapidez al saberse libre de amar a Sabba, cuidar de su hija, y empezar a vivir como una auténtica familia en libertad.

Surpiró hondamente y se llevó la mano al pecho, como si con ese gesto pudiera aplacar el ardor que le quemaba tanto ahí. Se sentía feliz, eufórico, y no sabía de qué forma asimilarlo o controlarlo. Sentía ansiedad, una inquietud placentera, pero ansiedad al fin y al cabo. Recordaba haberse sentido igual con Aisha, pero no de la misma forma. Habían pasado ya... ¿nueve, diez años?

Oh, Dioses, diez años de tristeza y sufrimiento habían sido demasiados...

Volvió a sentirse inseguro. Se llevó las manos a la cara y empezó a hacer muecas.

¿Se le notaría la amargura en el rostro? Debía practicar esa sonrisa si no quería espantar a una niña de seis años.

Cuando se dio cuenta de que estaba empezando a hacer el ridículo, volvió a respirar hondo para calmarse. Seguía nervioso y suspiraba. Ojeó por enésima vez la posición del sol, y constató que estaba a punto de ponerse. Y ellas aún no habían llegado. La espera estaba siendo horrible. Llevaba horas con todo preparado, dando vueltas de aquí para allá, cambiando las cosas de sitio...

Oh, no.

¡La sorpresa!

Taru estaba a punto de echar a correr en busca de la cesta para luciérnagas, con la que había estado trabajando tres días, cuando Sabba y Sinda hicieron acto de presencia.

El corazón se le saltó un latido para, después, reanudar el pulso tan intensamente que pensó

que se quedaría sordo.

Sabba iba de la mano de su hija, una niña preciosa de cabellos negros como el azabache y mirada de gato. Taru sintió que las lágrimas escapaban de sus ojos, exactos a los de la pequeña: grandes y almendrados, del color de la miel. Tenía unas pestañas tan largas y rizadas que parecían las alas de una mariposa negra, y su piel era tan blanca como la faz de la luna. Alzó, nervioso, la vista hacia Sabba, y abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla al no poder pronunciar nada de tan nervioso que estaba. Su princesa le dedicó una sonrisa tan radiante que un estremecimiento le nació en la boca del estómago y le estalló en la garganta.

Vio cómo Sinda miraba a su madre, quien se agachó para ponerse a su altura.

—Sinda, él es la persona de la que te hablé —dijo con la ternura reflejada en sus ojos.

La pequeña frunció el ceño.

—Pero, mamá, si ya lo conozco. Es el jefe, Talu.

La expresión de Taru mostró una gran decepción. No supo cómo sentirse. Acababa de escuchar la voz de su hija por primera vez, y ella lo había confundido con... Su maldito hermano.

Sabba soltó una risa nerviosa y salvó la situación.

—No, cariño. Él es Taru; se parecen tanto porque son hermanos.

La pequeña se acercó a su padre y, poco a poco, en sus labios se fue dibujando una sonrisa tan luminosa que el norteño pronto olvidó el pequeño incidente.

Taru se puso de cuclillas y la miró, absolutamente maravillado.

—Hola, Sinda —la voz de Taru sonó como una caricia y en sus labios también se dibujó una sonrisa pero más sutil—. ¿Sabes? Tengo una sorpresa para ti. Pero antes quiero que...

Iba a decirle que antes quería un abrazo, pero la pequeña se le adelantó. Se lanzó a sus brazos, contenta, y Taru, en un primer momento, se quedó paralizado.

Al tiempo que iba reponiéndose, la rodeó con los brazos.

Miró a Sabba y, una vez más, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sinda no le dio tiempo a dar rienda suelta a sus emociones, ni contenerlas, porque soltó a su padre y lo miró a los ojos.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué es la sorpresa?

Taru abrió la boca para responder. Una lágrima rebelde se le escapó y se llevó las manos a la cara para secársela, al tiempo que sorbía por la nariz.

Sinda lo miró, extrañada, y ladeó ligeramente la cabeza: un gesto muy de su padre.

—¿Estás constipado? —preguntó la pequeña.

—No, ¡qué va! —respondió él al tiempo que se le escapaba una extraña carcajada.

—Pero, ¿qué es la sorpresa? ¿Es un gatito?

—Pues... No es un gatito...

Sinda hizo un puchero, y Taru no supo si reír o sentirse el más desdichado de los hombres, pues la pequeña quería un gatito y él solo había capturado luciérnagas.

Sabba se decidió a rescatarlo. Sabía que, en aquellos momentos, no alcanzaba a gestionar tantas emociones.

—Sinda, cariño, no avasalles a Taru, y vamos a ver lo que ha preparado para nosotras. Pero antes, tenemos que contarte algo muy importante. —Sabba miró a Taru, quien asintió nervioso. Regresó la vista a Sinda y empezó a explicar, con voz temblorosa, lo que llevaba años deseando decirle—: Ya eres mayor, y ha llegado el momento de conocer la verdad. Hemos viajado desde tan lejos hasta este lugar tan hermoso para vivir los tres juntos. Porque Taru es tu padre y te quiere muchísimo. —Sabba hizo una pausa. La pequeña la miraba con los ojos muy abiertos y apenas pestañeaba—. Él talló el caballito que tanto te gusta, para que, cuando estuviéramos separados tuvieses algo suyo. Tu padre no quiso alejarse de ti pero, por aquel entonces, tuvo que marcharse.

En un primer momento Sinda miró al norteño con el entrecejo arrugado.

Luego estrechó el caballito contra el pecho sin decir nada.

Por poco se murió Taru de incertidumbre. Sin embargo, pasado un tiempo, la pequeña habló:

—Me gustas, papá —dijo Sinda con una sonrisa, para después preguntar—: ¿Y la sorpresa?

Sabba observaba el reflejo que proyectaban las llamas de la hoguera en el rostro de Sinda. Dormía con la talla de Viento entre las manos. No se había separado de ese juguete desde que tenía uso de razón, le encantaba. Parecía que siempre hubiera sabido que Taru lo había tallado para ella antes de nacer.

La princesa esbozó una sonrisa al tiempo que notaba las caricias de Taru, quien, apoyado tras ella, también observaba encandilado a su hija.

Se sentía muy orgullosa de Sinda. A su corta edad, la pequeña estaba viviendo una gran aventura y la disfrutaba. Al poco tiempo de llegar a la Tribu del Viento, había hecho amigos de su edad, y ya empezaba a hablar el norteño con fluidez. Disfrutaba de los juegos al aire libre, estaba aprendiendo a montar a caballo y ayudaba a Xenia con las tareas del hogar. Se lo pasaba en grande en las fiestas y los banquetes y, aunque no hubiera mostrado demasiada predilección por la caza, sí tenía un gran interés en recolectar hierbas con Dunya, quien se la llevaba a menudo y le mostraba las que podían ser curativas, las comestibles, y la alertaba contra las venenosas. Sinda aprendía con fluidez, y aunque no fuera especialmente parlanchina, mostraba una tremenda curiosidad por todo lo relacionado con aquella tierra: el Norte.

Definitivamente, ese era su lugar.

Sabba cogió la mano de Taru y la besó. Le acarició el antebrazo mientras recordaba el rostro de la pequeña, colmado de ilusión cuando él abrió la cesta con la ansiada sorpresa. En el instante que la tapa se levantó, cientos de luciérnagas escaparon para perderse en el bosque, como si un centenar de estrellas volaran para mayor gozo de Sinda. Había sido un detalle precioso.

Sabba se incorporó y arropó a su hija con una fina piel de gamuza.

Le apartó un mechón rebelde del flequillo y la besó en la frente.

Él las observaba con una mezcla de amor, orgullo y fascinación en el rostro, también incredulidad y emoción. Aún no era capaz de confrontar la felicidad que sentía en aquellos instantes. Eran libres, libres de verdad. Estaban en el Norte, en su hogar, junto a él estaban dos de las personas que más amaba en el mundo.

Y esta vez no era un sueño. Era real.

Sin embargo, aún le quedaba clavada en el corazón una dolorosa espina.

Taisha.

Su hija lo detestaba...

—¿Que piensas? —preguntó Sabba mientras regresaba a acurrucarse contra su pecho.

Taru la rodeó con los brazos y pensó un tiempo la respuesta.

—Me gustaría que nos marcháramos lejos —suspiró—. Tú, Sinda y yo, a un lugar donde estemos solos los tres, lejos de la Tribu del Viento y... de todo esto. Pero...

Taru calló y Sabba arrugó el entrecejo, preocupada.

—¿Taisha?

Taru volvió a suspirar.

—Taisha es ya una mujer. Y...

—¿Y?

—No me tiene en muy alta estima...

—Tonterías —respondió Sabba con cariño—. Es tu hija y te quiere.

—Me ha visto en mis peores momentos y no ha sido agradable...

—Pues permítele que te vea en los mejores.

Taru cerró los ojos y besó el pelo de su princesa. Con ella a su lado, todo cobraba sentido; la vida era mucho más fácil y las dudas se disipaban.

—Tienes razón —comentó tras una larga pausa—. Hablaré con Taisha, pero tengo que encontrar el momento adecuado. No será fácil.

Sabba pensó la siguiente pregunta. Se trataba de un asunto delicado, más aún después de lo sucedido, pero decidió arriesgarse. En otros tiempos habría ido con pies de plomo, pero ni Taru ni ella eran los mismos, ni tampoco la situación. Ahora eran libres y podían hablar en libertad y con confianza.

—¿Y Talu?

Taru apretó la mandíbula.

—Él te besó —respondió molesto.

Sabba se mordió el labio inferior. Si Taru supiera que no había sido la primera vez.

—Así es, me besó —afirmó—. Pero es un buen hombre. Y un buen jefe también. Y es tu hermano.

—Ya sé que no tengo derecho a... reclamarte, ni tampoco debo sentir celos, pero... Cuando lo vi... —Taru cerró los ojos y resopló como si quisiera expulsar toda la frustración y la rabia que aún sentía. No podía arrancarse de la cabeza el beso que compartieron dos de las personas que más amaba en el mundo. Porque, a pesar de todo, amaba a su hermano—. Lo siento, Sabba. He pasado demasiados años intentando convencerme a mí mismo de que nadie, salvo Taisha, me importaba, y ahora... Ahora que no tengo motivos para sentirme desgraciado... ¡Ese imbécil va y se enamora de ti!

Sabba plegó los labios en el interior de la boca para contener una sonrisa. No es que le resultara gracioso que ambos hermanos luchasen por su amor. Más bien había decidido que ya era hora de dejar atrás los dramas. Debían empezar a tomarse las cosas con calma y, ¿por qué no?, también con sentido del humor.

—Bueno —se encogió de hombros—, tampoco está tan mal tener dos Tarus por el precio de uno.

De repente, el rostro del norteño se tornó irascible. Lo miró, temerosa de haber dicho algo incorrecto y, de inmediato, intentó justificarse:

—Era broma...

Taru le tapó la boca con suavidad y la miró a los ojos a la vez que negaba con la cabeza y se llevaba el dedo índice a los labios, indicando que guardara silencio.

Sabba asintió y él, con un sutil gesto, le reveló que había alguien ahí fuera. Le quitó la mano de la boca y señaló a Sinda con los ojos. Sabba comprendió, se colocó junto a la pequeña y lo instó a salir con un movimiento de cabeza.

Su hija estaría bien protegida.

Cuando Taru salió de la tienda, tres guerreros de la Tribu del Miedo aparecieron ante él.

—Mi Rey —dijo Leenhar, al tiempo que se arrodillaba junto a los otros dos.

Aquel mediodía, el astro rey se alzaba mayestático en el firmamento azul, y un coro de cigarras cantaba como si lo estuvieran colmando de alabanzas.

Los del Viento se habían recogido, a la sombra de sus hogares, a reposar la comida y protegerse del calor, tan solo algunos niños atrevidos se refrescaban en el río. Jugaban y chapoteaban, y las alegres risas se dejaban oír por todo el poblado.

Sin embargo, el ánimo de Talu era contrario al del ambiente que lo rodeaba.

La mirada de Sabba, cargada de desdén, aún lo atormentaba.

Se sentía culpable, la había forzado a besarlo, aun sabiendo que ella no lo quería.

Pero no había podido evitarlo, la deseaba tanto que cuando la tenía delante, su cuerpo reaccionaba de forma incontrolada. Aunque eso no justificara su mala acción.

Y luego había aparecido Taru. Jamás lo había visto tan furioso. La lucha había sido brutal y dolorosa.

Talu apretó la mandíbula hasta que le dolieron las muelas. Los celos no le daban tregua, pero también estaba preocupado. Su hermano estaba desquiciado, y la princesa no merecía a su lado alguien como él. Tampoco la pequeña Sinda. Sin embargo, nada podía hacer el jefe si Sabba lo amaba. Aunque maldijera a su hermano, odiaba sentirse así. Y tampoco era propio de él despreocuparse de los asuntos de su tribu, más ahora que el enemigo los acechaba. Desde que Sabba había aparecido en su vida, él cada día se sentía más perdido. Y cada vez que la veía, más confuso y alterado estaba. Por esa mujer había perdido el corazón, el norte y la razón; pero volvería a besarla una y mil veces. Aunque supiera que era un amor imposible. Ella nunca, jamás, le correspondería.

—¿Qué te ha pasado? —La voz de Taisha lo sacó de sus pensamientos—. Estás hecho un desastre.

—¿Qué os trae por aquí? —Talu respondió con otra pregunta a los recién llegados, mientras golpeaba con inquina una punta de pedernal a la sombra de su tienda.

Al ver que ni su sobrina ni Mihn respondía, alzó la vista y los observó con detenimiento. Esos dos se pasaban el día juntos, y ya empezaba a molestarlo. Aunque tampoco tuviera derecho a entrometerse; eran mayorcitos.

Taisha mantenía el ceño fruncido, sin saber cómo plantear el asunto hasta que, al fin, el de Hanol lo sacó de dudas:

—Taisha planea viajar a Bosque Negro para ver con sus propios ojos cuánto daño han hecho los invasores.

—¡Oye! —se quejó Taisha, dándole un empujón, pues era ella quien debía hacer la petición al jefe y no Mihn.

Talu clavó la vista en el de Hanol.

—¿Y tú qué opinas al respecto?

Mihn alzó las cejas. Parecía sorprendido.

—¿Yo? Como si mi opinión le importara o pudiese hacerla cambiar de opinión.

—Ni la tuya ni la mía —apuntó Talu, dándole otro golpe al pedernal.

—¿Queréis dejar de actuar como si yo no estuviera presente? —Taisha se dirigió a Mihn y lo apuntó con un dedo acusador—. Y tú, deja de hablar por mí.

—¿Para qué quieres ir al Bosque Negro, Taisha? —preguntó Talu, dejando las herramientas a un lado para prestarles a esos dos toda su atención.

—Es importante que conozcamos al enemigo antes de enfrentarnos a él —expuso convencida—. He pensado que podría ir a echar una ojeada para descubrir sus puntos débiles, si los tienen.

—No tienen puntos débiles —intervino Mihn con una sonrisa irónica.

Taisha lo miró indignada.

—¿Tú de qué bando estás? —inquirió.

—Del tuyo —confesó él, enigmático.

—No vamos a ganar la guerra con esta mentalidad, ¿no te parece?

Mihn dejó escapar todo el aire que guardaba en los pulmones, se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, obviamente molesto. Talu sabía el motivo. El extranjero se preocupaba por Taisha. Temía por su seguridad.

—¿Qué sucede, Mihn? —Preguntó de igual forma el jefe—. ¿Por qué no estás de acuerdo? Mihn frunció el ceño. El motivo era que temía por la vida de Taisha.

Era perfectamente consciente de la capacidad de la joven norteña, pero no podía evitar sentir un miedo atroz ante lo que pudiera sucederle. Por supuesto, no estaba dispuesto a descubrir sus sentimientos, mucho menos ante ella.

Así que suavizó la verdad con una injusta pulla hacia Talu.

—Claro que me parece buena idea, lo que no comprendo es por qué se le ha tenido que ocurrir a ella y no a ti. —Cuando Mihn dijo eso, el rostro del norteño se ensombreció. Pero lo peor lo expresó a continuación—: Imagino que estos últimos días has estado demasiado ocupado persiguiendo a Sabba y, simplemente, se te pasó.

Taisha abrió la boca y miró a Mihn, entre sorprendida y escandalizada. Talu se puso en pie y lo encaró, furioso.

—Ten cuidado, espectro —advirtió con voz cavernosa y los puños apretados—. Mi paciencia tiene un límite, y hoy no estoy de muy buen humor.

—Quien debe tener cuidado eres tú.

En el rostro de Mihn se reflejó un extraño poder, y sus ojos negros, por unos instantes, parecieron cambiar de tonalidad. Taisha sintió esa energía hasta en los poros de su piel, y se le erizó el vello de la nuca. Quiso separarlos en ese mismo instante, pero Talu se le adelantó.

—¿Me estás amenazando, espectro? —inquirió con su cara a pocos centímetros de la de Mihn.

—Yo nunca amenazo.

—Pero, ¿qué os pasa a los dos? —intervino Taisha estupefacta e inquieta—. ¿A qué ha venido eso, Mihn?

—Deja de meterte en asuntos que no te conciernen —le recordó Talu, ignorando a su sobrina y sin apartar los ojos del de Hanol.

—Sabba me concierne —aclaró Mihn, lejos de achantarse—. Taru me concierne, y Sinda también. Incluso me siento responsable de Xenia. Ellos son mis amigos, y eres tú quien se mete donde no lo llaman.

Talu abrió la boca para replicar, pero Taisha se le adelantó decidida.

—¡Basta ya los dos! —exclamó para después posar los ojos en Talu—. Iré al Bosque Negro. Veré con mis propios ojos al ejército del Sur, y averiguaré en qué posición están ahora. No me acercaré, no correré ningún riesgo, y volveré a informarte. Iré sola, así seré más rápida.

Mihn apartó la vista del jefe del Viento y miró nervioso a Taisha.

—No creo que...

—Está bien —aceptó Talu, interrumpiendo al de Hanol—. Nadie se mueve como tú entre las sombras, Taisha. Tus pasos son silenciosos, y eres la más certera con el arco. Eres prudente y decidida. Pero no irás sola. Mihn te acompañará.

Cuando el de Hanol y Taisha abrieron la boca para replicar al jefe del Viento, alguien los interrumpió:

—Taisha no debería aceptar los consejos de un traidor que ha condenado a su rey al Olvido.

Los tres se dieron la vuelta y se encontraron con los ojos de ámbar de Taru.

Los iris del Rey del Miedo parecían contener las llamas de un bosque incendiado.

Llevaba el torso descubierto. Mostraba las terribles cicatrices, esta vez sin ningún pudor, sino con un orgullo exacerbado. La larga melena, atada a la espalda, le despejaba el rostro, casi exacto al de su hermano, si no fuera por los golpes y moratones que aún lucían ambos, pero en distintas partes de la cara y el cuello. Sin embargo, su mirada era diferente a la de Talu. Era despiadada, mientras que la de su antagonista era rabiosa y sorprendida a partes iguales.

Taisha y Mihn constataron que los hermanos habían luchado, pero no se atrevieron a preguntar. En aquellos momentos, los dos hombres, idénticos, se miraban como si fuesen dos venados que, de un momento a otro, se dispusieran a chocar las cornamentas. La tensión era tal que podía cortarse con un cuchillo.

Sabba, que permanecía junto a Taru, posó los ojos en el jefe y le pidió en silencio que no cometiera otra estupidez.

Pero fue Mihn quien dio un paso al frente y rompió la tensión.

—Esto... —Sin rastro ya de peligro en el rostro, se rascó la cabeza y plegó los labios en el interior de la boca, al tiempo que señalaba con la mirada a tres muchachos que regresaban de bañarse en el río y que, en el último instante, se desviaban del camino para no interrumpir la improvisada reunión—. ¿Por qué no habláis en un lugar más discreto?

—No hablaré con el Olvidado —zanjó Talu.

—Esta situación ya roza el ridículo —dijo Taisha, interponiéndose entre los dos—. Los invasores del Sur ya han acabado con los Ancianos del Bosque Negro, y vosotros dos solo discutís. La Tribu entera empieza a saber el motivo.

Talu la miró furioso.

—¡No hablaré con el Olvidado!

Taru no apartaba la mirada de su hermano. Parecía que, de un momento a otro, iba a saltar sobre él. No fue así.

—Sin embargo, los del Miedo no han olvidado a su rey —afirmó al tiempo que esbozaba una sonrisa que hasta a Sabba se le antojó sádica—. Ayer noche, tres de mis guerreros vinieron a por mí; ni tú ni los hombres de Levka os disteis por enterados. Podrían haberte degollado mientras dormías. Y yo lo habría celebrado y regresado con ellos, si no fuera porque en este maldito poblado viven mi mujer y mi hija.

Talu expulsó todo el aire que había estado guardado en los pulmones en forma de grito. Se había referido a Sabba como su mujer, y eso lo sacó de quicio. Posó la mirada en ella y sintió cómo todo su maldito mundo se derrumbaba. Esos dos habían hablado, habían hecho las paces y la había perdido para siempre.

Pero al instante, meneó la cabeza: ella nunca había sido suya.

—Haz lo que tengas que hacer, Sabba —le dijo a ella.

Taru apretó los dientes.

—No importa que no quieras hablar conmigo, sigo siendo el Rey del Miedo y nos uniremos a las Tribus del Norte en la guerra contra el invasor. Sólo pongo una condición: Sinda y Sabba se vienen conmigo a las Montañas Sagradas. Partiremos en tres días.

Dicho esto, Taru agarró a Sabba de la mano y la obligó a seguirlo. Ella, sorprendida por el posesivo gesto del rey, volvió la vista atrás. Vio el miedo en los ojos del jefe del Viento, y la preocupación en el rostro de Taisha. Por el contrario, la expresión de Mihn volvía a ser indescifrable.

DECISIONES

—Te repito, por enésima vez, que deberías haberme consultado.

Taru dejó a un lado el cinturón de piel de serpiente que llevaba más de media hora intentando curtir, y se dio la vuelta para mirar a Sabba.

Ella permanecía en pie, frente a él, con los brazos cruzados y una expresión muy seria. Taru pensaba que estaba muy guapa cuando se enfadaba, con los labios apretados, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

Pero llevaban ya un buen rato discutiendo y todo tenía un límite.

—Por enésima vez te lo repito yo, Sabba: No quiero irme solo. Mucho menos ahora que os he recuperado.

Ella lo miró, esta vez con una fingida indignación.

—No, si solo no te irás. Pero insisto: he demostrado con creces que no soy un florero. Los días en que un hombre decidía por mí se acabaron en el instante en que pisé esta tierra.

—¿Cuándo te he obligado yo a hacer algo en contra de tu voluntad? —Taru la miró, exasperado. ¿Cómo tenía la cara tan dura? Él siempre había respetado sus deseos. Jamás la había forzado a nada.

—Antes, en el poblado. Me has obligado a seguirte, quisiera yo o no —replicó en un tono ácido. Nunca había soportado no ser más que una herramienta: para su madre, para su esposo; no pensaba consentir que Taru creyera, ni por un instante, que podía pasar por encima suyo, por muy rey que fuera—. Te amo, Taru, pero en el futuro quiero que me tengas en cuenta a la hora de tomar una decisión.

El norteño dejó caer los hombros y suspiró, rendido. Aunque a Sabba no le faltara razón y él llevase toda la tarde intentando hacérselo entender, ya no sabía de qué forma excusarse. A decir verdad, se sentía avasallado.

—Tienes razón —reconoció—. Pero debes comprender mi situación. No puedo quedarme en Roca Roja. Esta ya no es mi gente, no me quieren aquí, tampoco les culpo, recuerda que, hace menos de una luna, yo mismo lideré un ataque contra este poblado y hubo muertos. Pero las tropas sureñas avanzan, es imperativo que reúna a mis guerreros, y eso únicamente puedo hacerlo desde las Montañas Sagradas.

—¿Y te vas a rendir así, tan fácil?

Él le dedicó una mirada de incompreensión.

—¿Qué...?

—Que si has intentado hablar de nuevo con tu hermano, aparte de mugir, gruñir o soltar testosterona a diestro y siniestro cuando te lo cruzas en cualquier parte.

Taru alzó el rostro y los brazos como si clamara al cielo.

—Ah, Talu —clamó—. ¡Cómo no!

—Ni se te ocurra pensar que eso es culpa mía —la princesa lo señaló con un dedo acusador.

—¿Culpa tuya? —Taru no podía creer lo que estaba oyendo—. ¡Ni se me ha pasado por la cabeza! Pero no seas injusta conmigo.

—¡Basta, Taru! —exclamó Sabba—. Esto no tiene nada que ver con tus celos. ¡Se trata de hacer las paces con tu hermano!

—Deja de tergiversar las cosas, no es propio de ti.

—¿A qué te refieres? —Sabba se cruzó de brazos y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Me refiero a que te excusas con mis celos para salir airosa en la discusión.

Sabba abrió la boca, ahogó un grito de pura frustración, y después soltó una risa sarcástica. Taru no supo si ese conjunto de gestos y sonidos tan encantadores lo alegraba o empezaba a enojarlo de verdad.

—¿Excusa? —jadeó, dejando caer los brazos.

—Sí, eso he dicho: Excusa, pretexto, evasiva... ¿Escapatoria? —Ella lo miraba incrédula e indignada, y caminaba en círculos por la tienda, mientras él continuaba hablando—: Y por si te interesa, sí, me muero de celos. Pero no son de rabia sino de envidia.

—¿Envidia? —Sabba arrugó el entrecejo y se detuvo en seco. Estaba atónita—. ¿Envidia por qué?

—Siento envidia de mi hermano, ¿contenta? —Taru se puso en pie y le dio una patada a la herramienta con la que había estado curtiendo la piel de serpiente—. Siento envidia porque él no tiene que cargar con mi oscuridad. Talu tiene las manos limpias y ha compartido cosas contigo que yo no puedo ni quiero imaginar.

—¿Te estás oyendo? —Sabba no podía creer que Taru se mostrara tan inseguro. ¿Acaso dudaba de lo mucho que lo amaba?—. ¡He compartido mucho más contigo que con él! —le corrigió, ofendida—. ¡Es más, no he hecho otra cosa más que evitarlo! A todas horas. Y si por un momento has llegado a pensar que me he acost...

—Has visto su luz —la interrumpió él para no escuchar lo que ella había estado a punto de decir—. Y no niegues que te atrae.

Si hubiera sido posible, la mandíbula de Sabba se le habría desprendido.

—Taru, estoy empezando a enfadarme de verdad —alegó exasperada al tiempo que se masajeaba las sienes con las yemas de los dedos. Esa conversación absurda, donde no podía llegarse a un entendimiento por las emociones tras las que Taru se resguardaba, le estaba provocando un terrible dolor de cabeza—. No, no me atrae —dijo tras una pausa, durante la cual se esforzó por no seguir enfadada—. Lo único que veía en él eras tú. No sé si tiene luz, no lo conozco. ¿Entiendes? No me interesa nada que tenga que ver con él en lo personal. Lo único que quiero, por ti y por el Norte, es que habléis y arregléis las cosas. Es tu hermano y, te guste o no, sigue siendo tu familia.

Taru se llevó las manos a la cabeza. Sentía que le iba a estallar de un momento a otro.

—Sabba, no es el momento de hablar con él —se justificó—. Se trata de la guerra y te repito que no puedo hacer nada desde aquí. Soy el rey de los del Miedo, y debo regresar con mi gente. Talu es el jefe del Viento y debe quedarse aquí.

—¿Y Måara? —Sabba se cruzó de brazos y alzó la ceja izquierda—. ¿No será que la echas de menos a ella también?

Taru puso los ojos en blanco.

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó frustrado—. ¿Qué pinta ella en todo esto? ¿Para qué complicas más las cosas, Sabba?

Sabba tomó aire para tranquilizarse. Miró a Taru y se mordió el labio inferior.

Sí, acababa de sacar las cosas de quicio con el asunto de su esposa, pero le molestaba que hubiera tomado él solo la decisión de partir hacia las Montañas Sagradas. Pensándolo bien, ella tampoco le consultó el plan para escapar de Ciudad de Oriente. Maldita sea, ¿por qué no podía

evitar comportarse como una grosera cuando sentía que la ninguneaban?

—Está bien —cedió, consciente y arrepentida de haber mostrado su lado más infantil—. He sido injusta con lo de Måara. Y ahora que lo pienso, me parece que he exagerado con el asunto de los celos. Y tal vez tu intención no fuera ningunearme cuando tomaste la decisión de partir a las Montañas Sagradas. Sólo intentas ser un rey responsable.

—Gracias por reconocerlo.

—Pero Sinda se siente tan feliz aquí, ha hecho amigos y... —en realidad, a Sabba no le gustaba la idea de marcharse del poblado. Aunque seguiría a Taru hasta el fin del mundo si fuese necesario, tenía miedo a lo que podía encontrarse en las Montañas Sagradas. Pero no dijo nada de todo eso—. También están Dunya y Taisha y...

—¿Y Talu? —Esta vez fue él quien alzó la ceja izquierda.

—¡Por los Dioses, Taru! ¿Quién es ahora el que se comporta como un crío?

El norteño suspiró. Se acercó a Sabba y le tomó el rostro con las manos. Ya era hora de acabar con esa absurda discusión. No quería pelear más.

—No estoy celoso —repitió más para convencerse a sí mismo que a ella.

—Sí lo estás.

Taru le alzó la barbilla y la besó en los labios, que en aquellos instantes formaban un puchero encantador.

—Para nada —mintió—. Él no puede hacer esto. —Lamió el labio inferior de su princesa, para después sonreír con altanería—. Ni esto. —Con una mano la agarró por las nalgas mientras le mordisqueaba el cuello—. Tampoco esto. —La otra mano le alzó la falda del vestido y amenazó con rozarla en su lugar más íntimo—. Ni...

—¿Jugando sucio, guerrero? —lo interrumpió Sabba, agarrándole la mano atrevida.

Taru compuso una expresión de adolescente endiablado a quien acaban de pillar en una travesura, hundió la nariz en el cuello de su sureña, y empezó a lamerle el lóbulo de la oreja.

—¿Acaso vas a negarme el derecho a usar mis armas para congraciarme contigo?

Sabba gimió, a punto de entregarse a esos labios ávidos y esa lengua traviesa. Pero reunió toda su fuerza de voluntad y se apartó de él.

—Sí, tienes mi permiso para sacar la artillería pesada —alegó con un brillo prometedor en los iris verdes, pero adelantó la mano con la palma alzada cuando él sonrió e hizo amago de avanzar y añadió—: Dentro de tres días.

—¿Tres días? —la miró espantado.

—Si no fuera por tu unilateral decisión, ahora mismo tendríamos tiempo. Pero ahora tendrás que esperar. Necesito preparar muchas cosas, hablar con Sinda y despedirme de todos, e intentar que Xenia no me mate.

Taru resopló frustrado.

—Está bien, pero en tres días no te escapas.

—Eso espero, Mi Rey.

Taisha buscaba a Mihn por todos los rincones del poblado, pero a él parecía habérselo tragado la tierra.

Y tenían que partir cuanto antes hacia el Bosque Negro.

Al no dar con él, decidió probar suerte en el bosque.

Lo encontró en un pequeño claro, practicando con la espada.

Una vez más, el corazón le brincó en el pecho. Se movía con la elegancia de un águila que planea en el cielo, impulsada por las altas corrientes. Sus movimientos eran suaves como la caída de una pluma para, después, volverse rápidos y certeros como el relámpago. La larga melena

flotaba tras su espalda y bailaba con cada giro, con cada pausa, y la piel desnuda de su torso lucía adornada con pequeñas perlas de sudor.

Taisha se sorprendió deseando capturarlas con el dedo índice para, después, llevárselas a los labios y saborearlas una a una.

Cuando Mihñ finalizó la danza marcial, se quedó quieto. Transcurridos unos instantes se arrodilló y, con las palmas de las manos, sostuvo la espada, reverente, al tiempo que pronunciaba unas extrañas y ceremoniosas palabras en su idioma. A la joven le agradó la fonética de esa lengua, muy distinta a la que hablaba Sabba. Sonaba más suave, y a la vez seca y contundente.

Cuando el de Hanol se puso en pie, la norteña tragó saliva y avanzó hacia él.

—Mihñ, debemos partir ya.

Él alzó ligeramente el rostro pero no se dio la vuelta.

—Necesito estar solo, Taisha.

Ella arrugó el entrecejo, decepcionada y preocupada a partes iguales. Tras la pequeña disputa que habían protagonizado su padre y su tío el día anterior, el de Hanol había cambiado de actitud de forma incomprensible.

La evitaba, incluso había dejado de hablarle.

Taisha sentía que él le ocultaba algo, y eso la enojaba. Valoró la posibilidad de encararlo, pero en aquellos instantes el de Hanol irradiaba tanta fuerza y majestad que dudó, y optó por la diplomacia.

—Ya lo he preparado todo, deberíamos partir antes de que el sol se alce por completo.

Lo vio tensar los músculos de la espalda, y apretar el puño que sostenía la espada. De nuevo, aquella fuerza desconocida parecía rodear al extranjero y la atraía de la misma forma que la espantaba.

—Márchate —volvió a decir él—. Por favor.

Taisha suspiró, rendida.

—Está bien —cedió—. Me iré sola. Pero antes, me gustaría saber cuál es el motivo de tan repentino cambio de actitud.

Mihñ seguía muy tenso. Lo oyó suspirar y lo vio apretar de nuevo los puños.

Su comportamiento no era lógico. ¿Qué diablos le sucedía para haber cambiado así de la noche a la mañana?

—Mihñ, ¿te pasa algo? —se atrevió a preguntar—. No entiendo tu forma de actuar, ¿acaso he hecho algo que te ha molestado o...?

Él se dio la vuelta y empezó a caminar hacia ella con el ceño fruncido. Taisha se quedó parada en el sitio, impresionada, sin comprender absolutamente nada. Algo le pasaba a Mihñ. Pero, ¿qué?

Cuando el de Hanol se detuvo a un paso de distancia de la norteña, tensó la mandíbula. Los ojos negros refulgieron, y las venas del cuello se dilataron, tornándose azules por momentos.

—Cuando todo esto acabe, te olvidarás de mí —anunció con los ojos clavados en los de Taisha—. Es más, deberías empezar ahora.

Eso fue más de lo que la norteña pudo soportar y desató su orgullo.

—¿Desde cuándo me das órdenes, Mihñ?

—Desde hoy —respondió él con dureza. Quiso añadir que era mejor que no volvieran a verse, pero no fue capaz de verbalizarlo. Nunca se había sentido tan vulnerable. Pero estaba punto de adentrarse en un punto de no retorno, y el amor que sentía por ella, algo que nunca pensó que pudiera llegar a sentir, era un estorbo para sus planes. Con ella cerca era incapaz de pensar con claridad.

—Mihñ, no sé qué demonios te pasa pero...

—No debes saberlo. —La frase acabó en un sollozo controlado, lo que le confirmó a la joven que algo no iba bien. Él intentaba mantener una expresión neutra, pero a cada momento se le iba descomponiendo el rostro. ¿Por qué motivo había cambiado tan de repente? ¿Dónde estaba el hombre alegre y risueño? Se prometió a sí misma que lo averiguaría, costara lo que costase.

—No entiendo nada, Mihn —insistió Taisha—. ¿Por qué no me lo explicas? ¡Dime qué pasa! Ayer por la mañana planeábamos partir juntos al Bosque Negro y...

El de Hanol endureció la mirada y Taisha se vio obligada a callar.

La lucha que libraba Mihn en su interior era tremenda. Infló los pulmones, soltó el aire con lentitud, y tragó saliva. Aunque deseara explicarle a Taisha lo que empezaba a despertar en él la cercanía del ejército de Hanol, no podía, como tampoco era capaz de apartar la vista de sus ojos, en aquellos instantes, llenos de incertidumbre.

La hija de Taru no era una ingenua; además, era intuitiva y se había dado cuenta de que algo lo torturaba. La conocía, y sabía que intentaría llegar al fondo del asunto, pero ella menos que nadie debía saber en qué clase de ser estaba a punto de transformarse.

No podía revelárselo a nadie. Ni mucho menos a Taisha. No, porque le importaba. Oh, Dioses, ella le importaba...

Pero el Cielo había empezado a manifestarse. La noche pasada, Mihn había tenido un sueño; una visión que se le repetía desde que tenía uso de razón, y que, desde que había llegado al Norte, se había vuelto más intensa, más real. Su misión empezaba a estar clara.

Sin embargo...

Mihn pensó por unos instantes en enviarlo todo al infierno. Esos ojos brillantes y luminosos, esas mejillas sonrosadas, y esos labios entreabiertos se esforzaban en minar su decisión. De súbito, la mano derecha le empezó a quemar. Parecía tener vida propia, deseaba alzarse y rozar la tostada piel de la delicada barbilla de Taisha, que temblaba mientras intentaba contener el llanto. Sólo pensar en lo mucho que la haría sufrir, en lo mucho que ella lo quería, el corazón del extranjero empezó a latir con brío al tiempo que su alma gritaba de pura agonía.

Taisha vio una grieta en su determinación. Vio la duda que expresaron, durante una milésima de segundo, los ojos de su amigo. Percibió el miedo en su pecho, que empezó a moverse con rapidez. Y sintió, como nunca, la atracción que él proyectaba sobre ella. Estaba luchando consigo mismo. Se hallaba entre la determinación y la rendición. Mihn dudaba de su decisión, y Taisha no iba a desaprovechar esa oportunidad.

Lo que hizo a continuación quiso pensar que fue para convencerlo de que se quedase. Pero la realidad era que lo deseaba. Taisha deseaba a ese hombre como las flores ansían la visita de las mariposas.

Se acercó a Mihn, decidida. Lo acarició en las muñecas y sintió cómo temblaban. Notó su pulso acelerarse, y habría jurado que oyó los latidos de su corazón, atronando en mitad del claro, como si se acabara de desatar una tormenta. Un imperceptible gemido escapó de los labios masculinos en el momento que la norteña empezó a recorrer la piel de sus brazos con los dedos. Arribó hasta los hombros desnudos y se detuvo en la clavícula. Con los dos dedos índices siguió la línea del hueso hasta detenerse en el hueco del cuello. Le pareció que su blanca piel despedía destellos tras el recorrido, que el sudor iba evaporándose con el contacto, como si por dentro estuviera hirviendo. Aturdida y fascinada, Taisha no podía apartar la vista de su pecho, a medida que le acariciaba la piel. Le rozó un pezón con la punta del dedo, sintió cómo ardía y...

De súbito, notó una fuerte presión en las muñecas. Mihn había soltado la espada y se las agarraba con tanta fuerza que a punto estaba de quebrarlas. Con un dolor terrible en los brazos, Taisha lo miró a los ojos, resplandecientes, como si en su interior contuvieran el sol. Ya no eran

negros, se habían vuelto de un azul tan eléctrico que creyó que guardaban la energía del rayo.

Se asustó, se asustó muchísimo, pero no se movió ni se quejó, a pesar de que el dolor fuera insoportable.

Mihn la soltó, de improviso, y una fuerza desconocida la impulsó hacia atrás, desplazándola varios metros hasta que su espalda se golpeó contra el tronco de un árbol.

—¡Aléjate de mí! —gritó él, casi más asustado que la propia Taisha, quien aún era incapaz de comprender lo que acababa de suceder—. ¡Márchate si no quieres morir!

Como pudo, la norteña se puso en pie. El miedo le recorrió la espina dorsal y se le puso la carne de gallina.

—¡Vete! —volvió a gritar él, al tiempo que se llevaba los brazos al pecho como si con ese gesto pudiera contener todo el poder que pugnaba por escapar de su cuerpo.

Taisha no daba crédito a lo que estaba sucediéndole a Mihn. Sin embargo, algo muy poderoso bullía en su interior; algo que no parecía tener que ver con lo humano y sí con lo divino.

Un inmenso poder.

Una fuerza incontrolable...

Mihn no era quien decía ser, eso acababa de quedarle claro a Taisha.

Sin apartar la vista de él, dio varios pasos hacia atrás. Luego dio media vuelta y echó a correr.

Una vez la joven se marchó, Mihn se dejó caer al suelo, de rodillas, exhausto, confuso y emocionalmente desequilibrado. De pronto, una sonrisa irónica se le dibujó en el rostro. Lo que esa joven provocaba en él, nadie antes lo había logrado.

Ella también formaba parte del plan de los dioses.

Del destino.

Los dioses y el destino...

¡Malditos fueran!

Mihn dejó escapar un sollozo y, con manos temblorosas, agarró la hoja de su espada con tanta fuerza que se cortó las palmas. Luego se encogió sobre ella y, mientras su sangre teñía la tierra del Norte, lanzó un grito de pura desesperación.

EL BOSQUE NEGRO

Taisha había abandonado el campamento de Roca Roja por la mañana y partido hacia el Bosque Negro sola, sin avisar a nadie ni mirar atrás.

Llevaba ya más de media jornada de camino y Manzana avanzaba al trote por la interminable pradera en dirección Sur, aunque muy alterada. La yegua podía sentir el pulso acelerado de su amazona. Resoplaba, estiraba el cuello, echaba las orejas hacia atrás, y se detenía de súbito para patear el suelo, amenazando con desequilibrar a su jinete. Taisha la dejó a su aire un tiempo, para ver si se calmaba, hasta que se le acabó la paciencia. Presionó los flancos con los talones y la instó a galopar.

La desfogada carrera las dejó exhaustas pero tranquilas. Ambas lo necesitaban, muy en especial Taisha.

No quería pensar en Mihn, ni en lo que acababa de suceder entre ambos, pero la joven no era capaz de quitárselo de la cabeza.

Había sentido lo que bullía en el interior del extranjero, de una forma demasiado profunda como para pasarlo por alto, y era algo que había intuido ya en su primer encuentro, cuando lo vio salir del agua del río, mientras ella permanecía oculta tras unos matorrales. La luz de la luna le había besado la piel, tornándola casi traslúcida. En aquel momento, Taisha creyó verla brillar, pero pensó que se debía a un reflejo del astro nocturno. Pero ahora sabía que no había sido un espejismo. Lo que había vislumbrado era real y no producto de su imaginación.

Aunque Taisha se hubiera decantado por la caza porque se sentía más cómoda en el mundo terrenal, desde niña ya era capaz de detectar sensaciones que nadie más podía. Veía, sentía y escuchaba a los espíritus. Había heredado ese don de su madre, Aisha, la líder Medicina de la Tribu del Viento y, al igual que ella, percibía lo inexplicable.

Algo que, lejos de inquietarla u obsesionarla, la ayudaba a comprender mejor todo a su alrededor.

Sin embargo, por muchas vueltas que le diera a la cabeza, no era capaz de definir con exactitud quién o, más bien, «qué» era Mihn. Jamás había visto o sentido nada igual. Esa fuerza no era espiritual.

Parecía... ¿Divina?

Taisha negó con la cabeza. No, no podía ser... ¡Era imposible!

La única certeza era que el de Hanol tenía dos rostros: el que mostraba ante todos, de expresión amable y risueña: un rostro tan bello como el de una mujer, que se sonrojaba con facilidad. Era simpático, tenía una pegadiza sonrisa y disfrutaba con los juegos y el ejercicio físico, cosas que ambos compartían. Por el contrario, su otra faz tenía una expresión peligrosa, los ojos negros como pozos parecían acecharla a cada instante, escrutaban cada uno de sus movimientos, incluso sentía que era capaz de leerle el pensamiento y manipular sus emociones.

Las emociones...

Eso era algo que el de Hanol parecía no controlar en su presencia. Tal vez fuera porque las había contenido durante tanto tiempo y ahora no sabía cómo dominarlas, o tal vez ella fuese la

primera mujer que las había despertado. En cualquier caso, era obvio que Mihn sentía algo por Taisha, de la misma forma que ella lo sentía hacia él. Y también era más que evidente que se contenía. El de Hanol no podía evitar mostrar sus sentimientos, de la misma manera que intentaba enterrarlos en el lugar más recóndito de su corazón.

Taisha no se comportaba como él. Estaba enamorada, y no tenía la intención de esconderlo. Le preocupaba su reticencia, pero pensaba que el motivo de su lucha interna se debía a quién era, y no a lo que en realidad sentía, por eso no iba a darse por vencida. Él empezaba a cruzar el límite de su resistencia, había tomado la decisión de no incluirla en su futuro, y eso llenaba de tristeza el alma de la joven.

Ella era una mujer fuerte y segura de sí misma. No renunciaría a Mihn tan fácilmente. Lucharía por permanecer a su lado.

Pero antes debía ver con sus propios ojos lo que había sucedido en el Bosque Negro.

A la mañana siguiente llegó a las lindes de lo que un día fuera el mayor y más venerado bosque del Norte; y lo que Taisha vio hizo que su corazón se arrastrase por el suelo. El gran ejército ya se había marchado, y lo único que había dejado a su paso era desolación. El bosque estaba completamente arrasado. Los árboles talados, la tierra pisoteada y profanada, y el aire viciado por el humo y la pestilencia.

Cuando se acercó a lo que quedaba de uno de los Venerables Ancianos, cuyo tronco segado tendría el radio de unas diez zancadas, y vio la savia aún caliente, supurando por los anillos, sintió un dolor indescriptible, y poco a poco un aura tenebrosa le asoló el corazón, llenándolo de rabia. El malestar que sintió fue tan oscuro que se le introdujo en el alma y no hubo forma de arrancarlo. Gruesas lágrimas de odio y rencor se deslizaron por sus mejillas, sin ningún control, como la misma savia muerta del Venerable Anciano. Notó cómo todo a su alrededor la oprimía, y a duras penas era capaz de respirar. Percibía el estremecimiento de la tierra bajo la planta de los pies, escuchaba los gritos de terror de los árboles jóvenes que aún quedaban con vida, y los lamentos de los animales.

Barrió con la mirada lo que antes fuera un bosque hermoso, y del que ahora solo quedaba troncos segados. Aquel lugar había sido sagrado, todas las Tribus del Norte enviaban en peregrinación a sus acólitos de Medicina, y a los que se iniciaban en el Mundo Espiritual, como había hecho su madre Aisha, y la madre de su madre, y así hasta la primera mujer de su familia que había heredado el don de la medicina.

Taisha, la última de su sangre que poseía ese don, estaba presenciando la muerte más absurda y la desolación más atroz.

Como si quisiera consolarla en su pesar, Manzana acercó el morro al hombro de su amiga y movió el labio superior, haciéndole cosquillas en el cuello. La joven alzó la mano, cerró los ojos y acarició a su yegua.

—Lo sé, preciosa... Lo sé... —sollozó; luego se secó las lágrimas y arrugó el entrecejo—. Esto no tiene perdón. Acabaremos con esos malditos demonios, así tenga que suplicar la ayuda de los mismísimos Dioses. Y te aseguro que me escucharán. Este crimen no quedará impune.

Decidida, Taisha saltó sobre la grupa de Manzana y galopó hacia el sureste, siguiendo el rastro de los espectros. No tardó en dar con ellos, pues el hedor que iban dejando a su paso era escandaloso. Dejó a la yegua pastando en un pequeño claro, rodeado de tímidos pinos que habían sido respetados por la poca calidad de su madera, y se ocultó a unos cincuenta pasos de distancia sobre un pequeño otero tras unas rocas.

Allí, en su privilegiado escondite, dedicó más de medio día a observar al enemigo.

Eran miles, y estaban muy bien organizados. Solo le bastó un simple vistazo para comprender

que sería muy complicado vencerlos.

Pero eran hombres de carne y hueso.

Hombres a los que se podía herir y matar.

Y los Dioses estaban de su parte. ¡Tenían que estarlo!

Desde su posición, distinguió a los prisioneros norteños que habían sido capturados. Eran gentes del Bosque Negro, y los mantenían encerrados en pequeñas y abarrotadas jaulas de madera. Junto a ellos, un enorme cúmulo de cadáveres, aún humeante, desprendía un hedor insoportable. Taisha pudo sentirlo porque el viento soplaba en aquel momento en su dirección.

Habían ejecutado a quienes no eran útiles, como hicieron años atrás con su madre, una mujer embarazada que no servía para el trabajo. Allí, en ese montículo de huesos, cenizas y carne abrasada había niños y ancianos.

Esos extranjeros podrían ser hombres de carne y hueso, pero tenían alma de demonios, pensó Taisha, cada vez más encolerizada. No conocían la piedad; eran peor que animales, ni siquiera los Espíritus del Mal eran tan crueles. El corazón de Taisha rezumó tanto odio que tuvo que dar por finalizada la expedición. Si se quedaba un solo momento más, era capaz de cometer una locura.

Regresó en busca de su yegua, y la encontró en el mismo lugar dónde la había dejado. La saludó con cariño, abrazándose al morro. Saltó sobre ella y abandonaron el lugar. Cabalgó durante media jornada hasta que el sol besó el horizonte. Entonces, montó el campamento en un pequeño bosque, junto a un largo afluente del Río Padre. Habría una quincena árboles, y uno de ellos era un anciano. El último que quedaba. Empezó a prepararlo todo para pasar la noche, y decidió no encender fuego para no ser vista. Los espectros podrían andar cerca. Cuando comprobó que no había peligros alrededor, soltó a Manzana, que había permanecido atada hasta el momento. La yegua no se alejó demasiado. Tras tomar algunas nueces y bayas que recolectó, no muy lejos del lugar, extendió las pieles de dormir y se echó sobre ellas.

Intentó descansar, pero los lamentos de los muertos no se lo permitieron. Se obligó a relajarse, al tiempo que oraba a sus Espíritus para que ascendieran hacia el Cielo.

Y cuando ya empezaba a ganarle el sueño, escuchó un resoplido de alerta.

Se incorporó con rapidez y miró a la yegua. Tenía las orejas alzadas y el cuello en tensión. Alguien se acercaba.

Cogió el arco y las flechas y se ocultó entre las sombras, tras el Anciano. Mientras rogaba a su Espíritu que la protegiera, aguardó. La yegua no se movió del sitio y la joven norteña no pudo evitar expulsar un gemido de frustración. Si eran enemigos y se la llevaban, le sería imposible recuperarla. Manzana llevaba con Taisha desde que era una potra, prácticamente la había criado, y se le partiría el corazón si la perdía.

—¡Vete! —le susurró desde la distancia—. ¡Márchate, Manzana, o te cogerán!

La yegua no solo no le hizo caso, sino que volvió a resoplar, arañó la tierra con la mano izquierda y echó las orejas hacia atrás, en alerta. En ese instante, Taisha escuchó unas voces masculinas. Hablaban la misma lengua de Mihñ, y creyó que el corazón se le saldría por la boca de puro miedo.

Logró dominar esa emoción y, muy despacio, la joven se llevó la mano a la espalda, extrajo una flecha del carcaj y tensó la cuerda del arco. Sopló hacia arriba para apartarse el flequillo de la frente y tener así una mejor visión, al tiempo que arrugaba el entrecejo.

Sus ojos estaban bien adaptados a la oscuridad y los vio con claridad.

Tres hombres se acercaban al caballo. Tenían los mismos rasgos exóticos de Mihñ, pero ni de lejos lucían su belleza, porte o elegancia, ni mucho menos su majestad. Eran hombres toscos, hablaban en voz alta y eran más bajos de estatura. Sus cuerpos eran como los de los niños

norteños: las manos pequeñas y las caras redondas y planas. Los ojos, como los de Mihñ, eran rasgados y oscuros, la piel blanca y los cabellos, atados a la nuca en una cola de caballo, eran lisos y negros. Vestían ropas llamativas y una armadura muy brillante sobre la que había estampado un lagarto como emblema. Del cinto colgaban unas extrañas lanzas sin punta. Taisha se alertó. Recordó que aquellas lanzas tenían la cualidad de escupir fuego, y abrían boquetes en la carne desde la distancia. Aquello sí era magia de la peor, y tenía que andarse con cuidado.

Cuando los hombres vieron a la yegua, uno de ellos sonrió mostrando una dentadura negra y picada. Profirió unas palabras que Taisha no comprendió, pero que se le antojaron soeces. Mientras los otros dos desmontaban, quien había hablado apuntó a Manzana a la cabeza con la lanza que escupía fuego, y la muchacha a punto estuvo de desmayarse de puro miedo. Los ojos de la yegua reflejaban la inocencia de quien es incapaz de comprender que la crueldad existe. Colocó la mano sobre el Anciano y volvió a rogar su ayuda. En ese instante Taisha sintió una rabia tan atroz que la impulsó a enfrentarse a ellos.

Si querían acabar con la vida de su amiga, antes tendrían que matarla a ella.

Como si los Espíritus del Bosque Negro le insuflaran valor, Taisha se asomó y disparó una flecha que atravesó limpiamente el cuello del hombre que apuntaba a la yegua. Tras la sorpresa inicial, los dos restantes dispararon en dirección a la joven, que ya lo esperaba y, con rapidez, se volvió a refugiar tras el Anciano.

—Sagrados Espíritus del Bosque Negro, protegedme —rogó—. Almas de los muertos, dadme fuerzas para llevar a cabo vuestra venganza.

Tras la sentida plegaria, Taisha apoyó la espalda contra el tronco protector y tomó aire. Su mente empezó a trabajar con rapidez y aguzó los sentidos. Cerró los ojos y escuchó con el corazón. Oyó los cascos de su yegua, huyendo, varios disparos más y uno que estalló en el tronco del Anciano, lo que la obligó a dar un respingo.

—Sagrado Anciano, te ruego que me protejas —oró de nuevo, con voz temblorosa—. No permitas que estos seres crueles y despiadados acaben con nosotros.

Tomó aire de nuevo, cogió otra flecha y se asomó ligeramente. Disparó, pero justo después se oyó otro estruendo. El tronco del Anciano se astilló y la hirió en la muñeca, haciendo que se le cayera el arco al suelo. Sin embargo, su flecha había dado en el blanco porque, inmediatamente después, escuchó los gritos de dolor de uno de sus enemigos, pero no pudo verlo; si se asomaba, estaba segura de que le volarían la cabeza.

Se agachó, estiró el brazo y recuperó el arco. Se sintió eufórica ante la pequeña victoria, pero después de dos ataques fallidos y dos disparos más, que impactaron contra el Anciano y abrieron un gran boquete en su tronco, Taisha cayó en la cuenta de que estaba atrapada, no tenía escapatoria.

Valoró la opción de huir, pero pronto la descartó. Tenían puntería y la alcanzarían si echaba a correr, pues el resto de árboles no eran lo bastante anchos como para ocultarse tras ellos.

Sólo le quedaba una posibilidad: atacar.

Estaba a punto de hacerlo cuando, de repente, escuchó los cascos de un caballo acercándose al galope. En un primer momento pensó que se trataba de otro espectro, pero cuando escuchó el grito del recién llegado, el corazón se le llenó de alegría.

¡Era Mihñ! ¡Mihñ había venido en su ayuda! Taisha pudo sentir su fuerza y, esta vez, no sintió miedo sino euforia.

—¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui! —oyó gritar a uno de los espectros.

Mihñ detuvo su montura ante los tres mercenarios de Hanol.

Uno yacía muerto a causa de una flecha que le atravesaba el cuello, otro tenía un proyectil

clavado en el hombro izquierdo, y a duras penas podía respirar, y el último tiró el arma al suelo y se arrodilló ante él, reverente.

—¡Marchaos de este lugar! —ordenó Mihn en un tono de voz que no admitía réplica, mientras los dos hombres vivos no se atrevían a alzar la vista del suelo—. Y por vuestro bien, rezad a vuestro dios para que la joven norteña no haya quedado malherida.

—Rogamos vuestro perdón, Sin-Ui —dijo el herido, quien no dejaba de temblar—. No queríamos hacerle daño a esa muchacha, pero ella nos atacó primero, ¡lo juro!

Mihn bajó de su montura y se acercó. El malnacido mentía. Clavó la mirada azul sobre él y, de súbito, el herido pereció tras unos terribles espasmos.

El de Hanol se dirigió al que quedaba con vida.

—Informa al general Yuu Hee de lo que has visto aquí. Dile que un Sin-Ui protege el Norte, y si alguno de sus hombres se atreve a segar una sola vida más en esta tierra, mi ira será recordada generación tras generación, hasta el fin de los tiempos.

El mercenario se orinó encima, se puso en pie y, sin dejar de hacer reverencias con la vista clavada en el suelo, huyó.

Solo entonces Taisha salió de su escondite.

No había visto lo sucedido, pero sí lo había sentido en lo más profundo de su alma.

Había percibido el poder de Mihn: una increíble fuerza que él había proyectado sobre ese desgraciado hasta consumirle la vida. Taisha había podido sentir cómo su amigo absorbía la esencia vital de ese hombre y se hacía más y más poderoso.

Alzó la vista hacia él, anonadada.

Su piel resplandecía, un aura plateada lo envolvía. Los cabellos sueltos y las ropas se elevaban como si estuvieran sumergidas en agua. Tenía el rostro ligeramente inclinado hacia abajo, y los brazos elevados con las palmas apuntando al cielo. Irradiaba tanto poder que las rodillas de Taisha flojearon y temió caer al suelo de un momento a otro.

No se atrevió a abrir la boca, ni tan siquiera cuando él se dio la vuelta y la atravesó con la azul mirada. Sus iris parecían hogueras refulgentes, como si contuvieran en su interior millones de estrellas. Todos sus músculos vibraban, sin embargo su cuerpo permanecía rígido e inmóvil, algo tan extraño como contradictorio. Taisha no fue capaz de mover ni un solo dedo. Solo pudo sentir esa energía desgarrándola por dentro, y a la vez elevándola hasta el cielo. Sentía las emociones de Mihn como propias. Era capaz de percibir su ira, casi incontrolable, pero también su miedo. Y de súbito dejó de sentirlo. El aura desapareció, los largos cabellos negros y las ropas se rindieron a la gravedad y los ojos recuperaron el negro.

—Estás herida —lo escuchó decir, con la voz rasgada por la preocupación.

Taisha tomó aire con lentitud y lo expulsó con la misma calma. Otra bocanada de aire, y otra, hasta que entendió que había estado a punto de ahogarse, pues se había olvidado de respirar. Bajó la vista hacia la mano izquierda, y vio que la sangre le salía a borbotones de la muñeca.

Al punto se dejó caer de rodillas, agotada.

Mihn caminó hasta ella, la cogió de la mano herida con dulzura, y presionó con la palma para detener la hemorragia. Cerró los ojos y musitó unas palabras que a Taisha le resultaron incomprensibles, pero el tono de voz era dulce e hipnótico. Al momento, él apartó la mano y descubrió el corte. La piel de Taisha había sanado. Como por arte de magia.

Sorprendida, y ya con las fuerzas recuperadas, la muchacha alzó la vista y clavó los ojos en él, estupefacta.

—¿Cómo... cómo has hecho eso?

Mihn suspiró al tiempo que le acariciaba la piel del antebrazo.

—No es algo que debas saber.

—Oh, ¡pues claro que sí! ¿Por qué... cómo lo has logrado? ¡Si no pudiste sanarte a ti mismo cuando te dispararon los del Viento!

Mihn se puso en pie y le dio la espalda.

—Hay muchas cosas que no te puedo explicar, Taisha.

—Oh, ya lo creo que sí. —Ella se levantó también y lo enfrentó—: ¿Quién eres? O mejor dicho: ¿Qué eres?

—Taisha, te he dicho que...

De nuevo apareció la reticencia en el rostro de Mihn, pero Taisha no iba a darse por vencida.

—¿Por qué esos hombres estaban tan asustados? —las palabras salían a borbotones de su garganta—. ¿Cómo... cómo te han llamado...? —Taisha se llevó las manos al rostro y se frotó los ojos con las yemas de los dedos, intentando recordar las palabras de ese desgraciado—. ¿Sunye? ¿Sinyu?

—Sin-Ui —aclaró Mihn mientras empezaba a caminar hacia su caballo.

—¿Sin-Ui? ¿Qué diablos significa eso?

—Debemos irnos ya.

Taisha corrió hacia él y lo interceptó.

—No, Mihn. —Se plantó ante él, impidiéndole el paso—. No pienso moverme de aquí hasta que me expliques qué diablos está pasando contigo. Te he visto ya dos veces en ese estado de... De lo que sea y...

—Taisha, por favor, debemos marcharnos ya.

—Nos estás ocultando algo a todos, incluso a Sabba. Y necesito que me lo expliques.

—Lo único que necesitas saber es que debemos marcharnos de inmediato si no quieres que mi plan se vaya al traste. —Ojalá pudiera decirle la verdad, ojalá pudiese explicarle quién era y a qué había venido. Pero no podía.

—¿Tu plan? ¿De qué maldito plan estás hablando?

Taisha se cruzó de brazos. Era consciente de estar perdiendo un tiempo precioso. No tardaría en correrse la voz, entre las filas de los espectros, que un hombre de extraños poderes se les había aparecido, y estaba segura de que llegarían de un momento a otro. Pero si esa era la forma de presionarlo para que le contase la verdad, se arriesgaría.

—No pienso ceder —insistió—. O me cuentas qué diablos eres o te juro que me dejo capturar.

Mihn infló los pulmones con la intención de tranquilizarse.

—Este no es el momento de poner a prueba mi paciencia, Taisha.

—No, Mihn, te equivocas; este no es el momento de poner a prueba la mía.

Taisha silbó y momentos después apareció Manzana. La joven montó en su lomo de un salto y empezó a galopar hacia el campamento de los espectros.

Mihn no lo podía creer. ¡Esa jovencita lo estaba provocando! Alzó la mano, cerró los ojos y se concentró en la yegua, que desobedeció a su amazona, se puso al trote y dio media vuelta para regresar. Cuando la yegua llegó ante Mihn, Taisha bajó de un salto.

—¡Ya estoy harta! —gritó enfadada, al tiempo que las lágrimas se escapaban de entre sus párpados—. No te entiendo, Mihn. Ya no se trata de quién o qué eres, o de cuál es tu misión o tu plan. ¡Lo que me enfada es que no confíes en mí!

Mihn quedó impresionado. Jamás había visto llorar a Taisha, y nunca la había visto tan enfadada. Abrió la boca para decir algo pero no fue capaz.

—¿Acaso nuestra amistad no significa nada para ti? —continuó la joven, empapada en llanto pero con el rostro enrojecido a causa de la rabia y la frustración—. ¡No entiendo qué motivos te

he dado para que me trates como a una extraña, más aún sabiendo lo que siento por ti! ¡Te amo, por los Dioses! ¡Y sé que tú también me amas a mí!

—Tú... —Mihn no sabía de qué forma reaccionar ni cómo explicarse—. Yo...

—¿Tú, qué? —chilló Taisha, enrabiada.

—Taisha, yo... —Mihn no sabía cómo expresarse. Sólo podía pensar en la declaración de Taisha. Ella acababa de decir que lo amaba... ¡Lo amaba!—. Yo no... Yo no puedo... —Mihn jamás había sido amado. Eso era un tabú que nadie, en su sano juicio, se atrevería a romper. Pero Taisha no podía saberlo. Ella era norteña, y nada sabía de las leyes del Reino de Hanol. Pero la realidad era que el amor no existía en su destino ni en su naturaleza. Un Sin-Ui no podía amar ni ser amado. Pero la realidad era bien distinta, y Taisha tenía razón: Mihn la amaba. La amaba con todo su corazón y con toda la fuerza de su espíritu. Y ella lo amaba también, podía sentirlo.

Pero eso no era posible. Y tampoco podía explicarle el motivo.

Sin embargo, ella lo obligó a olvidarse de todo eso. Clavó la verde mirada en la suya, avanzó hacia él, lo agarró por la nuca y lo besó con ardor. Y esta vez el beso provocó que su cuerpo estallase de nuevo, pero de deseo.

El aura de Mihn los envolvió a ambos en el momento que se fundieron en un abrazo. Cayeron al suelo mientras las lenguas danzaban sin ningún control. Él sentía que era incapaz de dominar su cuerpo y sus emociones. Sus sentimientos estaban desbordados y el deseo que sentía hacia ella estaba fuera de todo control. Su mente quedó en blanco y lo único que pudo hacer fue sentir; todo lo demás dejó de tener sentido. No era capaz ni de controlar la respiración. El olor de la joven, su exquisito sabor, el suave y cálido tacto de su piel lo volvían loco por momentos. Sólo separaron los labios para tomar aire y, en ese instante, Taisha se colocó sobre él y empezó a desatarle la camisa. Cuando le hubo descubierto el pecho, se inclinó sobre él y empezó a repartir besos por su piel, que resplandecía como si contuviese en su interior la energía de una estrella. Mihn a duras penas era capaz de respirar y su pecho subía y bajaba, acelerado. Sentía la sangre arder y el pulso a punto de estallarle las venas. Los labios de Taisha capturaron un pezón y su lengua empezó a trazar suaves círculos sobre él, mientras con las hábiles manos le desabrochaba el pantalón. Mihn no podía ni moverse, sentía su virilidad a punto de descargarse. Los dedos de Taisha luchaban por liberar su miembro erecto y Mihn era incapaz de detenerla.

Sin embargo, tenía que pararla. Porque si ella lograba su objetivo...

Si ambos continuaban con...

—No, Taisha... —A duras penas le salió la voz—. Taisha, por favor... No... No sigas...

Ella separó los labios de su piel y lo miró, suplicante.

Mihn tenía los ojos abiertos, eran de nuevo azules y brillaban como nunca. La miraba con una pasión desbordante, al tiempo que su cuerpo temblaba, y de su piel emanaba una luz blanca que a punto estaba de dejarla ciega. El pecho masculino subía y bajaba a cada punto más acelerado, como si estuviese a punto de ahogarse. No obstante, su rostro expresaba tanto placer y, al mismo tiempo tanta contención que Taisha dudó en obedecer.

—Te deseo, Mihn —confesó con la voz entrecortada—. Te deseo como jamás he deseado a nadie. Te amo y quiero hacer el amor contigo. Ahora.

Los ojos verdes de Taisha brillaban con arrebató. Mihn cerró los párpados y tragó saliva.

No podía existir algo que desease más que a ella, no había nadie en el universo que amase más...

Pero, al instante, su traidora mente lo corrigió: lo que no podía existir era lo que ambos sentían el uno por el otro. Eso era lo que no podía existir.

Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que logró reunir, Mihn abrió los ojos y la cogió

por las muñecas. Giró sobre sí mismo y se colocó sobre ella, inmovilizándola.

Era tan bella, y su verde mirada tan radiante y desprendía tanto amor que...

Que, una vez más, dudó.

¿Y si enviaba al infierno al Destino?

¿Y si desobedecía al Cielo?

¿Y si volvía a besar esos labios con sabor a fresas silvestres?

¿Y si le hacía el amor?

La vacilación duró un instante. Y lo que dijo a continuación fue la primera mentira que pronunció en su vida. La primera y la más grande:

—Yo no te amo, Taisha. No te amo ni te deseo. Nuestra relación no puede continuar.

LAS MONTAÑAS SAGRADAS

Sabba y Taru avanzaban al frente. Detrás lo hacían Xenia y Sinda, sobre otro caballo, y Mihn tras ellas. Taisha cabalgaba en la retaguardia en absoluto silencio.

El grupo se dirigía a las Montañas Sagradas, donde vivía la Tribu del Miedo.

A medida que el Sol iba desperezándose, las luces del alba teñían el cielo en una increíble mezcla de colores. Besando el horizonte, el amarillo iba tornándose azul marino de forma gradual, viajando por el naranja, y desembocando en el morado. Solo la estrella vespertina se resistía a perder su brillo, e iba perdiendo poco a poco el protagonismo ante unas nubes alargadas como pinceladas secas, que presagiaban que el viento dominaría la pradera.

El de Hanol vio cómo el horizonte iba redibujándose poco a poco, hasta acabar formando los dientes de una lejana cordillera a la que arribarían en dos días.

Mantecía el corcel al paso, y avanzaba con lentitud. El viento apareció de súbito, y la larga melena se agitó tras su espalda como si fuese el reflejo de su alma, en aquellos momentos convulsa. La blanca crin del semental oriental que había traído consigo de Ciudad de Oriente, le azotó el rostro. Un rostro que, a duras penas, podía mantener su hermética expresión.

Como era de esperar, la indómita Taisha lo seguía de cerca, con sus ojos verdes y luminosos clavados en su espalda. Sentía que lo atravesaban y quemaban por dentro.

La joven había decidido acompañar a Taru y su familia a las Montañas Sagradas, pero Mihn sabía que su decisión nada tenía que ver con su padre, pues ni soportaba la presencia del rey, ni compartía su proceder.

Taisha estaba allí por Mihn. Aunque el de Hanol no supiera si era por lo que sentía, o porque deseaba descubrir qué se traía entre manos. Tal vez fueran ambas cosas.

No había intentado hablar con él, aunque, de ser así, el de Hanol la habría ignorado.

No dejaba de pensar en la mentira que le había dicho en el Bosque Negro. En aquel momento había salido de los preciosos labios de Taisha una palabra ofensiva, un impropio que Mihn se negaba a recordar. No había sucedido igual con sus ojos verdes, que lo habían mirado con sorpresa y luego decepción. Esos iris luminosos y refrescantes, tan defraudados, no podría quitárselos de la cabeza jamás, y tendría que lidiar con ellos el resto de su vida.

En el fondo, Mihn se alegraba de que ella lo siguiera. Aún se resistía a romper el vínculo que los unía. Jamás en la vida le había importado tanto alguien.

No quería perder a Taisha, esa era la verdad.

Pero eso sería lo que sucedería en un futuro que, a cada momento, sabía más cercano.

Taisha se había convertido en alguien irremplazable; sin embargo, él era tan inalcanzable para ella como las mismas estrellas lo eran para cualquier mortal. Lo más sensato era acabar cuanto antes lo que nunca debió haber comenzado.

Aunque no sólo hubiera empezado, sino que no había vuelta atrás. Lo sentía. Su corazón había aprendido a latir con pasión, gracias a ella, y ahora era incapaz de detener ese desquiciado pulso.

Lo había predicho, y aunque en un principio se hubiese resistido a los encantos de la joven, había vencido la curiosidad. Le había resultado muy placentera esa emoción y se había permitido

sentirla. Sus labios, su pelo, su rostro, esa piel tostada que no se atrevía a tocar, cruzando el límite del deseo, lo volvía loco por momentos. Porque ella era muy joven, sí, pero también porque el dolor de su pérdida sería algo que el extranjero no creía poder soportar. La iba a perder de todas formas, pero mejor si no la dañaba, si no le mentía. Mejor si no la hacía ilusionarse, ya no por una estrella inalcanzable, sino para que no se perdiese en la inmensidad del mismísimo cielo.

Pero lo había hecho. La había ilusionado, dañado y mentido.

Nunca, jamás tendría que haber cometido ese error; ahora empezaba a pagarlo con creces. Su corazón y el de Taisha estaban rotos. Tal vez el de ella sanaría con el tiempo, pero el suyo no.

Mihn sabía cuál era su destino. El suyo, el de ella, y el del Norte. Lo había sabido siempre, pero lo había desechado de su mente y su memoria. Había fingido vivir en la ignorancia, se había comportado y había vivido como un ser humano, había incluso ignorado deliberadamente su divinidad.

Hasta que los sentimientos de Taisha la habían despertado. Ella era la llave que abría las puertas a un poder que estaba a punto de desatarse.

Mihn sabía que debía jugar un papel clave en ese maldito misterio.

Sí, cierto, podía cambiarlo, podía escoger otro camino, uno que le salvara de cumplir con su maldita obligación, de la cual había estado huyendo desde que descubrió quién era y qué se esperaba de él.

Y justo cuando pensó que lo había logrado, justo cuando creyó que los dioses lo habían olvidado... Regresaban para recordarle que nunca, jamás podría cambiar lo que era. Que nunca había huido, al contrario: lo había estado tejiendo él mismo sin saberlo, hilo a hilo, puntada a puntada.

Maldita ironía...

Pero la decisión ya estaba tomada. Jamás olvidaría a Taisha, pero la encerraría en ese estúpido corazón suyo que no le pertenecía a él, sino al Cielo, y cumpliría con lo que se esperaba de él.

Maldito Cielo.

Solo faltaba una cosa más. Debía convencer a Taru. Él también era clave para salvar el Norte.

Posó los ojos sobre el norteño y se entristeció.

¿Cuánto más tendría que sufrir su amigo para poner a salvo a su familia?

Los dioses eran injustos. Ahora que empezaba a sentirse en paz y acariciar la felicidad... Mihn sabía que Taru aceptaría su destino precisamente porque amaba su tierra y deseaba, por encima de todas las cosas, la felicidad de sus seres queridos.

El Miedo empezaba a cambiar de bando. El Sin-Ui ya lo sentía recorriéndole las venas.

Maldito Cielo.

Y maldito Destino.

Llegaron a las Montañas Sagradas entrada la noche del segundo día de viaje, pero antes de llegar al campamento del Útero de la Madre, tres vigías los recibieron.

Sabba vio sus siluetas recortarse sobre el Acantilado del Perro, y agradeció a los Dioses que Sinda se hubiera quedado dormida en el regazo de Xenia, porque esos hombres tenían un aspecto aterrador. Cuando los del Miedo se acercaron, pudo verlos mejor. Llevaban los rostros pintados de negro, desde el puente de la nariz hasta la frente, y un ojo rojo, en la parte trasera de sus camisas, que parecía mirarlo todo cuando se daban la vuelta. Según le había explicado Taru, ese era su emblema, y no solo lo usaban para provocar el terror del enemigo, sino para protegerse de los animales salvajes, especialmente los pumas, que solían atacar a los cazadores por la espalda.

Vestían de negro, llevaban los cabellos recogidos en trenzas, excepto uno de ellos, el más delgado, que lucía una cresta tiesa con las puntas teñidas de rojo.

Taru se adelantó a caballo, y sus hombres se arrodillaron ante él, reverentes. Uno de ellos se atrevió a alzar la vista curioso, pues el rey no llevaba su habitual máscara de uro. También miró al extranjero, pero luego bajó la cabeza, temeroso. Un gesto que ni a la princesa ni a Taisha les pasó desapercibido.

—Anunciaréis mi llegada por la mañana —ordenó el rey—. Estos son mis invitados. Los trataréis con todo el respeto. —Los guerreros asintieron y regresaron al puesto de vigilancia, excepto el de la cresta, que los escoltó hasta el campamento del Miedo.

A diferencia de la Tribu del Viento, los del Miedo no vivían en tiendas a la intemperie, sino que sus hogares estaban dispuestos al resguardo de un enorme saliente de roca, desde el cual la montaña se abría hacia unas interminables grutas que nadie aún había explorado hasta el final. Las llamaban El Útero de la Madre, y era un lugar sagrado para las Tribus del Norte, aunque hiciera años que nadie se atrevía a visitarlas. Vivían en comunidad, sólo el rey gozaba de una tienda más discreta.

—Hoy descansaremos todos en mi hogar —informó al grupo después de entregar su caballo al vigía de la cresta—. Mañana ordenaré habilitar un lugar adecuado para Xenia, Taisha y Mihn.

Xenia iba a intervenir cuando Taisha se le adelantó:

—Hasta que decida si voy a regresar con los del Viento, esta noche y el resto de ellas dormiré donde me plazca —rebatía la joven, mirando fijamente a su padre, quien no se opuso. Luego desmontó, soltó a Manzana, que se reunió con los demás caballos que descansaban en el prado, y montó un improvisado campamento en un lugar apartado junto al río.

—Yo también descansaré a solas —informó Mihn. A lo que el rey respondió:

—No es seguro ni adecuado. Los del Miedo no tienen en alta estima a los espectros.

Mihn sonrió aunque su sonrisa estuviera exenta de alegría alguna.

—No te preocupes por mí.

El de Hanol estaba a punto de marcharse cuando Xenia, que acababa de entregar a la pequeña Sinda a su madre ya despierta, habló:

—Oye... Mihn, ¿puedo ir contigo? —pidió al tiempo que le dedicaba al de Hanol una mirada de cachorrillo indefenso que surtió el efecto deseado.

—Claro. Voy a montar mi tienda de viaje junto al saliente. Es amplia, cabemos los dos.

Taru clavó la vista en Xenia y arrugó el entrecejo. Cuando el Rey del Miedo se acercó a ella, la oriental empezó a temblar y creyó que se le atragantaba el corazón.

—Tú y yo tenemos que hablar.

No habían cruzado una sola palabra desde que ella le había dicho que Sabba y Sinda estaban muertas, dos años atrás, debido a que la oriental lo había estado evitando hasta el momento. Ella tragó saliva y plegó los labios en el interior de la boca al tiempo que planeaba la forma de escabullirse. Pero el rey la cogió de la mano y le impidió marchar. Había llegado el momento de enfrentarse a él. Y el Taru de ahora le provocaba escalofríos.

—Oh, Taru... ¡Lo siento! —sollozó—. ¡Estoy tan arrepentida! Fue idea mía, yo lo planeé todo. Tampoco Mihn sabía la verdad hasta que te marchaste. Él es el único que no te mintió, y Sabba estaba demasiado débil como para llevarme la contraria. Ya me conoces: cuando algo se me mete entre ceja y ceja, puedo ser muy persuasiva...

—Basta, Xenia —interrumpió Taru, pero ella no obedeció.

—Pero, ¡tienes que escucharme! —las palabras le salían a borbotones, intercalando sollozos—. Pensé que mi engaño sería la única forma para que, al final, pudieseis estar juntos aquí, en el

Norte. Said la tenía férreamente vigilada, pero cuando supo que te habías marchado se relajó, y fue entonces cuando empezamos a planear el viaje.

—Xenia...

—El *Kais* la amenazó con ejecutarte si no cogías ese barco y pensé... ¿Cómo va a dejar sin más a Sabba y su bebé, con lo mucho que las quiere? No hubieras cumplido sus órdenes y te habrían matado; Sabba habría muerto de tristeza, Sinda se hubiese quedado huérfana y...

—Xenia, sólo quiero darte las gracias por cuidar tan bien de mi familia todos estos años.

Al ver la expresión sincera de Taru, los ojos de Xenia se llenaron de lágrimas que empezaron a resbalar por la barbilla temblorosa. Llevaba años recordando los gritos de dolor del norteño, tras haberle dicho la cruel mentira. No había olvidado su rostro desencajado e incrédulo, ni sus lamentos y súplicas, pidiéndole que le dijera la verdad, pues no era capaz de asumir que su amada y su bebé hubieran muerto. Después de todo el daño que le había causado, ahora le daba las gracias.

Sorbió por la nariz varias veces y luego estornudó.

—De... de nada... —gimoteó al tiempo que se secaba el rostro con torpeza.

Sabba se acercó a su mejor amiga, le dedicó una bella sonrisa y le dio un beso en la mejilla.

Sabba y Taru descansaban unidos en un abrazo sobre las pieles de dormir. Junto a ellos, la pequeña Sinda dormía con una expresión de paz en su bella carita. En ese mismo lugar, sobre ese mismo lecho, donde Taru había padecido tanto al creerlas muertas, estaba ahora su más preciado tesoro: su familia. Taru sonrió, acarició con dulzura la melena de su princesa y la besó.

Sin embargo, la preocupación no lo abandonaba. Algo lo inquietaba, pero no era capaz de definirlo.

—Eso que le has dicho a Xenia ha sido muy noble. —Sabba interrumpió sus pensamientos. Lo cogió de la mano y entrelazó los dedos con los suyos—. Ni te imaginas lo preocupada que estaba la pobrecilla.

—Espero que mañana sigas pensando eso de mí.

Taru la abrazó con fuerza y hundió la nariz en su melena.

—Pues claro, bobo —le dijo, cariñosa—. No te preocupes más, todo irá bien.

—Hay mucho que hacer aquí, y no sé por dónde empezar.

—¿No crees que Mihn está un poco raro? —Sabba cambió de tema para ver si él se distraía de sus preocupaciones.

—¿Mihn? —Taru se encogió de hombros—. No lo sé, tampoco le he prestado demasiada atención, a decir verdad. Me gustaría hablar con él y darle también las gracias por todo lo que ha hecho por vosotras. Ha sido de gran ayuda y os ha protegido en todo momento.

—Mihn es un buen hombre. Pero hay algo en él que... me inquieta. Aunque no sabría decirte exactamente qué es.

—Siempre ha sido muy reservado —lo defendió Taru.

—Es cierto, pero le sucede algo, y creo que Taisha tiene la clave.

Esta vez el rey prestó más atención.

—¿Taisha?

—Desde que llegamos a la Tribu del Viento, ella y Mihn se han hecho muy buenos amigos. Creo que tienen una relación amorosa, pero son muy discretos en ese aspecto. Especialmente él.

—¿Taisha y Mihn? —inquirió Taru muy sorprendido—. ¡Si son como el agua y el aceite!

—No creas, tienen muchas cosas en común, pero hace unos días que se han distanciado. Tal vez me estoy aventurando en exceso, pero creo que a él le preocupa la edad de Taisha. Ella sólo tiene quince años. No sé cuantos tiene Mihn, todo lo relacionado con su vida privada es un

misterio; pero es él quien se está alejando, de eso estoy segura. Y ella está muy enfadada. No le ha dirigido la palabra en todo el viaje.

—No sé muy bien cómo asimilar esta noticia, Sabba. Taisha es mi hija y, aunque ya no sea una niña, no puedo evitar pensar en ella como cuando tenía cuatro años... —el tono de voz de Taru se agravó—. Era mi pequeña... y ha crecido tanto...

—Es lógico que te sientas así. A mí me sucedería lo mismo con Sinda. Cuando llegué el día en que se enamore, no sé cómo reaccionaré.

Tras guardar unos instantes de silencio, Taru respondió:

—Cuando me uní a Aisha, ella tenía dieciséis años y yo era un poco más mayor.

—Si Mihn tiene tu edad, que no lo sé, podrían llevarse unos... ¿Diez o doce años?

Taru resopló, nervioso.

—¿Por qué no dejamos de hablar de esto? Ahora mismo no sé con qué cara miraré mañana a ese rufián. —Taru se revolvió inquieto—. Habría sido mejor que no me dijeras nada, Sabba. Siento que todo se me está yendo de las manos.

—¿A qué te refieres?

Taru suspiró.

—No he hecho las cosas bien, Sabba. Mi gente me teme, estoy enfrentado con mi hermano, mi hija me detesta, y para colmo, el ejército del Sur está cada día más cerca. Y Màara... —hizo una pequeña pausa antes de continuar—: Sigo unido a ella. Y ahora me dices que Mihn y Taisha tienen una relación... Tengo tantos frentes abiertos que siento que mi cabeza va a estallarme de un momento a otro.

—Eres el Rey de la Tribu del Miedo —aseveró Sabba con un ligero tono de ceremonia—. Tienes responsabilidades. Es lógico que te preocupes.

Aunque las palabras y el tono de Sabba hubieran tenido la intención de infundirle ánimos, él seguía sintiéndose inseguro.

—La única responsabilidad que quiero tener es cuidar de mi familia —confesó, cansado—. Lo único que me calma es teneros a mi lado.

—¿Y dónde está Màara ahora? —preguntó Sabba, entre molesta y curiosa.

Taru cerró los ojos, y suspiró.

—Si mis hombres no me han desobedecido, Màara seguirá presa en El Útero de la Madre, esperando a que la ejecute.

Sabba abrió mucho los ojos, luego se dio la vuelta para mirar a Taru.

—Pero no harás tal cosa, ¿verdad?

Taru se echó de espaldas y se llevó las manos a la cara. Luego se apartó la melena, un gesto muy suyo que indicaba preocupación.

—Pues claro que no —declaró—. Solo pretendía asustarla. Estaba muy enfadado, más bien rabioso, y quise darle una lección. —Taru se corrigió—: Bueno, tal vez sí la hubiera ejecutado si tú no hubieses aparecido. En aquellos momentos me sentía tan... dominado por el odio y el miedo que... Era incapaz de ver más allá de mis narices. De todas formas, no hay excusas que valgan; siento que hay algo oscuro en mi interior y no sé de qué forma arrancármelo.

—Tonterías —rectificó la princesa—. No te encontrabas en tu mejor momento, eso es todo. Mañana ya lo solucionarás. Ahora descansa.

Taru intentó hacer caso a Sabba. Volvió a abrazarla, cerró los ojos e intentó dormir. Pero su mente no dejaba de pensar y pensar...

Aunque ya no padeciera el terrible dolor de la pérdida, ni ese miedo tan atroz que le comía el alma, el norteño era consciente de que algo seguía yendo mal.

La llegada de Sabba y Sinda había sido una bendición, y Taru agradecía a los Dioses que se las hubiese devuelto. Una vez más, empezaba a recobrar la ilusión y la esperanza. Pero había algo que seguía atormentándolo. No solo se sentía culpable, sentía que por dentro seguía en ruinas, debía recolocar esas piedras derruidas y construir un nuevo hogar para su familia.

Era inútil, no podía dormir y decidió salir a tomar el aire.

Todo el poblado descansaba. Mihn y Xenia dormían en la tienda del de Hanol, y localizó el pequeño campamento de Taisha junto al río. Reinaba el silencio, de súbito interrumpido por el lamento de un lobo. Taru se sintió identificado.

Dio un largo paseo, caminó por el pequeño bosque, y recorrió el río un buen trecho. Sus aguas fluían tranquilas, en cambio el corazón del norteño parecía desbordarse por momentos. Tras visitar a los caballos y comprobar que estaban bien, regresó al poblado. No tuvo intención de adentrarse en las cuevas del Útero de la Madre, pero sus pasos lo llevaron hasta allí. Cogió una tea de la entrada y se adentró en las entrañas de la tierra. A medida que avanzaba, el frescor y la humedad lo envolvían. También la opresión. Una sensación que se intensificaba por momentos. Solo se escuchaba el sonido de sus pasos y, en algunos rincones, las sutiles notas musicales de las gotas de agua que caían al suelo. Y su propia respiración: inquieta, retumbando en sus oídos una y otra, y otra vez... Las representaciones en las paredes de distintos animales parecían moverse a su paso, animadas por la luz de la antorcha al avanzar. El gran megaloceros, la manada de caballos, hasta llegar a la Sala de la Llamada: Allí destacaba una obra que él mismo había creado: Una dama al galope sobre un refinado caballo blanco como la luna. Sus largos cabellos se enredaban entre la seda del vestido. Ella era Sabba, su amada diosa, La Princesa del Viento, la única capaz de arrancar el miedo del corazón del rey. Su princesa había respondido a la llamada, había regresado, tal y como había predicho Måara.

Måara...

Taru suspiró, estremecido y preocupado, pero siguió avanzando, a cada momento más y más inquieto. Al llegar a la entrada de la Cueva del Sacrificio, notó algo distinto a la última vez.

Si antes se había sentido allí poderoso y lleno de ira, como si un espíritu maligno lo poseyera, esta vez percibió que ese mal se había esfumado. En aquellos momentos sólo se sintió insignificante y culpable. Muy culpable.

Se topó con uno de sus hombres, quien se sorprendió al verlo. El vigía se puso de rodillas y empezó a temblar de miedo.

Taru suspiró antes de dirigirse a él:

—Levántate, Lum—le dijo. Conocía a todos los habitantes del poblado, pero jamás los había llamado por su nombre, lo que a Lum lo sorprendió aún más.

El joven se puso en pie, aunque no se atreviera a mirar a los ojos de su rey. El hombre que había ante él no tenía nada que ver con aquel que había marchado semanas atrás para hacerle la guerra a la Tribu del Viento. Su aspecto era el de alguien... cotidiano.

—¿Måara sigue aquí?

Lum se inclinó, temblando.

—Sí, mi rey. Sigue aquí, tal y como ordenasteis.

—Está bien, Lum. Puedes marcharte.

El joven lo miró con los ojos llenos de terror. Tendría la edad de Taisha, y había sido acólito de Måara cuando ella era la Líder de Caza de la Tribu del Viento. La apreciaba y había cuidado de ella todo este tiempo.

—No le haré daño, te doy mi palabra—lo tranquilizó el rey—. Ahora retírate.

Lum obedeció. Era la primera vez que el rey le dirigía la palabra. De hecho, no hablaba con

nadie que no fueran los sacerdotes del Miedo o su reina. Mucho menos daba su palabra a nadie. Hacía lo que le venía en gana, y nadie lo cuestionaba.

Taru lo vio marchar y adivinó, sin necesidad de tener el don de la predicción, lo que pensaba el joven. Ya solucionaría eso al día siguiente.

Caminó hacia donde se encontraba la reina y la vio atada a la roca. Parecía dormida.

—Màara —la llamó

Cuando la mujer abrió los ojos y se encontró con los de Taru, en un primer momento parpadeó confusa.

—Talu, ¿qué haces aquí?

Taru llevaba las ropas de la Tribu del Viento, no portaba tocado, ni llevaba el rostro pintado. Era lógica su confusión. Él no la sacó de dudas, solo se arrodilló y empezó a desatarla en silencio.

Màara no tardó en darse cuenta de que se trataba del rey, al ver las cicatrices que asomaban por su camisa entreabierta. Abrió mucho los ojos y el miedo se le atragantó.

—¡Mi rey! —farfulló.

Taru posó los ojos sobre ella, quien comprendió de inmediato que algo había cambiado en él. Su expresión no era la misma.

—Sí, soy yo, Taru —dijo sin más.

Ella sintió la acuciante necesidad de preguntarle muchas cosas, pero no se atrevió.

Cuando Taru la hubo desatado, se quedó parada en el sitio sin saber qué decir.

—Vete a dormir —ordenó—. Hablaremos mañana.

—¿Deseáis que os visite y os atienda en vuestro hogar?

Taru frunció el ceño. Después de todo lo que le había hecho, aún se ofrecía a servirlo.

—No —denegó—. No hace falta que vengas más.

Ella se puso en pie, confusa. Estaba a punto de abandonar la cueva cuando escuchó de nuevo la voz del rey:

—Màara, espera.

Ella se dio la vuelta, temblorosa y confusa. Era incapaz de acostumbrarse a ese nuevo Taru. Hacía años que no lo veía así.

—Hay una mujer y una niña descansando en mi hogar. Son dos de las extranjeras que acogió mi hermano en La Tribu del Viento. Hablaremos de ellas mañana, sólo te informo para que no te enteres por medio de otras bocas.

Màara parpadeó confusa.

—Ella es... la Princesa del Viento, ¿verdad?

Màara recordó haber visto su caballo en Roca Roja, sólo estaba atando cabos.

—Así es. Sabba es la Princesa del Viento.

—Entonces Taisha tenía razón. Acudió a vuestra llamada.

Taru sonrió y asintió con la cabeza. Màara no podía creerlo, no veía ese gesto en él desde antes de la muerte de Aisha.

—Sí, acudió a mi llamada, y ha venido a barrer el Miedo que yo he provocado. Espero que lo consiga.

Cuando Màara se marchó, Taru se sentó en el centro de la Cueva del Sacrificio. Observó a su alrededor y vio los rostros desencajados de los Espíritus del Miedo, unas pinturas que había creado él mismo, y que ahora desearía borrar. Pero no lo haría. Aquello formaba parte la historia de su vida y la de su tribu; una etapa que estaba dispuesto a dejar atrás, pero que no olvidaría, a fin de no cometer los mismos errores.

No se dejaría dominar más por el terror, aunque tampoco supiera cómo debía sentirse. Seguía teniendo miedo, pero este ya no estaba causado por el dolor o la desesperanza. Ahora volvía a tener a Sabba y Sinda junto a él, pero el ejército del Sur se acercaba, y pronto entrarían en guerra. Era, nuevamente, miedo a perder lo que más amaba. Los dioses le estaban dando una nueva oportunidad para salvar a su familia y esta vez no les fallaría.

RESPONSABILIDAD

Taru se estaba preparando cuando Sabba despertó. La escuchó suspirar, se dio la vuelta y la acarició con la mirada. Dormida era preciosa, pero cuando abrió los ojos, iluminaba hasta la noche más tenebrosa. Recordó la primera vez que ella lo visitó en aquel sucio calabozo de Ciudadela Esmeralda. Por aquel entonces, él yacía herido, al borde de la muerte. Estaba inmerso en un infierno, había perdido su libertad y a todos sus seres queridos. Y una jovencita de ojos verdes le había devuelto la esperanza. Por primera vez en meses vio la belleza y la bondad en otra persona. Después, la perdió y durante dos largos años la evocó cada noche y le rezó plegarias cada mañana, como si fuera una divinidad a la que acudir en los momentos más difíciles. Y después, como por obra de los Dioses, ella reapareció y le otorgó la libertad. Y la amó como jamás había amado antes para después perderla de nuevo...

Ahora, su princesa, su salvadora, estaba allí, aleteando las largas pestañas, desperezándose y desplegando los párpados para descubrir de nuevo los verdes y luminosos iris. La vio sonreír; deseó enviar todo al cuerno y hacerle el amor durante el resto de la mañana. Ella no lo habría rechazado, al contrario, pero el viaje había sido largo, tenía que descansar y, además, su pueblo lo esperaba.

—Buenos días. —Sabba se puso en pie y caminó hacia Taru. Lo abrazó desde atrás, apoyó la cabeza en su espalda y ronroneó como una gata.

Él cerró los ojos y notó el calor de su piel. Se bañó en su amor y sintió cómo cicatrizaba y sanaba su alma con cada respiración de ella. Le acarició las manos, que ella mantenía unidas en su cintura, y sonrió.

—¿Y Sinda? —preguntó Sabba.

—Hace un rato que le preparé el desayuno. Poco después vino Xenia, y se han ido con Mihn a ver los caballos. No he querido despertarte, dormías tan profundamente...

—Espero que le guste su nuevo hogar.

Taru no respondió, también deseaba lo mismo.

Se dio la vuelta, acunó el rostro de su amada y la besó en los labios. Ella gimió y el deseo los retuvo durante unos instantes. Taru se obligó a separarse de ella, aunque lo hiciera con delicadeza.

—Debo hablarle a mi pueblo —dijo con desgana—. Pero antes, dime: ¿has dormido bien, amor mío?

—Sí... —respondió ella, haciendo un encantador puchero.

—¿Sí? ¿Seguro?

—Lo cierto es que no dormía tan bien desde... —Desvió los ojos para pensar, pero se encogió de hombros—. Ya ni lo recuerdo. ¿Y tú? ¿Has dormido bien?

—Pues no —se sinceró Taru, al tiempo que le acariciaba la blanca barbilla con los nudillos—. Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, te prometo que tú tampoco dormirás bien en mucho tiempo.

Ella sonrió, coqueta, mientras acariciaba la camisa de Taru con el dedo índice.

—Estás muy guapo, ¿sabes? —ronroneó al tiempo que jugueteaba con la suave piel de ciervo

—. El negro te sienta de maravilla. Luces... misterioso y... peligroso como una pantera. Y a mí me atraen los felinos.

Taru se había esmerado con su imagen. Quería presentarse adecuadamente ante a su pueblo, que aguardaba a las puertas de su tienda desde la madrugada. Se había vestido con una camisa de cuero teñido de negro, y unos pantalones del mismo color. No llevaba adorno alguno, a excepción de unos largos flecos que caían desde la axila hasta las empuñaduras de las mangas. Igual sucedía a ambos lados del pantalón. Esos flecos se movían al caminar, disimulaban su cojera, y le daban el aspecto de una rapaz a punto de alzar el vuelo. Llevaba el pelo suelto y se había maquillado los ojos a fin de resaltar el iris color miel, al modo de las gentes del Norte. No volvería a usar la Máscara de Uro, ni a sentarse en el Trono de Hueso.

A partir de ese momento, volvería a ser Taru y nunca más el Rey del Miedo.

—Debo irme, me están esperando. ¿Me deseas suerte? —pidió.

—No la necesitas, está de tu lado.

Sabba lo besó y lo instó a salir de la tienda entre risas y empujones.

Lo observó marchar con el rostro arrebolado por el contento.

Se sentía feliz. Taru ya no era aquel esclavo derrotado que conoció en Ciudadela Esmeralda, ni el salvaguarda que luchó por su amor y lo perdió en Ciudad de Oriente. Su norteño volvía a ser un hombre libre, un poderoso guerrero, enérgico y eficaz. Había sufrido terroríficas calamidades, y había logrado recuperarse. El aún parecía albergar ciertas dudas sobre sí mismo, pero Sabba confiaba plenamente en su capacidad.

Taru era un auténtico superviviente, un héroe.

La Princesa del Viento no podía estar más orgullosa de su rey.

Màara permanecía arrodillada frente a la tienda del rey, con la vista clavada en el suelo. Tras ella, toda la Tribu del Miedo en completo y absoluto silencio.

Taru se quedó quieto frente a su tienda y, por un momento, vacilante. Unas semanas antes habría visto ese acto de sumisión como algo lógico, la obligación de su tribu; un símbolo de respeto y veneración hacia su persona. Pero en aquellos instantes se sintió fuera de lugar.

Una súbita ráfaga de viento le meció la melena y le dio la fuerza y el ánimo que necesitaba.

Alzó el mentón y posó la vista en todos y cada uno de los miembros de la Tribu del Miedo. Los rostros seguían clavados en el suelo, excepto los de los niños más pequeños, que lo observaban con curiosidad. Buscó con los ojos a Sinda, pero dio con Taisha, que permanecía en pie, con los brazos cruzados. Siempre se había negado a mostrar sumisión, y Taru la admiraba por ello. Pero en aquellos momentos su hija lo miraba con una ceja alzada y una expresión tan sarcástica que lo incomodó. No muy alejados de ella se encontraban Xenia, Sinda y Mihn. Las orientales lo miraban sorprendidas, excepto el de Hanol, que mantenía la imperturbable expresión que lo caracterizaba.

—Poneos en pie —ordenó en un tono neutro. Todos obedecieron, pero siguieron con la vista baja en señal de sumisión. Taru tomó aire antes de añadir—: Taisha, ¿podrías acercarte y colocarte a mi lado? Màara, tú también. Por favor.

La reina alzó la mirada, inquieta. Finalmente obedeció al igual que Taisha, quien antes de ir hacia él, dejó caer los brazos, puso los ojos en blanco y se apartó el flequillo de la frente con un resoplido. Un gesto que removió a Mihn.

Cuando su esposa e hija se hubieron colocado a su vera, Taru habló de nuevo.

—Renuncio a ser vuestro rey. —Màara fue la única que se atrevió a mirarlo a los ojos con la boca abierta. Taisha hizo exactamente lo mismo, aunque volviera a alzar la ceja izquierda al tiempo que dibujaba en los labios una sonrisa torcida. El resto de la Tribu no movió un pelo. Taru

tomó aire, lo expulsó y volvió a hablar—: Tal y como las leyes antiguas guiaron a las Tribus del Norte, generación tras generación, pretendo restablecer los tres liderazgos. Deseo ser vuestro Líder de Guerra, y ofrecer a Mâara el liderazgo de Caza, y a Taisha el liderazgo de Medicina. Si alguien no está de acuerdo, ahora es el momento de hablar. —Nadie osó contradecirlo, pero algunos de sus más fieles guerreros se atrevieron a alzar la vista, anonadados. No comprendían el cambio de actitud de su rey, pero tampoco les disgustaba. Taru, haciendo caso omiso de la sorpresa general, miró a Mâara con gesto solemne—. Entonces Mâara, ¿aceptas ser la Líder de Caza de la Tribu del Miedo?

Ella tomó aire con lentitud antes de responder. Sin saber cómo actuar ante ese nuevo Taru. Estaba claro que ya no era el mismo. Sus ojos ya no mostraban esa perpetua agonía. Ahora brillaban con determinación, y también con humildad.

—Sí... sí, claro. Acepto.

Taru cabeceó y le dedicó una sonrisa de aliento. Le puso una mano en el hombro y alzó la otra mano, señalándola.

—¡Tribu del Miedo! —exclamó—. Aquí tenéis a vuestra Líder de Caza. Ella nos guiará y alimentará. ¡Salve!

La gente se miró entre sí, extrañada. Pero los más ancianos, aquellos que recordaban los buenos tiempos, antes de la llegada de los espectros, alzaron las manos y gritaron el saludo, al que poco después se unieron todos los demás.

Taru inclinó la cabeza en señal de aquiescencia. Se giró y miró a Taisha, quien compuso una cara de circunstancias; le dio una patada a una piedra imaginaria y miró hacia otro lado al tiempo que se mordía el labio inferior. La manera en que su padre estaba actuando era la que siempre quiso ver en él, pero siempre se había sentido decepcionada. Ahora quería creer, anhelaba hacerlo, pero no terminaba de confiar.

—Taisha, ¿aceptas ser la Líder de Medicina de la Tribu del Miedo?

Su hija le devolvió la mirada y achinó los ojos antes de responder:

—Me lo pensaré —dijo muy despacio, para dar más énfasis a su respuesta.

Taru evitó sonreír. Se sentía aliviado, pues había esperado una negativa. Luego regresó la mirada a su gente y anunció:

—Esta noche celebraremos un Consejo formal aquí mismo, al aire libre. Taisha tiene hasta entonces para tomar una decisión.

Murmillos de extrañeza empezaron a resonar por todo el poblado, pero Taru alzó la mano izquierda para pedir silencio.

—Mâara, prepara una partida de caza —ordenó—. Tras el Consejo, se celebrará un banquete. El resto, preparad vuestras mejores galas; deseo que todos disfrutemos de una agradable velada.

Se giró para regresar a su tienda cuando Taisha le habló, en voz baja, solo a él.

—¿Una agradable velada? —Su tono de voz era sarcástico—. Qué considerado.

Taru se detuvo y la miró.

—Ya es hora de aparcarse el miedo, Taisha.

—Muy sutil lo de Mâara...

Taru frunció el ceño sin comprender.

—¿Disculpa?

—Ofrecerle el liderazgo para así poder estar con Sabba ha sido un movimiento inteligente, lo reconozco —acompañó las palabras con una irónica expresión. Al ver que Taru no se daba por aludido, aclaró—: Ya sabes: según las leyes antiguas es tabú que dos líderes estén unidos en matrimonio.

—¿Crees que he actuado por motivos egoístas? —La indignación se apoderó de Taru. En su ánimo no había habido pensamiento alguno a su favor cuando decidió que Màara debía recuperar su antiguo cargo, y ahora que Taisha lo acusara lo hería.

—¿Desde cuándo no ha sido así? —acusó ella una vez más.

—Me conoces poco, Taisha.

La joven sonrió con sarcasmo.

—Tienes razón —se encogió de hombros—. No veo a mi padre desde que tenía cuatro años.

Taisha empezó a caminar hacia el río, pero Taru la siguió.

—Espera, Taisha —pidió. Al ver que ella hacía oídos sordos, Taru la adelantó, se colocó ante ella y le cerró el paso.

—Está bien, reconozco que no he sido el mejor de los padres, ni tampoco he sido bueno con Màara, pero deberías saber que no necesito utilizar ardidés para unirme a la mujer a la que amo —aclaró—. No le he ofrecido a Màara el Liderazgo de Caza por ese motivo. Ella es la más cualificada para esa función, además se lo merece; ha tenido que soportar mi mal humor durante demasiado tiempo.

—No tienes que darme explicaciones, Taru —dijo Taisha después de soltar una carcajada de incredulidad.

El norteño suspiró y dejó caer los hombros.

—¿Crees que algún día podrás perdonarme, Taisha?

Su hija se cruzó de brazos al tiempo que miraba a su padre con el ceño fruncido.

Pero los ojos de Taru no mentían, y estaban cargados de preocupación. Desde que Sabba y Sinda habían llegado al Norte, él había cambiado. El miedo se había alejado de él, dando paso a la preocupación, sí, pero también a la esperanza. Aunque lo hecho en el pasado sería muy difícil de olvidar.

—Tal vez, cuando tus palabras se transformen en hechos.

—Taisha, por favor, espera... —la agarró de la mano cuando vio que su hija emprendía de nuevo la marcha—. Sé que he cometido muchos errores, pero tenía mis motivos.

—Me importan bien poco tus motivos. —Ella se zafó con brusquedad—. No obstante, me gusta cómo te has mostrado hoy ante la Tribu. Demuéstrame que has dejado atrás el Espíritu del Miedo, y tal vez empiece a verte con buenos ojos.

Dicho esto, se marchó dejando a Taru con el corazón castigado.

Se llevó las manos a la cabeza, se apartó la melena y suspiró, frustrado. Iba a entrar en su hogar cuando Mihñ lo interceptó.

—Taru, tenemos que hablar.

El norteño señaló la dirección hacia donde se había marchado su hija.

—Dime que ese mal humor lo has provocado tú, te lo suplico...

—En parte —confesó el de Hanol—. Aunque no sea Taisha de quién quiero hablarte.

—¿Y no puedes esperar a esta noche?

Mihñladeó la cabeza en un sutil gesto, muy suyo, mientras pensaba y al fin cabeceó.

—Podría.

—Bien, pues hablaremos justo después del Consejo. Además, necesito que me apoyes en algo. ¿Lo harás?

—Claro, sólo dime de qué se trata.

—Lo sabrás esta noche. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

El de Hanol se quedó mirando cómo su amigo se metía en la tienda, arrepentido de haberse precipitado. Aquel no era el momento adecuado para hablar con Taru, mucho menos de un tema tan

importante. El norteño tenía que resolver varios conflictos antes de enfrentarse a lo que estaba por venir.

Negó con la cabeza a la vez que reconocía que, de un tiempo a esa parte, actuaba de forma precipitada, estúpidamente movido por las emociones, que no le daban tregua. Y eso tenía que cambiar. Pero lo que sentía por Taisha, su responsabilidad para con el Norte, y la aceptación de quién —o más bien qué— era lo superaban...

Solo tenía claro que no quería renunciar al amor de esa indómita joven, y odiaba el futuro que lo aguardaba. Pero no tenía más remedio que acatar lo que disponía el Destino. No se podía permitir más errores. Esa misma noche hablaría con Taru y su plan se pondría en marcha.

La celebración comenzó muy entrada la tarde, y al aire libre, donde una gran hoguera presidía el centro de la reunión. Sobre ella se asaba un gran venado, capturado por Måara y sus cazadores pocas horas antes, y del cual los niños no apartaban los ojos, tan abiertos como los de las lechuzas. A los pequeños se les hacía la boca agua al imaginar la jugosa carne que estaban a punto de degustar, y sus madres procuraban, nerviosas, que no se acercaran demasiado al fuego. La gente estaba más animada que de costumbre, y algunos de ellos, los hombres más jóvenes y los guerreros, se habían vestido con sus mejores galas: camisas de cuero con largos flecos en las mangas, pecheras de hueso, collares y pendientes de conchas marinas, rostros bellamente maquillados, y plumas de águila que adornaban las largas melenas sueltas. Las mujeres solteras también se habían acicalado, aunque más discretamente, pues muchas de ellas lucían tatuajes en el rostro, y sólo a veces sonreían a los hombres con estudiada timidez. Llevaban las melenas trenzadas y también lucían joyas, destacando unos finos brazaletes de hueso labrado que sonaban al moverse; una sutil forma de llamar la atención de sus enamorados. Los únicos que mostraban abiertamente su entusiasmo eran los niños más pequeños, y la mayoría de los ancianos. Los más atrevidos, que habían conocido tiempos mejores, hacían sonar los tambores y alguna que otra flauta de hueso para alegrar el ambiente.

Llegado el momento, Taru hizo una señal y todos se sentaron en círculo, alrededor de la hoguera, para escuchar al que había sido su rey. El norteño no se posicionó en un lugar destacado, sino junto al resto; quería dejar claro que era uno más, aunque no acabara de lograr su objetivo. No había nadie allí que no estuviese pendiente de él. A su vera se encontraban Måara, Taisha y Mihn. Sabba, Sinda y Xenia permanecían junto a las madres, los ancianos y los niños. Taru habría preferido tenerlas más cerca, pero le alivió comprobar que su princesa ya había empezado a hacer buenas migas con el resto de las mujeres, y Sinda tampoco había tardado en relacionarse con los demás niños.

Con ese pensamiento esperanzador se puso en pie.

—Sé que estáis sorprendidos por el anuncio de esta mañana —empezó a decir, intentando usar un tono conciliador—. Es un cambio repentino, pero hay un motivo de peso: Como ya sabéis, un gran ejército proveniente del Sur se acerca y no tardará en llegar. —Taru observó las reacciones de los miembros de la tribu. Todos callaban; en las miradas se reflejaba el miedo, y las madres abrazaron a los niños más pequeños, temerosas. Posó la vista en su hija y habló de nuevo—: Taisha ha podido comprobar, personalmente, cómo esos demonios ya han arrasado Bosque Negro y capturado a la mayoría de sus habitantes —se empezó a oír un murmullo, pero lo ignoró—. Por ese motivo, las tribus del Norte deben unirse para impedir su avance, y la Tribu del Miedo no puede ignorarlo. Si nos quedamos al margen, todo el Norte podría quedar destruido, y la vida, tal y como la conocemos, desaparecerá. —Taru alzó el tono de voz y habló con pasión—: Barrerán nuestras costumbres, nuestros dioses serán olvidados, esclavizarán a quienes tengan fuerza y talento suficientes para servir a sus intereses, y descartarán a los más débiles. Matarán a los

niños, a las mujeres embarazadas y a los ancianos. Ya ha sucedido antes; muchos de los que estáis aquí habéis presenciado de qué son capaces estos crueles invasores, pero ahora la situación es más grave. Su intención es invadir este continente y arrasar con la vida salvaje que lo habita. Pretenden construir grandes ciudades, contaminar los ríos y viciar el aire... Todo cuanto amamos será destruido si no lo evitamos. Para ello, debemos apartar nuestras diferencias con el resto de Tribus porque, separados, somos todos más vulnerables.

Hizo una larga pausa, durante la cual miró a todos y a cada uno de los asistentes. Taru no se había ido por las ramas, había hablado con contundencia y rogó para que el discurso diera el fruto deseado. Sin embargo, solo los niños más pequeños lo miraban con curiosidad, y supo que aún había mucho por hacer para que los adultos dejaran de sentir miedo de él y le otorgasen su confianza.

Pero todo a su debido tiempo.

—Sé que me teméis, que no confiáis plenamente en mí, y no os faltan buenas razones para ello. En cierta forma, el miedo nos ha protegido, aunque también nos haya aislado y enfrentado. Pero ha llegado el momento de dejar atrás todo eso. Hace unas semanas, en la Tribu del Viento se celebró un Consejo Tribal al que asistieron todos los líderes del Norte. Los de Toca Las Nubes, los de Arrecife, y los de Bosque Negro. Incluso el Rey Int de Isla Murciélagos envió a un emisario para conocer todo lo que allí se dijo. Yo no asistí, fui condenado al Olvido, pero los extranjeros que han venido conmigo sí participaron en dicho Consejo y por eso están aquí: para dar fe de ello.

Taru hizo otra pausa. Los miembros del poblado clavaron la mirada en los sureños, especialmente en Mihn. El de Hanol les provocaba curiosidad por sus exóticos rasgos, aunque también mucha desconfianza, pues era de la misma raza que los espectros. Taru le dedicó a Màara una significativa mirada, que ella correspondió asintiendo con la cabeza. Luego tomó aire, nerviosa, y miró a los asistentes, dando a entender que apoyaba sus palabras. Él no le había hablado de Sabba, ni de la relación que mantenían, pero en el poblado la gente rumoreaba, y el norteño daba por sentado que conocían la verdad.

—Màara ha aceptado ser la Líder de Caza de la Tribu del Miedo, y eso significa que a partir de ahora ella y yo ya no estamos bendecidos por la Unión. —Taru posó la vista en la mujer, buscando su aprobación—. Màara, ¿estás de acuerdo?

Ella se puso en pie para responder:

—Estoy conforme, y asumiré con responsabilidad mi liderazgo —dijo con el orgullo pintado en el rostro—. Pero antes deseo animar a Taisha a que haga lo mismo —observó esta vez a la joven norteña—. A pesar de su juventud, es toda una mujer. Es fuerte, inteligente y muy intuitiva. Tuve el honor de compartir liderazgo con su madre, Aisha, quien asumió esa responsabilidad a su misma edad, y acabó siendo una de las mejores líderes que se ha conocido en muchos años. —Màara clavó la vista en Taru, por primera vez sin miedo, y con la autoridad recuperada—. En cuanto a nuestra Unión, siéntete libre, Taru. Puedes unirme a la Princesa del Viento, pues así es como debe ser nombrada a partir de este momento. Ella es una bendición, lo supe desde el momento en que vi su representación en la Sala de la Llamada.

Taru asintió, agradecido. Màara sonrió, agachó ligeramente la cabeza, y se sentó nuevamente en su sitio. Todos los ojos se posaron en Sabba, pero Taisha se puso en pie y las miradas cambiaron de dirección.

La joven alzó el mentón y miró a todos los asistentes con una expresión solemne.

El corazón de Mihn empezó a latir con brío ante la bravura de Taisha.

—Sé que llevo la Medicina en la sangre —empezó a decir—. Mi madre, Aisha, de la Tribu del Viento, fue una gran Líder Medicina, nada me gustaría más que seguir sus pasos. Sin embargo,

me he alejado del mundo espiritual, y necesito reencontrarme con él, por lo que ahora no os sería de gran ayuda. Os pido unos días más, y después tendréis mi respuesta. —Taisha miró a su padre, quien cabeceó conforme. Había obviado otro de los motivos: aún no había decidido si regresaría con la Tribu del Viento. Se sentó en su sitio, y dirigió la vista hacia Mihn con el ceño fruncido. Había sentido la intensa mirada del de Hanol durante su discurso, y la frustración y la rabia crecían en su ánimo por el estúpido comportamiento de ese hombre. O lo que fuera. Al instante, lo vio apartar el rostro y apretar la mandíbula.

La voz del nuevo Líder de Guerra de la Tribu del Miedo la sacó de sus pensamientos, obligándola a centrar de nuevo su atención en él.

—Måara y Taisha han hablado con el corazón, y por ello les ofrezco mi total gratitud —valoró Taru—. Ahora quiero explicaros por qué los extranjeros están aquí. Como ya sabéis, viví durante años en el Sur. Como muchos otros que no han podido regresar, fui capturado, esclavizado, torturado y humillado; si no hubiera sido por estas personas, aquí presentes, no habría sobrevivido. Tampoco habría podido regresar. Les debo la vida, la libertad, y también tienen mi lealtad y mi protección. Sabba es una princesa del Reino de Oriente, y su hija Sinda también es mi hija. —En ese punto todos, en especial las mujeres, alzaron el rostro y, por primera vez en años, miraron a los ojos del que había sido su rey con una mezcla de ternura y curiosidad. Estaban conmovidos. Animado por esas expresiones, prosiguió—: Ella me rescató, me mostró el camino de la esperanza, y me otorgó la libertad. Y aunque no pudiéramos unirnos legalmente, sí lo hicimos con el alma y el corazón. Mi compromiso con ella es irrenunciable, y no solo le debo todo lo que he dicho antes, también le debo la felicidad. —Tras mirar a Sabba con ternura, posó la vista en el de Hanol—. Él es Mihn, procede del Reino de Hanol. Me apoyó cuando pensé que debía renunciar a quien, por aquel entonces creía, era lo único que me quedaba. —Miró a Taisha de forma significativa—. Me encontró un lugar donde vivir, me enseñó el arte marcial de Hanol y cuando pensé que todo estaba perdido nuevamente, protegió a Sabba y a mi hija Sinda y, junto con Xenia, las guió hasta mí. A él le debo la vida de dos de las personas que más quiero. —Le tocó el turno a Xenia—. Y esta fantástica mujer lo planeó todo para que la familia que formé en Ciudad de Oriente pudiese reunirse conmigo aquí. Su nombre es Xenia, es la hermana de Sabba y la persona más fiel que haya conocido jamás. Y también la más testaruda —añadió jovial. La oriental no pudo evitar sonreír. Taru también lo hizo. Luego miró a su pueblo, de nuevo con seriedad—. Estas personas, a pesar de proceder del mismo lugar que los invasores, son mi familia. Todos ellos. Y los protegeré con mi vida.

Mihn cerró los ojos, tomó aire profundamente y se puso en pie.

Taru lo miró con solemnidad y le cedió la palabra.

—Me llaman Mihn y nací en el Reino de Hanol.

Cuando el exótico extranjero rompió su silencio, todos se sorprendieron. Hablaba a la perfección el idioma del Norte, ni tan solo una variante vocal lo distinguía del acento Norteño. Parecía como si hubiera nacido allí, a pesar de que sus rasgos fueran completamente distintos. Vestía las ropas del Viento, camisa y pantalones con flecos y dibujos geométricos, y la larga melena suelta envolvía un rostro tan distinto al de ellos como hermoso e inquietante. Ese contraste, y el hecho de que se asemejase a los invasores, dejó a la Tribu muda.

—Sé que pensáis que el ejército que se avecina está formado por espectros; seres etéreos con poderes sobrenaturales, imposibles de matar y, por lo tanto, vencer. No es así. El ejército que ha pisado el Norte está formado por personas de carne y hueso, como todos los aquí presentes. Como yo, como Sabba, como Xenia, incluso la pequeña Sinda, hija de Taru, en la que se mezclan la sangre de dos continentes. El ejército del Sur proviene de tres civilizaciones, todas distintas pero

con un único objetivo: dominar vuestra tierra y eliminaros. —Se escuchó un murmullo de pánico pero Mihn lo ignoró—. El Reino de Hanol está situado al Este del Gran Continente Sur, separado por el que vosotros llamáis el Gran Mar. Es el reino más grande de los tres, y está habitado por personas de mi misma raza: la etnia Han. Están gobernados por un emperador al que consideran un dios. Los que han arribado a vuestras tierras son mercenarios experimentados. Dominan la alquimia, poseen armas que escupen fuego, y son expertos en el arte de la guerra. Son muy peligrosos, inteligentes y, aunque luchan por dinero y riquezas, lo harán hasta la muerte, pues su código del honor no les permite la rendición. El segundo reino llegado del Sur es el País del Hierro. Dominan el arte de la forja. Ellos son quienes han traído la maquinaria pesada para la guerra, los buques y también los colonos, así como a su propio ejército. Su infantería es la más letal que se conoce, sus armaduras y espadas son de acero puro, prácticamente indestructible, y aunque también usen armas de fuego, su destreza con la espada es toda una leyenda en el Sur. Y por último está el Reino de Oriente. Estos son comerciantes, y su ejército no es muy grande en comparación con los demás. Pero poseen una excelente caballería. Sus corceles son los más rápidos y resistentes que se conocen; algunos de ellos son casi tan rápidos como el viento, y ágiles como las gacelas. Sus jinetes son los más experimentados que he visto jamás, y a lomos de esos caballos son prácticamente invencibles. Por ello, tal y como os ha explicado Taru, es imperativo que los pueblos del Norte se unan para la gran batalla que se avecina. Conocí a Taru en Ciudad de Oriente y doy fe de que es un hombre de palabra. Es posible que haya cometido errores, pero hará cualquier cosa para proteger a su gente y su familia.

Cuando Mihn acabó de hablar se sentó, no sin antes mirar a Taisha a los ojos. Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos, luego arrugó el entrecejo y clavó la vista en las llamas de la hoguera.

Taru tomó la palabra de nuevo.

—Deseo que mi propuesta sea aceptada por toda la Tribu del Miedo. Quienes estén de acuerdo en que sean recuperadas las antiguas costumbres y de nuevo se rijan los Tres Liderazgos, que se pongan en pie y den un paso al frente. Pero antes debéis saber que, quien no lo quiera así, quien permanezca en su sitio, no sufrirá represalias y su postura será respetada.

Se miraron unos a otros, y de nuevo un murmullo rompió el silencio que había precedido a las palabras de Taru. Cuando Måara se puso en pie, todos callaron. Para sorpresa de Taru, la siguió Taisha. Poco después, Leenhar se puso en pie y después todos los guerreros de la Tribu del Miedo.

Por último, las mujeres y los ancianos. Incluso los niños.

Taru ya no volvería a ser jamás el Rey del Miedo

La reunión derivó en una modesta fiesta, algo a lo que los miembros de la Tribu del Miedo no estaban acostumbrados, pero que disfrutaron, al principio con timidez y luego con alegría. Por primera vez en muchos años, en las Montañas Sagradas, se escucharon risas, música e incluso hubo bailes.

Después de hablar unas palabras con Leenhar sobre un posible parlamento con el jefe del Viento, Taru encontró el momento para acercarse a Sabba.

Durante la celebración tuvo que atender a varios de sus guerreros, y aunque escuchara con atención sus propuestas y dudas, en ningún momento dejó de mirar a Sabba. Aquella noche lucía magnífica. Se había recogido el pelo en una trenza de espiga que le rodeaba la cabeza y acababa en la coronilla, donde la larga melena se iba deshaciendo con estudiada despreocupación hasta que los amplios bucles caían por el hombro izquierdo. Llevaba un sencillo vestido de color blanco, ajustado en la cintura y sin mangas, con un pequeño escote. Alguien le había pintado los

brazos, desde los hombros hasta las manos, con motivos florales. Se había maquillado los ojos al modo del norte, perfilado los párpados, haciendo más luminosa su verde mirada. Y en las orejas unos preciosos pendientes de nácar.

—Estás... estás preciosa...

Taru podía expresarse a duras penas. Estaba impresionado.

Ella aleteó las pestañas, sonrió coqueta, se puso de puntillas y le rozó la mejilla con los labios.

—Espero que esta noche tus besos no sean tan castos —se quejó él con voz sedosa, al tiempo que con un gesto la invitaba a pasear a su lado.

—No lo serán —prometió Sabba con un brillo de picardía en los ojos verdes, en el momento en que aceptaba su invitación con un elegante gesto de asentimiento—. Pero es importante que seamos discretos ante tu gente. Es obvio que tienen a Måara en alta estima, y no sería conveniente desandar el camino que has iniciado con tan buen pie —dijo al tiempo que le devolvía la sonrisa a una mujer que se cruzó con ellos—. Soy una extranjera y no quiero ser un impedimento para su lealtad hacia ti.

—Te haré caso por el momento —aceptó Taru a regañadientes—. No soy un buen político. En eso, tú tienes más experiencia.

—¿Tú crees? —sonrió Sabba ante el cumplido.

—Me consta —aseguró él—. En Ciudad de Oriente todos te amaban y respetaban, aquí no será diferente.

Sabba suspiró.

—Tengo mucho que aprender. Para empezar, necesito hablar vuestra lengua con fluidez.

—Eres y seguirás siendo una gran dama, no tendrás problemas para ganarte el respeto y el cariño de la tribu tal y como, me consta, te lo ganaste en la Tribu del Viento. Yo, por el contrario, no he nacido para esto; tan solo deseo proteger a mi familia.

—Y lo estás haciendo muy bien —lo animó Sabba con una caricia en el antebrazo. Él le atrapó la mano y se la llevó a los labios, al tiempo que miraba a su princesa con un brillo prometedor en las pupilas.

En aquel momento apareció Xenia, acompañada de Sinda. La oriental sorprendió a Taru con un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—No he podido evitar escucharos, y lo siento, pero yo no estoy de acuerdo en guardar las apariencias. Te mostraré abiertamente mi cariño cuando me plazca, porque... —Xenia hizo un puchero, estaba al borde del llanto—. Porque te aprecio y... Bueno, Sabba es mi hermana de leche, y también me considero de la familia.

Taru soltó una carcajada que sorprendió a todos, especialmente a Sabba que jamás lo había visto reír así.

—Estoy empezando a plantearme en serio si debería convencer a Mihn para que te entrene como espía —bromeó.

—Me parece una idea fantástica —valoró Sabba—. Con Xenia infiltrada en las filas del enemigo, tendríamos la guerra asegurada —miró esta vez a su amiga y la besó en la mejilla—. En cuanto a lo de si eres de la familia o no, ¿acaso lo has dudado alguna vez, Xenia?

Xenia iba a responder cuando Sinda corrió hacia su padre. Seguía llevando en las manos el juguete del caballito que él le había tallado antes de nacer. No se separaba de él. El corazón del norteño se llenó de amor: un amor que desembocó en una sonrisa aún más amplia que la anterior.

—Papá —dijo la pequeña—. ¿Dónde está tu máscara?

Taru se quedó pasmado.

—¿Qué máscara? —se agachó y le revolvió el pelo.

—La que llevabas el primer día que te vi —afirmó la pequeña, muy seria—. ¿Me la dejarás para asustar a los otros niños? Esos cuernos y esa calavera daban mucho miedo.

Taru volvió a sonreír.

—Dudo que tú tengas miedo de algo —respondió tras besarla en la coronilla.

Pero su expresión se vio interrumpida por la llegada de Mihn. Su mirada no admitía réplica.

—Disculpadme —alegó—. Mihn y yo tenemos que hablar.

Tras echarle una significativa mirada a Sabba, quien asintió con la cabeza, siguió al de Hanol.

A lo lejos, Taisha los observaba con el ceño fruncido.

Mientras caminaban en silencio hacia el río, Mihn permanecía serio y Taru empezaba a notar que algo muy malo se avecinaba, algo que, intuyó, impediría nuevamente el desarrollo de su felicidad.

El norteño llevaba días inquieto, pero no fue hasta ese momento que se dio cuenta de que no había sido una simple premonición, sino que se trataba de algo real; algo que el destino tenía previsto para él, y de lo que no podía escapar. Esta vez, no. Y el de Hanol tenía la clave de todo eso. Mihn conocía, mejor que nadie, el poder del ejército que los amenazaba. Un ejército sin puntos débiles, más numeroso, mucho mejor armado y organizado que el Norte. Sería difícil, por no decir imposible, vencerlos. El miedo regresó con fuerza e hizo palpitar el corazón de Taru ante el temor a perder lo que había recuperado.

Llegaron a la orilla y comenzaron a bordearla. La suave brisa mecía las hojas de los árboles que parecían murmurar secretos inconfesables. Una lechuza blanca se dejó ver con un elegante y animoso vuelo. Perseguía a un murciélago que finalmente atrapó. Luego se posó sobre las ramas de un anciano tejo y allí se dio un festín.

—Para mi pueblo, la lechuza es el guardián sagrado de la vida futura. —Mihn rompió por fin el silencio y su voz cavernosa agitó el alma de Taru—. También representa la sabiduría y el Destino. Gobierna la noche, y es el protector de las almas que viajan de un mundo a otro.

—Es el Animal de Poder de mi hija Taisha —respondió Taru como para sí mismo.

Mihn frunció el ceño, estremecido.

—No lo sabía —musitó—, pero ahora entiendo muchas cosas.

—Ese tejo es sagrado para nuestro pueblo —observó el norteño—. Su madera es muy flexible, y con sus ramas fabricamos arcos y lanza venablos. Pero hay que ir con cuidado, y tratarlo con respeto; su espíritu es caprichoso. —La expresión de Taru se tornó enigmática, como si estuviera hablando de su propia experiencia—. Puede dar la vida y también quitarla. Corren leyendas sobre cazadores que se quedaron dormidos a su sombra y no despertaron jamás.

—A la lechuza parece no afectarle —valoró el de Hanol, pensando en Taisha.

Taru también pensó en ella cuando respondió lo siguiente:

—Porque conoce su oscuridad, y no solo no la teme: la aprecia.

Mihn no dijo más y ambos siguieron avanzando.

Taru le echó un fugaz vistazo a su amigo. Parecía revolverse en su interior, aunque no lo demostrara. El norteño había estado tan preocupado, y con tantas cosas en la cabeza, que no se había percatado del cambio que había experimentado el de Hanol. No, se corrigió, no podía tratarse de un cambio, era como si siempre hubiera tenido dos rostros: uno amable y risueño, y el que había guardado hasta entonces: inquietante; y ahora que podía observarlo de cerca: cargado de sabiduría y poder.

En Ciudad de Oriente, Mihn había sido un simple miembro de la guardia personal del *Kais*. Si bien era cierto que había destacado entre el resto de sus compañeros por su destreza en las artes

marciales y su temple, siempre había actuado con discreción; nunca había hecho alarde de su maestría, y se había limitado a transmitirle a Sabba y a él una pequeña parte de su sabiduría de forma desinteresada. O tal vez no tan desinteresada. Mihn no parecía la clase de hombre que hacía las cosas al azar, y Taru estaba convencido de que algo lo había traído hasta allí. No era que desconfiase, le estaba muy agradecido, pues había mantenido a salvo a su familia, pero tenía que haber algo más: un motivo más elevado que, estaba seguro, el de Hanol estaba a punto de revelar.

Vestía como los norteños: con el pelo suelto y el rostro maquillado, pero no era su nueva imagen la que lo intrigaba. Su mirada era distinta. Su expresión, aunque intentara parecer neutra, era más introvertida, y al mismo tiempo cargada de conocimiento, atribución y compromiso. También mostraba dolor y, aunque fuera de forma casi imperceptible, miedo. Pero no se trataba de un miedo a lo desconocido, sino a sí mismo.

—Tenías razón, Taru. —El de Hanol rompió el silencio—. Esta es una tierra salvaje, poderosa y ancestral. Y hermosa, muy hermosa. —Pensó que el Norte definía con exactitud a Taisha, pero se cuidó mucho de decirlo ante su padre. Aunque supiera que el norteño estaba al tanto de su relación con ella, calló.

—El Norte es el hogar de mi familia y mi deber es protegerlo —aseveró Taru—. Aunque no sepa de qué forma. Me siento perdido.

Mihn guardó silencio para ordenar sus pensamientos. Le habría gustado suavizar la verdad y darle ánimos a Taru ante la incipiente batalla, pero no haría tal cosa. La realidad era la que era, y solo había una forma de ganar el Norte.

—No tenéis posibilidades contra lo que se avecina —habló al fin—. Ni aun uniéndoos todas las tribus, lograríais vencer.

Taru suspiró, frustrado.

—Lo sé —asintió—. El Sur dispone de mejores armas y guerreros profesionales y experimentados. Y por si fuera poco, nos superan en número. —Clavó la vista en Mihn, convencido—. Sin embargo, no estarías aquí si no fuera posible. ¿No es así?

El de Hanol tomó aire. Había llegado el momento de revelar su Destino, intrínsecamente ligado al del Norte. Arrugó el entrecejo y el tono de sus iris se aclaró ligeramente.

Sabba azuzaba, inquieta, el fuego del hogar.

Hacía horas que la fiesta había terminado. Sinda dormía con Xenia en la tienda de Mihn, que había vuelto hacía ya un buen rato.

Pero Taru no aparecía.

A la princesa le preocupaba la expresión que lucía el de Hanol cuando había regresado solo al poblado. Y Taisha, con su extraña actitud, aumentaba su nerviosismo. La muchacha no había dicho nada cuando Mihn entró en su tienda, tan solo lo había observado con un brillo en los ojos muy difícil de definir.

En ese momento, Taru atravesó de súbito la cortina del hogar y Sabba emitió un suspiro cargado de alivio. Hasta que notó en los ojos del norteño que algo no iba bien.

—¿Qué quería Mihn? —preguntó intranquila—. No habréis discutido por Taisha, ¿verdad?

Taru la miraba con el rostro desencajado, expresión que la preocupó más aún. Luego tomó aire, se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Sabba sintió cómo temblaba y se apartó para mirarlo a los ojos.

—¡Por los Dioses, Taru! —exclamó sin comprender qué cosa tan grave podía haber sucedido para que él se mostrase tan abatido—. ¿Qué te ha dicho Mihn? ¿Estás bien?

Él tragó saliva e intentó ocultar su estado de ánimo, fingiendo una expresión que ni de lejos la

engañó.

—Sí, sí... —mintió—. Estoy bien.

—No te creo.

Él la miraba con el ceño fruncido. Le temblaba el mentón. Su expresión varió, bajó la cabeza, suspiró, luego volvió a posar la mirada sobre los verdes ojos de su princesa y le acarició la blanca piel del rostro. Con el pulgar rozó los labios llenos y húmedos. Le temblaban los dedos. Se acercó a su boca y la besó con ardor.

Sabba recibió el beso, en un primer momento sorprendida. Poco después entendió que se trataba de una excusa para evadir la pregunta, pero se dejó llevar por el deseo. Él la necesitaba, y ella estaba dispuesta a darle lo que quería. Los labios de Taru se movieron sensuales, temblorosos. Su cuerpo exigía sexo, pero también ansiaba calmar su corazón, que latía desquiciado como si necesitara aprovechar cada instante con su princesa. Como si fuese el último.

—Sabba... Oh, Sabba. —El simple hecho de pronunciar el nombre de su amada le provocó placer.

Ella comenzó a desatarle la camisa, despacio, al tiempo que se perdía en los ojos de Taru, que parecían cambiar de tono a causa de la excitación. Le desnudó el torso, dejando caer la camisa a sus pies, exponiendo su enorme y compensado pecho. Una vez más se sintió diminuta a su lado. Él era fuerte, alto, poderoso, y ella era menuda, de apariencia delicada. Con los dedos siguió el camino que marcaban las cicatrices en su piel y las besó una a una. Unas cicatrices que ya no le despertaban lástima, al contrario, la enorgullecían, pues eran la prueba de que ese hombre era capaz de superar la más cruel adversidad y salir victorioso. La larga melena de cabellos gruesos y lacios se derramaba sobre los poderosos hombros. Cogió un mechón, se lo llevó al rostro y se embriagó con su aroma. Después, los labios sustituyeron a las manos y empezó a repartir besos, húmedos y sensuales. Lo acarició con la lengua, despacio, hasta que llegó al desaparecido pezón, arrancado por un latigazo. Oyó a Taru gemir de placer, y no se detuvo. Descendió por el vientre y se arrodilló ante él. Lo cogió de las manos y las colocó sobre su propia melena. Taru respondió hundiendo los dedos en ella y masajeándole el cuero cabelludo. Sabba le desató los pantalones y descubrió el miembro erecto y poderoso. Lo envolvió con los labios y jugueteó, lamió y succionó el glande. Taru la agarraba ahora del pelo al tiempo que jadeaba. Su pecho subía y bajaba. La princesa alzó la mirada y, sin dejar de lamerlo, clavó los ojos en su amado.

—Oh, Sabba... Por favor, detente...

Pero ella no iba a parar. Estaba dispuesta a darle el mayor placer posible. Honraría al gran guerrero que tanto amaba.

Sin embargo él, a punto de derramarse, la apartó con delicadeza. Se arrodilló también hasta quedar a su altura y, al tiempo que acunaba su bello rostro con las manos, la miró a los ojos. De nuevo, Sabba vio el miedo en su mirada, pero también la determinación, una que era el resultado del gran amor que sentía por ella. Sin mediar palabra volvió a besarla con ímpetu, al tiempo que se colocaba sobre ella con una fuerza arrebatadora. Casi descontrolado, no se detuvo con preliminares, le arrancó la fina camisa de piel que ella aún llevaba puesta, y cubrió uno de sus senos con la mano derecha. Lo masajeó mientras con la mano izquierda se abría camino hacia el húmedo sexo. Cuando lo conquistó con los dedos, se deleitó con un débil gruñido de su princesa. No había nada más hermoso ni satisfactorio que darle placer; sin dejar de acariciarla, empezó a descender y a repartir besos por la blanca piel. Se detuvo en un rosado pezón y lo lamió con delicadeza, lo mordisqueó y lo succionó. La vio arquear la espalda y abrir las piernas, invitándolo a conquistar su feminidad.

Esta vez Taru no se dejó llevar por el frenesí. Iba a contenerse hasta honrarla como merecía,

como la diosa que era para él. Los labios abandonaron su seno, pero no lo hicieron los dedos. Mientras con la boca iba descendiendo hasta la húmeda cavidad, no dejó de pellizcarlo suavemente ni de trazar círculos sobre él. Hasta que sus labios llegaron al tan ansiado destino.

Sabba notó la suave lengua de Taru en su inflamado punto de placer.

Notó la vibración que provocaban sus gemidos sobre la delicada piel y los dedos adentrándose con pericia en la húmeda cavidad. La rozaban, expertos, en lugares que ella jamás habría pensado.

—Oh, Taru...

El orgasmo fue inminente. El cuerpo de Sabba se convulsionó, las manos se agarraron a la melena de Taru y un grito ahogado escapó de su garganta.

Pero él no tuvo piedad.

No se detuvo hasta que otra oleada de placer la dejó exhausta.

Entonces sí, Taru se arrodilló ante ella y la instó a darse la vuelta. Una vez la colocó como deseaba, la cogió por las caderas hasta que se quedó arrodillada, esta vez con el sexo y las preciosas caderas expuestas ante él. Pero no la penetró. Todavía no. Con la mano izquierda le acarició la larga melena, que estaba apoyada sobre su espalda. Se la apartó hasta que esta cayó por el hombro izquierdo. Le acarició el cuello, siguió con el dedo índice la línea de su columna vertebral y llegó al nacimiento de las nalgas. Con la otra mano separó los rosados pliegues de su feminidad e introdujo el dedo pulgar, mientras que el índice y el corazón volvían a masajear el hinchado punto de placer. Se inclinó sobre ella y le mordió el cuello. Notó cómo se le erizaba el vello de la nuca y, con la lengua, empezó a lamer el lóbulo de su oreja mientras con la mano que tenía libre conquistaba un seno.

—Taru... ¡Oh, Taru!

El norteño gritó, triunfal, al notar un tercer orgasmo en los dedos. Las paredes de su feminidad se contrajeron y su punto de placer pulsó, acompasándolas. La oyó gemir como una gata, y cuando los temblores desaparecieron, notó como las rodillas de su princesa flaqueaban. Taru no la dejó caer, la sostuvo por la cintura y entonces sí, la penetró con fuerza.

Sabba sintió la potente virilidad de Taru invadirla hasta lo más hondo, para después retirarse y volver a acometer aún con más fuerza. Él irrumpía, desbocado, y ella lo recibía con una avaricia que jamás había sentido antes. Notaba la fricción en lugares desconocidos. Él le clavaba los dedos en las nalgas, pero ella no sentía dolor, al contrario: solo un placer que se iba intensificando por momentos. Ladeó ligeramente el rostro y pudo ver el potente cuerpo de Taru moverse tras ella, hermoso y salvaje, descontrolado e inalcanzable. Los envites, a cada momento eran más enérgicos y rápidos, y su virilidad más dura e inflamada que nunca. Sabba pensó que moriría de placer cuando él la agarró de la melena y la obligó a incorporarse, al tiempo que seguía arremetiendo tras ella, pero esta vez con una mano libre que empezó a explorarla desde atrás. Hundió el rostro en el hueco que había entre el hombro y el cuello y mordió con suavidad su oreja mientras, con los dedos, se abría camino hacia los húmedos pétalos y conquistaba, nuevamente, el inflamado clítoris. Lo estimuló trazando suaves círculos y, cuando lo notó a punto de estallar otra vez, arremetió con más brío.

Sabba se arqueó hacia atrás, estiró el brazo y hundió los dedos en la melena de su amante, aprisionando su cabeza para que los labios de ambos se uniesen en el momento en que sintiera el siguiente orgasmo. Taru paladeó las contracciones de las paredes del sexo femenino, avivando su propio orgasmo. Aumentó el ritmo y la fuerza hasta que se derramó en el interior de su amada.

—Necesito más, Sabba —jadeó con una voz tan sensual que provocó en Sabba otro gemido—. No quiero parar ahora...

Ella volvió a gemir y se apretó más contra él al tiempo que movía las caderas de forma sensual.

Taru no salió de su interior. La abrazó mientras seguía besándola en el cuello, esta vez con más calma. Se echó de lado junto a ella, aún cautiva.

Su miembro seguía erecto, excitado y duro. No tardó en iniciar una nueva serie de acometidas, esta vez mucho más suaves, y acompañadas de caricias. Aún desde atrás, la acarició, la colmó de húmedos besos, y sus hábiles manos no dejaron de estimularla en las zonas más íntimas y sensibles. Ella se movía también, acompasándose al ritmo que él marcaba, besando sus antebrazos, lamiendo sus dedos, que sabían a sexo, gimiendo y agarrando las nalgas de él, que se movían con brío tras ella.

Y sucedió de nuevo, pero esta vez el placer los unió al mismo tiempo y juntos alcanzaron de nuevo el cielo.

—Jamás pensé que... podríamos hacerlo así... —jadeó Sabba mientras se daba la vuelta y se acurrucaba contra el inmenso cuerpo de Taru.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, preocupado. Se había dejado llevar y no había controlado su ímpetu. Sabba era una mujer fuerte, pero su delicada apariencia lo hizo dudar.

—¡Oh, sí! No sabes cuánto...

Taru hundió la nariz en su melena y cerró los ojos.

—Deseo hacerte el amor de todas las formas posibles. Deseo pasar el resto de mi vida imaginando y planeando cualquier cosa que se me ocurra y pueda darte placer. No quiero perder ni un solo segundo más lejos de ti...

Su voz se quebró en la última frase, y las lágrimas amenazaron con escaparse. Las contuvo a duras penas.

Sin embargo, Sabba se dio cuenta y le descubrió el rostro, que él había pretendido esconder con el abrazo.

—Taru, ¿qué sucede?

Él sonrió al tiempo que una lágrima lograba escapar.

—Estoy bien, mi amor. Solo me he emocionado, eso es todo.

La abrazó con fuerza, como si fuera a desaparecer de un momento a otro.

Ella no quedó convencida. Besó esa lágrima y volvió a acurrucarse junto a él.

—Taru.

—Dime.

—¿Qué pasará después?

Taru tembló, tomó aire y la apretó más contra él. Ya sabía lo que iba a suceder, pero no se lo diría. No estaba dispuesto a verla sufrir. Porque sufriría, sin ninguna duda, pero él dejaría las cosas bien atadas para que ella, en un futuro no muy lejano, pudiera recuperar la felicidad.

—Mañana partiré a Roca Roja y hablaré con mi hermano.

—Taru, no os peleéis más —solicitó—. Por favor...

—Te doy mi palabra.

EXPIACIÓN

El Jefe del Viento miraba a su hermano sin poder asimilar lo que acababa de escuchar. Si se trataba una de sus sucias jugarretas, por los todos los Espíritus que se lo haría pagar.

Pero todo apuntaba a que Taru hablaba en serio. Todo su cuerpo estaba en tensión, sus ojos no mentían. Su expresión era grave, tenía la mandíbula tensa y, aunque intentara disimularlo entrelazando los dedos, le temblaban las manos. Tenía miedo, pero su determinación superaba con creces esa emoción. Lo conocía bien y decía la verdad. Y también sabía que cometería esa estupidez.

Talu se puso en pie y empezó a caminar en círculos por la tienda. Había bebido demasiado aquella noche, llevaba haciéndolo desde la marcha de Sabba. No había día en que no pensara en ella, ni otro en que su cuerpo no se excitase al recordar el beso que le robó. Y en sus lágrimas de desconcierto y rabia. Jamás había sentido el cruel pinchazo del desamor ni el de los celos. Aunque hubiera disfrutado de los placeres carnales con infinidad de mujeres, nunca se había enamorado como lo estaba en aquellos momentos de Sabba. Había pensado que, con la partida de la princesa, su corazón se calmaría, pero no había sido así. Cada día se sentía peor: más vacío y desesperado. Y por los Dioses, no sabía de qué forma enfrentarse a lo que su hermano le acababa de revelar. Taru había irrumpido en su tienda para pedirle algo que se negaba a aceptar.

—¡Por todos los Espíritus! —bramó el jefe del Viento, enfurecido—. ¡Ella te ama!

—Y yo a ella —afirmó Taru con la verdad de su alma—. Mucho más de lo que jamás podrás imaginar.

El del Miedo lo miraba suplicante. Intentaba mantener el control, pero a duras penas lo lograba. Estaba destrozado.

—Su lealtad hacia ti es inquebrantable —respondió su hermano—. Ya he luchado contra eso y he perdido.

Taru apretó los puños. La rabia, el dolor y la desesperación lo estaban destrozando.

Pero quería lo mejor para su familia, y su hermano era el hombre más adecuado para dárselo. A pesar de sus diferencias irreconciliables, Talu era un gran hombre: noble y honesto; no podía confiar en nadie más que en él. Además, amaba a Sabba, y ella y su hija merecían ser felices. No podrían estar en mejores manos.

—No he sido el mejor de los hermanos —confesó con pesar—, ni me he portado bien con la gente del Norte. Déjame enmendar mi error. Te ruego que me perdones y...

—¡No la forzaré de nuevo! —interrumpió Talu, furioso.

—Sé que no lo harás. Pero no estoy pidiéndote eso. Solo que cuides de ella y de nuestra hija cuando yo... Cuando yo... —incapaz de terminar, calló y lo miró desgarrado.

Talu resopló como un uro a punto de cornear al cazador que lo tenía acorralado.

—Ella no se recuperará si cometes esa locura. Lo sabes, ¿verdad?

Ni yo tampoco, yo tampoco quiero perderte, hermano, pensó.

—Claro que lo hará —aseguró Taru, convencido—. No la conoces bien, pero lo harás con el tiempo. En apariencia es delicada, pero lleva dentro una fuerza y un valor inquebrantables. No

sabes de qué es capaz.

Talu achinó los ojos y miró a su hermano con una mezcla de desconsuelo y desdén a partes iguales.

—¿Comprendes cómo me miraba cuando me confundía contigo? Sentí su abrazo cuando la encontré por primera vez. Eso no me lo puedo arrancar de aquí. —Se golpeó el pecho dos veces con el puño cerrado, justo sobre el corazón—. Pero cuando supo la verdad, se alejó de mí. Nunca te fue infiel, Taru. ¡Jamás! Y cuando te recuperó, te apoyó ciegamente y regresó a ti. Un amor como ese no puede sustituirse.

—No sabes lo que pasamos Sabba y yo en Oriente...

—No es de mi incumbencia ni viene al caso. Lo único que sé es que os amáis y... —Se le quebró la voz—. No lo hagas, Taru —suplicó—. No me obligues a... Hacer algo tan... despreciable...

Taru empezaba a ser consciente del sufrimiento que estaba provocando en su hermano, pero no se dejaría convencer. Ya había tomado su decisión; nada ni nadie impediría lo que estaba a punto de hacer.

—No es justo, ni para ella ni para mí; tampoco para ti, soy consciente —debatíó con tristeza—. Pero no es despreciable: es un acto de amor. La única forma que tenemos de salvar el Norte y no podemos desaprovecharla.

—¡Tiene que haber otra manera!

Los párpados de Taru se inundaron y mantuvo los ojos abiertos para que las lágrimas no se derramaran. Su hermano podía exponer todas las excusas posibles, pero en aquella conversación, Sabba era lo que menos le preocupaba, a pesar de las veces que la había utilizado como pretexto. Ahora ya estaba seguro de que Talu sufría por él, por su Destino, pero su orgullo le impedía verbalizarlo.

—Solo te estoy pidiendo que la ames como la amo yo.

Solo los dioses supieron el dolor que sentía Taru al pronunciar esas palabras. Pero se mantuvo firme.

—Ya la amo así. Y por eso no quiero que sufra.

—Pues hazla todo lo feliz que sepas.

—Jamás podré darle lo que le das tú.

Taru clavó la mirada sobre la pequeña hoguera. Las llamas se reflejaron en sus ojos, acentuando el ámbar de su iris. Miró de nuevo a su hermano, desolado, y a la vez convencido, y tomó aire antes de responder:

—Solo me marcharé en paz si me prometes que las cuidarás —rogó con la mirada—. Que las protegerás con tu vida si fuera necesario.

Talu se llevó las manos a la cabeza y gritó de pura frustración.

—¿No hay otra forma de vencer a esos bastardos?

—Ojalá la hubiera. —Taru negó con la cabeza—. Pero no, no la hay.

El jefe del Viento miró a su hermano con el rostro desencajado. Tomó aire, apretó los puños y salió de la tienda, furioso. Por supuesto que cuidaría de Sabba y Sinda, y claro que las protegería con su vida. Pero no podía, ¡no quería tener que hacerlo!

¡No quería perder a su hermano, maldita sea!

Empezó a caminar sin rumbo fijo, con la única intención de calmarse, pero se topó con Mihn. Había venido con Taru de las Montañas Sagradas y, tal y como le había explicado su hermano, el extranjero se preparaba para marchar hacia el campamento enemigo. Su intención era hablar con los tres generales del Sur y, en aquellos momentos, cepillaba a su montura junto a la tienda

comunal, donde solían pernoctar los invitados y los viajeros. El jefe del Viento se desvió del trayecto y empezó a caminar hacia él. Sin apartar la mirada asesina de los ojos del oriental, se detuvo y lo encaró.

—Has sido tú quien le ha metido a mi hermano esa absurda idea en la cabeza, ¿verdad? — bramó airado.

Mihn no respondió, desvió la vista y continuó con su labor.

Talu estuvo tentado de lanzarse sobre él y darle una paliza, pero se contuvo. Nada solucionaría con eso.

—Yo te maldigo, espectro —escupió el jefe de la Tribu del Viento—. Ojalá no halles la paz, y que el resto de tu vida sea una ruina.

Mihn cerró los ojos mientras escuchaba los pasos de Talu alejarse.

Había aprendido a caminar en la belleza cuando llegó al Norte, pero esa belleza se estaba esfumando como la niebla se disipa al salir el sol. Le esperaba una vida luminosa y a la vez vacía. El sol y la luna jamás podrían estar juntos. Una vez más recordó la mirada de su intrépida norteña, y el corazón latió con brío. ¡Cuánto habían cambiado sus ojos al posarse sobre él! Al principio lo habían mirado con curiosidad, después seductores y alegres, luego temerosos, y ahora... Ahora lo miraban con rencor, rabia e incluso desprecio. Todos en el Norte lo verían así tras lo que estaba a punto de hacer.

Sin embargo, aprendería a vivir con el recuerdo de esas miradas. En el corazón de Mihn ya no había cabida para las emociones. Debía regresar al Sur e iniciar su plan. La maldición que le acababa de lanzar Talu rondaba sobre su cabeza desde el día en que nació, como un buitres en busca de carnaza, al acecho. Y Mihn no podía hacer otra cosa sino aprender a vivir con ella.

El viaje hacia el campamento enemigo fue para el de Hanol como el camino que recorre un reo hacia el patíbulo. Su corazón latía con brío, como si quisiera escapar del pecho, a duras penas era capaz de respirar con normalidad. Las gotas de sudor le arañaban la piel y un fuerte nudo le apretaba la boca del estómago. Sentía por vez primera las lágrimas escociéndole tras los párpados, ahogándolo por dentro, pugnando por escapar como las aguas de un río, contenido tras el fuerte muro de una presa a punto de quebrarse. La necesidad de gritar era cada vez más imperiosa, la contención se volvía por momentos insoportable. Hasta que hizo acopio de una gran voluntad y logró controlarse.

Pero la tortura se reanudó cuando empezó a fantasear con la idea de regresar a por Taisha y hacerle el amor, sin pensar en las consecuencias. Nunca había deseado tanto como en aquellos instantes besar la piel tostada de esa joven, al tiempo que sentía el frescor de su aliento sobre la piel. Necesitó como nunca escuchar sus gemidos, lamer su sudor y descargar su alma en el cálido y acogedor vientre. Ansió amarla, honrarla y respetarla como lo que realmente era: el ser más valioso y amado de su existencia. Mihn deseó convertirla en una estrella y resguardarla en su cielo para disfrutar de su brillo; él solo y por siempre jamás.

Pero si hacía eso, si cumplía sus deseos egoístas, si dando rienda a sus emociones se atrevía a calmar el corazón pulsante, y reparar el alma herida, perdería el Poder del Cielo, y lo único que lograría sería verla sucumbir. Y eso no solo la destrozaría a ella y al mundo salvaje al que pertenecía, sino también lo destruiría a él. Taisha, junto con el resto de habitantes del Norte, perecería bajo el brazo de hierro del Sur, o sería abocada a la esclavitud. Mihn había presenciado muchas veces cómo almas inocentes se transformaban en algo oscuro tras haber sufrido la humillación y la degradación. No permitiría que a ella le sucediera algo así. Taisha debía permanecer intacta, pura y salvaje; y Mihn estaba a punto de entregar su vida al Cielo, a cambio de su libertad, por mucho que ella no lo entendiera, por mucho que lo odiase después.

Consagraría su corazón, ofrecería su alma al Cielo para salvar a quien amaba.

Porque, por primera vez en la historia del mundo, un Sin-Ui era capaz de sentir amor.

Oh, salvaje y puro amor... Tu maldita alma inmortal no se contentará jamás con su pérdida. Y la mente siempre buscará su recuerdo para acariciarlo en su eterna soledad.

Las lágrimas escaparon al fin de los eléctricos ojos del Sin-Ui.

Unos ojos que ardían como si contuvieran las brasas del helado inframundo. Un hondo suspiro, como el abrasador aliento de un dragón, escapó de entre sus labios. Luego tragó saliva, se secó el rostro de lágrimas, y observó la magnificencia que lo rodeaba en busca de una calma que no obtendría jamás.

El sol, ajeno a su pesar, o tal vez no, lo saludó tiñendo, a su vez, el magnífico paisaje de púrpura.

El Norte era una tierra sublime, arcaica y primitiva.

Las vastas praderas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, como si fueran un océano inmenso, besado por el cielo más glorioso que hubiese visto jamás. Las frágiles hierbas se mecían con la brisa, como flota la crin de un potrillo que recién ha aprendido a trotar. Las aguas de los ríos resplandecían, claras, limpias, y fluían alegres, dando vida a una tierra poblada de animales sublimes, ya extintos en el Sur.

Megaceros, bisontes, rinocerontes lanudos, mamuts, leones...

Todos ellos vivían en perfecta armonía y libertad. Tras él, las altas montañas se alzaban hacia el cielo con sus nieves perpetuas, que parecían renacer con la aurora y morir ardiendo con la luz de cada atardecer. El Norte era el último continente que aún albergaba la belleza, la ferocidad, la vida y la muerte; el único lugar en el mundo que aún se sostenía en perfecto equilibrio. Una tierra que no podía ni debía perecer.

Mihn llegó al campamento invasor tras dos días de viaje. Se alzaba sobre una tierra masacrada y cubierta de polvo, ceniza y muerte, como si fuera un espectro solitario en busca de almas perdidas para devorarlas. Estaba rodeado por un infranqueable muro de madera, de unos cincuenta pies de altura, que había sido extraída de los Ancianos de Bosque Negro. Mihn escuchó los lamentos de los árboles más jóvenes, que aún permanecían erguidos y, al recordar las lágrimas de Taisha, su alma se llenó de odio y podredumbre. La sed de venganza le secó la boca y la sangre le hirvió de rabia.

Sobre la muralla, un centinela de Hanol le dio el alto.

Los largos cabellos de Mihn se agitaron ante una súbita ráfaga de viento que le despejó el rostro y le recordó, con un murmullo, a qué había venido.

—¿Quién va? —volvió a gritar el centinela mientras el miedo iba recorriéndole la espina dorsal.

Mihn no respondió. Pero alzó el rostro y clavó la eléctrica mirada sobre aquel hombre que se bañó en los pantalones a causa del pánico. El Sin-Ui llevaba los párpados perfilados de carbón y esto hacía que su mirada pareciera aún más dura, profunda e inquietante.

—¡Sin-Ui! —anunció a gritos el hombre—. ¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui!

Las puertas se abrieron y Mihn se adentró en el campamento enemigo.

Nadie se atrevió a mirarlo, todos se apartaron en su avance, y se arrodillaron reverentes al tiempo que él avanzaba, al paso, sobre la blanca montura oriental. Observó altivo y con imperturbable expresión todo cuanto le rodeaba. Se hallaba en la zona de Hanol, y todo estaba perfectamente organizado, limpio, pulcro... Un dragón rojo sobre un círculo blanco, símbolo del Emperador del Sol, ondeaba sobre cada una de las tiendas. Y había más de medio millar de ellas profanando esa tierra salvaje.

Paseó la fría mirada por el campamento, hasta que sus ojos se detuvieron sobre las jaulas donde habían permanecido cautivos los habitantes de Bosque Negro. Entonces, una siniestra sonrisa se dibujó en sus labios. Estaban vacías, por lo tanto el mensaje que le había dado a aquel asesino había llegado a los oídos adecuados.

No tardaron en aparecer los tres generales.

Kaerkes Égika, del País del Hierro; Amir Abasí, del Reino de Oriente; y Yuu Hee, del Imperio de Hanol, le cortaron el avance.

Mihn frunció el ceño, clavó la vista en cada uno de ellos, pero no bajó del caballo.

Égika le dedicó una mirada altiva. La expresión de Amir Abasí fue de curiosidad, pero Yuu Hee parecía asustado, aunque intentara no demostrarlo. Mihn sintió su pánico y volvió a sonreír como si estuviera alimentándose de esa emoción.

—¿Sin-Ui? —se mofó Égika, rompiendo el silencio—. No pareces quien dices ser. —Yuu Hee lo miró con terror y reproche, para después arrodillarse ante Mihn hasta tocar con la frente en el suelo. Todos los mercenarios de Hanol hicieron lo mismo ante la sorpresa y el nerviosismo de Abasí y el creciente desdén de Égika.

—Disculpa la osadía de Kaerkes Égika, Su Elevada Divinidad, pues no hay duda de quién eres —expresó el general Yuu Hee, atreviéndose a alzar la vista para contemplar a Mihn—. Eres el Hijo del Cielo: ¡Min Ho, el Brillante! ¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui!

Todos los mercenarios de Hanol alzaron la voz junto a su general para clamar al Divino: ¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui! ¡Sin-Ui!

—Tú lo has dicho, Yuu Hee —habló Mihn con los ojos prendidos en unas llamas de color azul, difícilmente ineludibles—. Soy Min Ho, el Brillante; el último de mi raza. ¡Un Sin-Ui de la estirpe del Cielo! Y estoy aquí para proponeros algo que no osaréis rechazar.

Descendió de su montura, y los generales lo acompañaron a la gran tienda de guerra.

Allí, ceremonioso, Yuu Hee le ofreció su cojín, en un lugar privilegiado sobre una tarima que se elevaba sobre el resto. Una bella doncella de Hanol, menuda, con un precioso traje de seda bordado con motivos florales, le ofreció una taza de *cha*⁴ que el Sin-Ui rehusó con un sutil pero elegante ademán. La joven, temerosa de haberlo ofendido, se retiró, más pálida de lo habitual, y con pasos silenciosos, sin darle la espalda ni dejar de hacer reverencias hasta que, finalmente, desapareció tras uno de los laterales.

Cuando los tres prohombres y el Sin-Ui quedaron a solas, Min Ho clavó los ojos sobre el general de Hanol. Su expresión era muy severa, y Yuu Hee se estremeció.

—He permanecido toda mi vida oculto en el anonimato, conociendo el mundo y conviviendo con los mortales —empezó a decir Mihn con un brillo tan penetrante en la mirada que habría podido atravesar el acero—. Y ha sido aquí, en el Norte, la tierra más magnífica y salvaje que he visto jamás, donde he encontrado a las almas más puras. —Tras esas palabras, sus ojos se ensombrecieron, llenando de miedo los corazones de los generales—. Ahora descubro que pretendéis acabar con ellas. Con todo. ¿Con qué permiso?

El General de Hanol tembló, tragó saliva y, finalmente, se atrevió a responder:

—El Emperador del Sol, junto con el Monarca del Hierro y La Reina Roja, nos enviaron a conquistar estas tierras salvajes, Su Elevada Divinidad.

El general Yuu Hee era un hombre fuerte, de dura expresión; tendría unos cincuenta años, y había luchado en cientos de batallas. Acababa de pronunciar esas palabras como si fuera el más sumiso de los hombres. Algo que molestó al Sin-Ui, pues detestaba la debilidad.

—Emperadores, monarcas, reyes... —citó con la indiferencia y arrogancia que solo un dios es capaz de expresar ante tales títulos—. No son más que hojas secas que caerán en otoño.

—Por..., por supuesto, Su Elevada Divinidad; yo no preten...

Mihn hizo callar al general de Hanol con la mirada.

—Estoy aquí para asumir mi Destino —empezó a decir—, para guiar al pueblo de Hanol y entregar mi vida terrenal al Cielo. Este Sin-Ui no quiere la destrucción del Norte. Tú ya conoces el precio que he de pagar. Y también lo que el Norte va a sacrificar.

El Sin-Ui posó la azul mirada en cada uno de los tres prohombres. Yuu Hee permanecía sumiso, Alí Has Bun, aunque no comprendiera del todo la trascendencia de la reunión, estaba nervioso y en silencio, pero Égika no parecía estar de acuerdo. Y así se lo hizo saber.

—Hanol tiene sus leyes y el País del Hierro las respeta; pero mi rey se va a disgustar. ¿O acaso ha financiado esta costosa expedición para regresar con las manos vacías? —se quejó Égika.

Égika era un hombre poderoso, fuerte y enérgico. Valiente, o tal vez insensato, pues nadie en su sano juicio habría osado dirigirse en ese tono a un Dios.

Mihn posó los ojos sobre él que, de súbito, sintió una fuerte opresión en el pecho. El general entonces supo que, si quisiera, el Sin-Ui lo mataría con un solo parpadeo.

—Tu Rey no es más que un vasallo de Hanol —pronunció con un duro tono de voz—. ¡Y yo soy Hanol!

Yuu Hee se inclinó, temeroso, ante la furia de Min Ho El Brillante.

—Ruego disculpes a Égika, Su Elevada Magnificencia. No sabe ante quién está.

—Podéis ignorar mi deseo y arrasar el Norte —una cruel sonrisa se asomó en el blanco rostro del Sin-Ui—. Venceréis, sus habitantes son débiles, no podrán contener vuestra fuerza. Pero el Cielo no os lo perdonará. Yuu Hee; serás ejecutado si osas desobedecerme. Tú y toda tu familia seréis enterrados vivos en la Ciénaga de los Desleales. —Mihn clavó la mirada, esta vez sobre Alí Hasbún—. En cuanto a ti, la casa Sissa será reducida a polvo y cenizas; tu Reina Roja también será ejecutada, y toda su corte: mujeres, niños, ancianos, sirvientes, esclavos y animales; todos serán sacrificados y enterrados vivos en la Ciénaga de los Desleales, pues un Sin-Ui, un ser divino y sagrado, sirvió en la guardia personal del *Kais* de Ciudad de Oriente. Y de conocerse, Hanol no perdonará semejante agravio —afirmó con voz que parecía poder cortar el silencio. Por último, posó los ojos sobre Égika—. Y tú, despreciable y ruin mortal, has osado no solo contradecirme, sino mirarme con osadía y hablarme con reproche. Ya estás condenado.

Un hilillo de sangre salió de los labios del general del Hierro, y de los ojos, lágrimas rojas. Instantes después se desplomó en su asiento.

Mihn miró a los dos que quedaban.

Ambos generales temblaban, con la frente pegada al suelo.

—Mi corazón está en el Norte —clamó—. El Cielo lo protege. Sin embargo, la decisión de si queréis vivir con honor o morir de vergüenza es vuestra. Como sabéis, la única ofrenda que pide el Cielo es la cabeza de un Rey.

Tras la declaración, Minh Ho recordó la expresión de Taru cuando él mismo le reveló sus designios.

Y el corazón se le llenó de amargura.

Taisha permanecía sentada, con las piernas cruzadas, en lo alto del Acantilado del Perro, justo donde la pradera se unía a la cordillera que refugiaba a la Tribu del Miedo. El imponente cortado presumía de una altura de unos ochocientos pies, y era prácticamente vertical. Era inexpugnable, aunque existiera un único acceso lateral con una pendiente, no muy pronunciada, que daba acceso al campamento. Las Tribus del Norte conocían ese camino, pero los del Miedo lo tenían siempre vigilado.

Desde las alturas, Taisha mantenía la vista fija en la perfecta línea que unía cielo y pradera. Cuando la luz del ocaso empezó a besar el horizonte, y proyectó sobre el hielo perpetuo de las cumbres tonalidades y destellos anaranjados, las Montañas Sagradas parecieron arder. Después, el Astro Rey se escondió y aquellas se tiñeron de azul. Poco a poco el firmamento fue cambiando de color hasta oscurecerse por completo. Entonces, las estrellas brillaron con intensidad. La luna permanecía escondida aún, tal vez quisiera robarle unas horas al tiempo para yacer junto a su amante prohibido: el sol.

Había acampado allí, sola, en busca de tranquilidad, para poder pensar en el liderazgo de medicina que le había ofrecido su padre. Pero, en realidad, aguardaba el regreso de Taru y Mihn.

Mihn.

No sabía cómo sentirse con respecto a él. Estaba muy enfadada, mucho; y dolida también. Con todo, a pesar del esfuerzo del extranjero, ella no podía odiarlo. Por mucho dolor que le causase, Taisha lo entendía. Ese hombre dominaba la magia, era un hechicero y, posiblemente, temiera no ser aceptado por la Tribu, o tal vez hubiese un motivo mayor que lo obligaba a alejarse de ella.

«No te amo», le había dicho en el Bosque Negro.

Ella no le creyó. Mihn podía ser un hábil mentiroso, pero Taisha tenía el Don.

Podía ver más allá, y también sentir las emociones de los demás.

La amaba de igual forma que ella lo amaba a él. Tenía la certeza.

Taisha suspiró y se secó el rostro con el dorso de la mano. No se había dado cuenta, hasta ahora, de que había estado llorando todo el tiempo.

Odiaba llorar. No servía de nada ni arreglaba las cosas, sólo congestionaba la nariz y provocaba dolor de cabeza. No era práctico sino patético.

Por fortuna, una vocecita la distrajo.

—¡Hola, Taisha! ¿Estás *costada*?

La joven sorbió por la nariz, volteó el rostro, y descubrió a la pequeña Sinda, quien la miraba con una sonrisa que le recordó a Taru.

—¿Costada? —preguntó con dureza, haciéndose la antipática—. ¿Qué significa eso?

—*Constpada* —repitió la pequeña, a la vez que fruncía el ceño para no equivocarse. El gesto le inspiró a Taisha una gran ternura.

—Querrás decir «constipada» —la corrigió—. Y no, no lo estoy. Se me ha metido un mamut en el ojo. Aquí, ¿lo ves?

Sinda sonrió sin creer una sola palabra. Taisha respondió con un guiño, luego le sacó la

lengua, y Sinda le regaló una carcajada que se le contagió, muy a su pesar, pues no estaba para alegrías.

A Taisha no le gustaban demasiado los niños, pero Sinda sí. Era lista, simpática y muy alegre. En poco tiempo había aprendido a hablar el norteño con increíble facilidad. Y además era su hermana.

—Oye, Sinda, ¿has venido sola? No me digas que te has escapado —le preocupaba que anduviera cerca del acantilado sin vigilancia, podía caerse. La voz de Sabba se oyó más allá y la tranquilizó.

—¡Sinda! ¿Dónde estás?

Cuando Sabba apareció, se acercó a su hija y la regañó:

—Te dije que era peligroso. —Habló en oriental pero Taisha intuyó el motivo de la regañina —. Podrías caerte y entonces, ¿qué haría yo sin ti?

—He ido con cuidado, mamá —la tranquilizó Sinda.

—Me alegro de que hayas ido con cuidado, pero no vuelvas a hacerlo, ¿me lo prometes?

—Que sí, mamá...

Sabba suspiró y miró a Taisha.

—Gracias. —Habría querido decir más, pero aún no dominaba lo suficiente el norteño como para dar más explicaciones.

—¡Bah! —Taisha hizo una seña con la mano, restándole importancia—. No ha sido nada.

La joven regresó la mirada a la pradera, y Sabba se sentó tras ella, con Sinda sobre el regazo. No era que a Sabba la apasionase andar tan cerca del cortado, le daba vértigo y, con su hija, la inquietud era aún mayor, pero la pequeña había insistido en ir allí para ver llegar a Taru y no había podido negarse.

Al poco tiempo, Taisha se puso en pie al distinguir a un jinete a lo lejos. Estaba solo. Se trataba de su padre, y de inmediato se preguntó dónde estaría Mihñ. El corazón le dio un vuelco al sentir un mal presagio.

—Ha llegado Taru —informó.

Rápidamente se pusieron en marcha, y accedieron al poblado para esperarlo allí.

Cuando Taru vio a sus chicas, sonrió, pero la sonrisa no llegó a iluminar sus ojos color miel.

Se acercó a Sinda y la cargó en brazos.

—¿Cómo has estado, pequeña? —le revolvió el pelo.

—Bien —contestó Sinda—. A Taisha se le ha metido un mamut en el ojo.

Taru rió. Miró a Taisha, pero ella arrugó el entrecejo.

—¿Dónde está Mihñ? —preguntó cruzándose de brazos.

Taru soltó a Sinda, que corrió hacia su madre.

—Llegará a su debido tiempo.

Taisha negó con la cabeza, resopló, apartándose un mechón de la frente y, enfadada, regresó al Acantilado del Perro. Taru miró a Sabba con preocupación, pero no dijo nada. Ella se acercó y lo besó en los labios.

—¿Cómo ha ido con tu hermano?

—Bien...

—¿Seguro? —Sabba lo miró suspicaz.

Él se acercó, le apartó con sutileza el cabello que le caía sobre el hombro, y la besó en el cuello.

—Deseo hacerte el amor —le susurró al oído.

Sabba se estremeció. Deseó rendirse a las caricias de Taru, pero se apartó.

Últimamente, él se comportaba de forma muy extraña. Evitaba darle explicaciones y la besaba para hacerla callar o cambiar de tema. Ella no había dicho nada al respecto, había sido paciente y complaciente, pero él estaba ocultándole algo importante, y estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿Has comido algo durante el viaje? —preguntó, intentando disimular su creciente inquietud mientras los tres, seguidos del caballo, se adentraban en el poblado.

—No he tenido tiempo.

—Bien, porque Xenia y yo hemos preparado un guiso de conejo con algunas legumbres que hemos cogido con la ayuda de Meljah, una anciana encantadora que sabe mucho de plantas aromáticas.

—Siento el estómago cerrado.

Que Taru no tuviera apetito significaba que algo no iba bien. Nada bien.

—Ya se te abrirá con el primer bocado.

Él sonrió, altanero.

—Lo que tengo es hambre de ti.

Sabba frunció el ceño, molesta. Se plantó en el sitio y lo encaró, cruzándose de brazos.

—Taru, tenemos que hablar.

—No me lo estás contando todo —reprochó Sabba, al ver que Taru jugueteaba con el estofado y respondía a sus preguntas con evasivas—. ¿Qué ha sucedido en Roca Roja?

—Las tribus del Norte se han reunido ya. La batalla es inminente.

—¿Y dónde está Mihm? —insistió—. Taisha está más inquieta de lo normal.

Él miró a su princesa. Era suspicaz y tendría que ser lo más evasivo posible.

—Mihm se ha quedado allí para organizarlo todo —respondió, apartando el plato sin haber probado bocado.

—¿Él? ¿Por qué?

—Es quien mejor conoce al enemigo. Aparte de tú y yo.

—¿Y tú qué haces aquí? —inquirió ella, al tiempo que cogía el recipiente con el estofado y lo colocaba junto al fuego del hogar.

—¿Yo?

—Eres el Líder de Guerra de la Tribu del Miedo, deberías estar con los jefes del Norte.

Taru suspiró y se apartó el pelo de la cara.

—Para eso fui a Roca Roja, Sabba.

Ella alzó la ceja izquierda. No veía lógico que Mihm se hubiera quedado en Roca Roja en vez de Taru.

—Me ocultas algo, Taru. Y no me gusta. No sé qué está pasando pero...

—Shhh, calla. —Se acercó a ella y la abrazó. Necesitaba tocarla, besarla... Era lo único que lo calmaba. Pero Sabba no estaba receptiva, y no quiso forzarla. No podía contarle la verdad, pero tampoco quería que estuviera enfadada.

Sabba esquivó sus besos, pero se dejó abrazar, apoyó la mejilla en su pecho y cerró los ojos. Lo sintió temblar. Su respiración era irregular y el corazón palpitaba con rapidez. No supo distinguir si era a causa de la excitación u otra cosa. Pero algo no iba bien. Taru ocultaba algo de vital importancia, y no estaba dispuesto a contárselo.

Preocupada, alzó el rostro y lo miró a los ojos. Taru observaba a la pequeña Sinda, que jugaba en un rincón con su caballito y otras tallas más sencillas que había confeccionado para ella en los últimos días. Había dos lobos, un león, e incluso un gato. Ella les ponía vocecitas, y recreaba escenas imaginarias donde sus personajes interactuaban.

—Taru —susurró Sabba, inquieta al ver que una lágrima se deslizaba por el rostro amado—.

Estás llorando, ¿qué sucede?

Él le devolvió la mirada y soltó una suave carcajada.

—Es preciosa, ¿verdad? Y lista. Y tiene una imaginación desbordante. Es feliz aquí y eso me llena el corazón de alegría.

Sabba vio cómo se secaba el rostro con la mano. Taru volvía a evitar la verdad.

—Taru, por favor, dime qué te pasa —insistió.

Él sonrió, aún con los ojos inundados.

—Que soy feliz, Sabba. Muy feliz. Más de lo que creo merecer.

Ella suspiró, frustrada.

—Si un árbol tiene demasiadas hojas, el peso lo hará caer.

Taru habría respondido que sólo el árbol que se dobla ante la tormenta sobrevive. Pero calló. Porque él no se doblaría y acabaría por quebrarse.

—¿Por qué no me besas? —rogó.

Y Sabba, esta vez, no pudo negarse.

Taru, inquieto, no podía dormir. Se incorporó, besó a Sabba y Sinda, que ya hacía horas que gozaban de un profundo sueño, y atravesó la cortina del hogar. Empezó a caminar sin rumbo por los alrededores del poblado.

La noche era oscura y el cielo estaba despejado, pero pronto llovería. Lo sentía en el viento, que empezaba a soplar del Norte, y traía el frescor de las altas cumbres con él. Los grillos habían dejado de cantar, y los troncos de los árboles empezaban a crujir. Los caballos estaban inquietos y se habían colocado lejos de los árboles, junto al río. Sabían que algo maligno se acercaba, pero Taru no quería pensar en ello.

Esta noche no. Esta noche deseaba sentir el Norte.

—Cuando el sabio señala la luna, el tonto se mira el dedo.

Se dio la vuelta y descubrió a Taisha. Su hija era como un leopardo que trepara por las escarpadas rocas; cada parte de su cuerpo estaba adaptada a ese entorno. También era silenciosa como un gato, por eso no había sentido sus pasos hasta que había hablado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Taisha?

—El suficiente como para darme cuenta de que sigues muerto de miedo.

—Tienes razón. Siempre la has tenido. —Taru suspiró. Sus ojos destellaban de orgullo—. He sido y sigo siendo un tonto, incapaz de agradecer los favores de los Dioses.

—No, padre. Soy yo quien se siente una estúpida.

La mirada de Taisha cambió, y Taru recordó lo que le había comentado Sabba.

—¿Se trata de Mihn?

Ella arrugó el entrecejo.

—En parte.

—¿Te apetece pasear conmigo?

Ella sonrió, altanera.

—Por eso estoy aquí, tonto.

Caminaron un buen rato en silencio, bordeando el río.

—¿Qué opinas de Sabba? —preguntó Taru al fin—. ¿Y de Sinda?

Taisha lo miró con extrañeza.

—¿A qué viene eso ahora?

Él pateó una piedra, luego continuó andando. Taisha lo siguió, algo desconcertada.

—Solo respóndeme.

Su hija se encogió de hombros.

—Sabba es preciosa —empezó a decir Taisha—. Creo que nunca he visto a una mujer con una expresión tan dulce en el rostro, educada, de movimientos delicados y elegantes. Pero las apariencias engañan: es dura como una roca, ágil como una gata, rápida como el halcón, y valiente como una leona. Tendrías que haberla visto aquel día, luchando con Talu. Le dio una buena paliza, ¿lo sabías? La Princesa del Viento es especial. Veo pureza en ella. —Taru sonrió. Taisha la había definido a la perfección, pero la dejó continuar—: Y Sinda... —La joven sonrió con ternura—. Sinda es una niña muy dulce. Es lista, callada, pero también simpática, y tiene un gran corazón. Y muy bonita. Nada más verla me recordó a ti.

Taru plegó los labios en el interior de la boca, intentando contener la intensa emoción que sentía en aquellos instantes.

—Amé muchísimo a tu madre —empezó a revelar—; Aisha era... Magnífica. Tú eres como ella. —Miró a su hija y la vio sonreír, orgullosa—. Pero cuando la perdí... Cuando os perdí a las dos, pensé que me quedaría encerrado en la oscuridad para siempre. Os perdí y fue culpa mía. Jamás debí dejaros marchar a Roca Roja.

—No, papá. No fue tu culpa. —Taisha notó su dolor y lo interiorizó—. Y no me has perdido. Siempre he estado aquí, a tu lado, aunque no te dieras cuenta.

—No he sido un buen padre.

—Te equivocas.

Taru negó con la cabeza.

—No, no me equivoco.

Taisha siguió caminando, pensativa. Hasta que se detuvo y clavó la mirada en la de su padre.

—Todo sucede por una razón —dijo convencida—. El mundo se mueve así: los dioses trazan la senda, y los espíritus viajan guiados por sus señales. Estás aquí, yo estoy aquí, estamos juntos. Sabba y Sinda te quieren. Yo te quiero. Eso tiene que significar algo.

Taru se emocionó al escuchar esas palabras de Taisha, quien hasta el momento había sido la voz más crítica con él. Deseó abrazarla pero no lo hizo porque temió su rechazo.

—Cuando..., cuando me enamoré de Sabba fui incapaz de aceptarlo por un tiempo —confesó—. El recuerdo de Aisha me pesaba en el corazón, me atormentaba el alma. Miraba a Sabba y sentía una alegría y una esperanza que creía no merecer. ¿Cómo podía osar ser feliz mientras vosotras estabais muertas? Cuando la conocí, era muy joven, tendría más o menos tu edad ahora. Al principio, pensé que era una niña malcriada y cruel, como los demonios de su raza. Pero a pesar de mis reticencias, y con mucha paciencia, ella me mostró su esencia y quedé fascinado —el brillo en los ojos de Taru reveló lo mucho que la admiraba—. Nunca había conocido a alguien tan dulce e inocente, tan pura y sensible, tan generosa. Casi la mato una noche que intenté escapar de mi cautiverio. No obstante, ella, en lugar de tomar represalias, regresó a mí y me salvó; no solo la vida, también me rescató el alma, y me devolvió la esperanza y las ganas de vivir. Cuando pensaba que todo estaba perdido, ella me iluminó el corazón y me guió con su luz. Asimismo, lo que durante años me había aterrorizado volvió a suceder. La perdí: a ella y al bebé que esperaba. Y la maldita oscuridad regresó... Volví al Norte, roto, desesperado, buscando la muerte; luego, al saberte con vida, ansié la paz, pero el miedo se me enroscó en el pecho como una serpiente. Me oprimía, me pesaba, no me dejaba respirar ni dormir ni pensar... —Hizo una pausa para tomar aliento. El recuerdo de su sufrimiento lo alteraba. Taisha lo escuchaba muda, absorta. Era la primera vez que Taru se abría a ella—. Los Dioses me las devolvieron. Ahora que ellas han regresado, me siento feliz, pero sigo pensando que no las merezco. Ni tampoco te merezco a ti. Porque te tuve todo el tiempo y te descuidé —miró a su hija con una expresión tan emocionada que Taisha se enterneció—. Estabas aquí y en lugar de agradecer ese regalo, solo podía pensar en

lo que había perdido. No sé por qué los Dioses me han guiado por este camino, ni el significado de sus enseñanzas; aún no lo sé. Solo sé lo que he aprendido del dolor y del miedo, y es que si atraviesas un infierno no debes detenerte. Hay que moldear la ira hasta transformarla en acción, porque toda avalancha empieza con un copo de nieve.

—Papá...

Taisha cogió a su padre de la mano.

Él miró a su hija y sus ojos expresaron un amor inconmensurable.

Sin embargo, no se atrevió a abrazarla. No lo hacía desde que ella tenía cinco inviernos. La última vez, antes de ser capturado y llevado al Sur. El tiempo que había permanecido en el Norte, tras su regreso, no pudo hacerlo. No había sido un buen padre. Y le pesaba.

Pero Taisha ya no era una niña, se había convertido en una mujer sabia, valiente y digna. Era una auténtica Líder Medicina, como Aisha. Y lo perdonó.

—El miedo, así como el amor, es lo más parecido a una lluvia repentina que llega sin avisar.

Y tras decir esas palabras, Taisha se acercó a su padre, apoyó la mejilla en su pecho y lo rodeó con los brazos. Mientras permanecían unidos en un sentido abrazo, la lluvia bañó el Norte y levantó los aromas salvajes de la tierra.

VIENTOS DE GUERRA

El suelo que pisaban los guerreros del Miedo estaba encharcado, pero no les impedía moverse con agilidad. El cielo aún estaba adornado por nubes de lluvia, pero estas no frenaban a los rayos del Sol, que iluminaban una tierra que los norteños estaban dispuestos a defender con su vida.

Las mujeres que no participarían en la incipiente batalla, bien porque estaban embarazadas o tenían niños pequeños a su cuidado, cantaban para avivar el ánimo de sus esposos, hermanos e hijos, quienes se preparaban para la inminente batalla. Puede que, tras su partida, no volvieran a verlos con vida, pero las entonaciones eran alegres y serían recordadas en las Hogueras de los Antepasados por toda la eternidad.

La pasada noche Taisha, ya como Líder Medicina, había dirigido su primera ceremonia en el interior de las grutas sagradas. Había bendecido a los guerreros y consagrado sus armas a los Dioses. Pero esa mañana se presentó como una combatiente más, y al igual que el resto de sus compañeros, preparaba a Manzana con reverencia.

Los del Miedo pintaban su símbolo, el Ojo que Todo lo Ve, en la grupa de los caballos y en los propios rostros; algunos, los diseños familiares de antaño. Taisha se había decantado por el rostro en blanco, y un antifaz negro del cual escapaba un trazo de cada pómulos, para acabar unidos en los labios, negros también. El cabello, embadurnado de barro y recogido en una trenza que, a su vez, lucía largas plumas blancas que se mecían con la brisa. Portaba una camisa de cuero negro, pantalones del mismo color y material y, en los pies, unas polainas. El traje de guerra carecía de flecos para no entorpecer los movimientos en el combate, pero sí lucía bordados en las mangas y el cuello, y cuentas a modo de escamas, engastadas en el pecho y los costados, con el fin de embellecer y también amortiguar los golpes del enemigo o sus proyectiles. A la espalda llevaba su mejor arma: el arco, y en la polaina izquierda la hermosa daga de Sabba; dorada la empuñadura y la hoja de puro acero; una ofrenda que había prometido devolver a su legítima dueña teñida con la sangre del enemigo.

Taru la observaba con el corazón encogido, pero su expresión era firme, y al mismo tiempo animosa. Al ver a su hija pintar a la yegua con el símbolo del miedo, hinchó el pecho de orgullo. No había sido fortuito, Taisha quería que él supiera que luchaba por su Tribu, la Tribu del Miedo. Sin embargo, al jefe de Guerra le sobrevino el temor, que de inmediato desechó: Esta vez no fallaría.

Pondría a sus seres queridos a salvo, aunque le costara la vida.

Apareció Talu, el jefe del Viento, custodiado por siete de sus hombres. Vestía de negro y se había pintado el rostro para la guerra. A su lado cabalgaba Mihn, de blanco, sin adornos en el pelo ni maquillaje en el rostro. Todos, sin excepción, enmudecieron al verlos llegar sobre sus monturas.

Taru alzó el brazo, sus guerreros se tranquilizaron y, tras los saludos de rigor, llevó a los dos recién llegados hasta un lugar alejado de oídos y miradas indiscretas.

—Ya se han congregado en Roca Roja todas las Tribus del Norte —informó Talu con ceremonia.

—Bien. ¿En qué posición se encuentra la Coalición del Sur? —preguntó el del Miedo a Mihn.

—En la pradera, avanzando en formación.

Taru arrugó el entrecejo.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó.

—Un día. Puede que menos.

—No os acomodéis, partiremos en breve.

Talu habló dirigiéndose a su hermano:

—Antes quiero que me acompañes —pidió con extrema gravedad—. Necesito ir a las grutas sagradas y orar a la Gran Madre de Todos antes de partir.

Taru lo miró sin comprender.

—He de despedirme de Sabba y mi hija.

—Lo harás después —insistió el del Viento—. Vamos a la Sala de la Llamada, deseo que me acompañes.

—Pero, ¿es necesaria mi presencia? —insistió Taru—. Dispongo de muy poco tiempo.

—Ve con él, es importante —intervino Mihn, quien había permanecido en un segundo plano—. Yo iré a buscar a Sabba, ella y Sinda se reunirán con vosotros allí.

Estas últimas palabras las dijo en un tono tan extraño que incomodó al del Miedo.

Además Taru no comprendía para qué lo necesitaba su hermano, no había tiempo para ceremonias, y si deseaba orar, era asunto suyo, pues las conversaciones con los Dioses debían ser privadas. Pero tal fue la insistencia del jefe del Viento, que acabó por ceder.

Se adentraron en las cuevas en silencio, tan solo acompañados por los sonidos de sus propios pasos y de las gotas de agua que se estrellaban contra el suelo. Una vez llegaron a la Sala de la Llamada, Taru avanzó hacia la pintura de La Princesa del Viento. El recuerdo de la desesperación que sintió años atrás le aprisionó el corazón.

Y recordó: Había llegado a las Montañas Sagradas agotado, sin fuerzas. No había comido en varios días, y andaba cojo pues la rodilla se le resentía a causa del esfuerzo del viaje. Había hecho el último trayecto a pie, su montura estaba casi reventada, y a duras penas ya ponía un casco ante el otro sin tropezar. Cuando se adentró en las grutas del Útero de la Madre, Taru ya no sabía si lo que veía era real o producto de su imaginación. Los norteños daban mucha importancia a las visiones, que sólo obtenían cuando el cuerpo estaba al límite de sus fuerzas; era en ese momento cuando la mente ascendía y veía lo que, en equilibrio con el físico, jamás podría ver.

Las cuevas eran inmensas, los hombres tan solo conocían lo que la Madre, el valor y la cautela les permitían. Pero el principio era tan sagrado como el fin, y allí también se podía hablar a los dioses. Ellos, de igual forma, escuchaban y concedían peticiones si así lo consideraban. Para eso se utilizaba la Sala de la Llamada. En ese lugar, en las entrañas de la Gran Madre de Todos, existía una fuerza especial, intensa, tan letal como pura y llena de vida. En las paredes rugosas de la amplia bóveda, de la cual en lo más alto pendían miles de estalactitas, se proyectaba la magia que se usaba para llamar a los Espíritus. Cada animal, cada planta, cada insecto tenía su propio espíritu; hasta las piedras lo tenían. Y sólo podía ser invocado si se representaba en aquellas paredes. Había bellas pinturas de bisontes, caballos, ciervos, rinocerontes lanudos, cuyos espíritus habían sido conjurados para pedir su sacrificio con el fin de dar vida a los hombres. Taru era un artista talentoso, pero jamás había invocado a un ser humano hasta ese momento. Estaba prohibido porque podría no recordar el camino de regreso a las Hogueras de los Antepasados, y perderse en la oscuridad eterna de la gruta. Pero el norteño estaba tan desesperado que había invocado a Sabba. La había pintado cabalgando sobre Viento, el corcel que ella tanto había querido, y que había sido sacrificado por su cruel madre. Solo con la ayuda de ese animal, un

unicornio sagrado, Sabba podría regresar de entre los muertos y cruzar el umbral de los vivos.

Taru regresó a la actualidad, y sonrió al ver en el vientre de Sabba la marca de sus propios dedos. Cuando la pintó, también pensaba en su hijo nonato. Sinda había vuelto a él, junto con la Princesa del Viento.

El alivio que sintió al saberlas vivas apaciguó su alma inquieta. Sin embargo, de súbito, esa emoción se tornó tristeza. Estaba dispuesto a sacrificarse por ellas para salvar sus vidas, para evitar que el Norte cayera en manos del Sur. El que había sido el Rey del Miedo no dejaba de acariciar con los ojos esa pintura y, pronto, el agua de la tristeza le empapó el rostro.

Talu observaba la espalda de su hermano con el corazón encogido y el alma inquieta. El del Viento no había venido a orar. En aquellos instantes envidiaba a Taru por haber vivido algo tan puro y bello. Algo que él jamás sentiría. Una vez más, deseó haber sido capturado él y no su hermano. Habría valido la pena el sufrimiento si hubiese podido sentir por un instante el amor y la pasión de la Princesa del Viento. Sabba era una Tocada por los Dioses, Talu no había estado más seguro de algo en toda su vida. Solo unos pocos tenían ese don. Eran seres especiales, que mantenían la virtud intacta; eran puros, íntegros e incorruptos. Las virtudes de Sabba eran el amor, la compasión, la ternura, la generosidad y la bondad. Ella representaba todo eso, y por ello su espíritu era muy poderoso.

Taru, a pesar del dolor que había sufrido, era en realidad muy afortunado. Conocer a alguien así, y compartir su amor, era un regalo de los dioses. Taru tendría que haberlo sabido, tal vez fuera así, pensó el del Viento. De un tiempo a esta parte, los celos lo habían cegado, pero tras la conversación que había mantenido con su hermano días atrás, Talu había comprendido los motivos por los que el del Miedo casi había perdido la razón. Perder por dos veces a la familia, y más si una de ellas era alguien como Sabba no era fácil de afrontar.

Se sintió culpable. No era sana la envidia, así como tampoco eran honrados los celos.

Unos celos que habían sido provocados por esa fuerza: la de Sabba, y alentados por su propia debilidad. Su perfecto cuerpo, su modulada voz, sus movimientos bellos, exquisitos, su elegante porte, su bello rostro y su luminosa mirada... Su bondad, su valentía, su pureza... ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ella lo había cegado con su luz y Talu se había perdido en ella, cometiendo un error tras otro. Su hermano era quien realmente la merecía, quien había pagado el precio, castigado, sufrido las peores calamidades; habiendo perdido la cordura tras creerla muerta, para finalmente llegar hasta ella y alcanzarla. Los dioses concedían, pero hacían pagar un alto precio a cambio. Taru lo había hecho, había superado todas esas pruebas, y se había ganado el derecho y el honor de amar y ser amado por una Tocada por los Dioses: un ser íntegro, puro, sagrado y sin mácula.

Talu había sido un iluso. Había ofendido a los Dioses con sus propios deseos porque ¿qué había hecho él para merecerla? ¿Escapar ileso del mayor ataque que había sufrido el Norte? ¿O vivir una buena vida, sin miedo ni preocupaciones, con abundante alimento y en el lugar más hermoso de la tierra? Sin embargo, sí había gozado del honor de conocerla, escuchar su voz y... besarla.

Y por eso, ahora era él quien debía restablecer a los Dioses.

Se le cortó la respiración cuando se colocó tras su hermano que, ensimismado y en silencio, lloraba ante la más bella representación de una Tocada por los Dioses. El corazón de Talu se aceleró cuando cerró el puño sobre la empuñadura del hacha. El cuerpo le tembló al alzar el brazo armado sobre la cabeza de su hermano.

Y su alma se desangró al golpearlo.

EL REY DEL VIENTO

Las huestes de la Coalición del Sur se extendían hasta donde la vista alcanzaba. Sus armaduras brillaban con el sol del amanecer, como si de un inmenso filo ardiente se tratase, dispuesto a segar el Norte y las almas que en él habitaban.

Las componían tres ejércitos: el del Reino de Hanol, el País del Hierro y el Reino de Oriente. A la cabeza estaba la infantería ligera, seguida por la infantería pesada, ambas del País del Hierro. Llevaban armaduras muy ligeras y armas de fuego. Los seguían los de Hanol. Estos iban armados con espadas cortas de acero puro, capaces de cortar el viento, perfectas en el cuerpo a cuerpo, así como escudos dorados y armas de fuego, y al fondo: cañones ligeros. Por último, y a ambos flancos del grueso, la caballería de Oriente con los corceles más rápidos que se hubiesen visto jamás.

Estos llevaban espadas rectas de jineta, tan bellas como letales, de acero de doble filo y canal hasta la mitad. Estaban organizados, eran templados, y no temían a los guerreros del Norte; al contrario, los despreciaban.

Ante ellos se presentaba el ejército más numeroso y en perfecta formación que hubiesen visto jamás. Sin embargo, el miedo ya no existía en el corazón de los norteños, había sido barrido por el viento, que soplaba de cara a los que osaban enfrentarse a la maldición del acero y fuego del Sur. Ni siquiera el murmullo constante que emitía esa masa de acero, como si los miles de soldados que lo componían formasen un solo ser, los intimidaba. La euforia los tentaba y se revolvían inquietos; los corazones bombeaban la sangre con brío, los puños agarraban fuertemente las lanzas, y las cuerdas de los arcos ya estaban tensadas. Los caballeros contenían a sus monturas con relativo éxito, pues estas sentían el furor de sus jinetes y piafaban y pateaban el suelo, arañando la tierra con los cascos, deseando entrar en combate.

Se habían unido todas las tribus del Norte. Estaban los de Arrecife, liderados por Linha, su Líder de Pesca. Era una joven menuda y de rostro dulce, pero sus ojos dejaban ver una gran determinación. Los de Tocando las Nubes estaban bajo las órdenes de Denka, un poderoso guerrero con una horrenda cicatriz en el rostro; un hombre tan fuerte como despiadado. Los de Bosque Negro eran pocos, y Shina, su Líder Medicina, no había acudido a la batalla, pues se había quedado junto con la Anciana Medicina Lusha, de Arrecife, con las mujeres y los niños en las Montañas Sagradas. Los lideraba su esposo, Lanir, un ágil y experimentado guerrero. Incluso el Rey de Isla murciélago había enviado a sus más valiosos hombres, todos ellos vestidos con sus mejores galas para la guerra, los rostros pintados en antifaz rojo, excepto los del Miedo, que lucían de negro y un ojo blanco y rojo en la frente. Todos llevaban plumas y cuentas en las largas melenas que ondeaban al viento como si fuesen las banderas del Norte. La guerra era algo sagrado para los norteños; solo los más valientes, los que muriesen matando, serían merecedores de descansar en el Gran Valle, y ser amamantados eternamente por la Gran Madre de Todos. Por ello, no tenían miedo a la muerte; la deseaban. Bailarían con ella y la seducirían hasta poseerla.

Pero el Líder del Viento no había acudido y eso inquietaba a sus hombres, quienes, liderados por Màara y Taisha, se preguntaban qué podría haberle sucedido.

Taru, el Líder de Guerra de la Tribu del Miedo, estaba justo en el centro, ligeramente adelantado al resto. Llevaba el rostro pintado de negro, y su tocado de uro, cuya calavera le ocultaba media cara, le daba un aspecto espeluznante. Vestido de negro como una noche sin luna, se confundía con su caballo: un grandioso ejemplar norteño, también oscuro, de larga zancada, rápido galope y poderosa grupa. El animal piafaba nervioso, expulsaba vaho por los ollares, y soltaba espumarajos por la boca al tiempo que pateaba el suelo como un demonio sediento de sangre.

Mihn, junto con los demás jefes tribales, aguardaba sobre su montura, ligeramente retrasado, mientras el grueso del ejército del Norte se hallaba en formación justo detrás. Sabba se había colocado junto a ellos, tras Mihn y Taru.

La Princesa miró al Líder de los del Miedo por enésima vez. Cerró los ojos por un momento, buscando una calma que le resultó imposible de encontrar, y expulsó el aire que había estado conteniendo con estudiada lentitud. Él llevaba días comportándose de forma muy extraña y, tras partir los del Miedo de las Montañas Sagradas, no le había dirigido ni una sola mirada, mucho menos le había hablado. Sin embargo, ese no era el momento de pensar en ello; la batalla era inminente, y debía estar preparada. Mihn siempre le decía que se crecía en la adversidad, y este era el momento más difícil de su vida. No defraudaría a su maestro, ni a Taru, ni al Norte.

Sinda se había quedado al cuidado de Xenia, junto al resto de mujeres, ancianos y niños, que aguardaban protegidos en el Útero de la Madre. Las grutas de las Montañas Sagradas eran grandiosas y, sin conocer su ubicación, a los del Sur les sería imposible dar con ellas si vencían. El Norte tenía muchas probabilidades de perder, pues el enemigo los superaba en número, armamento y organización. Las fuerzas de ambos ejércitos estaban muy desequilibradas a favor del Sur, y no sería fácil derrotarlos. Haría falta un milagro para alzarse con la victoria, pero los Dioses no podían ser tan crueles, esta vez tenían que ponerse de su parte. Si existía la justicia, el Norte saldría victorioso.

Clavó de nuevo la vista en Taru, pero esta vez lo sorprendió mirándola. Sus ojos color miel parecían los de un depredador; destacaban entre el negro maquillaje y brillaban bajo la calavera de uro. Sin embargo, un deje de tristeza se vislumbró en las negras pupilas del norteño. Cuando Sabba desplegó los labios para hablarle, él se dio la vuelta y la ignoró.

El corazón de Taisha latía desbocado, sentía la propia sangre viajar a toda velocidad, abrasándole las venas; la ansiedad le presionaba en la garganta, y se esforzaba para no temblar como una hoja. Podía sentir la euforia de todos cuantos allí se habían reunido, incluso la del enemigo. El ímpetu y ardor de todos ellos, el miedo, la furia, incluso la sed de sangre la poseían. Ella intentaba concentrarse para contener toda esa violencia con el fin de no volverse loca; no obstante, lo que proyectaba Mihn la desequilibraba. Intentaba por todos los medios no prestarle atención, pero era imposible. La influencia del extranjero estaba a punto de desbordarla, y se la llevaría por delante a ella y todos lo que se cruzasen en su camino. Estaba segura.

Mihn tenía los ojos cerrados, completamente inmóvil, aunque le vibraran ligeramente los párpados. Estaba concentrado en el viento, en el aleteo de cada insecto. No muy lejos de allí, en el bosque, un ratón recomponía el nido. A lo lejos, el lamento de un lobo solitario. Sobre su cabeza, el aire cálido acariciaba las plumas del halcón peregrino que reinaba en las alturas, sopesando el momento adecuado para lanzarse en picado e interceptar a su presa. El ágil cazador se decidió al fin y, con las aguzadas garras, la asaeteó, arrebatándole la vida en el acto.

Mihn notó el sabor metálico de la sangre. Abrió los ojos y un cruel brillo se concentró en sus iris, ya azulados y brillantes, cargados de electricidad. En ese mismo instante el sol se ocultó tras unas negras nubes, el cielo se abrió y desató un relámpago que arañó la pradera de lado a lado,

justo en el centro, donde se enfrentaban los dos ejércitos.

Había llegado el momento. El Cielo ordenaba y tocaba obedecer.

Por unos instantes, la tentación de echar la vista atrás se volvió insoportable.

Taisha...

Quería, deseaba, necesitaba mirar a Taisha... Ver sus ojos verdes por última vez, antes de que estos mostrasen desdén hacia su persona.

Tomó aire, apretó la mandíbula y dilató las aletas nasales.

No se dio la vuelta. No la miró. Por el contrario, espoleó al caballo, que rompió en galope hacia las huestes del Sur.

En soledad.

Hacia adelante.

Tras atravesar esa senda, tras cruzar esa negra cicatriz que él mismo había creado, supo que jamás volvería a ser el mismo.

—Taisha... —Se permitió pronunciar su nombre.

—Pero, ¿qué hace? ¿Adónde va? —preguntó la Líder Medicina de la Tribu del Miedo a Taru mientras reunía fuerzas para no caer desmayada a causa de la impresión. La actitud de Mihn no era lógica, acababa de partir solo hacia el enemigo, sin informar al resto de los líderes.

Taru no respondió a sus preguntas. Solo alzó la mano, impidiendo que la joven se lanzara al galope y siguiese al de Hanol.

—¡Por los Dioses, padre! —insistió—. ¿Vas a decirme qué diablos está pasando? ¡Como Líder Medicina de la Tribu del Miedo, exijo una explicación!

—Aguarda, Taisha —murmuró Taru. Su corazón latía desbocado y sentía cómo se le encogía el alma, aunque su tono de voz resultara contundente—. Mihn va a negociar.

—¿Negociar? —intervino Sabba en oriental, pues había entendido esa palabra—. ¿Ha perdido la cabeza? ¡Yuu Hee lo ejecutará antes de que llegue a la línea!

Denka se adelantó, colocándose junto a Taru.

—¿Qué ha dicho la extranjera? —preguntó nervioso—. ¿Y qué hace ese espectro? —se refería a Mihn—. Taru, si hay novedades, debes informarnos de inmediato.

—Cierto —Linha también intervino—. ¿Desde cuándo los espectros atienden a razones? Debemos atacar ya, antes de que sea tarde.

Los demás líderes empezaron a ponerse nerviosos y a cuchichear entre ellos. Màara miró a Taru, expectante. La expresión de Taisha rozaba la locura.

—¡Silencio! —ordenó Taru con rostro pétreo—. Mihn es un hombre sabio. Seguiremos su plan.

Tras decir esto último, el norteño no pudo evitar estremecerse. El miedo le recorrió la espina dorsal y se preparó para estallar en su pecho. No lo permitió. Sabía lo que estaba a punto de suceder y lo aceptaba. Era su deber. Ese honor solo le pertenecía a él.

Durante un tiempo que a Taisha le pareció eterno, observó a Mihn cabalgar hasta llegar a la línea enemiga. Sin embargo, su poder no la abandonó, al contrario: lo sentía más intenso por momentos, hasta que la líder pensó que acabaría crujiéndole el cráneo. El pecho se le llenó de angustia y de algo más, que no supo identificar pero sí se le antojó terrorífico. Presentía que algo estaba a punto de suceder. Mihn era más temible y poderoso de lo que ella había creído. Había provocado la caída del rayo, estaba segura. No había dejado de preguntarse quién era él en realidad. Siempre había sabido que era especial. Un halo de divinidad lo rodeaba, aunque ahora fuera más visible e intenso que nunca. En su interior asomaba un gran poder que estaba a punto de revelarse, una especie de oscuridad que acechaba en la superficie y aguardaba para emerger y

consumirlo todo a su paso. En esos momentos Taisha sentía esa ignominia más intensa que nunca, una rara maldad que le erizaba la piel y le aceleraba el pulso. Desde su posición, aterrada, vio cómo él llegaba hasta las líneas enemigas. Dos jinetes, seguramente los generales, se acercaron a él. Al punto, una facción de la caballería lo rodeó.

Lo más extraño de todo fue que Taisha no temió por Mihn, al contrario: eran todos ellos quienes debían resguardarse de su poder.

—¿Qué va a hacer? —le dijo a Taru en un hilo de voz. No preguntó qué le harían, pues sabía que nada ni nadie podría con él—. ¿Acaso nos está traicionando?

Talu volvió grupas y la miró. Luego posó los ojos en Sabba. La princesa estaba aterrorizada, temía por la muerte de su amigo. Pero ella aún no sabía de qué era capaz.

—Confíad en mí.

Una terrible punzada en la sien despertó a Taru de súbito. Abrió la boca, tomó aire y lo expulsó en un gemido de dolor.

Le pesaban los párpados y notaba la espalda húmeda. El frío se le calaba en los huesos y le sobrevino un ataque de tos. Cuando se le pasó, se llevó las manos a la nuca y los dedos se le humedecieron con su propia sangre. La sintió caliente, aunque estuviera helado de frío. Abrió los ojos, vio la tímida luz de una tea a punto de apagarse, pero que aún iluminaba parte de la Sala de la Llamada. La representación de Sabba, cabalgando en el Viento estaba ante él, y parecía contener una magia que nunca antes había visto. Como si esta vez fuese ella quien lo llamase a él.

Se incorporó, confuso, volvió a llevarse las manos a la nuca, y esta vez sí se dio cuenta de que las tenía atadas por las muñecas. Alguien lo había golpeado desde atrás pero, ¿quién? ¿Y cuánto tiempo llevaba allí, inconsciente? ¿Y por qué su hermano había insistido tanto en...?

De repente, los caóticos recuerdos se juntaron en su mente y, poco a poco, lo comprendió todo
¡Maldito fuera Talu!

¡Había sido su hermano quien lo había golpeado a traición! Y Taru sabía el motivo.

¡Pretendía arrebatarse su Destino! ¡Un Destino que el del Viento estaba a punto de asumir, pero era él quien debía hacerlo! ¡Era él quien debía sacrificarse por el Norte!

Intentó ponerse en pie, pero estaba atado también por los pies y únicamente consiguió caer de bruces al suelo. Al momento escuchó unos pasos acelerados.

—¡Eeh! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Fue Xenia, seguida por Dunya, quienes atendieron la llamada.

La oriental mostraba el rostro lívido y se hallaba al borde del llanto.

—Tranquilízate, Taru —pidió, acompañando con las manos sus palabras—. Puedo explicarlo.

—¡Tú! —bramó, fuera de sí, al tiempo que la atravesaba con la mirada—. ¿Quién si no?

—Taru, por favor, cálmate.

—¡Desátame, maldita seas! —gritó él, furioso.

Xenia creyó ver en las pupilas de Taru la promesa de que, si no obedecía, la estrangularía. Dunya, que había llegado de Roca Roja con el resto de mujeres y niños, llevaba el desconcierto pintado en el rostro; no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Mihn... Mihn ha dicho que... —Xenia a duras penas podía articular palabra, aunque no se diera por vencida—. Talu te golpeó y te ató porque... No quería que tú... asumieses... —hizo un gesto de desesperación pues le estaba costando horrores ordenar sus pensamientos para que estos desembocasen en una explicación coherente—. Mihn me ha dicho que no te deje salir de aquí bajo

ningún concepto. Que si lo haces...

—¡Mihn es un maldito traidor! —la interrumpió Taru, montando en cólera.

—No es cierto —opuso Xenia, convencida—. Me lo ha contado todo y...

—¡Me lo debes, Xenia! —aseveró, mirándola a los ojos con un brillo de desesperación en la mirada—. ¡Ya basta de tretas y de engaños! ¡Desátame! ¡Obedece!

—Taru, por favor... No puedo permitir que vayas al campo de batalla, no puedo hacerle esto a Sabba... Ella... Ella y Sinda...

—Xenia, por lo que más quieras, desátame —de súbito, Taru sintió el miedo recorriéndole la espina dorsal—. ¡La vida de Talu corre un grave peligro!

—¡No! ¡No lo haré! —se plantó la oriental—. ¡No voy a permitir que las abandones! ¿Lo entiendes? ¡De ninguna manera vas a dejar solas a Sabba y a tu hija! ¡Y si lo haces, no habrá sido mi mano la que te haya liberado! —las lágrimas empezaron a recorrer las mejillas de Xenia, que miraba a Taru con convicción—. Ya te lo dije una vez: antes prefiero morir que ver sufrir a mi señora. ¡Ni mucho menos por tu causa!

Fue Dunya quien atendió el socorro de Talu. Si la vida del jefe del Viento corría peligro, no sería ella quien evitase ayudar a Taru. Se agachó, junto al del Miedo, y empezó a desatarlo con manos temblorosas. Tardó lo que le pareció una eternidad, pero lo logró.

Taru se puso en pie, le dedicó una mirada de agradecimiento a la joven curandera y luego miró a Xenia, pétreo.

—Gracias —dijo.

—Oh, Taru, ¿qué vas a hacer? —sollozó la oriental, emocionada y sintiéndose impotente.

Taru no respondió a su pregunta pero pidió:

—Dile a Sinda que la quiero —se le quebró la voz—. Que siempre la he querido. Explícaselo todo cuando crezca. ¿Me lo prometes?

—Taru, por favor... —sollozó ella, insistente—. No lo hagas...

—¡Prométemelo, Xenia!

Xenia asintió, rendida, mientras las lágrimas le caían sin cesar. Lo vio adentrarse en la oscuridad en busca de la luz. Y el corazón se le atragantó.

Oculto tras la máscara del Rey del Miedo, Talu sintió cómo se le partía el corazón.

Sabba lo miraba, confusa, insegura, aterrada, con esos ojos verdes y luminosos, grandes y almendrados, rodeados de largas pestañas negras, como las alas de una mariposa. En esos momentos, en los que se hacía pasar por su hermano, ella lo amaba.

Pero ese sentimiento, a pesar de ser real, era una mentira, un engaño.

Él no era quien ella creía. Ella amaba a Taru.

—Taru, por favor, dime —volvió a decir Sabba en oriental—. ¿Qué pretende Mihn?

El del Viento entendió la pregunta, a pesar de no conocer el idioma, pero no respondió. Seguía absorto en sus pestañas.

—Taru, respóndeme...

Una vez más Talu, jefe de la Tribu del Viento, deseó haber estado en la piel de su hermano. Ojalá hubiese sido a él a quien los espectros capturaron y llevaron a Oriente. Ojalá él y no Taru. Habría sido tan hermoso hacerle el amor, besar su blanca y delicada piel. Habría sido maravilloso amarla y ser correspondido.

Los Dioses no habían querido que viviese como Taru. No obstante, otra divinidad le estaba dando la oportunidad de morir como él. De pagar el precio. De alcanzar el Gran Valle con honor.

Tomó aire muy lentamente. Tragó saliva y alzó el rostro con dignidad.

Entonces, apartó la vista de Sabba y la posó sobre todos y cada uno de sus guerreros, como el

águila que sobrevuela con dignidad el cielo por última vez. Este sería su último vuelo.

—Sois valientes, sois salvajes. ¡Sois norteros! —gritó, mirándolos con furia, al tiempo que espoleaba a su montura que se removió, inquieta—. Sois hombres puros, incorruptos, y esta es vuestra tierra. ¡Ella es la Madre de Todos! ¡Incluso la de esos malnacidos que no la respetan! —señaló las líneas enemigas con su hacha de guerra—. Esos de ahí, esos sureños han perdido el vínculo con la divinidad, y morirán ahogados en su propio vómito, con el aroma de su propia carne putrefacta impregnando sus fosas nasales; con el alma y el corazón enfermos de soledad. Morirán abandonados, sin tribu, sin hogar ni consuelo. Morirán —bajó el tono, pero su voz sonó amenazante, como el siseo de una cobra a punto de atravesar la carne con sus colmillos—. Pero no será por vuestra hacha, flecha o lanza. Porque hoy no lucharéis. No lucharéis porque el Dios del Cielo hoy matará por vosotros. Lo hará porque no desea que se derrame vuestra sangre. ¡La vuestra no! —gritó de nuevo, alzando el poderoso brazo que sostenía el hacha.

El ejército del Norte rugió, haciendo estremecer a todos los habitantes de la pradera. Miles de ojos lo miraban con orgullo. Ese era su líder, el hombre comprometido que les inspiraba confianza, compromiso y pasión.

Talu regresó la vista a Sabba. A pesar de que no había entendido del todo sus palabras, estaba impresionada y sus ojos expresaban admiración y orgullo. Eso lo animó y consoló. El corazón del nortero latió de dicha, y una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Ahora debo partir solo —dijo a todos—. Pero nos reencontremos en las Hogueras de Nuestros Antepasados.

Sus hombres empezaron a protestar, confusos y contrariados. Taisha lo miró con el ceño fruncido y, de súbito, la claridad se le reflejó en el rostro. Talu se sintió orgulloso de su perspicacia. Su sobrina acababa de comprender quién era él, en realidad, y lo que estaba a punto de hacer.

La joven abrió la boca para oponerse, pero él la interrumpió:

—Sin embargo —añadió, alzando el brazo para hacerla callar—, os pediré algo. Nunca, jamás, os dejéis dominar por el miedo, ni dejéis que os seduzca la venganza. —Esto último se lo dijo a ella, mirándola a los ojos—. Tú debes guiarlos, Taisha. Eres íntegra, valiente y osada. Y no te rendirás jamás. ¿Lo harás?

Ella apretó los labios. Su alma lloraba. Miró hacia las huestes del Sur y, a pesar de la enorme distancia, creyó ver los ojos de Mihn clavados en los suyos. Él tenía el corazón roto y su alma imploraba perdón.

Un perdón que ella no le concedería...

Regresó la vista a Talu, y una mueca de rabia se dibujó en sus labios. Las lágrimas luchaban por escapar entre los párpados, pero no las liberaría. ¡No volvería a llorar por Mihn jamás!

—No puedo prometerte eso ahora —respondió altiva.

—Acepta, te lo ruego —pidió Talu—. No dejes que la rabia y la venganza te dominen. No dejes que el Espíritu del Miedo te posea.

Ella sonrió, irónica.

—No temo al Espíritu del Miedo —aseveró—. Ni tampoco es al miedo a quién debe temer ese traidor.

Talu asintió, apenado. No convencería a la fuerte e intrépida Taisha. Pero esa era una nueva historia de la que él ya no sería testigo. Ella y Mihn debían trazar su propia senda.

Y Talu la suya.

Regresó la vista a Sabba y sintió un fuerte nudo en el pecho. Apretó ligeramente los flancos de su montura y se acercó a ella.

—Princesa —inclinó ligeramente el rostro—. Ha sido un honor conocerte. Ahora te pido que me concedas una última petición.

Sabba lo miraba, desconcertada. Él seguía dirigiéndose a ella en el idioma del norte. ¿Por qué?

—Taru... No te entiendo... ¿Qué... qué está pasando? ¿Qué vas a hacer?

El norteño sonrió. Era preciosa, incluso cuando la confusión la embargaba. Esos ojos luminosos le acariciaban el alma. Y esos labios del color de las cerezas, su aliento de menta, y sus cabellos que guardaban el aroma de las hierbas de la pradera. Se quitó la máscara y descubrió el rostro.

—Te amo, Sabba. —El corazón de Talu se aceleró—. Desde el primer instante en que te vi, supe que eras especial. Cuida de mi hermano. Es un buen hombre, el mejor. Y te ama más de lo que jamás podrás llegar a comprender.

—Pero, ¿por qué me hablas en norteño? —insistió ella—. No te entiendo. ¿Qué vas a hacer?

Sabba no entendía lo que estaba sucediendo, pero en el fondo de su alma sabía que algo muy malo iba a sucederle a ese hombre. ¿Por eso se había comportado de forma tan extraña los últimos días? La mente le gritaba preguntas sin respuesta, y en su pecho empezaba a congregarse la ansiedad. Una ansiedad que, sabía a ciencia cierta, se transformaría pronto en dolor.

Sin embargo, la princesa no tuvo tiempo de pensar más.

Él colocó el caballo junto al suyo, alargó la mano y le acarició el rostro con reverencia. La notó temblar y vio cómo una lágrima se le escapaba de uno de esos ojos verdes. Unos ojos del color de la hierba en verano. Talu se acercó un poco más y atrapó esa preciada perla de agua con en el dedo índice. Cerró el puño y la guardó para siempre.

—En este momento me siento el hombre más afortunado de la tierra.

Tras decir esas palabras, acercó los labios a los suyos y la besó.

Fue un beso pausado y sentido. Los labios de la princesa temblaban, su lengua era cálida y acogedora, y sus manos lo acariciaban con cariño y ternura. El corazón de Talu empezó a galopar con brío, y una ráfaga de viento los envolvió a ambos en un cálido remolino.

Por primera vez, Sabba correspondió a la pasión de Talu. Lo abrazó y el beso se volvió urgente y apasionado. Y a él no le importó que fuese mentira. Le dio igual que el amor que ella sentía en ese instante fuese en realidad provocado por la creencia de que era a su hermano a quien besaba y no a él. Por primera vez, Talu sintió la devoción de Sabba y sí, lamentó la decisión que había tomado: la de sacrificarse por Taru. Habría sido hermoso cuidar de ella y Sinda. Hacerla su esposa y tenerla a su lado hasta que la muerte los separase. Habría sido maravilloso hacerle el amor cada mañana y honrarla cada noche, hasta el final de sus días. Habría sido precioso hacerla feliz. Porque lo habría hecho, sin duda.

Pero la decisión ya estaba tomada.

Y cuando los labios de ambos se separaron, Sabba ya sabía la verdad.

Él no era Taru. Lo había sentido en el beso, en las caricias, en su mirada. Sin embargo, no se había apartado de él, ni había interrumpido el beso. Había sentido el amor de ese hombre, su pasión y devoción. Y, por unos instantes, ella lo había correspondido con igual intensidad. Unos instantes que atesoraría por siempre en el corazón.

—Recuérdame —rogó él, con un hilo de voz que se quebró en la última sílaba—, recuérdame cuando lo mires a él. Al menos una vez al día, por favor...

Ante la fervorosa mirada de Talu, ante su triste sonrisa, los ojos de Sabba se desbordaron y no fue capaz de responder. No pudo porque sus cuerdas vocales fueron incapaces de formar sonidos. Habría querido decirle que no, que jamás lo olvidaría y que lo recordaría por siempre.

Sin embargo, se quedó quieta y muda mientras Talu, el jefe de la Tribu del Viento, volvía grupas e instaba a su montura a galopar hacia el gran ejército del Sur.

El destino del Norte ya estaba escrito, y era él quien debía firmar el contrato con su propia sangre. Pero Sabba no lo dejó partir solo, una súbita ráfaga de un viento cálido y acogedor lo acompañó.

MIN HO, EL BRILLANTE

No había marcha atrás para ninguno de los dos hombres que se miraban a los ojos, sin pestañear. Ambos sentían el mismo dolor: uno estaba condenado a morir y el otro obligado a matar.

Mih Ho, el Brillante, permanecía en pie, con la vista clavada en el hombre que estaba a punto de entregar su vida y verter su sangre a cambio del Norte.

Lo único que podría detener la destrucción que se cernía sobre ellos era el poder de un Dios, y un Sin-Ui solo podía obtenerlo tiñéndose el rostro con la sangre de un Rey.

Y ese Rey era Talu: El Rey del Viento.

Hanol era poderoso, y el Cielo tenía largas raíces. Nadie, ni siquiera él, podía escapar de ellas. Mihn lo había intentado pero no lo había logrado.

Cuando conoció a sus amigos, en Oriente, empezó a comprender que no podría continuar eludiendo sus responsabilidades. Al conocer a Taru y Sabba, Xenia y la pequeña Sinda, todo había empezado a cobrar sentido. Cuanto había vivido hasta el momento, siempre desde un segundo plano, sin compartir emociones ni sentimientos, en completa y absoluta soledad, había formado parte de los entretejidos planes del Destino. Jamás miró a los seres con los que compartió alegrías y decepciones, como meros peones en el tablero de los dioses, sino como amigos. Los únicos amigos que había tenido, y a quienes estaba a punto de decepcionar. La tristeza se le hacía insoportable y el dolor, insufrible. Pero si traicionándolos, los salvaba, que así fuera. Mihn guardaría la decepción de todos ellos en el corazón y no la olvidaría jamás.

Pero la de Taisha...

La decepción de Taisha sería difícil de soportar.

Lo que sentía por ella era demasiado intenso como para olvidarlo, como para enterrarlo...

No lo haría, recordaría su amor, y conviviría con el dolor de la pérdida por siempre.

La duda y el miedo se reflejaron por unos instantes en los azules y eléctricos iris del Sin-Ui. Esa joven lo hacía sentir como un ser humano. Hacía nacer en él la alegría, el enfado, la pasión, el amor, incluso la desesperación. Su preciosa sonrisa, sus ojos verdes que abarcaban las galaxias enteras, y el sonido de su suave risa, tan parecida al canto de los pájaros, lo deleitaban. Sus labios sedosos y húmedos, su aliento a menta fresca, y esa forma tan graciosa de apartarse el flequillo de la frente con un resoplido. Su pasión, su determinación, su osadía. Solo una mujer como ella era capaz de desatar las emociones de un Dios.

La amaba. La amaba como el Cielo ama al Sol.

Pero el amor le estaba prohibido a los Dioses. Él era El Hijo del Cielo, Min Ho, el Brillante. Había nacido en Hanol como hombre, y a Hanol regresaría como un Dios.

Había llegado el momento.

Desenvainó la espada y miró a Talu a los ojos.

Sería rápido. Honorable y rápido.

—Por el poder que me ha otorgado el Reino del Cielo, yo, Min Ho, el Brillante, te nombro Rey del Viento. ¿Aceptas el honor?

El Rey miró a los ojos del Hijo del Cielo y asintió.

Talu estaba dispuesto a morir por el Norte. Sacrificaría su vida por Sabba y Taru, para que ambos alcanzasen la felicidad. Sentía miedo pero también alegría y gratitud. Marcharía orgulloso al Gran Valle, y aguardaría en las Hogueras de los Antepasados su reencuentro.

Solo tenía una última petición.

—Concédeme el honor de mirar a Sabba por última vez —pidió—. Deseo que sean sus ojos de hierba lo último que vean los míos.

—Te lo concedo —susurró Mihn, con el corazón roto.

Talu miró a Sabba. A pesar de la distancia que los separaba, el Hijo del Cielo le permitió verla con claridad. Sus ojos verdes lucían húmedos, un mechón de pelo revoloteaba y le acariciaba la piel del rostro y le rozaba también los labios, rojos y temblorosos. Una lágrima resbaló por su blanca mejilla y cayó sobre la hierba fresca.

Mientras Talu la besaba y acariciaba con la mirada, Mihn cerró los ojos y empezó a recitar.

—Serás mi preferido de entre los que habitan el Cielo, porque a ti te otorgo el Espíritu del Viento. A ti te confiero el poder de volar sin alas. Te has sacrificado por el Norte y has resistido a la tentación. Tuviste la oportunidad de arrebatarle la felicidad y el amor a quienes lo merecían, pero fuiste justo y no lo hiciste. Ahora vuela alto, Rey del Viento, porque del viento vienes, y en viento te convertirás. Un viento que barrerá el Miedo de esta Tierra Sagrada. ¡Asciende y vive eternamente en el Gran Valle con honor y dignidad! Y que la virtud inunde tu cuerpo, tu alma y tu corazón.

El sonido del metal cortó ese mismo viento y una rosa roja se abrió en el pecho del Rey. Su sangre se vertió en la tierra de sus antepasados, y tiñó la misma hierba que había bañado la Princesa del Viento con sus lágrimas. Mientras los ojos de Talu se cerraban para no abrirse jamás, su mente recordó la imagen de la bella Sabba, degustó el sabor de sus labios, y sintió en el pecho la intensa y desbordante pasión que ella le había regalado con su último beso.

Mientras el rostro inerte de Talu dibujaba una sonrisa, y su alma ascendía a los Cielos, en la Tierra se escuchó un grito de rabia: el de Taisha. Y un doloroso llanto: el de Sabba.

Mientras las lágrimas de un Dios se mezclaban con la sangre de un Rey.

LA MUERTE DEL REY

Taru galopaba por la pradera como si el viento lo impulsase. Las lágrimas, ya desatadas, escapaban de sus ojos y se perdían en la pradera como si fuesen las perlas de una niña caprichosa, que las desprecia porque ya no las considera de valor.

Ya era tarde. Demasiado tarde para su hermano.

Taru lo sabía, lo sentía. El fuerte lazo que los había unido en el mundo de los vivos se había roto para siempre. Había notado el quiebro, le había golpeado en el corazón y creado una herida que jamás cicatrizaría. El sufrimiento desaparecería con el tiempo, llegaría la aceptación, pero nunca dejaría de notar su falta.

Maldito fuese Mihn por engañarlo. ¡Él mismo tendría que haber muerto por el Norte, y no Talu! ¡Ese era su destino! ¡Su deber!

Llegó al campo de batalla. Miró al cielo. El sol estaba a punto de desaparecer tras el horizonte, y no había cuervos sobrevolando. Tampoco olía a sangre. La muerte había respetado el Norte, sólo se había llevado a uno: el más valioso.

Tampoco había rastro del gran ejército del Sur. Sin embargo, los guerreros del Norte seguían allí, rodeando el cuerpo de su hermano, que yacía inerte, su vida segada, y su sangre teñía la verde hierba de la pradera. Arrodilladas junto a él, Sabba y Taisha. Sus rostros estaban desencajados, y parte del maquillaje borrado por las lágrimas. El silencio era atronador. Ni siquiera la brisa se atrevía a consolarlos con su cálido sople.

Pero estaban a salvo.

El Norte estaba a salvo.

Taru lanzó un grito que se transformó en un doloroso lamento.

Descendió del caballo y avanzó hacia su hermano.

—Talu... —sollozó, al tiempo que se abría paso entre los norteños, para llegar hasta él—. Tenía que ser yo. Tenía que ser yo quien se sacrificase por el Norte. Oh, Dioses, soy yo quien no se soporta a sí mismo. Tendría que haber sido yo quien muriera. Y no tú... No tú... —Taru, con el rostro empapado y la voz quebrada, se arrodilló junto a Talu. Las manos, temblorosas, le acariciaron el rostro, tan parecido al suyo, al tiempo que una fuerte opresión en el pecho lo ahogaba por momentos—. Oh, hermano... Tú no merecías la muerte... Tú no...

Se agachó y apoyó la mejilla sobre el pecho de Talu, su misma carne, su misma sangre. Y lo lloró hasta que se le secaron las lágrimas.

Pasado un tiempo sintió una ligera presión en el hombro izquierdo. Supo que era Sabba y alzó el rostro. Al verla, un gemido escapó de su garganta.

—Sabba...

Ella se arrodilló junto a él y se fundieron en un abrazo.

—Oh, Taru...

Sabba tenía los ojos y la nariz enrojecidos por el llanto, los labios hinchados, y la voz rasgada por el dolor. Taru le acunó el rostro y con los pulgares le secó las lágrimas.

—Amor mío. Te amo. No puedo decir nada más, no tengo palabras.

Ella bajó la mirada y asintió. Luego se apartó de él y regresó su atención al cuerpo de Talu. El norteño vio cómo ella acariciaba el pálido rostro con absoluto respeto y cariño y le apartaba con cuidado un mechón de la frente, al tiempo que una de sus lágrimas caía sobre su cuerpo inerte. Y luego otra, y otra más.

—Debemos celebrar la Ceremonia de Ascensión esta misma noche.

La voz de Taisha hizo que ambos se volvieran hacia ella. Su rostro reflejaba la cólera. La sed de venganza le carcomía el alma, y el rencor le punzaba en el corazón. Pero su tono era firme y contundente. El liderazgo la envolvía.

Taru se puso en pie al mismo tiempo que su hija, alargó la mano y la unió a la suya.

Ella clavó sus verdes y luminosos ojos en los suyos. Cuando parpadeó, una sola lágrima escapó entre las pestañas.

—Él te quería —le dijo, rota de dolor—. Eras su hermano pequeño. Y te quería.

—Yo a él también.

—Lo sé.

—Mihn...

—¡No nombres a ese bastardo! —zanjó la joven, alzando el mentón—. Me ocuparé de él a su debido tiempo. Ahora es el momento de honrar al Rey del Viento.

—No solo murió por su pueblo, dio la vida para que pudieses ser feliz —intervino Sabba, con la voz desgarrada por el dolor—. Sabía que lo merecías. Sabía que ese derecho era tuyo por decreto de los Dioses. Él se sacrificó por tí.

—Lo sé —repitió Taru—. Lo sé... Pero no lo merezco, Sabba. No lo merezco.

—Claro que sí.

—No, Sabba. ¡No!

—No deberías menospreciar su sacrificio.

—Lo siento..., tienes razón...

A Sabba se le escapó un sollozo de dolor. Estaba enfadada con él, con Talu, y con Mihn. Ellos le habían estado mintiendo todo el tiempo. El dolor y la decepción le atravesaban el pecho, pero el alivio de que Taru siguiese vivo la hacía sentirse egoísta. No tenía derecho a la rabia ni al dolor. Taru estaba vivo. Su hermano se había sacrificado por él y debían que honrarlo por ello.

—Me engañaste, Taru —lo reprendió, entre lágrimas—. Ibas a sacrificarte por el Norte. No me tuviste en cuenta. Me mentiste. No te despediste de nosotras. ¡Nos mentiste!

—Sabba, no hay nada en el mundo que ame más que a ti y a mis hijas. Teníais que estar a salvo. No podía dejar que...

—¿Y qué habría hecho yo sin ti? —lo interrumpió ella, dolida.

—Quería lo mejor para vosotras...

—¡Lo mejor para nosotras siempre fue estar a tu lado! Oh, Taru... ¡Yo no habría sobrevivido sin ti! ¡Me habrías matado de dolor!

Él la abrazó con fuerza.

—Ahora estáis a salvo. Siempre estaréis a salvo.

EPÍLOGO

Era noche cerrada en Roca Roja, la luna se había escondido, ni tampoco las estrellas se dejaban ver. Estaban ocultas por unas nubes que amenazaban tormenta, pero los relámpagos no se habían decidido a segar el cielo.

Min Ho observaba a Taisha desde la distancia. No debería hacerlo, pero no lo había podido evitar. Su corazón la añoraba y deseaba verla, sentirla por última vez aunque fuese de lejos.

La joven oficiaba en aquellos momentos la Ceremonia de Ascensión del Rey del Viento. Su bello rostro lucía pintado de blanco. Unas franjas negras se dibujaban desde los ojos hasta las sienes, y del labio inferior a la barbilla cinco puntos rojos. Los cabellos sueltos y adornados con plumas blancas, como la nieve, se mecían con la brisa. El Hijo del Cielo percibió su rabia y su dolor, dos emociones que Taisha controlaba a la perfección, pues su rostro lucía una expresión incommovible.

El cuerpo de Talu descansaba sobre una tarima de madera de tejo, bajo la cual había leña y hojarasca. Uno a uno, los miembros de la Tribu del Viento lo iban cubriendo de flores. Al fondo, los ancianos entonaban alegres cánticos. El resto observaba en silencio, esperando el momento en que su Rey marchase en paz.

Taru y Sabba ocupaban un lugar destacado entre los Líderes del Norte. Todos asistían a la ceremonia. La pequeña Sinda se encontraba entre ambos, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Taru la tenía cogida de la mano, y ella lo miraba con una tierna sonrisa que conseguía apaciguar la pena que él sentía. Min Ho vio cómo Sabba besaba a su noruego en la mejilla, cómo le acariciaba el pelo y le dedicaba unas palabras de aliento que lo llenaron de esperanza y le arrancaron una sonrisa que, esta vez, sí le iluminó la mirada. Ambos sentían el dolor de la pérdida, pero pronto alcanzarían la tan ansiada y merecida dicha. Eran libres al fin.

Los párpados de Min Ho se inundaron en el instante en que la pira se incendió. Las llamas cubrieron el cuerpo de Talu, y las cenizas brillantes ascendieron hacia el Cielo. Cuando Min Ho, el Brillante, cerró los ojos, sus lágrimas se transformaron en estrellas y ascendieron hasta el firmamento, acompañándolas.

—No te escondas —dijo el Dios, ladeando ligeramente el rostro—; sé que estás aquí.

Al tiempo escuchó los pasos de un caballo, tan ligeros como una pluma. Cuando el animal se detuvo tras él, posó el hocico sobre su hombro y emitió un suave resoplido que hizo mecer un mechón de su melena, que acabó cosquilleándole la nariz. Molesto, Min Ho intentó apartárselo con un resoplido, tal y como solía hacer Taisha, pero solo consiguió más cabellos en el rostro.

—Ni se te ocurra sonreír —le dijo al caballo—. No estoy de humor.

El blanco corcel oriental apartó la delicada cabeza de su hombro y se posicionó frente a su amigo. Puso las orejas en punta y clavó los ojos negros y expresivos en los de Min Ho, y pateó el suelo con la mano derecha. Después, con la gracia y agilidad de un ciervo, estiró el cuello y bajó la cabeza, para alzarla de nuevo en un movimiento tan salado como elegante.

—Ni lo pienses, Viento. Sabes que no te está permitido regresar.

El animal movió la cabeza, de izquierda a derecha, apartándose la blanca crin de un lado del cuello para colocársela sobre el otro. Ese gesto le recordó a Taisha cuando daba un golpe de melena, la joven solía hacerlo para mostrar su discrepancia. A continuación, Viento movió el

morro superior, sacándole al Dios una suave carcajada.

—Deja de jugar sucio y no insistas más.

El caballo hizo una cabriola, alzó el cuello lo más alto que le permitió su anatomía, y miró al Dios con altanería. Acto seguido, volvió grupas y galopó en dirección al poblado ante la atónita mirada del Dios, quien suspiró, negó con la cabeza y, sin poder evitarlo, volvió a sonreír.

—Está bien, caprichoso unicornio. Ve con ella. Como si yo pudiera evitarlo.

CONTINUARA...

AGRADECIMIENTOS

A Paula Rosselló Frau, magnífica escritora y una de las mejores amigas que puedo tener. Ha estado a mi lado, resolviendo cada duda, animándome a seguir escribiendo, creyendo en el Rey del Miedo y en todos y cada uno de sus personajes durante todo el proceso de creación y revisión. A ella le debo esta novela, que no sería la misma sin sus valiosísimos consejos y sus críticas constructivas. La saga Viento es tan mía como suya.

A mi correctora y amiga, Julia Ortega. Esta novela, y todas las demás, no serían las mismas sin ella. Su trabajo es impecable y jamás podré pagarle todo lo que ha hecho por mi obra.

A Carmen Jofre, por sus sabios consejos y por su entusiasmo y su gran cariño hacia todos mis personajes. Y también por recorrer kilómetros para traerme frutas y almendras (estaban buenísimas) y por acudir sin falta a todas presentaciones de mis libros. Carmen, eres un amor, y esta novela es tan tuya como mía.

A Carol Drust, una excelentísima escritora de novelas de fantasía, que me otorgó el honor de ser una de mis lectoras cero y que me dio tantos buenos consejos.

A Marta Teodoro, otra gran escritora que no se atreve a publicar y a quien, desde aquí, animo a que lo haga. Olvidé citarla en los agradecimientos de La Princesa del Viento, pero lo hago ahora. Gracias a ella conseguí reconstruir una escena crucial: el primer encuentro entre Sabba y Taru. El resultado fue maravilloso.

A Nacho, el *princeps*, por sus apuntes y sus críticas en la Princesa del Viento. Y porque de ahora en adelante le voy a plagiar sus ingeniosas frases.

A mi padre, Tomás Pons, por inculcarme el amor por los libros. Siempre estarás en cada susurro que emiten las hojas de los árboles cuando el viento las acaricia. Tu espíritu persistirá por siempre en cada ola del mar mediterráneo y en el dulce aroma del galán de noche de mi jardín.

Y a mi Princesa de los Mares, Ana Mar, por ser la luz que me despierta cada mañana y su preciosa vocecita la que escucho antes de irme dormir. Te quiero.

Otros títulos de Olalla Pons

[Pluma Roja](#)

[La concha de nácar \(HQÑ\)](#)

[León el Britano \(HQÑ\)](#)

[La mirada del corazón \(Ediciones B\)](#)

[Mi Noche Estrellada \(Romantic Ediciones\)](#)

[Espíritu Salvaje](#)

[Río Bravo, más allá del perdón](#)

[La Princesa del Viento](#)

Olallapons.blogspot.com.es

Tu opinión es muy importante para mí. ¡Muchas gracias!

Olallapons@gmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Otros títulos de Olalla Pons](#)

[Tu opinión es muy importante para mí. ¡Muchas gracias!](#)

Olallapons@gmail.com

[ÍNDICE](#)

Notas

[←1]

Se refiere al águila arpía. Ave de presa de dos metros de envergadura y nueve kg de peso. Su hábitat es el bosque lluvioso.

[←2]

Cita modificada de Aristóteles.

[←3]

Así se refiere el pueblo del Norte a la Luna.

[←4]

Té especial que se sirve en el Reino de Hanol.

Table of Contents

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Otros títulos de Olalla Pons

Tu opinión es muy importante para mí. ¡Muchas gracias!

Olallapons@gmail.com

ÍNDICE